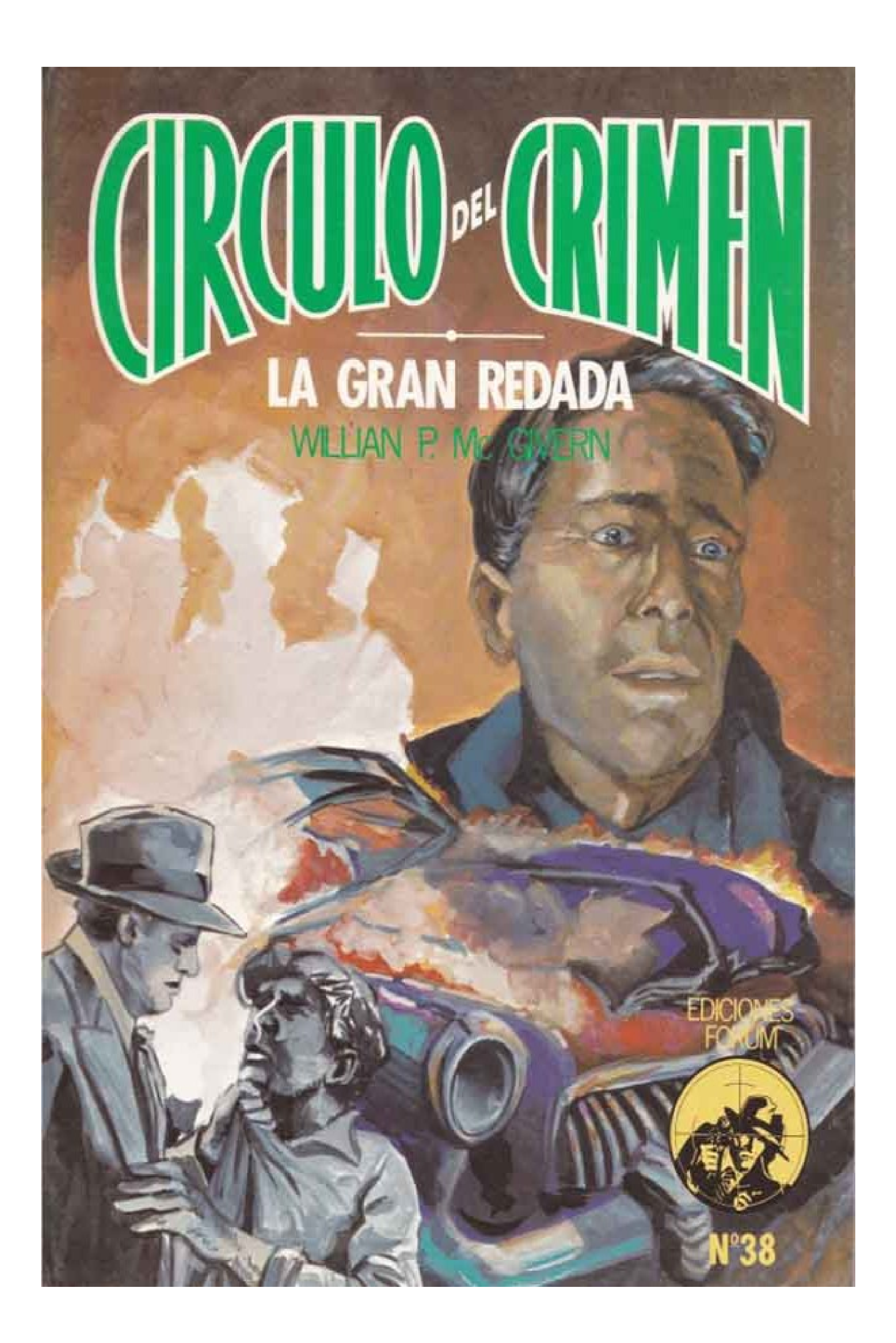

CIRCULO DEL CRIMEN
LA GRAN REDADA
WILLIAN P. Mc GIVERN
EDICIONES FORUM
Nº38

William P. McGivern

LA GRAN REDADA

Círculo del Crimen Nº 38

ePub r1.1

Rutherford/Rbear 18.02.16

Título original: *The Big Heat*
William P. McGivern, 1953
Traducción: Julio Fernán
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (18/02/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (29/02/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen)*, *1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: añadida una línea (poco relevante) que faltaba.

A EARL SELBY

Del «Filadelfia Evening Bulletin»,
con mi agradecimiento

1

Eran las ocho de la noche cuando sonó el teléfono. Uno de los detectives levantó el auricular y dijo:

—Aquí Departamento de Homicidios. Neely al habla.

Escuchó un momento entornando algo los ojos por causa del humo que ascendía enroscándose del extremo del cigarrillo que tenía en los labios.

—De acuerdo. Enviaremos a alguien en seguida —manifestó. Dejó el cigarrillo en el borde lleno de quemaduras de su mesa y tomó un lápiz.

—¿Me da su nombre y dirección? —preguntó.

Se volvió a poner el cigarrillo en la boca y empezó a escribir en un bloc de notas.

En la amplia, destartalada y brillantemente iluminada habitación había otros tres detectives. Dos de ellos jugaban a las cartas en una mesa junto a la larga serie de archivadores de color verde. El tercero, un hombre alto y bien vestido, de rostro alargado e inteligente, paseaba con las manos a la espalda. En un banco, justo en la parte interior del mostrador de madera que corría a lo largo de la estancia, permanecían sentados un policía de uniforme y un negro. Este, joven y de complexión sólida, parecía como si quisiera esconderse dentro de su modesto traje marrón.

Los jugadores de cartas interrumpieron el juego, miraron a Neely, quien recogía la información con el ceño fruncido. Uno de ellos, llamado Carmody, de facciones cansadas y hundidas y el cráneo casi calvo, miraba por las ventanas. La lluvia chorreaba por los cristales en lentas y finas láminas.

—Era de suponer que algo sucedería —dijo.

Su compañero Katz, hombre robusto con la cara curtida de un boxeador de segunda categoría, se encogió de hombros.

—Siempre pasa algo en noches como ésta —apostrofó con voz suave.

El detective que estaba paseando sonrió.

—Por desgracia, tengo que hacerme cargo de éste —dijo señalando con un movimiento de cabeza al robusto negro—. De no ser así me hubiera gustado acompañarles, caballeros, en su pequeña excursión bajo la lluvia.

—De acuerdo, Burke. Estoy seguro de que te hubiera gustado —manifestó Carmody.

Neely, el detective sentado a la mesa, de baja estatura y cabello rojizo, con cara de fox-terrier, colgó el teléfono y se dio la vuelta en su sillón giratorio. Miró al reloj que estaba en la pared sobre los archivadores y preguntó:

—¿Cuándo dijo Bannion que volvería?

Todos miraron al reloj.

—Sobre las ocho —respondió Blake. En aquel momento pasaban algunos minutos de la hora—. Se encontraba en la Diecinueve cuando llamó para decir que venía hacia acá.

Neely tamborileó con los dedos sobre la mesa, frunciendo el ceño.

—Bueno, ¿qué pasa? —quiso saber Burke.

—Era la esposa de Tom Deery —respondió Neely—. Según me ha dicho, su marido se acaba de suicidar. Se ha pegado un tiro.

—¡Diantre! —exclamó Carmody.

—Trabajaba en la oficina del superintendente, ¿verdad? —preguntó Burke con interés.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así? —comentó Katz con su voz suave.

—Quizás estaba harto de pagar facturas —replicó Carmody.

—¡Caray! Eso no es motivo.

—Pues entonces, no lo sé —dijo Carmody pasándose una mano por el cansado rostro—. No me había comunicado sus proyectos.

Neely miró al reloj.

—Esperaré unos minutos más a Bannion —dijo—. Querrán un informe completo sobre el caso.

—Sí. Siempre lo piden cuando se trata de un policía —expresó Burke reanudando sus paseos.

Carmody encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo. El

silencio quedaba roto solamente por el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas. Un silencio expectante e inquieto.

La muerte de un policía significaba, sencillamente, poner una colgadura negra en la puerta de la comisaría, manteniéndola allí una semana o más; la publicación de una gacetilla en la prensa local y el envío por parte del alcalde y del capitán de la unidad de una nota de condolencia a la familia. Pero un suicidio era otra cosa. Significaba que el agente había sido un pusilánime, un neurótico o un loco; es decir, un ser completamente inadecuado para dedicarse a proteger las vidas y haciendas de los otros ciudadanos. E incluso podía significar aún algo más grave: un peligro en potencia para el compacto complejo que formaba el Departamento de Policía.

—Era un buen chico —dijo Burke paseando lentamente—. Una persona agradable y sincera.

—Eso es lo que siempre oí decir de él —añadió Carmody. Y mirando al reloj preguntó—. ¿Cómo es que llama su propia esposa, Neely?

—Porque conoce cómo funciona la Policía. —respondió el aludido—. Primero ha llamado a la Central y luego a nosotros. Sabe que solemos investigar la mayoría de los suicidios. La Central llamará a la comisaría del distrito de un momento a otro.

Volvieron a quedar todos en silencio mirando el altavoz instalado en la pared. Había permanecido callado durante unos minutos. Pero ahora, como si el comentario de Neely lo hubiera puesto en marcha, dejó escapar un carraspeo metálico y la voz incolora del locutor anunció:

—Nueve ochenta, nueve ochenta y uno, informe.

—Me parece que ese es su distrito —dijo Carmody—. Deery vivía en el Noventa y Ocho, Oeste, ¿verdad?

—En efecto —aclaró Katz—. En Sycamore Street. Enviarán la ambulancia y el coche del sargento hacia allá.

El locutor de la Policía conectó con los vehículos a los que había llamado para informarles y les dio sus órdenes:

—Ingreso en hospital, cincuenta y ocho sesenta y uno, Sycamore Street.

—¡Ingreso en hospital! —dijo Neely soltando una breve risita. Golpeó con los dedos sobre la mesa y miró al reloj.

Las puertas dobles de la Sección de Homicidios se abrieron y un

hombre joven cubierto con un impermeable mojado entró y rodeó el mostrador. Miró a los tres detectives observando la expresión de sus caras.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—La esposa de Tom Deery acaba de llamar —le respondió Neely —. Dice que Tom se ha matado hace cosa de quince o veinte minutos. Se pegó un tiro.

—¿Usted le conocía, verdad, Bannion? —preguntó Burke.

—Claro que le conocía —respondió Dave Bannion lentamente, mientras se quitaba el impermeable y lo dejaba sobre el respaldo de una silla.

Era un hombre robusto, de amplios hombros y de treinta y pico de años, con las facciones bronceadas y suaves y unos ojos grises de mirada tranquila. Si se mantenía aislado no parecía tan robusto, pero cuando Burke, que era también muy alto, pasó junto a él, la corpulencia de Bannion se puso de manifiesto claramente. Sobresalía algunos centímetros más que Burke y sus cien kilos de peso estaban perfectamente distribuidos sobre una enorme y apuesta estructura.

—¿Tenía hijos Deery? —preguntó Burke.

—No, no lo creo —repuso Bannion.

Había conocido a Deery, aunque sólo de la manera superficial como conocía a docenas de otros agentes en el Departamento de Policía. Deery fue un hombre esbelto, de pelo gris, con una expresión inteligente y alerta en un rostro, por otro lado, sin ninguna particularidad. Bannion había pasado junto a él muchas veces en el vestíbulo, se habían saludado, y habían comprobado asuntos de servicio en varias ocasiones; mas, aquello fue todo lo concerniente a su relación.

Bannion miró a Neely.

—Voy a acercarme hasta allá —dijo—. Si quiere, Burke, puede venir conmigo.

Pero Burke señaló al negro y repuso:

—Tengo este asunto, Dave. ¿Quiere que lo deje?

—¿De qué se trata?

—Puede ser el que mató al empleado del surtidor de gasolina la semana pasada en el North East. Los detectives de la Diez le han detenido y le han mandado aquí.

—¡Yo no he matado a nadie! —protestó el negro poniéndose en pie, y moviendo espasmódicamente sus amplias y huesudas manos, mientras volvía la cabeza de un lado a otro y sus ojos se fijaban en cada una de las caras de los reunidos con expresión temerosa y desafiadora.

—¡Siéntate! —le ordenó el policía uniformado.

Burke sonrió a Bannion con expresión amable.

—Lo averiguaría en diez minutos con sólo que me dejaran… —pero se detuvo al ver la expresión que se pintaba en el rostro de Bannion—. Bien, bien. Ha sido sólo una idea pasajera —añadió encogiéndose de hombros exageradamente.

—No permito esas cosas en mi turno de servicio —dijo Bannion.

—Bueno, bueno —convino Burke.

Bannion se acercó al negro, que pareció reconocer que le dejaban un respiro.

—Sólo quiero que nos digas la verdad —le indicó Bannion—. Si no has hecho nada, no tienes por qué preocuparte. Pero si lo has hecho, lo sabremos. Acuérdate de lo que te digo.

—¡Yo no he hecho nada! —repitió el negro excitado—. Estaba paseando…

—Bien. Ya hablaré contigo cuando vuelva —manifestó Bannion —. Ahora no tengo tiempo. Quédese con él, Burke —miró a Katz y a Carmody—. Bueno. ¿Algún voluntario?

Carmody suspiró.

—Vendré yo —dijo—. La mujer de Katz pondría el grito en el cielo si lo viera llegar a casa con los pies mojados.

—¡Ja, ja! —se rió Katz, aunque sin ganas, empezando a prepararse una partida de solitario.

El Departamento de Homicidios estaba en el primer piso del Ayuntamiento, y a sus lados figuraban las secciones de Juego Ilegal y de Represión del Vicio. Bannion recorrió el largo, amplio y polvoriento pasillo, caminando por delante de Carmody y saludando de vez en cuando a los detectives y agentes que entraban para empezar su servicio. Salieron del edificio por una puerta lateral y atravesaron el frío y ventoso espacio que los condujo al parking reservado para los coches de la Policía. Cuando cruzaban la acera, la lluvia cayó sobre ellos con tal fuerza que les obligó a coger con fuerza el ala de sus sombreros y correr. Una vez en el coche

Bannion se situó tras el volante y abrió la portezuela derecha para que entrara Carmody, quien se sentó jadeando y temblando.

—Siempre han de pasar estas cosas en noches así, ¿eh, Dave? —preguntó con disgusto.

Thomas Francis Deery había vivido en la parte Oeste de la ciudad, en una casa de vecinos de tres pisos situada en una calle residencial con árboles en las aceras. Cuando Bannion llegó, pudo ver un coche rojo y una ambulancia de la Noventa y Ocho detenidos frente al edificio y a un policía de uniforme vigilando el vestíbulo. Llovía torrencialmente, sin embargo, media docena de personas se habían reunido en la acera contemplando los coches patrulla y el edificio.

Bannion hizo una seña al agente de servicio en el vestíbulo cuya capa impermeable brillaba mojada por la lluvia.

—Es en el primer piso, sargento —dijo el agente, saludando a Bannion.

—Gracias.

La puerta del piso de Deery estaba abierta y dos robustos hombres de la ambulancia se hallaban en el vestíbulo charlando, mientras la lluvia resbalaba de sus impermeables y caía al suelo de madera, pulcramente pulimentado. Un hombre alto que llevaba impermeable negro salió de una puerta a la derecha y les dijo:

—De acuerdo. Ya os lo podéis llevar.

—¡Un momento! —intervino Bannion. No conocía al hombre del impermeable negro, pero supuso que se trataba de un detective de la Noventa y Ocho—. Somos de Homicidios.

—Pues han venido para nada —dijo el del impermeable negro sonriendo—. Esto no es para ustedes, muchachos. Me llamo Karret, Noventa y Ocho, Sección de Detectives —Bannion se presentó y se estrecharon la mano—. He oído hablar de usted —expresó Karret todavía sonriente mirando a Bannion de arriba a abajo y de derecha a izquierda—. Me dijeron que era corpulento y veo que no se equivocaron.

Bannion estaba acostumbrado a aquella clase de comentarios, que no le importaban en absoluto. Siempre se había hecho notar por su fortaleza, tanto en el Instituto como en la Universidad y en

los equipos de fútbol. Sonrió a Karret y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Está ahí dentro —indicó Karret conduciéndoles a la habitación situada a la derecha del vestíbulo.

El cadáver aparecía tendido sobre un costado, recogido sobre sí mismo, frente a una mesa escritorio colocada bajo una ventana con cortinas. Bannion se arrodilló y examinó la herida en la sien derecha, y el revólver que aún seguía en la diestra del muerto. La herida tenía muy mal aspecto y el revólver era un «treinta y dos» niquelado y con las cachas negras. Después de unos momentos, Bannion se puso en pie y miró a su alrededor tomando nota automáticamente del contenido y la disposición del cuarto. Vio que el escritorio estaba colocado en perpendicular a la ventana para una mejor iluminación y que había en él una máquina de escribir portátil y una caja de madera para correspondencia, medio llena de papeles. Un amplio y cómodo sofá para lectura se hallaba en un rincón y junto a él había una lámpara de pie. En la pared opuesta se veían unas cuantas librerías puestas en fila. Sobre ellas pendían tres cuadros con grabados de Audubon y en el escritorio junto a la máquina de escribir, estaba colocado un cenicero de cristal con media docena de colillas. Era una estancia agradable, un lujo que un hombre sin hijos podía permitirse en un pequeño piso de ciudad.

—Parece como si estuviera arrodillado cuando se disparó —observó Karret señalando el cuerpo—. El modo en que el cuerpo se curvó, así lo indica.

Bannion comprobó la ventana y vio que estaba cerrada. Se apartó de allí y miró el resto de la habitación.

—¿Dónde está la señora Deery? —preguntó.

—En la salita.

—¿Qué dice de todo esto?

—Nos ha contado que su marido entró aquí después de cenar. Ella se quedó en la cocina fregando los platos, y luego se trasladó al saloncito para escuchar la radio. Media hora después oyó el disparo, entró y encontró a su marido tal como lo vemos ahora.

—¿Dejó alguna nota escrita?

—No; no hay nada.

Bannion se echó el sombrero hacia atrás, se sentó en el escritorio de Deery, y estuvo mirando los papeles de la caja de

Correspondencia. La mayoría eran facturas, unas cartas de ventas y una nota personal de un amigo en Hashville con fecha de la semana anterior. El amigo, cuyo nombre era Mort Chamberlain, pedía perdón por no haber contestado con anterioridad a la carta que Deery le había escrito cuatro meses atrás. Explicaba que había estado muy ocupado con su oficina y su familia y luego hacía una broma indicando que su pereza era en realidad la única culpable del retraso. No había gran cosa más en la carta. Parecía una de esas fútiles y despreocupadas tentativas para mantener vivo algo que había dejado de existir mucho, mucho tiempo atrás.

—Ya les he dicho que han hecho el viaje en balde —insistió Karret.

—En efecto. Esto no es cosa nuestra —convino Bannion—. ¿Tiene la señora Deery alguna idea de por qué su marido obró así?

—Afirma que últimamente no se encontraba bien y que se sentía muy preocupado —respondió Karret.

—Bien. Ésa debe ser la causa —afirmó Bannion.

Estuvo mirando con detenimiento los cajones del escritorio sin buscar nada en particular, siguiendo sencillamente su metódico y usual sistema de trabajo. Encontró dos pólizas de seguro, cada una por cinco mil dólares y a favor de Mary Ellen Deery; las matrices de dos talonarios de cheques con las anotaciones escritas de una manera muy pulcra, y un sobre que contenía unas cuantas circulares del Departamento en las que se aclaraban algunos conceptos relativos a pensiones de los policías, tiempo de vacaciones y otras cosas. Había también una caja de clips, algunos lápices y papel para correspondencia. Y eso era todo. Bannion cerró los cajones después de volver a poner cada cosa donde la había encontrado, y levantándose, se acercó a mirar los libros de las estanterías. La mayoría eran colecciones corrientes sobre historia, biografía, las novelas de Scott y Dickens y una se lección de títulos del Club del Libro.

Notó que había un estante con relatos de viaje y que los volúmenes aparecían muy manoseados. Tomó un par de ellos y los ojeó, preguntándose distraídamente por aquella afición de Deery. En los márgenes había notas escritas a lápiz por aquél y Bannion se sintió inmediatamente interesado. A su modo de ver, no había nada que resultara más revelador en potencia que las reacciones honestas

y espontáneas de un lector de libros. Sin embargo, los comentarios de Deery eran simple rutina. Refiriéndose a la descripción de una corrida de toros había puesto: «Esto no es para mí», y ante ciertas estatuas vulgares en Pompeya, comentaba: «Parecen muñecos de feria.»

—Leía mucho —dijo Karret haciendo una señal de asentimiento.

—Así parece —contestó Bannion.

Aquellos libros le parecían en extremo curiosos. Estuvo mirando unos cuantos más, poniéndolos bajo la luz para leer los comentarios marginales de Deery antes de volverlos a su lugar en el estante. No eran la clase de libros que uno hubiera esperado encontrar en la biblioteca de un oficinista de la Policía. En realidad, lo raro era que un hombre así tuviera biblioteca.

—¿Va a hablar usted con su esposa —preguntó Karret.

—Creo que sí —repuso Bannion—. ¿Cómo ha reaccionado ante el hecho?

—Muy bien. No demuestra estar alterada. Una mujer de carácter —respondió el otro señalando con la cabeza hacia la puerta cerrada que se hallaba en la parte opuesta del vestíbulo—. Está ahí dentro en la salita, totalmente tranquila.

—Voy a verla —dijo Bannion. Y salió del estudio de Deery. Dio unos golpecitos en la puerta del salón y una voz clara y controlada respondió:

—Pase, por favor.

Bannion maniobró el tirador y entró en una habitación muy limpia y ordenada, amueblada con cierta frágil elegancia e iluminada suavemente por dos lámparas de pie. La señora Deery permanecía sentada sobre un sofá de brocado con las manos juntas sobre su regazo. Las patas y el respaldo del sofá estaban recubiertas de un dorado brillante y el tapizado era de un amarillo luminoso que formaba un gracioso y alegre marco alrededor de la mujer. Volvió hacia él su pequeña cabeza y sonrió débilmente.

—Pase, por favor —insistió—. No tiene por qué pedir excusas. Sé que esto es inevitable.

—Gracias —dijo Bannion. Y sentándose en una silla muy poco en consonancia con su robustez, miró a la mujer desde el otro lado de la mesita baja que brillaba como un espejo—. No estaré más que unos minutos, se lo aseguro. Me llamo Bannion, Dave Bannion, y

conocí a su marido en el servicio.

La señora Deery le escuchó atentamente torciendo un poco la cabeza hacia un lado. Daba la impresión de no quererse perder ni una palabra de cuantas él pronunciaba.

—Sé que Tom tenía muchos amigos —dijo con suavidad.

—¿Quiere contarme lo que ha pasado aquí esta noche, por favor?

—No tengo inconveniente. Soy la mujer de un policía, señor Bannion. Y sé que todo esto es inevitable. Bien, Tom llegó a casa a las cinco y cuarto, como de costumbre. Si le conocía, debe saber lo puntual que siempre era. Estuvimos cenando y luego se fue a su estudio, que tenemos instalado en el dormitorio extra. Yo me puse a fregar los platos, y luego pasé aquí para coser y escuchar la radio.

Mientras su voz grave y amable sonaba en el silencioso y suavemente iluminado saloncito, Bannion trató de conseguir una impresión de su persona, del limpio, ordenado y pequeño mundo en el que Thomas Francis Deery había vivido y había muerto. Se dijo que le hubiera gustado tener a aquella mujer como testigo a su favor. Era inteligente y controlada, si es que ambas palabras no vienen a significar lo mismo. Tenía el talento de saberse dominar y la fortaleza para conseguirlo. Talento y fortaleza son un sinónimo muy razonable de inteligencia. Físicamente era pequeña, delgada y pulcra, con el pelo rubio ceniciento con mechas grises en las sienes y una piel y unos ojos claros y frescos. Llevaba un traje negro con un clip adornado con una piedra de imitación y un fino anillo de compromiso con un diamante.

Todo en ella aparecía meticulosamente dispuesto y ordenado; sus pequeños zapatos negros de piel brillaban muy limpios; sus medias de nylon no mostraban siquiera el asomo de una arruga y el barniz de sus uñas y su maquillaje semejaban haber sido aplicados con gran meticulosidad, quince o veinte minutos antes. Y quizá fuera así, se dijo Bannion con cierta extraña sensación de malhumor.

—Desde luego, oí el disparo, y por un momento, unos pocos segundos tal vez, me quedé sentada, demasiado sorprendida para moverme —explicó ella, mojándose los labios y mirándose el dorso de sus esbeltas y blancas manos—. Llamé a Tom, pero no obtuve respuesta. Al entrar en su estudio, le encontré tendido en el suelo.

Estaba muerto. Inmediatamente llamé a la Policía. —Diciendo esto miró a Bannion a los ojos.

—Debe haber sido un golpe terrible. ¿Parecía su esposo preocupado o alterado últimamente?

—No, yo no lo creo. Ya he explicado a los otros detectives todo lo relativo a su salud. Es lo único que pudo preocuparle. No teníamos otros problemas. Disponíamos de dinero suficiente y vivíamos muy bien. No es que Tom ganara mucho, pero sus ingresos siempre fueron regulares e incluso durante la Depresión, poco después de casarnos, pudimos ahorrar algo. Debió ser su salud lo que le preocupaba, señor Bannion. Tres o cuatro veces en los últimos meses se quejó de dolores en el costado izquierdo. Pero cuando le dije que fuera a ver al médico de la Policía me contestó que quizá no fuera necesario.

—Entonces no acudió al médico?

—No que yo sepa.

—¿Solía leer por las noches?

—No todas; pero le gustaba pucho la lectura.

—Por lo que veo, prefería los libros de viajes.

La señora Deery sonrió de manera infantil.

—Realmente no lo sé, señor Bannion. Yo no he sido nunca muy aficionada a la lectura. Tom era el cerebro de la familia, ¿comprende?

Bannion sacó sus cigarrillos, mas al no ver ceniceros, volvió a metérselos en el bolsillo. La señora Deery notó el gesto pero no dijo nada. Había un cenicero en el estudio, y por lo visto era allí donde Tom Deery solía fumar, pensó Bannion.

—Gracias por su ayuda —dijo poniéndose de pie—. Si necesita algo, alguna cosa, póngase en contacto con nosotros, señora Deery.

—Gracias, señor Bannion. Aprecio su ofrecimiento. Me… me hace sentir menos sola.

Bannion se despidió y salió del limpio y gracioso saloncito dejándola sentada sobre el sofá de brocado con las manos tranquilamente puestas sobre el regazo. Cerró la puerta y vio a Carmody.

—Bien, vámonos —ordenó. Se despidieron de Karret y bajaron las escaleras y se metieron en el coche.

La lluvia seguía cayendo. Bannion encendió un cigarrillo y puso

el pie sobre el acelerador.

—No es un caso para nosotros —dijo Carmody acomodándose en el asiento.

—En efecto. Se suicidó y eso es todo —convino Bannion.

Una vez en la oficina mecanografió un informe detallado, pero informal, sobre la muerte de Deery, y lo puso en un sobre con destino al Superintendente. El informe oficial vendría escrito por Karret ya que se trataba de un caso para la Policía del distrito, en el que no existía homicidio. Un informador del *Express*, Jerry Furnham, entró y se sentó junto a un ángulo de la mesa. Furnham era un veterano, un hombre corpulento de unos cuarenta años con el pelo negro y brillante y unas facciones duras pero amables. En su trabajo solía haraganear la mayor parte del tiempo, pero la verdad es que tampoco nadie le empujaba a una mayor actividad.

—¿Qué ha pasado con Deery? —preguntó sacando sus cigarrillos —. ¿Está todo en orden?

Bannion asintió y tomó uno de los cigarrillos de Furnham.

—Según su esposa, parece ser que estaba preocupado por su salud.

—¡Malo! ¿Qué padecía? ¿El corazón? ¿Cáncer?

—Probablemente el corazón —Bannion golpeó con un dedo el sobre dirigido al Superintendente—. Aquí está mi informe si es que quiere mirarlo.

Furnham movió la cabeza.

— Nuestro hombre en el distrito Oeste consiguió que Karret le diera algunos detalles. No es tampoco cosa mía. Pero la oficina quiso que hiciera una comprobación. Nuestro hombre es muy listo; procede de una escuela de periodismo en Alabama. Sólo querían asegurarse de que no se hubiera olvidado nada… el nombre y las señas de Deery por ejemplo.

Bannion sonrió sorprendiéndose un poco ante el interés ,de Furnham.

—Dígales que no se preocupen —indicó.

—Desde luego. Y a propósito, ¿dejó ese hombre alguna nota?

—No, nada.

Furnham tomó el teléfono de Bannion para llamar a su

despacho. Después se marchó con paso lento. Bannion estuvo realizando algún trabajo con unos papeles que se habían acumulado, y luego se fue hacia las celdas para hablar con el negro detenido por Burke. El chico estaba asustado, pero su relato parecía bastante sincero. El caso presentado por Burke distaba mucho de ser indiscutible. Dijo a Burke que necesitaban más pruebas y se volvió a su oficina.

Neely y Katz estaban discutiendo sobre las próximas elecciones. Carmody se había dormido con las manos cruzadas sobre la barriga.

Eran casi las doce, hora de marcharse.

Cuando el sargento Heineman, su relevo, entró pesadamente, Bannion le dijo que no había novedad y poniéndose el abrigo se dirigió a su automóvil.

Había sido una noche completamente vulgar como miles de otras noches que había vivido en el pasado. Se sentía cansado, aunque sin exceso, conforme seguía las curvas de la brillante Schuykill para salir a Germantown mientras iba escuchando con escaso interés las noticias que daba la radio. Le agradaba estar de vuelta a su casa. De vuelta para la cena y la compañía de Kate.

2

Bannion se sentó en la cocina con un *scotch* y soda mientras miraba cómo su mujer Kate hacía la cena. Sonrió cuando ella puso un bistec en una sartén muy caliente, ligeramente engrasada.

—Me sorprende cómo puedes ponerme bistecs con el salario que tengo —dijo—. Mis compañeros no se lo creen. Insisten en que debes tener alguna renta particular o algo por el estilo.

Ella se sentó en la silla frente a él y tomó un breve trago de su bebida.

—Pues disfruta del bistec porque es el último que te puedo poner este mes. Y el año que viene, en cuanto Brigid empiece a ir a la escuela, puedes despedirte de ellos hasta que haya terminado en el Instituto. Es decir, a menos que entretanto no te nombren Superintendente.

—¡Oh! Eso es inevitable. ¿Ha protestado por irse a la cama?

—Hemos tenido la trifulca de siempre —dijo Kate acercándose al fogón para darle la vuelta al bistec. Era joven, alta, de pelo rojizo con ojos azules y sonrientes, de mirada muy directa,/ y una piel impecable. Sin ser guapa, daba la impresión de serlo a causa de su pelo y de su complexión. Sus facciones eran muy atractivas a causa de su vivacidad y su expresión de buen humor y de interés. Ahora, mientras salaba el bistec, sonreía ligeramente.

—Tuvo que ir al lavabo un par de veces, pidió que le contara algunos cuentos, se tomó un vaso de agua y finalmente se fue a la cama. Se porta como un ángel todo el día; pero, por la noche, se convierte en una auténtica calamidad.

Bannion levantó las cejas.

—Ese es el modo en que por regla general, te describo a ti. Ahora en serio, el libro dice que hay que ser paciente pero firme. Supongo que lo habrás intentado, ¿verdad?

—¡El libro, el libro! —exclamó Kate—. Es muy científico y

ponderado, aunque no sirve para nada. Por lo menos no me sirve a mí. Los autores no conocen a Brigid. Ahí está el problema.

—Todo viene de que está locamente enamorada de mí —manifestó Bannion—. La cosa esa de Edipo, ya sabes. Y naturalmente, tiene celos de ti como le pasaría a cualquier mujer normal. De ahí proviene el conflicto. Muy lógico, ¿verdad?

—Sí, es lógico, pero no lo creo —respondió Kate.

—Bien, quizá sea demasiado cómodo para el que lo escribió —expuso Bannion—. Viene a ser lo que llaman una evidencia circunstancial. Si todo encaja a la perfección, vale más recelar. Vamos. Ese bistec se está friendo demasiado.

—Aquí lo tienes.

Después de la cena Bannion se acomodó en el saloncito para hojear los periódicos. Sentíase un poco raro experimentando cierta sensación de curiosa, y no bien definida, gratitud. No tenía nada que ver con la bebida, el bistec o la agradable tranquilidad del ambiente. Miró a su alrededor, la habitación cálida y algo desordenada. Una de las muñecas de Brigid estaba sobre la radio, y en el suelo se veía un juguete de cuerda y algunos libros. Kate estaba sentada en el sofá —aquel sofá que según le recordaba a veces, era preciso tapizar de nuevo— con los pies bajo el cuerpo y la luz de la lámpara dándole en el cabello, en la sencilla alianza de oro y en sus esbeltas y sedosas piernas.

Volvió a encontrarse en el periódico sin haber podido resolver ni explicar aquel estado de ánimo. Se hablaba de Tom Deery en la página tres: un breve relato ilustrado con el retrato del muerto. Lo leyó recordando a Deery tendido en el suelo de su pulcro y ordenado hogar y a su esposa tan melindrosamente inhibida de la tragedia. Bannion dejó el periódico y encendió un cigarrillo. Los libros de viajes de Deery llenos de notas marginales eran un elemento extraño. ¿Por qué diantre leía la gente libros de viajes? Quizá para aprender algo, para matar el tiempo, para huir hacia un mundo de aventuras sin dejar el sillón. Sí, quizá fueran aquellos los motivos. Posiblemente, Deery sentíase simplemente aburrido y utilizaba los libros como una muleta que le ayudara a caminar por el aburrimiento de las largas veladas. Bannion sonrió ligeramente a

la vez que miraba la librería colocada junto a su propio sillón. Allí estaban también sus libros, sus muletas, cómodas y muy usadas, con páginas que le eran tan familiares como las líneas de sus manos. También podían considerarse relatos de viajes aunque en realidad se trataba de volúmenes sobre filosofía. Pero el mundo de las ideas puede ser recorrido y explorado tan perfectamente como si se recorre un país extranjero o se penetra en selvas desconocidas. Deery había leído sobre las corridas de toros en España, mientras él se interesaba por las expansiones espirituales de San Juan de la Cruz que también era español aunque no torero. ¿En dónde estaba la diferencia? ¿Por qué leía uno una cosa y el otro otra? En realidad quizá no existiera diferencia alguna. Bannion leía filosofía porque representaba un alivio a la sequedad y a la rutina de su trabajo. «No intento escapar a nada» —pensó. Pero no podía estar muy seguro de ello. La necesidad de escapar puede ser inconsciente. Si bien, a su modo de ver no ocurría así. Con el ceño fruncido se estaba proponiendo algunas de las cuestiones que le hubiera gustado formular a Deery. «Leo filosofía» —pensó— «porque soy demasiado débil para enfrentarme a la miseria y al inútil dolor de que soy testigo a diario en mi trabajo. No soy un erudito. No llego a Nietzsche ni a Schopenhauer ni con un palo de diez metros. Se trata de un anhelo sincero y animoso y nada más. No me gustan los ídolos hechos pedazos. Lo que quiero es saber algo que dé sentido a la vida.

—¿Vas a leer esta noche? —preguntó Kate viéndole contemplar los libros con el ceño fruncido.

—No mucho. Quizá media hora como máximo.

—¿Con quién te las entiendes hoy? —interrogó ella—. ¿Con Croce o… cuál es el nombre de ese alemán?

—Te debes referir a Kant —repuso Bannion.

Pensó que Deery hubiera sacado más provecho de aquellos libros que de las descripciones de los ritos de fertilidad en Pompeya. Eran autores a quienes acudir para encontrar la paz de espíritu. San Juan de la Cruz, Kant, Spinoza, Santayana. Los ponderados filósofos que consideraban natural la bondad humana mientras que para ellos el mal era un concepto aberrante, anormal y accidental, opuesto a las verdaderas necesidades y a la naturaleza del hombre.

—Sí, ese; Kant —dijo Kate—. ¿No es curioso cómo divago tanto

si me escuchas como si no? Mi voz debe ser un ruidito de fondo muy agradable para tus pensamientos.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —exclamó él mirándola sonriente—. Estás mejorando. Ahora ya pronuncias los nombres muy bien, Kant, Croce… ¡cualquiera sabe hasta dónde llegarás!

Kate le hizo una mueca y repuso:

—Me aprendo los nombres mientras limpio el polvo, tío listo. No seas tan presumido.

—Bueno. Sé que seguirás leyéndolos en cuanto vuelva la espalda —aseveró Bannion volviendo a coger su periódico.

Se dijo que la mujer de Deery no sabía nada de las cosas por las que él se interesaba. Nunca se enteró de si leía libros de viajes o no. Y aquello no indicaba una relación demasiado cálida o íntima. El que un hombre se aficione a leer libros de viajes es algo que su mujer debe tomar muy en cuenta, en su propio interés por lo menos.

Kate dejó la revista que estaba mirando.

—Dave, ¿no te enseñaron bastante filosofía en la escuela?

—En aquellos tiempos no me interesaba mucho. A mí lo que me gustaba era el fútbol. Las discusiones especulativas me dejaban frío. Probable.

El teléfono sonó, interrumpiendo su frase.

—¿Quién puede ser? —preguntó Kate.

—Lo tomaré yo.

—Date prisa. Va a despertar a Brigid.

Bannion pasó de puntillas ante la puerta cerrada del cuarto de Brigid y cerró la del comedor antes de tomar el teléfono.

—Diga.

—¿Señor Bannion? ¿Es el detective Bannion? —dijo una voz femenina en tono bajo y asustado.

—Sí. ¿Qué desea?

—Quizá no debí haberle llamado tan tarde —respondió la mujer —. Espero no molestarle.

—¿De qué se trata? —preguntó Bannion.

—Me llamo Lucy, Lucy Carroway. Era amiga de Tom Deery. Por eso le he llamado, señor Bannion —sobrepuesta al ansioso tono de su voz se escuchaba el sonido de una conversación confusa—. Acabo de leer que se ha matado y he visto el nombre de usted en la

noticia. Miré en el listín telefónico y pude conseguir su número. Sé que es muy tarde pero creo que es preciso que hablemos,

—¿Sobre qué?

—Sobre Tom —respondió la mujer—. Tengo que verle a usted para contarle algo de él y de su suicidio.

—¿No puede esperar a mañana?

Se produjo una pausa.

—No, es mejor ahora —insistió la mujer.

Bannion maldijo su sentido del deber. No tenía ningunas ganas de salir, pero sabía que no podría evitarlo.

—De acuerdo. ¿Dónde podemos vernos? —preguntó.

—Estoy en el bar *Triangle*. Trabajo aquí. En la Veinte y Arch.

—Lo conozco —dijo él mirando su reloj. Eran la una y veinticinco—. Llegaré antes de las dos, Lucy.

—Gracias, muchas gracias, Bannion.

Volvió a poner el teléfono en su soporte y regresó al saloncito. Kate le miraba con aire inquisitivo. Bannion se encogió de hombros.

—Una mujer misteriosa, quiere hablar conmigo sobre un caso que tuvimos esta noche —informó—. Probablemente me empezará a contar cosas de otras personas a las que conoció en Detroit o en Oshkosh; pero de todos modos he de verla —sonrió y le tocó la mejilla con el dorso de la mano—. Qué vida tan perra, ¿verdad?

—¡Oh!, ya estoy acostumbrada —exclamó Kate poniéndose de pie y alisándose la falda—. Al final me acabará gustando. El suspense es emocionante. ¿Volverá mi marido a casa para cenar? ¿Le llamarán para salir? ¿Qué parajes recorrerá mi chico esta noche? —le echó los brazos al cuello y le abrazó fuertemente—. Dave, no te preocupes. Las cosas hay que tomarlas como vienen, ¿verdad?

—Algún día te pondré una corona en la cabeza.

—¿Cuánto vas a tardar? —quiso saber Kate. Era la única pregunta que algunas veces le hacía refiriéndose a su trabajo.

—No mucho, nena.

—Te esperaré.

—¿No estás cansada?

—Claro que lo estoy —respondió ella mirándole y sonriendo—. Pero ¿qué importa?

—De acuerdo. Estaré aquí dentro de una hora o así —le aseguró

—. Y no pienses que no me siento halagado.

—Lo comprendo —dijo ella.

Dave le dio un beso y salió, dirigiéndose a su coche. Continuaba sonriendo cuando lo puso en marcha en dirección al centro de la ciudad.

El bar *Triangle* era un *night club* de poca importancia aunque muy bien situado entre un teatro de variedades y una tienda de licores con licencia oficial. Estaba en Arch Street, lúgubre artería urbana entre los ríos Schuylkill y Delaware. Había en ella salones de tiro al blanco, almacenes del Ejército y de la Armada y docenas de otros depósitos así como locales de mala nota y tienduchos de todas clases. Una calle deprimente, perfectamente preparada para perder el tiempo en ella, impregnada de un ambiente malsano, picaresco y sensual.

Bannion aparcó bajo la claridad del anuncio luminoso del *Triangle* y entró. El largo bar ovalado, con un trío de color aprisionado en una minúscula plataforma, estaba lleno de marinos, soldados y jóvenes atildadamente vestidos que miraban ávidamente a las coristas del teatro contiguo, muchachas de expresión adusta, con el pelo teñido y fuertemente maquilladas, que entraban a echar un trago y a comerse un bocadillo entre dos representaciones. Se envolvían con unas capas para ocultar sus pantalones cortos y sus sostenes, y se sentaban en grupo hablando de sus cosas y sorbiendo sus bebidas. Bannion sabía que los jóvenes no tenían muchas oportunidades con ellas. Aquellas chicas eran directas y prácticas, estaban casi siempre terriblemente cansadas por sus cuatro actuaciones diarias y no querían saber nada con marinos, soldados ni nerviosos jovenzuelos. Se tomaban sus bebidas concentrándose en sus propios asuntos, dejando que sus encantos, sus ojos maquillados, sus piernas depiladas blancas como la sal, y su aureola de aves nocturnas, todo ello sazonado con un fuerte aroma a cosa ilícita, mantuviera a los jóvenes pendientes de ellas, presos de un estado de agitada y nerviosa excitación. Las chicas preferían sin duda, a un tranquilo y sensato frutero de Nueva Jersey o a un chófer de camión de edad madura que las trataría con decencia y no les originaría molestias. Pero nunca se dejarían convencer por un

mozalbete excitable.

Bannion llamó la atención del encargado del bar.

—Estoy buscando a una chica llamada Lucy que trabaja aquí. ¿Se encuentra en el local?

—¿Qué se trae entre manos, amigo? —respondió el barman, hombre robusto de edad mediana, con la cabeza estrecha y los ojos saltones.

—Lo que acaba oír —respondió Bannion sonriendo porque nunca le gustaba comportarse con dureza—. Soy de la Policía. ¿Está aquí esa chica o no?

—¡Oh, sí! Ahí la tiene, al final de la barra, en la parte de acá, último taburete.

—Gracias.

En efecto, había una chica en el último taburete; una joven pequeña y delgada que llevaba un vestido negro de satén. Tenía el pelo oscuro, cortado en flequillo sobre una cara redonda y graciosa. Sus ojos parecían muy cansados pero aún así tenían una expresión alegre. Había en ella una mezcla de aburrimiento y de cansancio junto con cierta capacidad para sorprender a los demás. Sonrió cuando Bannion se acercaba y su cara pareció perder todo rastro de cansancio.

—Debe usted ser el señor Bannion —dijo.

—En efecto.

—Lamento molestarle —prosiguió ella bajando del taburete—. Sentémonos en un compartimento, ¿le parece? Cuando la banda empieza a tocar se necesitan megáfonos para que la oigan a una.

—Estupendo —dijo Bannion siguiéndola hacia la parte interior del local y sentándose frente a ella, al otro lado de una mesa llena de quemaduras de cigarrillo y de manchas de bebida. Llegó un camarero y Bannion le pidió un *scotch* con soda. La chica movió la cabeza.

—Sólo bebo cuando trabajo.

—¿Es usted del alterne?

—Bueno, eso es llamarlo muy finamente— aclaró Lucy Carroway echándose a reír—. Le aceptaré un cigarrillo si lo tiene.

—Desde luego —afirmó Bannion encendiéndole el cigarrillo. Luego encendió también el suyo y dejó la cerilla en el cenicero—. Bueno, ¿por qué me hizo venir?

—Verá usted; como le dije, se trata de Tom.

Puso sobre la mesa un recorte de periódico que hasta entonces había tenido en la mano y Bannion pudo ver que era el relato del suicidio de Deery sacado de la última edición del *Express*.

—Bien, ¿qué tiene usted que ver con él? —le preguntó.

—La noticia está equivocada —manifestó Lucy en un tono que sonó inseguro y confuso, mirando a Bannion a los ojos—. No le preocupaba en absoluto su salud, como aquí se dice.

Bannion estudió a la muchacha y de modo extraño, le sorprendió considerar que era sincera y digna de confianza.

—¿Pues entonces qué es lo que le preocupaba? —quiso saber.

—No le preocupaba nada. Nunca había sido más feliz en su vida.

—¿Se lo dijo él mismo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana pasada, hace justamente cinco días.

—Comprendo —dijo Bannion dando una chupada a su cigarrillo mientras reflexionaba sobre aquella noticia, que resultaba bastante sorprendente por las implicaciones que podía contener a la luz de lo que él sabía de Tom Deery y más especialmente aún de su esposa.

—¿Por qué no me cuenta como conoció a Tom? —sugirió.

Ella miró hacia otro lado y luego se estuvo contemplando las manos.

—Verá usted, es una historia muy larga, Bannion.

—También la noche lo es. Cuéntemela.

—De acuerdo —dijo ella y suspiró—. Pues… le conocí hace ya mucho tiempo, allá por el 1941. El tenía una casa de verano en Atlantic City y yo cantaba allí en un club. Porque empecé como cantante. Si luego me metí en este berenjenal fue porque mi agente me aseguró que, como cantante, no tenía nada que hacer. Pero esa es otra historia. Conocí a Tom cuando él vino una noche a echar un trago y se quedó para ver el espectáculo. Una de mis amigas lo había tratado y nos presentó. Simpatizamos inmediatamente. Era un buen chico, muy amable, usted ya me comprende. Siempre preocupado porque el mundo no era lo suficientemente bueno y porque la gente se porta de manera infame. Muchas de las veces su mujer no lo acompañaba porque solía irse por su cuenta a Miami y otros lugares, según me contó. Cuando ella no estaba en la ciudad

yo me iba con Tom a su piso después del espectáculo. Solíamos nadar en la playa a primera hora de la mañana y nos tendíamos al sol luego de haber desayunado.

—Todo eso suena muy agradable —convino Bannion intentando adoptar un aire indiferente; mas, había un toque de sarcasmo en su voz.

Lucy Carroway movió la cabeza.

—No, no. Tiene usted una idea equivocada del asunto —dijo adoptando un aspecto angustiado—. En verdad no se lo reprocho. Sé muy bien lo que parece todo eso. Un señor que anda en busca de aventuras fáciles mientras su esposa está fuera. Pero no era así. Tom no obraba así. A mí, si quiere, puede considerarme una buscona, pero él era distinto. No se sentía feliz por el modo en que teníamos que obrar. En cambio, yo era muy feliz. Hubiera aceptado a aquel hombre bajo cualquier condición, sintiéndome dichosa. Pero él estaba casado y no podía olvidarlo. A su modo de ver, estábamos haciendo una cosa terrible.

—¿Amaba a su mujer? —preguntó Bannion.

—No; pero se sentía responsable por ella. Le preocupaba. ¡Era un hombre tan afable! Se consideraba solidario con todo el mundo: conmigo, con su mujer; lamentaba todas las maldades que se hacen. No podía limitarse a disfrutar y a dejar que el mundo se fuera al diablo. Además, su mujer nunca le hubiera concedido el divorcio. Hizo lo que pudo para seguir pegada a él, incluso cosas que muchas mujeres no hubieran hecho nunca. Le hizo creer que estaba embarazada aunque antes no quiso darle ningún hijo. Y era mentira. Luego afirmó que había tenido un aborto, lo que también era mentira. No quería deformarse el cuerpo teniendo un niño. En cambio, hizo que Tom se sintiera responsable de todo ello… de todo aquel maldito montón de mentiras.

—¿Todo eso ocurría en 1941? —preguntó Bannion.

Ella asintió.

—Fue el principio y el fin. Yo me daba cuenta de estar en un callejón sin salida. Deseaba a Tom, no crea que no, pero no podía retenerle sin causarle daño y eso no lo deseaba en modo alguno. Así es que me aparté de su camino y ahí acabó la cosa.

—Veo que ha podido sobrevivir —expresó Bannion sonriendo—. Y ahora vayamos al punto principal. ¿Qué le hace creer que esa

historia sobre su mala salud no es verdadera?

Lucy le miró a los ojos.

—Había hablado con él la semana pasada, bueno, en realidad cenamos juntos. Era la primera vez que nos encontrábamos después de Atlantic City. Nos tropezamos por casualidad a las cinco de la tarde en Market Street. Según me contó, su mujer se había ido a Harrisburg a visitar a una hermana. Me invitó a un trago y luego la cosa derivó en una cena. Estaba de un humor maravilloso, feliz y alegre. Nunca le había visto de aquel modo. Me dijo que nunca se había sentido mejor en su vida .

—¿Se refería específicamente a su salud cuando dijo eso?

—No estoy segura —respondió Lucy— porque nunca hablábamos de cuestiones de salud. No había motivo. Pero tenía un aspecto magnífico y manifestó sentirse espléndidamente.

—La frase tiene un sentido muy general —comentó Bannion—. La gente la utiliza lo mismo para expresar un estado de ánimo como satisfacción por el trabajo que realiza u otras cosas por el estilo.

—Ese es el motivo por el que creo que algo… en todo esto parece un poco raro —dijo Lucy—. Tom nunca se hubiera suicidado. Imposible, a juzgar por el modo en que se sentía.

Bannion hizo una pausa y luego se encogió de hombros.

—Lucy, el caso es que Tom se suicidó. La cosa está clarísima.

Ella movió la cabeza lentamente como si lo dudara, pero algo de su anterior convencimiento y de su aplomo parecía haber desaparecido.

—Pues no parece que pueda haberlo hecho.

—Dígame una cosa —insistió Bannion— ¿Parecía preocupado por alguna otra cuestión? ¿Habló, por ejemplo, de cuestiones económicas o de su mujer o de algo por el estilo?

—No, nunca me habló de eso. Y parece también bastante raro —aseveró ella en tono ligeramente sorprendido—. Porque ya le mencioné antes cómo se preocupaba por las cosas; cómo le gustaba reflexionar sobre distintos temas. Era como si se sintiera culpable por las maldades que se cometen en el mundo. Como si se sintiera responsable de todo. Como si lamentara no ser capaz de poner orden en lo que funciona mal —miró a Bannion agitada y nerviosa —. Sin embargo, la semana pasada parecía una persona distinta. Se sentía feliz. Realmente bien. Como si hubiera ocurrido algo que le

aligerase la conciencia y de pronto dejara de sentirse responsable. Se lo aseguro. Es por eso por lo que estoy segura de que en modo alguno se hubiera suicidado.

—A pesar de ello, lo hizo, Lucy —recalcó él frunciendo ligeramente el ceño y encendiendo otro cigarrillo—. Quizá el cambio que vio en él, esa felicidad que demostraba no fuera más que el resultado de sentirse en paz con el resto del mundo y considerarlo por lo que simplemente es; ni un cielo ni un infierno, sino un lugar en el que vivir y obtener el mejor provecho posible.

—Muy bien. Pero si pensaba así, ¿por qué se disparó un tiro? —preguntó la joven.

—No lo sé, Lucy —replicó Bannion—. No obstante, y debo confesar que hablo sólo por conjetura, pienso que quizá no se libró nunca por completo de ese sentimiento de culpabilidad y de responsabilidad, y este lo fue minando hasta llevarle a la convicción de que el único modo de acabar con él era acabar también consigo mismo. Quizá, Tom nunca cambiara. Tal vez la semana pasada se sentía tan disgustado e intranquilo como cuando usted le vio por vez primera.

—No creo que eso sea cierto —declaró Lucy titubeando—. No sé por qué; no puedo ponerlo en palabras; pero la semana pasada Tom era feliz, realmente feliz. No estaba fingiendo. Lo sé perfectamente.

Bannion se encogió de hombros.

—Pues yo lo único que sé es que se pegó un tiro.

—Le he hecho perder el tiempo, ¿verdad?

—No, nada de eso.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Se ha comportado usted muy bien conmigo —dijo—. Siento haberle ocasionado estas molestias.

—Olvídese de ello. Los policías estamos para eso. Si un suicidio parece algo extraño, tenemos que conocer cuantos detalles se relacionan con él. Y ahora, ¿qué le parece si tomamos un trago?

Ella se encogió de hombros y sonriendo contestó:

—De acuerdo, señor Bannion.

Quince minutos más tarde, Bannion emprendía el camino de regreso a su casa. La pista que bordeaba el río siguiendo su curva, estaba silenciosa y desierta. Condujo a ochenta de un modo regular. Pensaba que había perdido una hora disparando contra un blanco

invisible, pero aquello no le ocasionaba ningún pesar. Luego, su costumbre de tantos años le obligó a corregir la frase. Decidió que había perdido «probablemente» sólo el tiempo. Y conectó la radio.

3

La siguiente tarde Bannion pasó una hora trabajando en su escritorio comprobando los progresos de los tres casos que actualmente corrían a cargo de su Departamento. Dos de ellos pasarían a la mañana siguiente al jurado de acusación. El tercero había sido devuelto por el jurado junto con la correspondiente acta citando los indicios de culpabilidad; pero el Fiscal del Distrito quería que la misma quedara reforzada al máximo antes de pasar al tribunal. Bannion entregó a Carmody y a Katz el memorándum del fiscal y les dijo que se pusieran a trabajar en ello. El negro de Burke tenía cada vez mejor aspecto. Su coartada, según la cual había estado jugando al póquer con unos amigos, recibió un importante refuerzo cuando el policía de servicio declaró haberse detenido a decirles que no hicieran tanto ruido. Bannion sabía que los amigos del negro se esfumarían, temerosos de verse implicados; pero el disponer de un policía que atestiguase en defensa del acusado significaba prácticamente la absolución inmediata. Al Fiscal del Distrito no le hubiera gustado nada tomar parte en aquello, pensó Bannion sonriendo. Por otra parte, los antecedentes del negro eran buenos. Había estado empleado en distintos lugares sin haber tenido nunca el menor roce con la Policía, y su familia era gente respetable.

Burke se acercó y se sentó sonriendo en el borde de la mesa de Bannion.

—La acusación se ha esfumado como el humo —dijo señalando el informe del negro.

—Ha sido un buen trabajo —convino Bannion.

—La noche pasada me sentía con ganas de trabajar y me dediqué a ello —explicó Burke—. Le he dedicado bastante tiempo.

—Estoy seguro.

—Creo que nos equivocamos de persona.

—Bien, pero si dejamos libre al otro, no hemos ganado gran cosa —dijo Bannion. Y mirando a su reloj añadió—: Voy a salir. Estaré de regreso a las cinco o a las seis.

—¿Todo bien con el asunto Deery? —preguntó Burke mientras Bannion se ponía el abrigo.

Bannion vaciló y luego repuso:

—Sí, se pegó un tiro, si es que es eso lo que quiere saber. ¿Le conocía bien?

—Sí, muy bien.

—¿Sabía que antes de la guerra era propietario de una casa en Atlantic City?

—Sí. Cierta vez tomé un trago con él allí. Nos encontramos en el paseo junto al mar y me invitó a unos cocktails.

—¿Qué clase de lugar era?

—Muy bonito. Una mansión de gran clase, diría yo.

Caminaban hacia la puerta manteniendo sus voces y expresiones dentro de un tono normal.

—¿Cómo concuerda eso con el salario de un escribiente de la Policía? —preguntó Bannion.

Burke se encogió de hombros.

—En aquellos tiempos los precios eran bajos.

—Y lo mismo los salarios —señaló Bannion.

—Quizá hacía algún trabajo adicional. Llevaría libros de contabilidad para alguna pequeña firma; trabajaría por las noches o algo así —comentó Burke deteniéndose junto al mostrador y apoyando un codo sobre él—. O a lo mejor, era afortunado con las cartas —añadió.

—Sí, eso —confirmó Bannion.

—Siempre oí decir que era un hombre decente —manifestó Burke.

—Yo también. Bueno, nos veremos más tarde.

—De acuerdo, sargento.

Bannion se dirigió a su coche y partió hacia la casa de Tom Deery, cruzando el río Delaware en Spruce Street y encaminándose hacia West Filadelfia. La tarde era fría y seca y el ambiente estaba un poco oscuro por causa del humo de las locomotoras en la

estación de Thirtieth Street. Bannion había estado pensando mucho en lo que le había contado Lucy Carroway. No es que revelara gran cosa, pero valía la pena comprobarlo. Aquello constituía la esencia del trabajo policial: no debía dejarse nada sin comprobar. Un policía tenía que investigar todos los detalles evidentes, formular todas las preguntas adecuadas y perseverar en cosas que, a menudo, parecían obvias y sin objeto. El hombre de la calle y también los periodistas pretenderían enseñarle a hacer aquellas cosas de manera más rápida, porque ellos sabían que tal o cual perspectiva resultaba imposible, improbable o estúpida. No comprobaban nada. Simplemente lo sabían. Sin embargo, un policía no podía permitirse aquellos atajos de apariencia lógica. Le era preciso realizar todo el trabajo tedioso e inútil porque en muchos casos las zonas de investigación imposibles, improbables . o estúpidas resultaban ser las más acertadas.

Bannion aparcó el coche y entró en el vestíbulo de la casa donde vivía la señora Deery. Tocó el timbre y después de una breve espera se oyó el chasquido de la cerradura en la parte interior. Subió las escaleras hasta el rellano del primer piso. La señora Deery abrió la puerta. Pareció sorprendida al verle, pero sonrió y dijo:

—Pase, por favor, señor Bannion.

—Lamento molestarla de nuevo —expuso él siguiéndola hacia la salita.

—Sé que es necesario, así que no tiene que excusarse. Acabo de ver el cadáver de Tom —explicó sentándose en el sofá de brocado y cruzando sus bonitas piernas. Bannion observó que vestía de la misma manera impecable que el día anterior. Su pelo, con mechas plateadas, estaba perfectamente peinado, su maquillaje era reciente y sus modales muy serenos. Una vez más, le impresionaron el dominio y el aplomo de su comportamiento—. Tiene muy buen aspecto —continuó—. Debo añadir que todo el mundo en el Departamento se ha portado extraordinariamente bien conmigo. El superintendente me llamó dos veces, y esta mañana había aquí un automóvil, según creo de la oficina del alcalde, para llevarme a la funeraria.

—Creo que eso es lo que debe hacerse —comentó Bannion—. Y haciendo una pausa para marcar una transición en el tema añadió —: Yo he venido para una cosa muy distinta. Espero comprenda que

forma parte de mi trabajo, señora Deery, y le ruego que colabore conmigo en todo lo posible.

—Desde luego, señor Bannion —contesto ella humedeciéndose los labios—. Estoy dispuesta a ayudarle en todo lo posible.

—Gracias. Anoche recibí una llamada de una tal Lucy Carroway. ¿Le dice algo ese nombre?

La señora Deery no cambió de expresión. Se limitó a levantar sus delicadas cejas; pero aquello fue suficiente para que la imagen de Lucy Carroway quedara situada en la región de lo desagradable y de lo innecesario.

—Sí, era amiga de Tom. Hace ya tiempo, según creo.

—Me contó una historia muy rara —explicó Bannion—. Está segurísima de que su marido no andaba mal de salud. Le había visto la semana anterior, según dijo, y él le contó que se sentía maravillosamente.

La señora Deery sonrió agradablemente.

—Esa mujer es una mentirosa. Tom llevaba muchos años sin tratarla y, desde luego, no la vio la semana pasada.

—Lucy me dijo que le había encontrado la noche en que usted se fue a Harrisburg —informó Bannion—. ¿Estaba usted allí la semana pasada?

—Sí, estuve —repuso ella lentamente—. El martes por la noche. Bueno, quizá se encontraron. Sería, desde luego, muy típico de ella. En cuanto volví la espalda procuró…

—Insistió en que el encuentro fue puramente casual —aclaró Bannion.

—¡Oh! Estoy segura —respondió la esposa del policía. Sus delicadas manos temblaban ligeramente—. Supongo que le hablaría de su relación con mi marido.

—No se mostró muy explícita.

—¡Sí que se ha vuelto fina! —exclamó riendo brevemente—. Al parecer, es toda una señora —ella irguió sus delgados hombros y se sentó un poco más derecha—. Bueno, parece ser que es mi palabra contra la suya, ¿verdad?

—No, nada de eso —replicó Bannion—. Debe usted comprender que nos vemos obligados a comprobar pequeñas cosas como ésta, aunque sepamos de antemano que no vale la pena.

—Lo comprendo —confesó la señora Deery en un tono más

razonable—. Intentaré ayudarle. No estoy segura de si esa Lucy Carroway y mi marido se acostaban juntos, pero me figuro que sí. Supongo que es lo que buscan, de manera especial, mujeres como ésa. El asunto fue siempre tan desagradable que hubiera preferido no tener que pensar en ello. Ofrecí el divorcio a Tom e hice planes para separarnos, mas él volvió al buen camino. Yo era entonces más joven, y decidí que esto era lo mejor que cabía esperar. Logré recuperarlo y fue una solución sensata que nunca lamentamos. Desde entonces, Tom siempre fue el marido cariñoso y fiel que cualquier mujer hubiera podido desear.

—Estoy seguro de ello —afirmó Bannion. Había observado las discrepancias existentes entre el relato de Lucy y el de la señora Deery; pero se dijo que, en conjunto, el de ésta era el que probablemente se acercaba más a la verdad—. Lucy dijo que parecía muy feliz cuando se encontraron la semana pasada —añadió —. Por el contrario, al principio de conocerle parecía muy preocupado.

—Sin duda. Lucy es de la clase de mujeres que originan preocupaciones a los hombres. Quizá no se le ocurriera esta cuestión.

—No; estoy seguro de que no se le ocurrió —convino Bannion. Decidido a provocarla un poco más, añadió—. Me dio la impresión de que sabía algo más; algo que no llegó a decirme. ¿Cree que puede existir alguna otra información o fantasía que ella pudiera mantener en silencio?

La señora Deery movió la cabeza lentamente.

—No lo sé. ¿Quiere decirme por qué tiene usted tanto interés en el relato de esa joven?

—Porque si miente, lo que parece bastante probable, me gustaría conocer el motivo. Quizás esté planeando algo que podamos evitar, siempre y cuando tengamos idea de ello. Por ejemplo, se le puede ocurrir someterla a usted a chantaje bajo amenaza de desacreditar a su marido. No es que tenga muchas posibilidades de éxito, pero la gente a veces se hace proyectos extraños.

—Sería muy propio de esa mujer —concretó la señora Deery.

—A propósito, ¿la conoció usted en Atlantic City?

—La vi allí una sola vez.

—Bien —dijo Bannion, y haciendo una pausa sonrió antes de añadir—: Gracias otra vez, señora Deery. Lamento importunarla teniendo en cuenta las circunstancias. Pero si Lucy intenta algo contra usted, comuníquemelo en seguida. Procuraremos contrarrestarlo cuanto antes.

—Gracias. Así lo haré.

Fueron juntos hacia la puerta.

—Hace tan buen tiempo que le gustaría a uno ir a Atlantic City —manifestó Bannion—. ¿Tiene todavía su casa allí?

—No; la tuvimos que vender hace años. Tal como está la vida, no pudimos continuar permitiéndonos ese lujo.

Bannion asintió con aire comprensivo; le volvió a dar las gracias, estrechó su breve y fría mano y luego de bajar las escaleras se metió en su automóvil. En su opinión, el asunto Lucy Carroway podía considerarse terminado. Casi lamentaba haber obligado a la viuda de su compañero a recordar lo que debió haber sido para ella un episodio doloroso…, mas así lo exigía su trabajo.

Una vez en la oficina, Bannion se vio arrollado por una repentina acumulación de trabajo. Se había producido una agresión mortal en la Diecinueve, y el cuerpo de una joven fue hallado en Fairmont Park. La chica, una estudiante de Instituto, había sido golpeada hasta causarle la muerte. Faltaba de su casa desde la noche anterior, luego de no haber acudido a la cita con su novio. Bannion envió a Burke al lugar del primer caso por tratarse de un asunto rutinario, y él se fue con Katz a Fairmont Park. Cada periódico había enviado a tres o cuatro de sus colaboradores y el superintendente estaba haciendo declaraciones y dejándose fotografiar. Bannion enfocó el asunto lenta y cuidadosamente, asintiendo con cortesía a la petición del superintendente para que se realizara una inmediata detención, mientras, por otra parte, trataba de mantener a raya a los informadores. Bannion pensó que aquella tarea, la menos limpia y más desagradable de tales episodios, debía finalizarse el primer día, incluso en las primeras horas, ya que de lo contrario se alargaría eternamente. Fue Jerry Furnham, el duro pero amable informador del *Express*, quien le dio una pista aprovechable. Tocando el brazo de Bannion le espetó:

—El novio está hecho polvo. Pareció como si hubiera llorado antes de llegar aquí. Le vi yo mismo. ¿Cómo pudo prever lo sucedido? ¿Acaso tiene una bola de adivino?

Bannion echó una ojeada, con disimulo, al joven novio de la muerta, un muchacho de buena complexión, con el pelo muy corto y los números de su Instituto en el pullover. Tenía cogido del brazo al padre de la chica, que sollozaba histéricamente. Bannion se pasó una mano por la frente con expresión cansada.

—Gracias, Jerry —dijo.

No volvió a la oficina hasta las dos. El segundo turno de la noche, el de doce a ocho, estaba allí —expresó el sargento Heineman—. No se olvide de anotar las horas extra, Dave.

—No me olvidaré —replicó Bannion.

—He estado pensando en ese chico de Fairmont Park —dijo Heineman—. Es el novio, ¿verdad?

—Me parece que sí —contestó Bannion—. Se hundió antes de que le interrogáramos a fondo. Dijo que le había dado una bofetada después de discutir con ella, pero que luego se excitó y empezó a golpearla más fuerte —explicó Bannion moviendo la cabeza—. Hizo protestas de ser un buen muchacho. Bueno, Katz está con él en la comisaría. Lo retendrán allí toda la noche, así es que no tiene que preocuparse.

—Me gustaría pasar una hora con ese hijo de perra —rezongó uno de los detectives.

Bannion exhaló un suspiro.

—Calma, calma —dijo—. Ya nos veremos —añadió dirigiéndose a todos en general. Y salió del recinto.

Llegó a su casa a las dos y cuarto. Se sentía muy cansado, pero estaba convencido de que no se dormiría fácilmente aun cuando se metiera en la cama. Lo ocurrido aquella noche, el amargo e insensato dramatismo de los hechos pesaba sobre su espíritu como una losa. Se sentó sin quitarse el abrigo, y encendió la lámpara que había junto al sillón. Permaneció allí un minuto con la cabeza reposando en el respaldo y luego tomó de la librería un volumen encuadernado en piel que sostuvo abierto sobre sus grandes manos. Empezó a leer al azar forzándose un poco al principio; pero luego,

gradualmente, se fue sumergiendo por completo en aquel mundo de frases que tan bien recordaba; un mundo que parecía encontrarse a una enorme y apacible distancia de aquel otro, amargo y duro, en el que debía vivir y trabajar. El libro era «Subida del Monte Carmelo», el oscuro y bello relato de la identificación idealista de San Juan con su Dios. Tanto las palabras como el sentido de ellas fueron penetrando en Bannion: «¡Oh dichosa ventura!… Salí sin ser notada estando ya mi casa sosegada… Oh noche que iluminas… Oh noche que juntaste amado con amada…»

Bannion dejó el libro quince o veinte minutos más tarde y se puso de pie. Se desperezó con gran fuerza, sintiéndose relajado y en paz consigo mismo, y luego apagó la luz de la lámpara y avanzó silenciosamente por el oscuro pasillo en dirección al dormitorio.

Kate estaba dormida; pero se despertó y encendió la luz cuando él se metía en la cama, minutos más tarde.

—Una dura jornada, ¿verdad? —preguntó con voz suave y soñolienta.

—Sí, muy dura —respondió él reposando su cabeza sobre el hombro de Kate—. Apaga la luz, cariño.

—Dave, has tenido una llamada. De una chica.

—¿Dio el nombre?

—No. Supongo que era una chica joven. Dijo que dejaría los veinte dólares que te debe al barman del *Triangle*. Eso fue todo. ¿Es que te dedicas a hacer pequeños préstamos, querido?

Bannion se incorporó, apoyándose sobre un codo.

—Este asunto no tiene nada de divertido —arguyó. Miró hacia la oscuridad, consciente del latido de su corazón, de la suave proximidad de Kate y del cálido y agradable silencio.

—Lo siento. Yo me limité a tomar el recado —dijo Kate.

—Bien. Lo comprobaré mañana —repuso Bannion volviendo a poner la cabeza sobre el hombro de ella. Estuvieron silenciosos un momento. Luego Bannion añadió—. ¿Me prestarías veinte pavos, cariño, si me vieras con frío y con hambre?

—Desde luego.

A la tarde siguiente tenía mucho trabajo por hacer, así es que hasta las seis no pudo dedicarse a compro bar la llamada telefónica.

La muchacha había mencionado el *Triangle* y ésta era la única parte del mensaje que tenía algún sentido. Se dijo que quizá Lucy intentaba por alguna razón establecer contacto con él sin querer dar su nombre. Conectó con la línea exterior y marcó el número del bar.

—Diga —contestó una voz de hombre.

—Aquí el sargento Bannion, del Departamento de Homicidios. Quiero hablar con Lucy Carroway.

—¿Lucy? Ya no trabaja aquí.

—¿Cuándo se ha marchado?

—¿Y yo qué diablos sé, sargento? Cuando llegué esta tarde, a las tres, ya no estaba. Quizá el amo se lo explique mejor, pero tampoco se encuentra aquí en este momento.

—Bien. Pasaré a verles. Si el patrón llega, dígale que me espere. ¿De acuerdo?

—Sí, desde luego. Pero, oiga, ¿qué pasa? ¿Se ha metido esa chica en algún lío?

Bannion colgó el teléfono sin contestar y recogió su abrigo. La pregunta del barman repetía la suya propia: *¿Es que se ha metido esa chica en algún lío?* Eso era lo que intentaba saber. Tal vez se hubiera visto atraída por un empleo en otra ciudad; mas, por algún raro motivo, aquella idea no acababa de convencerle.

—Voy a salir —dijo a Neely—. Estaré de regreso dentro de una hora.

—El teniente quiere verle —le avisó Neely—. Ahora tiene una visita, pero dijo que entre usted dentro de quince minutos.

Bannion empezó a pasear por el suelo polvoriento y lleno de colillas, mientras en su rostro, normalmente alegre, se pintaba una expresión ligeramente preocupada.

—¿Para qué querrá verme? —preguntó.

Neely se encogió de hombros, manteniendo impasible su rostro rojizo de fox terrier.

Bannion se acercó a la ventana y miró hacia Market Street ahora a oscuras y atestada de apresurados viandantes. Se oía el lejano y airado sonar de los pitos de los guardias y el sordo rumor del tráfico. Miró, aunque casi sin verla, la escueta y bella estructura del edificio PSFS, el enorme anuncio de trajes Adams y la brillante sucesión de escaparates que flanqueaban al oscuro río que formaba la calle. Finalmente consultó su reloj.

—Neely, dígale que ya me había marchado.

—Pero es que le comuniqué que estaba usted aquí. Llamó mientras hablaba por la línea exterior —replicó Neely.

—Pues dígale que tengo algo que no puede esperar. Le veré cuando regrese.

Neely se encogió de hombros, desinteresándose del asunto.

—De acuerdo —dijo.

Bannion no quiso coger el coche porque con aquel tráfico llegaría antes andando. A los diez minutos estaba en el *Triangle*. El bar se encontraba casi vacío; no había músicos en el estrado y sólo unos cuantos clientes tomaban cervezas. En el local de al lado había empezado el espectáculo. Podía oír el sonido velado de una música exageradamente sincopada que llegaba a través de las paredes.

El barman era el mismo de la noche anterior. Acercóse a Bannion sonriendo.

—El señor Lewis no ha vuelto todavía, sargento. A lo mejor está ahí al lado viendo la función —dijo.

—¿Hay alguien que pueda acompañarme y me indique quién es?

—Sí, desde luego —el hombre volvió la cabeza y gritó—. ¡Jimmy! ¡Eh, Jimmy! Acércate.

Un joven negro y delgado que llevaba un blanco delantal empujó una puerta oscilante situada al extremo del bar y se quedó mirando intrigado al barman y a Bannion.

—Jimmy le acompañará —indicó el barman—. Lleva al sargento ahí al lado e indícale quién es el señor Lewis, Jimmy.

—Desde luego. Venga conmigo, por favor.

Bannion le siguió hasta la calle y luego entraron en el vestíbulo del teatro. Enseñó su insignia al portero y se introdujo en la sala oscura y llena de humo. No era un lugar agradable. Las alfombras estaban gastadas y sucias y el acre hedor de un desinfectante para lavabos campeaba por encima del originado por el tabaco malo y el sudor. El auditorio era escaso: cincuenta o sesenta hombres agrupados en la primera media docena de filas. Pero, al parecer, lo estaban pasando muy bien riendo a carcajadas la actuación de dos cómicos y de una rubia enorme y medio desnuda.

El negro, seguido por Bannion, bajó por el pasillo lateral

izquierdo y llamó en voz baja a un hombre sentado en la segunda fila.

—Este caballero quiere verle, señor Lewis.

El señor Lewis estaba tan arrellanado en su butaca que apenas si se le veía la cabeza. Disfrutaba tanto con la representación que tenía lágrimas en las comisuras de los ojos cuando miró a Bannion por encima del hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadado.

—Soy policía. Vamos afuera —le dijo Bannion.

El señor Lewis, hombre pequeño y delgado, se puso en pie como si un resorte acabara de dispararse bajo él. Se pasó las manos por su negro y escaso pelo y dijo al tiempo que tomaba a Bannion por el brazo:

—Desde luego, desde luego. ¿Pertenece a la Sección de Control de Bebidas Alcohólicas?

—No —respondió Bannion.

—Entonces, me alegro —dijo Lewis echándose a reír y siguiendo a Bannion a paso ligero hasta la salida. Bannion dio las gracias al negro, que sonrió y se marchó. Lewis iba atildadamente vestido y se agitaba impulsado por una gran energía interior. Desde el momento en que se puso de pie, dada la impresión de ir a iniciar un movido baile.

—Bueno, ¿qué pasa agente? —preguntó palmeando a Bannion en los dos brazos con las manos abiertas—. Diantre, ¡qué grande es usted! Supongo que no pasa nada con mi establecimiento, ¿verdad?

—No. He venido a preguntarle sobre una chica llamada Lucy Carroway. Tengo entendido que se ha despedido. Quiero que me cuente algo de ella.

Lewis pareció aliviado.

—Desde luego, desde luego. Se marchó anoche. Sin más ni más va y me dice que quiere que le pague y que se larga. Bueno, a mí esas chicas no me deben nada, excepto su trabajo. Es lo que siempre digo, así es que le respondí: «Bueno, bueno, Lucy, si deseas irte, pues que tengas mucha suerte.» Le pagué y se fue. Y eso es todo.

—¿A qué hora ocurrió? Cuénteme lo sucedido, con la mayor precisión posible.

—Lo intentaré —expresó Lewis entornando los ojos—. Salió a cenar a las diez y cuarto o diez y media. Y al regreso fue cuando me

dijo que quería marcharse. De modo que debían ser sobre las once y media.

—¿Iba sola cuando salió y volvió a entrar?

—La verdad es que no lo sé. Pero sí estaba sola cuando me dijo que se marchaba… «Señor Lewis, me voy… y quiero que me pague»… ¿Adónde vas?…, le pregunté… «Al Sur», contestó. ¿Qué le parece? —inquirió Lewis subrayando la pregunta al dar una patada en el suelo con su elegante zapato—. Aquí me tiene, con todo mi golpe de elegancia y de dinero…, según dicen, sin poderme mover de esta ciudad, mientras una cualquiera como ésa vuela hacia el Sur. Como digo muchas veces, el ser capitalista no sirve para nada. Bueno, le pagué y se fue. Eso es todo. ¿Se encuentra en algún apuro?

—Todavía no lo sé —reflexionó Bannion—. ¿Dónde vivía?

Lewis se encogió de hombros, con expresión desconcertada.

—¡Y yo qué sé! Debía habérselo preguntado, pero la verdad es que no lo hice. Verá, inspector, aquí las chicas entran y salen continuamente. La mayoría no tienen más que una maleta con sus vestidos. Eso es todo cuanto las separa de un asilo. Van de un lado para otro, ¿comprende? Y nadie se preocupa lo más mínimo. Esa Lucy está ahora, a lo mejor, camino de Miami, pero no me extrañaría que mañana volviera por aquí a pedir trabajo otra vez. La cosa funciona así.

Bannion hizo una señal de asentimiento, frunciendo el ceño. El viento penetraba por debajo de las puertas del vestíbulo, barría los rincones, arremolinaba el polvo y el tabaco sobre el suelo de madera y movía los desgarrados márgenes de los carteles anunciando a las deslumbrantes artistas.

—Sí. Ya veo que esto funciona así —dijo Bannion—. ¿Tenía alguna amiga entre las chicas que pudiera darme sus señas?

—¡Buena idea! —convino Lewis, haciendo chasquear los dedos —. Se lo preguntaremos a Elsie. Eran buenas compañeras. Ella y Lucy andaban siempre juntas —se echó a reír tomando a Bannion por el brazo—. Si no fuera porque las dos estaban chifladas por mí, aseguraría que sus aficiones eran tan raras como un billete de tres dólares.

Elsie era una rubia alta y simpática con grandes ojeras moradas. Sabía dónde había vivido Lucy. En el hotel Reale, de Spruce, bajo la

calle Seis.

—Espero que no se encuentre en apuros —dijo—. Lucy es muy buena chica.

—No. Se trata de un asunto de mera rutina —le aseguró Bannion.

—¡Oh! Ustedes siempre dicen eso aun cuando se trate de un incendio provocado o de haber robado una bomba atómica —comentó Elsie, dubitativa—. De todos modos, espero que me haya dicho la verdad.

—Así es. Puede creerme —respondió Bannion—. Gracias, Elsie.

Bannion tomó un taxi hasta el Reale, un hotel de tercera con un vestíbulo asombrosamente limpio. Explicó quién era y lo que quería a un conserje joven que llevaba lentes de concha y tenía una expresión inquisitiva y atenta.

—Miss Carroway se marchó anoche, señor —contestó—. Yo estaba de servicio y recuerdo muy bien la hora. Eran las doce y cuarenta y cinco.

—¿Iba sola?

—No, la acompañaba un hombre.

—Comprendo —dijo Bannion encendiendo un cigarrillo mientras un huésped de aspecto fatigado de más de cincuenta años entraba, pedía la llave, preguntaba sin mucha esperanza si había correo para él y se iba lentamente hacia el ascensor—. Me gustaría saber todo cuanto pueda decirme sobre ese hombre —prosiguió Bannion—. Bien. Entraron juntos. A partir de ahí, cuénteme todo lo que sepa.

—Verá —empezó el conserje frunciendo ligeramente el ceño y pellizcándose la delgada nariz—. Entraron juntos. La señorita Carroway pidió la llave y me dijo que se iba a marchar y que le tuviera la factura preparada para cuando bajase. El caballero permaneció tras ella a cosa de dos metros, pero con la cara vuelta, de modo que sólo vi su perfil.

El conserje hizo una pausa y Bannion le dejó tomarse el tiempo necesario. Era un buen testigo, muy atento a los detalles.

—Ella y el caballero subieron en el ascensor a la habitación de la chica —continuó—. Normalmente lo tenemos prohibido, pero en este caso no les dije nada puesto que ella se iba a marchar—. Se encogió de hombros ligeramente—. Este no será el mejor hotel del

mundo, pero mantenemos ciertas normas. De todos modos, bajaron a los diez o quince minutos. La señorita Carroway pagó su cuenta correspondiente a sólo tres días y se marchó. Creo que el caballero tenía un coche porque en Spruce Street no hay tranvía y la parada de taxis más próxima se encuentra a casi un kilómetro.

—¿No llamó ella por teléfono desde aquí?

El conserje pareció enfadarse consigo mismo.

—¡Me había olvidado! —exclamó—. Sí, en efecto, poco antes de marchar utilizó el teléfono aquí, en el vestíbulo.

—¿Qué hizo su amigo mientras ella hablaba?

—Espere… La acompañó a la cabina y esperó allí.

—¿Cerró ella la puerta?

El conserje sonrió cual si se excusara otra vez.

—Lo siento, pero no lo vi. Aunque…, espere un momento. Debió permanecer abierta porque oía su voz. Es curioso cómo se recuerdan algunos detalles.

—Sí, una cosa lleva a otra. ¿Qué decía?

—No lo escuché; compréndame. Su voz… quiero decir… veamos… sonaba como un rumor, como una música de fondo. Sólo oí algo sobre veinte dólares. Aunque no sé qué tendría que ver aquello con la conversación.

—¿De modo que veinte dólares?

—Sí, sí. Eso dijo.

—¿Qué aspecto tenía aquel hombre?

—Èra muy corpulento —aseguró el conserje luego de pensarlo —. No tanto como usted, pero de buen tamaño. Llevaba un abrigo de piel de camello, y al parecer su pelo era oscuro. Iba con un sombrero blanco. Su piel era también oscura y tenía una nariz bastante grande. Una descripción bastante vulgar, ¿verdad? Pero es todo cuanto puedo decirle.

—Está muy bien —aprobó Bannion—. Muchas gracias. ¿Reconocería a ese hombre si viera su retrato?

—No estoy muy seguro.

—Bueno. A lo mejor vuelvo un día de éstos. Gracias de nuevo.

Una vez fuera, Bannion se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento y caminó en dirección oeste por Spruce Street. Era una larga caminata hasta el Ayuntamiento; siete manzanas en dirección a Broad Street y tres más hacia Market, pero aprovecharía

el tiempo para reflexionar sobre lo que acababan de decirle. No era mucho en realidad, y a menos que sucediera algo imprevisto, se encontraba en un callejón sin salida. De todas maneras, Bannion sentía la curiosa sensación de que, en efecto, algo imprevisto iba a suceder pronto.

4

Cuando Bannion entró en la Sección de Homicidios, Neely hizo un guiño a la vez que señalaba con un movimiento de cabeza la puerta de la sala de espera del teniente Wilks.

—Le está esperando —dijo.

—¡Malo! —exclamó Bannion, devolviéndole el guiño. Y echando el sombrero y el abrigo sobre una mesa se fue hacia la sala de espera del teniente, donde un agente de uniforme que desempeñaba el cargo de secretario de Wilks se afanaba escribiendo a máquina.

—El teniente le espera, sargento —dijo—. Ya puede entrar.

—Gracias..

Wilks estaba sentado tras de su mesa. Era un hombre alto y delgado, de unos cincuenta años, de aspecto muy correcto en su bien hecho uniforme que prefería al traje de paisano. El despacho estaba muy frío. Wilks creía en una vida austera y, excepto en los más crudos días de invierno, sus ventanas permanecían abiertas. Era de los aficionados a los baños helados y a los largos paseos.

—Siéntese, Dave —le dijo indicando el sillón situado ante la mesa—. Me ha puesto usted en un aprieto, así es que vamos directamente al asunto.

Wilks tenía la precisión de un martinete; hablaba con gran fuerza en frases breves no siempre bien ajustadas y miraba de forma penetrante e impasible. Era un tipo dinámico, muy consciente de su labor de policía, y resultaba muy valioso al Departamento como figura a la que atribuir un carácter distinguido que inspiraba confianza. Wilks era sensacional en los banquetes, en las comidas del Rotary y en los clubs femeninos. Su cara ascética fríamente recortada y su cuerpo esbelto, como resultado de un adecuado régimen, del ejercicio y de la ayuda de un buen sastre, eran suficientes como para eliminar cualquier duda que pudiera presentarse sobre la eficacia de la Policía. El papel le había sido más

o menos otorgado a propósito, pero lo que Bannion no sabía era si le gustaba o no.

—Decker me ha armado un escándalo, así es que le voy a pasar el paquete a usted, Dave —dijo—. ¿Por qué diablos ha estado molestando a la mujer de Tom Deery?

Bannion no sintió temor alguno ante la dura expresión de Wilks y su mirada acusadora y penetrante. Lo único que le interesaba era que la señora Deery hubiera transmitido una queja al Departamento y, aún más, que éste se tomara aquello tan a pecho.

—Sólo fueron unas preguntas de rutina, teniente.

—Pues a mí me ha parecido una acción completamente inútil —repuso Wilks haciendo chasquear sus palabras—. ¿Qué diantre ha hecho con su sentido común, Dave?

Bannion se movió un poco en su silla.

—Quisiera explicarle esto un poco —respondió.

Sentía cómo la cólera se iba apoderando de él, pugnando por estallar de un momento a otro. Siempre había sido su mayor defecto aquella cólera violenta que a veces anulaba el control de su razón y de su juicio. Trató de dominarla como venía haciendo desde muchos años antes. Porque Bannion no se permitía ningún exceso en tal sentido. Rehusaba ceder ante aquel latente impulso de violencia y de infundado deseo de destrucción. Se le conocía como un hombre afable y tranquilo, pero sólo él sabía el esfuerzo que le costaba representar dicho papel.

Wilks frunció el ceño, contrariado por el tono de Bannion. Solía reaccionar de dos maneras ante todo conato de insubordinación. O se ponía a gritar pomposo y amenazador, o aceptaba el reto como si se dirigiera contra el Departamento en vez de contra él personalmente, adoptando una actitud altiva cual si considerase a los demás como una cuadrilla de imbéciles. Esta vez escogió la segunda versión.

—Ya sabe usted cómo es Decker, Dave —dijo relajándose un poco y sonriendo—. Hubiera sido un buen sargento, pero se le nombró ayudante del superintendente. Siempre he dicho lo mismo. De todos modos, está que arde sobre este asunto, así es que habrá que calmarle. Haya paz en la familia. ¿No cree, Dave? Y ahora cuénteme lo que ha pasado.

Bannion le contó lo sucedido con Lucy Carroway, lo que ésta le

había dicho de Tom Deery y el que luego hubiera abandonado su trabajo en el *Triangle*. Cuando hubo terminado, Wilks se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Bien, pues no veo nada de raro en todo eso —dijo—. Usted trató de comprobar la historia de esa Carroway hablando con la señora Deery; lo que forma parte de su tarea. Luego la chica hizo sus maletas y se largó. El asunto parece acabar aquí, ¿no cree?

—Sí, lo parece —corroboró Bannion—, pero lo raro es que se haya ido.

—¿Por qué? Las chicas de su clase son aves migratorias. A lo mejor se asustó después de haber hablado con usted y prefirió largarse. Creyó estar causando algún problema y se puso nerviosa. En cuanto a esa historia sobre la salud de Deery es su palabra contra la de su mujer, Yo me inclino por la de esta última, en especial teniendo en cuenta que no hubo ninguna otra causa aparente en el suicidio.

—La señora Deery ha protestado, al parecer, bastante airadamente —expuso Bannion—, pero ¿por qué se ha puesto así? Cuando hablé con ella se mostró muy cooperativa y deseosa de ayudar. ¿Qué le haría cambiar de actitud?

—La verdad es que Decker dijo que había estado muy simpática —explicó Wilks—. No le eche nada en cara. A mi modo de ver, todo es cosa de Decker. Ella se mostró curiosa y le llamó. Pero usted ya sabe cómo es ese hombre. Cree que las mujeres de los policías deberían ser beatificadas cuando se anuncia la muerte de sus maridos. Le ha molestado que la inquietemos —Wilks hizo una pausa y luego sonrió—. Pero ya le calmaré, no tenga cuidado. Y deje de preocuparse por ello.

Bannion no estaba muy seguro con respecto a Wilks. La mayor parte de los policías eran honrados y Wilks probablemente también lo era a su modo. No necesariamente los tipos influyentes tenían que comprar a cada policía de la ciudad; pero media docena de ellos que fueran deshonestos y estuvieran colocados estratégicamente eran capaces de anular el trabajo de un millar de los otros. A lo mejor Wilks formaba parte de ese pequeño y corrompido grupo. Bannion no estaba seguro, pero le desagradaban las personas que daban órdenes con rodeos y sonriendo. Y Wilks seguía sonriendo mientras sus palabras continuaban como

pendientes en el aire. No la moleste más, Dave. Desde luego, era una orden. ¿Se debería a la tierna sensibilidad de Decker ? Un hombrecillo insignificante se había pegado un tiro; pero por tratarse de un policía, nadie debería molestar a su mujer con los procedimientos normales en una investigación. Aquello no tenía ningún sentido. Quizá para un niño sí lo tuviera; mas no para él. No la moleste más, Dave. Aquello era presión. ¿De dónde procedía? Sin duda, de los personajes importantes. Se sabían sus nombres, se les saludaba en la calle y tenían a todo un Departamento de Policía y a la ciudad en sus manos. Y cuando apretaban el puño su fuerza se notaba en seguida.

—De acuerdo, no la molestaré —acató Bannion finalmente.

—Eso me gusta —aprobó Wilks todavía sonriendo.

Una vez fuera del despacho, Bannion volvió a ocupar su mesa sin hacer caso del rumor de conversaciones que se oía a su alrededor, y miró por la oscura ventana hacia el resplandor de Market Street, que obligaba a entornar los ojos. Finalmente, puso una hoja de papel en su máquina de escribir, redactó una detallada descripción de Lucy Carroway, la leyó dos veces con el ceño fruncido. Estaba bien, pero no acababa de gustarle. Por último, se encogió de hombros y fue hacia donde estaba Katz, a quien entregó la hoja.

—Lleve esto al de la radio y dígale que lance una alarma en tres Estados para tratar de localizar a esa joven.

—De acuerdo —dijo Katz.

Bannion le miró mientras salía de la estancia y después se sentó a su mesa y volvió a mirar por la ventana. Estaba metiéndose en algo que no le concernía; pero lo mismo había hecho Lucy Carroway.

Al día siguiente dedicó algún tiempo a realizar pesquisas acerca de un hombre con la nariz grande, la piel oscura y el pelo negro o castaño que debía llevar un abrigo de piel de camello. El Departamento de Archivos no le sirvió de gran cosa, dado que la descripción era demasiado general. Nadie del Departamento de Negocios Ilegales conocía a aquel hombre y no pudo tampoco averiguar nada en las comisarías de distrito distribuidas por toda la

ciudad. Un contable, entre las calles Broad y Market, le miró asombrado y le dijo que aquella descripción parecía la de su hermano, pero que éste —y pareció sentir un gran alivio al declararlo— se encontraba en Corea con el Ejército. La única pista se la dio un policía de paisano que actuaba en la Sección de Represión del Vicio.

—Podría ser un tal Burrows; Biggie Burrows —indicó—. Se parece mucho a él aunque la descripción es algo vaga. Ese Burrows es de Detroit y hace unas semanas trabajó con Stone. Al menos, es lo que se dice. No conozco a Burrows, tan sólo he oído hablar de él.

—Burrows, ¿eh? Bien, gracias.

Bannion volvió al despacho, donde todo estaba muy tranquilo. Subió de nuevo la escalera hacia el Departamento de Archivos; pero allí no había nada sobre Biggie Burrows. Bannion dijo al sargento que mandara un telegrama a Detroit pidiendo la ficha de aquel hombre.

Comprobó con el encargado de la radio mas tampoco obtuvo resultado. La alarma dada en tres estados sobre Lucy Carroway no había servido para nada.

La noche era tranquila. Bannion se puso a fumar dejando que sus pensamientos revolotearan perezosamente en la dirección que les pareciera más adecuada.

¿De modo que Biggie Burrows estaba en la ciudad trabajando para Stone? Aquel Stone era uno de los «grandes». El mayor en todo el Oeste. Y capaz de ejercer mucha presión. Cuando Stone cerraba la mano se notaba su fuerza.

Carmody y Burke estaban discutiendo de política.

—Pongamos que sólo hay dos partidos. Llamémosles el de «dentro» y el de «fuera» —decía Burke paseando por la habitación con una expresión extrañamente seria en su rostro alargado— Los de «dentro» han hecho siempre lo que han querido hasta donde es posible recordar. Todo a su gusto. No tienen que dar cuentas a nadie. Y así es como consiguieron un gobierno despreciable, malas escuelas y una ciudad llena de vagabundos. Los políticos se olvidan de que la ciudad pertenece al pueblo y la tratan como si fuera una propiedad particular.

—¿Y tú crees que los de «fuera» lo harían mejor? —preguntó Carmody.

—Naturalmente que sí —repuso Burke—. No es que sean mejores en sí mismos; pero una escoba nueva siempre barre mejor que una vieja. Apenas lleguen empezarán a barrer a los zánganos y a acosar a los rufianes encubiertos. Sin embargo, cuando les llegue la hora de descansar serán ya tan malos como los de «dentro». Y habrá llegado el momento de echarlos fuera a ellos también. Por ese procedimiento se evita una relación demasiado larga y fructífera entre los políticos y los golfos.

Bannion escuchaba aquella conversación olvidándose inconscientemente de sí mismo, de Lucy Carroway y de Biggie Burrows.

—Bueno —dijo Carmody—, el mes que viene hay elecciones. Ya veremos lo que piensa la gente de los de «fuera».

—La gente se merece el gobierno que tiene —intervino Katz desde detrás de su periódico.

—¿Cómo? —interrogó Carmody.

—Lo he leído en un libro; pero no me preguntes su significado —respondió Katz.

La noche proseguía tranquila. Bannion fumaba y miraba por la ventana volviendo a pensar en Lucy Carroway y en los contactos que podían existir, si es que había alguno, entre ella y Max Stone. Al día siguiente, se cambiaban los turnos y empezaría a trabajar en jornadas diurnas, de ocho a cuatro durante toda una semana, lo que significaba que iba a dormir muy poco aquella noche. Se alegró de que no surgiera ningún trabajo imprevisto. El sargento Heineman llegó a las once, es decir, una hora antes de lo normal, para darles un poco de respiro, y Bannion se fue a su casa preguntándose si la alarma en tres estados aportaría algún informe sobre Lucy Carroway. Si no había noticias de ella a la mañana siguiente tendría que olvidar el asunto o enviar un aviso a ocho estados; aunque no tenía motivo que justificara aquella medida y los consiguientes gastos.

Pero a la mañana siguiente iba a recibir noticias de Lucy Carroway. Neely, que había llegado antes que él, le entregó un informe.

—Estaba esperando esto, ¿verdad, Dave? —le preguntó.

Bannion dejó sobre el mostrador la tacita de café que llevaba en la mano y tomó el informe que le ofrecía Neely, leyéndolo

rápidamente.

La Policía del Estado, en Radnor, Pensilvania, había localizado a una mujer que respondía a la descripción enviada el día antes por la Sección de Homicidios de Filadelfia. Un camionero la había encontrado muerta en la autopista de Lancaster, a las dos de la madrugada. El cadáver se encontraba en el hospital Saint Francis.

Bannion se frotó la frente lentamente. *El cadáver se encontraba en el hospital Saint Francis*. Notaba el olor del café allí a su lado y el del fragante tabaco de la pipa que fumaba Neely. Le llegaba también la claridad del sol al dar sobre el suelo polvoriento y los demás sonidos e impresiones del mundo a su alrededor.

—Voy a salir para ocuparme de esto —dijo a Neely—. No volveré probablemente hasta las nueve. Cuide de lo que ocurra.

—De acuerdo, sargento.

Bannion consujo su coche a lo largo del Schuylkill, y atravesó Ardmore y Bryn Mawr, limpios y agradables pueblecitos de Main Line, llenos de Packards y de Buicks a lo largo de las calles y de sirvientas que hacían la compra en los centros comerciales. La atmósfera estaba clara y fresca, y un sol amarillento infundía vida a todo aquella haciendo resplandecer el río y dando un tono dorado a la mole gris gótica del Villanova College. Incluso los oscuros bosques invernales parecían cálidos y acogedores. Un ambiente muy distinto al de Filadelfia, se dijo Bannion. Allí había colegios de primera clase, grandes casas y gente simpática.

¿Qué diantres fue a hacer a aquel lugar Lucy Carroway?

Bannion dejó la autopista de Lancaster en Radnor y se dirigió al hospital Saint Francis, siguiendo una avenida bordeada de olmos. Entró en el Departamento de Accidentes, con su suelo de baldosines, y luego de darse a conocer a la enfermera le dijo lo que deseaba.

—Por favor, acompáñeme —la joven lo condujo por un pasillo silencioso con el suelo de linóleo, deteniéndose ante una puerta cerrada—. Pasé —le indicó.

Bannion abrió la puerta y entró en una habitación pequeña y alfombrada donde había dos sillones de mimbre. Sobre una mesa veíanse unas flores y de las paredes colgaban tres grabados con

escenas de caza. Un hombre alto, de pelo gris, se puso en pie y le tendió la mano.

—Soy Partnell, de la Sección de Detectives del condado —se presentó—. Y usted debe ser Dave Bannion.

—En efecto.

—He visto su foto en el periódico y en algún otro sitio —dijo Partnell. Tenía una cara delgada y morena y una frente despejada. Había en él algo de la fina y dura contundencia de un látigo. Su mano estrechó con fuerza la de Bannion y sus ojos lo miraron con la expresión de quien pasa mucho tiempo al aire libre.

—Se interesa usted por esa chica, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Qué le ha pasado?

—La arrojaron de un coche en la autopista anoche o a primeras horas de esta mañana. Tiene el cuello roto y el cráneo fracturado. Está en el cuarto de al lado que utilizamos como depósito de cadáveres. He ordenado una autopsia y el doctor va a empezar en seguida. Entremos.

—Bien —convino Bannion, quitándose el sombrero.

El cuerpo desnudo de Lucy Carroway estaba tendido sobre una larga mesa con cubierta de cinc, equipada con agua corriente y bordes en los lados. Encima estaba encendida una poderosa lámpara que podía ser elevada o bajada mediante un pedal. Ahora se encontraba a medio metro del cuerpo, un cuerpo que, a juicio de Bannion parecía muy pequeño, no mayor que el de un niño. El flequillo negro seguía perfectamente colocado sobre la frente. La cara carecía de expresión y estaba contraída como un trapo blanco. Bannion observó algunos detalles: el ángulo anormal de la cabeza en relación a los hombros, la suavidad de la piel, la pequeñez de los senos, y las grandes contusiones en caderas, piernas y brazos.

El forense, un hombre de aspecto cansado aunque atento, con un ligero tic nervioso en la mejilla izquierda, apretó el pedal haciendo bajar la lámpara de modo que casi tocada al cuerpo.

—Miren aquí —dijo, dirigiéndose a Bannion y al detective del condado, y señalando unos puntos en las esbeltas piernas, media docena de ellos entre los tobillos y las rodillas—. Yo diría que son quemaduras de cigarrillo —añadió.

Partnell dejó escapar una sorda interjección.

—Esto tiene el aspecto de uno de esos sórdidos crímenes

sexuales —expresó el doctor moviendo la cabeza—. Hay quemaduras por roce de cuerda en las muñecas y los muslos. Quizá el asesino se divirtió con ella y luego la arrojó del coche. ¿La buscaban para algo en Filadelfia?

—No; formaba parte de…, de otra cosa —respondió Bannion—. ¿Estaba muerta cuando la arrojaron del coche?

—No puedo decirlo todavía —respondió el doctor golpeando su escalpelo contra el borde metálico de la mesa—. Lo sabré dentro de quince o veinte minutos.

—¿La habían violado? —preguntó Bannion.

—No, pero ya sabe que eso es difícil de precisar en casos como el presente. Bueno, voy a empezar.

Bannion pasó a la estancia contigua junto con Partnell. No dejaba de recriminarse amargamente su modo de obrar, pensando que si hubiera actuado con más energía y se hubiera movido más de prisa; si hubiera sido más listo, quizá…

—¿Por qué le interesa esa muchacha? —preguntó Partnell empezando a llenar una pipa corta y negra—. Puesto que tengo que ocuparme del asunto, cualquier cosa me puede ayudar.

—La semana pasada un policía de Filadelfia se suicidó y según su esposa. El motivo fue su mal estado de salud. Pero Lucy Carroway opinaba lo contrario. Me aseguró que se encontraba perfectamente —Bannion se encogió de hombros y sacó sus cigarrillos—. No es gran cosa, como puede ver. Sólo una pequeña incidencia rutinaria. Pero luego Lucy desapareció y ahora está muerta.

—Puede ser pura coincidencia —comentó Partnell—. A mi modo de ver, fue asesinada por alguien a quien había visto por primera vez. Un hombre que debió invitarla a unas copas y se la llevó a dar un paseo.

—Podría ser —admitió Bannion.

El forense entró quince minutos más tarde. Se había puesto su chaqueta de paño y se estaba ajustando una corbata también de lana, color rojo oscuro.

—Cuando la echaron del coche estaba viva. Seguro —declaró—. La muerte debió ser causada, a mi modo de ver, por una costilla rota que le perforó el corazón. Aunque, desde luego, el cuello fracturado o la lesión craneal pudieron producir el mismo efecto.

Pero la costilla le entró en el corazón al estrellarse contra la calzada. Por eso creo que estaba viva cuando la arrojaron del coche.

A Bannion aquello le pareció discutible.

El y Partnell se fueron hacia el coche, levantándose el cuello del abrigo para protegerse del viento.

—Bien, buena suerte —dijo Bannion.

—La necesitaré —le repuso Partnell—. Quizá alguno de nuestros colaboradores nos pueda ayudar. Conocemos a unas cuantas personas que utilizan la autopista muy tarde: periodistas, algún médico e ingenieros de las centrales eléctricas que tienen turnos de noche y vuelven a su casa a altas horas. Realizaremos algunas investigaciones y trataremos de averiguar si alguno de ellos vio un coche aparcado o cualquier otra cosa anormal. Fuera de esto, no nos queda más recurso que esperar y confiar.

—Eso es lo que pasa en muchos casos.

—Si encuentra alguna pista en Filadelfia, llámeme por teléfono —dijo Partnell—. ¿Hubo algo de raro en el suicidio de ese policía?

—No, todo fue normal —respondió Bannion. Desde luego, Partnell no era ningún tonto.

Se estrecharon la mano y Bannion se puso al volante de su coche. Partnell le dio recuerdos para algunos detectives que. conocía en Filadelfia y luego repitió:

—Si averigua algo que pueda serme útil hágamelo saber.

—Desde luego.

Bannion volvió a la ciudad pasando por los luminosos pueblecitos de la Main Line disgustado consigo mismo amargado y furioso.

Desatendió por algunos días su trabajo ordinario y se dedicó a seguir hurgando en el caso de Lucy Carroway. El informe de Detroit sobre Biggie Burrows había llegado acompañado de tres fotografías. Burrows era un rufián de pelo negro y constitución robusta que había sido detenido prácticamente una vez cada año por delitos que iban desde el homicidio a la violación y a las agresiones desde hacía veinte años cuando emigró a América de su Cerdeña nativa. El nombre verdadero era Antonio Burfarino. Bannion tomó las fotos y se fue a ver al conserje del hotel Reale, pero éste no pudo realizar

una identificación positiva,

—Verá usted, llevaba sombrero y nunca se volvió de frente para que le viera bien la cara —dijo, estudiando las fotos de Biggie Murrows que habían sido tomadas por la Policía ocho años antes y en las que no llevaba sombrero—. La verdad es que…, no puedo estar seguro.

—Bien, gracias.

Bannion empezó a buscar a Biggie Burrows interrogando a confidentes, corredores de apuestas y prostitutas. Supo que había estado en la ciudad, que había trabajado para Stone y que había vivido en un excelente hotel de Chestnut Street. Si bien, ahora había desaparecido. Bannion fue al hotel y mostró las fotografías a los empleados, quienes lo identificaron en seguida. Había estado allí diez días, sin embargo, luego se marchó sin dejar ningunas señas. Precisamente, lo hizo el mismo día en que Lucy Carroway se perdía también de vista. Había una laguna de veinte horas entre el momento en que la joven se marchó del *Triangle* y aquel en que resultó muerta. En el intervalo la habían mantenido oculta y había sido torturada antes de asesinarla. Todo el procedimiento olía a organización de delincuentes. No era posible mantener oculto veinte horas a nadie contra su voluntad a menos de existir procedimientos para tener escondrijos, dinero, comida y transporte.

Bannion preguntó a los empleados del bar *Triangle*, a las chicas, cocineros, músicos, dependientes del bar y clientes asíduos; pero ninguno había visto a Lucy con alguien cuyas señas coincidieran con las de Biggie Burrows. Bannion no se desanimó; sólo se puso impaciente. Tenía el convencimiento de que, a la larga, lograría algo. Una noche se dedicó a investigar en las casas de vecinos próximas al hotel Reale, formulando la misma pregunta a todo el mundo: ¿Habían visto un coche aparcado delante del Reale sobre las doce y media de la madrugada, a principios de aquella semana? La mayor parte de las personas con quien habló le dijeron que estaban en la cama a tales ' horas; pero una mujer que había permanecido despierta esperando a su hija que debía regresar de una fiesta, recordó haber visto un coche frente al Reale. No sabía exactamente cómo era, sólo le pareció largo y brillante, y tenía la cubierta de lona. Sí, era un descapotable de gran tamaño.

Bannion pensó que se trataba de un dato positivo, ya que los

descapotables grandes no eran muy corrientes. Quizá Partnell, el detective del condado, podría localizar un coche semejante en la autopista. Uno de sus colaboradores quizá lo hubiera visto.

Trabajaba basándose en la teoría de que Biggie Burrows había asesinado a Lucy Carroway. No obstante, estaba dispuesto a abandonar aquel rastro si otro más interesante surgía de sus investigaciones, aunque por el momento, no tenía otro mejor. Si Lucy había sido secuestrada, si Burrows la apuntaba con una pistola cuando salían del hotel Reale, aquello aportaría una hipótesis que hasta cierto punto, justificaba el que lo hubiera llamado por teléfono y la mención de los veinte dólares. Asustada y sin saber qué hacer, Lucy quizá pidió a Burrows que la dejara efectuar una llamada telefónica cualquiera. Y había intentado dar una pista a Bannion mencionando el bar *Triangle*. Fue una tentativa desesperada de encontrar ayuda, que él no había captado a su debido tiempo.

La tercera tarde de su búsqueda, Bannion entró en la sección de Homicidios sintiéndose cansado y abatido. Firmó los informes que había sobre su mesa, dijo buenas noches a Neely y se fue a su club en Arch Street. Una vez allí, y luego de ponerse el traje de gimnasia pasó una hora trabajando con las pesas, único ejercicio que parecía dar a su robusto cuerpo el descanso físico que necesitaba. Tres o cuatro estudiantes observaron cómo hacía su gimnasia. Apoyado con fuerza sobre sus pies separados, elevó unas pesas de ochenta kilos diez veces seguidas hasta la altura de su cabeza. Luego, intercalando descansos de dos minutos, repitió la secuencia cinco veces. El cuerpo de Bannion era como una máquina. Una vez iniciado un trabajo, podía continuarlo todo el día. Pero no era un atleta obcecado de los que gustan de exhibirse en las playas. Sentía cierto interés impersonal por su fuerza como si estuviera solamente encargado de mantenerla en forma. Bannion había aprendido con el tiempo que cuanto más dispuesto está uno para evitarse contrariedades, menos posibilidades existen de que éstas nos afecten. No le gustaban los problemas ni tener que utilizar sus puños con otras personas. Si alguna vez las circunstancias le obligaban a ello o su cólera le sacaba de quicio, se sentía disgustado

y degradado después. Conocía muy bien aquel trazo violento de su carácter y había procurado dominarlo o al menos tenerlo a raya adquiriendo una fuerza suficiente como para rechazar los efectos de una contrariedad antes de que empezaran a tomar cuerpo. De todos modos, sabía muy bien que tal problema no era únicamente suyo sino que afectaba por igual a todos los bondadosos gigantes que hay en el mundo.

Se puso una toalla alrededor del cuello y sonrió a los muchachos.

—Es el precio que pago por gustarme demasiado las patatas —explicó.

Estuvo hablando con ellos un rato, respondiendo a sus preguntas y enseñándoles cómo había que levantar las pesas sin peligro de romperse una muñeca. Después se fue a la ducha, sintiéndose relajado y tranquilo al haber eliminado la rigidez de sus miembros. Tomó el coche y volvió a su casa, pensando en que le estaba esperando la cena.

A la mañana siguiente llegó con una hora de retraso al Departamento. Se había detenido en un bar frecuentado por algunos de los hombres de Stone, con la intención de averiguar algo sobre Burrows. Mas su intento resultó vano. Cuando daba la vuelta al mostrador del despacho, Neely señaló la puerta de Wilks.

—Urgente —dijo—. Muy, muy urgente.

—Bueno, bueno, ¿está enfadado?

Neely hizo una señal de asentimiento.

Bannion entró en el despacho de Wilks sin haberse quitado el abrigo. Wilks le miró y luego fijó la vista en un informe que estaba leyendo.

—Siéntese, Dave —le indicó. Siguió leyendo unos momentos, se detuvo, apartó de sí el informe y miró a Bannion a la cara—. ¿En qué se ocupa ahora, Dave?

—En aclarar algunos puntos relacionados con el asesinato de esa chica, la Carroway —replicó Bannion.

—Eso pertenece a la Policía del condado, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Entonces, abandónelo y volvamos a nuestras cosas habituales

—dijo Wilks con cierta brusquedad en el tono—. A usted no se le paga para que haga el trabajo de otros. Espero que mis palabras no le ofendan, Bannion.

Bannion contuvo su irritación.

—Según tengo entendido, Lucy Carroway fue secuestrada y torturada en Filadelfia, y luego la asesinaron en otro lugar del condado. Yo trabajo en los primeros aspectos del caso.

—Tampoco le pagan para eso —insistió Wilks dando una palmada sobre su mesa—, sino para que cumpla con las tareas de su turno y tenga los informes al día y en orden. Cualquier agente del Departamento puede encargarse del caso Carroway. ¿Cree que le hemos nombrado sargento para que pierda el tiempo entrevistándose con coristas y empleados de hotel?

Bannion mantuvo la boca cerrada. El que Wilks hubiera estado preocupándose de él por aquello y hubiera recibido información sobre lo que hacía, era la cosa más interesante del mundo. Se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa.

—Muy bien, lo pasaré a otro de los muchachos —dijo—. Pero no entiendo a qué viene todo este alboroto. Yo me he limitado a dedicar algo de tiempo a investigar algunos extremos de ese asesinato. Y hasta ahora, la cosa marchó bastante bien.

Wilks también sonrió.

—No me sorprende, Dave. No tengo la menor duda de que es usted capaz de llevar a cabo una excelente investigación. Sin embargo, lo que pasa, es que quiero que se dedique a cosas más importantes y supervise su turno como es debido. ¿Lo entiende?

—Sí, sí, desde luego —asintió Bannion—. A propósito, ¿se acuerda de quién es esa Carroway? Se trata de la chica que conocía a Tom Deery y que según me dijo la esposa de éste, mentía al referirse a su mal estado de salud.

—Sí, lo recuerdo muy bien —contestó Wilks mirando a Bannion y posando luego la vista en la mesa—. Pero no veo ninguna relación entre eso y que la chica haya muerto. Seguro que la mató algún miserable maníaco sexual.

—Eso es lo que piensa el detective del condado —indicó Bannion.

—Es su trabajo, no lo olvide —observó Wilks volviendo a su actitud de ejecutivo.

—¿A quién quiere que pase el asunto Carroway? —le preguntó Bannion—. ¿A Burke?

Wilks vaciló unos momentos, y luego repuso con expresión indiferente:

—Escriba un informe completo y entréguemelo a mí, Dave, lo pasaré a alguien del turno de Heineman. Me parece que en el de usted tienen ya suficiente trabajo.

Bannion miró a Wilks fijamente un momento.

—De acuerdo —dijo y salió del despacho.

5

Bannion permaneció sentado a su mesa durante una hora, redactando el informe sobre Lucy Carroway mientras trataba de conservar la calma efectuando aquel rutinario trabajo. No era la primera vez que le apartaban de un caso, pero nunca de una manera tan brusca y desconsiderada. La muerte de Lucy Carroway había provocado el interés del público. Se había creado sensación alrededor del suceso, pero ahora, algo no muy claro estaba sucediendo. Al parecer, Bannion se había metido en un terreno reservado, ignorando el letrero de «Prohibido el paso», y no le quedaba más remedio que mandar al diablo su honesto trabajo de policía y a la muchacha asesinada y abandonar una zona donde no era requerida su presencia. Mas, no lograba descifrar el porqué. Ahora bien, parar en seco una investigación sólo podían lograrlo Stone o quizá Lagana, grandes personajes con puños capaces de descargar terribles golpes. Pero, ¿cuál sería el motivo? ¿Por qué estaban interviniendo en aquello? ¿Por qué ejercían tan terrible presión en beneficio de Biggie Burrows, un insignificante malhechor de Detroit?

Bannion terminó el informe y lo puso en un sobre a nombre de Wilks. Sabía muy bien que era perder el tiempo. El informe se perdería en algún lugar donde ni un perro sabueso lo hubiera podido encontrar. Dijo a Neely que si alguien preguntaba por él, se encontraba arriba, en el despacho del Inspector Cranston, y dirigióse a la puerta. Carmody y Katz jugaban a cartas, Burke miraba un periódico y en el recinto reinaba una completa tranquilidad. Sus colegas le miraron con rostro indiferente cuando salía y luego no hicieron tampoco ningún comentario. Sabían que su sargento estaba metiendo las narices en algo que no le importaba y que había recibido un rapapolvo. Las noticias se transmitían con lo que hubiera podido parecer corriente telepática. Nadie hablaba o

discutía nada, pero los comentarios se filtraban y se extendían rápidamente por el Departamento. Todo el mundo estaba enterado de que Bannion buscaba a Biggie Burrows, y también de que en aquellos momentos, y de manera especial, un enorme letrero de «Prohibido el paso» protegía la figura del malhechor. Los colegas de Bannion nunca hablaban de estos letreros; procuraban solamente rodearlos e ignorarlos, ahorrando sus energías para otras tareas más importantes.

Bannion tomó uno de los lentos ascensores semejantes a jaulas que conducían al quinto piso, y recorrió el amplio pasillo, donde estaban las oficinas de prensa y el tribunal del magistrado, ahora vacío, dirigiéndose al despacho de Cranston.

En sentido nominal, Cranston estaba encargado de las funciones policiales del Consistorio, y era el responsable de los informes, los archivos, la radio y las comunicaciones. El suyo era un trabajo muy tranquilo siempre a la luz del día, un lugar ideal para alguien a quien quitar de en medio para que no se metiera en problemas. En cambio, Cranston no era ningún entrometido sino un policía con todas las de la ley, en el mejor sentido de la palabra; un hombre ya mayor, maduro y enérgico, de facciones compactas y firmes, espeso cabello blanco y unos ojos azules muy claros de mirada directa. Cranston estaba en aquella sección tan agradable porque había originado demasiados conflictos cuando actuaba en su anterior departamento. Como policía de servicio en la ciudad, se había convertido en leyenda por su modo de sorprender partidas de juego en los círculos tanto republicanos como demócratas, y en una ocasión incluso se metió por la misma causa con un alto cargo político y dos magistrados quienes le mandaron al diablo, diciéndole que no asomara las narices por sus dominios. Durante el examen de testigos —episodio lamentable, ya que ningún magistrado iba a acusar a un jefe político y a dos colegas también magistrados de participación en juego ilegal—, Cranston se vio tratado como si el acusado fuese él. Su evidencia como testigo presencial fue recibida con sonrisas, y su terquedad con ceños agresivos. Mas nunca consiguieron intimidarle. Al preguntarle por qué había detenido a aquellos hombres, una indagación muy tonta, puesto que la acusación constaba por escrito en el documento que obraba en poder del magistrado, Cranston respondió con

brusquedad: «¡Porque estaban quebrantando la ley!» A los periódicos les gustó aquella respuesta y trataron a Cranston como a un tipo curioso o casi como a un héroe, capaz de detener a ciertos delincuentes sin consideración alguna por su situación política. Las administraciones que siguieron no habían podido ignorar a Cranston. Era demasiado duro, demasiado listo y se le respetaba demasiado. Se había ido abriendo camino hacia la cumbre sin poner nunca en entredicho sus rígidas normas de conducta. Como capitán tuvo a su cargo un distrito muy limpio y como inspector de la parte Oeste se había librado de Max Stone, rechazándole hacia el centro de la ciudad. Cuando fue superintendente en activo, cargo que ostentó sólo dos semanas, cerró todos los garitos de la ciudad, preparó acusaciones contra Stone y el propio Lagana y se metió prácticamente con todos los jugadores y apostadores, que desplazó hacia el otro lado del río en Jersey. Pero aquello resultaba un poco fuerte y Cranston volvió a su cargo de inspector, siendo asignado al puesto que ahora ostentaba en el Consistorio, donde todo cuanto tenía que hacer era dirigir el papeleo del departamento.

Cuando Bannion entró, se encontraba sentado tras su limpio y ordenado escritorio repasando un manual.

—Hola. Dave —exclamó, dirigiéndole su escueta y cordial sonrisa—. No me diga que en Homicidios necesitan el consejo de un viejo.

—En Homicidios todo va bien; en cambio, yo estoy en un apuro —explicó Bannion.

—¿Qué le pasa?

Bannion le contó las sospechas que tenía de Burrows, sin omitir ningún detalle, y añadió que Wilks acababa de apartarle del caso.

—Me siento indignado —dijo—. He estado a punto de devolverle la chapa y decirle con toda claridad lo que puede hacer con ella.

—¿Ah, sí? —expresó Cranston mientras iba encendiendo cuidadosamente su pipa. Luego, añadió—: Esa decisión debe tomarla uno mismo, Dave. Pero, personalmente, yo la he rechazado siempre porque creo que un buen policía puede ser de gran ayuda a la ciudad. Si las cosas cambiaran, mi colaboración podría ser mayor. De todos modos, eso es cosa mía. Hay que obrar según las circunstancias. Voy a decirle una cosa: si en esta ciudad la situación

cambiara, mucha gente estaría pendiente de usted —esbozó una sonrisa—. Olvidarían que asistió a la Universidad de Notre-Dame en vez de a la de Penn., y es posible que al cabo de cincuenta o sesenta años, llegaran incluso a olvidar también que figuró en el equipo del All-American que en tantas veces sacudió a los del Este —hizo una señal de asentimiento ya sin sonreír, y su viejo rostro volvió a presentar la misma dureza y decisión de antes—. Todo se olvida cuando se trata de un hombre honrado, recuérdelo.

Bannion se encogió de hombros.

—No me gusta trabajar sólo con la esperanza de que algún día las cosas puedan cambiar. Además, de nada me sirve. No me gusta comprometerme. No me gusta…

—¡Un momento! Yo nunca me he comprometido. He realizado mi trabajo hasta que me obligaron a suspenderlo. Después esperé a poderlo reanudar. Algún día no me podrán detener, no estarán en condiciones para ello, y ese es el día que quisiera vivir en el futuro.

—¡Otra vez el futuro! —exclamó Bannion.

—Bueno, olvidemos el futuro y concentrémonos en el presente. El caso en que se ha ocupado usted es bastante antipático. Deery se suicida. Empecemos por ahí. Su mujer dice que tenía problemas de salud; en cambio, Lucy Carroway afirma lo contrario. Si quiere que le diga la verdad, me siento inclinado a creer a la mujer. En mi opinión, Lucy estaba equivocada; era una superemotiva o una mentirosa. Pero la mataron después de haber hablado con usted y el autor del crimen fue posiblemente uno de los rufianes que trabajan para Max Stone. Al entrar en escena esos ladrones, la perspectiva cambia —sonrió aunque sin alegría—. Me gusta llamarles ladrones, sabe usted, porque no son otra cosa. Ellos prefieren llamarse profesionales de la ilegalidad, gangsters o forajidos; pero para mí no son más que ladrones. Bueno, usted tiene una pista que le conduce a Burrows; y en ese momento le apartan del trabajo. A lo mejor, alguien ha amenazado a Wilks. O quizá haya obrado por cuenta propia. Pero, ¿por qué les preocupa tanto Biggie Burrows y Lucy Carroway? ¿Por qué mataron a esta última? ¿Por qué le contó ella su historia sobre el estado de salud de Deery?

—No tengo respuestas —dijo Bannion encogiéndose de hombros.

—Bueno, volvamos a Deery. ¿Está todo correcto? ¿No existe la posibilidad de que le mataran?

—No. Todo sucedió en un plano normal.

—Ahí es donde empiezan las complicaciones —opinó Cranston moviendo la boquilla de su pipa en dirección a Bannion—. Bueno, ¿qué piensa usted hacer ahora?

—Voy a continuar. Quiero ver cómo acaba este asunto.

Cranston le acompañó hasta la puerta y le dio unas palmadas en el hombro.

—Recuerde esto, Dave. Es lo que dicen de los ingleses o por lo menos, lo que solían decir: Se pueden perder todas las batallas excepto la última. Créame, es una gran verdad.

—Así lo espero. Gracias, Inspector.

—Venga a verme cuando quiera.

En el pasillo se encontró con Jerry Furnham. El reportero le acompañó hasta los ascensores.

—¿Todo tranquilo? —le preguntó.

—Sí. No hay nada que hacer.

—Bien, ¿y el asunto de la Carroway?

—Está en manos de la Policía del condado.

—Pero cuando esa chica votó, lo hizo aquí —indicó Furnham, sonriendo y mirando de soslayo a Bannion—. Por eso estamos interesados. Al *Express* le sienta fatal que uno de sus lectores sea asesinado. No nos sobran, ¿sabe usted?

Se detuvieron ante los ascensores y aguardaron unos segundos en silencio. Furnham había dejado de sonreír. Estaba lloviendo otra vez y el agua se escurría por las sucias ventanas del edificio ennegreciendo sus muros grises.

—Creí que trabaja usted en el asunto, al menos aquí —dijo Furnham—. ¿Lo ha dejado?

—Sí, lo he dejado.

—¿Quién se ocupa ahora de él?

—Pregúnteselo a Wilks.

Furnham se pellizcó los labios.

—Buena idea —reconoció con expresión amable. Alrededor de su boca se había dibujado una línea dura como de quien ha de tener paciencia. Sacó sus cigarrillos—. ¿Fuma, Dave?

—No, gracias.

—Eso del maníaco sexual me suena a mí como un encubrimiento —adujo.

—¿Está usted jugando a detectives?

—¿Eso le preocupa? —preguntó Furnham—. He cooperado siempre con usted, Dave. Hay algo en todo esto que huele mal y me gustaría conocer el motivo. Yo sólo sé el principio; algo de Biggie Burrows, pero continuo sintiéndome curioso y no me gusta que me traten como a un muñeco.

—No le gusta, ¿eh? —inquirió Bannion. Y al mirar a Furnham sintió de repente como concentraba en éste toda la cólera que había sentido antes hacia Wilks—. Entonces, ¿por qué no deja de hacer el tonto, Jerry? Este trabajo es para el Departamento de Policía; no para los chicos de la prensa.

Furnham le miró un momento. Su rostro estaba pálido bajo la mancha azulada de las patillas.

—Bueno, Dave, como usted quiera —le aceptó. Y volviéndose, regresó colérico por el pasillo hasta la sala de prensa, haciendo sonar ruidosamente los tacones de sus zapatos.

Bannion se sentía enfermo al haber tenido que adoptar aquella actitud. Respiró fuertemente.

—¡Jerry! —llamó.

Furnham se detuvo y se volvió. Bannion se acercó a él frotándose la frente lentamente con una de sus grandes manos.

—Me gustaría que lo olvidara —dijo.

—Desde luego —respondió Furnham, chasqueando los dedos—. No pasa nada, Bannion.

—Lo digo en serio. No tenía derecho a hablarle de ese modo. Olvídelo, ¿quiere?

—De acuerdo. Considérelo olvidado. Dave —le contestó Jerry en un tono de voz distinto—. ¿Es eso lo que quiere que diga?

Bannion vaciló.

—No. Hay algo más. Yo tenía una buena pista con respecto a Biggie Burrows. Creo que es él quien fue a buscar a Lucy Carroway al hotel y la mató. No había podido pasar de ahí cuando me han quitado el caso. Wilks se ocupa ahora de él y lo va a traspasar a alguien del turno de Heineman. ¿Contesta eso su pregunta?

—¡No va a dárselo a Heineman! —exclamó Furnham sonriendo de manera un poco rara—. He hablado con Wilks hace veinte

minutos, Dave. Esto quizá le interese. El teniente me dijo que las gestiones de usted no habían producido ningún resultado… —Furnham miró hacia arriba expresivamente—. En resumen: que todo se ha deshecho en el aire. Las dos cosas no encajan, ¿verdad?

—En efecto. Creo que no combinan demasiado —accedió Bannion secamente.

Furnham se restregó las manos.

—¿Me ha estado hablando extraoficialmente?

—¡Caray!, no —respondió Bannion secamente antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo. Se sentía harto de policías y de políticos y de tener que ceder cuando los puños de los grandes aumentaban su presión—. Úselo como quiera, Jerry. Usted me ha hecho unas preguntas y yo las he contestado.

—Todo esto suena un poco… —Furnham se interrumpió y encogióse de hombros—. Bueno, que pase lo que quiera. Gracias. Dave. Nos veremos.

Se volvió y echó a andar rápidamente hacia el Departamento de Prensa.

Bannion retrocedió un poco y volvió a apretar el timbre para llamar al ascensor, que había perdido mientras hablaba con Furham. «Malo, malo. Siempre cuesta algo ser honrado», se dijo sonriendo débilmente.

Furnham no utilizó como noticia lo que había hablado con Bannion porque no lo era. Lo pasó al comentarista político del periódico y al día siguiente apareció en forma de sarcástica gacetilla sobre las diferencias de opinión que se observaban en el Departamento de Homicidios. Según insinuaba su autor, las discrepancias surgían de una disparidad de opiniones sobre los miramientos que debían tenerse con los delincuentes de la ciudad. Desde luego. era algo a tomar en consideración. La disputa se basaba más en el nivel a alcanzar que en la clase de atenciones. Se mencionaba el asesinato de la Carroway y se sugería de manera muy amplia que un individuo con todas las trazas de ser sospechoso, un sujeto que procedía de Detroit, había sido expulsado de la ciudad con lo que podía considerarse como escolta policial. La solución del caso Carroway ofrecía pues, perspectivas muy dudosas mientras que las investigaciones de la Policía se vieran dificultadas por las injerencias de políticos y de maleantes.

Era un artículo extraordinariamente fuerte, más todavía que los hechos que lo motivaban, y ocasionó un perceptible malestar en todos los niveles del Departamento de Policía. Los reformadores aparecen y desaparecen y rara vez se fija uno en ellos o los echa de menos. Gritan sus admoniciones en pro de la bondad en círculos femeninos, en reuniones de boy scouts y, de vez en cuando, aunque no con frecuencia, consiguen que se cierre un salón de billares, que se ponga un nuevo guardia de tráfico en el cruce cercano a una escuela o que se detenga a un jugador muy conocido.

Pero un periódico que se enfrasque en labores de reforma es cosa muy distinta. Los periódicos saben cómo hay que luchar. Disponen de veteranos que conocen bien comités, tribunales, Policía y Departamento de Bomberos; hombres que están al corriente incluso de cualquier fastidioso secretillo y que en resumen, forman como una red de espionaje inteligente y siempre alerta, que cubre estratégicamente todos los lugares de la ciudad. Además, los periódicos tienen una voz mucho más alta que el predicador que se expresa ante un club de mujeres. Era el temor a que ambos factores reformistas pudieran actuar de modo simultáneo; a que el clamor del *Express* iniciara un movimiento conjunto, lo que causaba el malestar en el Departamento.

Wilks se lo tomó muy mal. Paseaba arriba y abajo de su despacho despotricando en todos los tonos posibles, con su voz de oficial dando órdenes. En cambio, para Bannion aquel espectáculo carecía del tono de sinceridad adecuado. Bajo los exabruptos, los puñetazos sobre la mesa y las miradas fulgurantes bien ensayadas, existía algo más profundo y más intenso. Algo muy parecido al miedo.

—¿Qué diantre se proponía al contarle esa historia? —preguntó Wilks por quinta vez.

—Bueno, eso ha sido un error —respondió Bannion con tranquilidad—. Pero, ¿por qué se pone así?

—No queremos que los problemas de la Policía sean divulgados por la prensa —explicó Wilks, paseando por el recinto sin dejar de mirar coléricamente a Bannion—. Usted lo sabe bien, ¿verdad?

—Sí; pero no creo que haya problema —repuso Bannion con la misma voz suave—. Yo me he limitado a escribir un informe sobre lo que he podido averiguar de un caso y pasárselo a usted. Y usted

dijo que lo iba a trasladar a alguien del rumo de Heineman —Bannion se encogió de hombros—. Eso es todo lo que conté a Frunham. Pero él me explicó que usted !e había dicho que yo me hallaba en un callejón sin salida y que la cuestión carecía de interés. Y ahí está la confusión. Realmente, le dijo eso?

—No me entendió bien. ¡Diantre! —proclamó Wilks. Y en seguida sonrió, aunque naciendo tal esfuerzo que un círculo blanco se pintó alrededor de sus labios—. Dave, ¿ha conocido alguna vez a un chico de la prensa que colocara adecuadamente dos hechos consecutivos?

—Desde luego, cometen muchos errores —convino Bannion. Sabía que Wilks estaba mintiendo y aquello le desmoralizaba. Todo el asunto se estaba convirtiendo en una farsa estúpida.

—Nos estamos apartando del tema —dijo Wilks—. Usted le dio la idea de que estamos encubriendo algo.

—Bien, pero, ¿es verdad o no que encubren algo? —preguntó Bannion disgustado y colérico, dispuesto a forzar a Wilks a una declaración sincera. A su modo de ver, era mejor acabar de una vez todo aquel embrollo y expresar con claridad lo que cada uno pensaba.

—¡Claro que no lo es! —replicó Wilks dando una palmada sobre la mesa—. ¿Cómo pudo hacer pensar tal cosa a ese hombre?

—Quizá me sentía fuera de mí.

—Ha dicho usted «quizá». ¿Estaba fuera de sí o no lo estaba?

—Sí. Me puse realmente colérico —respondió Bannion—. Me sacó de mis casillas ver que estaba a punto de averiguar quién había matado a Lucy Carroway y que esto parecía molestar a alguien.

Wilks miró fijamente a Bannion. El silencio entre ambos se prolongó hasta hacerse opresivo. Finalmente, dijo:

—No seamos niños, Dave. Usted ha recibido una orden. Yo he recibido las mías. Hemos de hacer lo que nos dicen y no sentirnos malhumorados, ni felices, ni preocupados, ni cualquier otra cosa. ¡Y que no haya más confusión sobre esto!

—Yo no he sentido confusión alguna —protestó Bannion—. Lo único que pasó es que me enfadé.

—Bien, bien, enfádese cuanto quiera —convino Wilks con expresión nerviosa y dura—. Enfádese a su gusto. En su casa o en un salón de billar o donde le parezca, pero no aquí. Recuerde que

en este mundo las cosas se gobiernan dentro de unas determinadas normas. Y que todo lo dirigen determinadas personas. Usted siempre estuvo por encima de la política, ¿verdad? Me parece una actitud muy bonita, muy elevada y muy digna, pero la más irreal que quepa imaginar. —Wilks paseaba por el recinto dándose puñetazos en las manos con énfasis salvaje. En su cara se pintaba una expresión que sorprendió a Bannion: una curiosa mezcla de envidia y de resentimiento—. Usted lee libros acerca de la vida —añadió mirando al detective—. Pues bien, sea usted listo y tírelos. Mire a su alrededor y verá cómo es la vida en realidad. Ni justa ni injusta. Simplemente como es. Algún día lo aprenderá, Bannion. Verá que hay que ser condescendiente y aceptar determinados compromisos.

—Es posible —aceptó Bannion después de una pequeña pausa.

—¡Caray! Ya no estamos en un jardín de infancia —añadió Wilks en un tono más razonable. Luego se sentó a su escritorio y estudió a Bannion esbozando una sonrisa—. Recuerde lo que le digo: los dos estamos bajo órdenes superiores. ¿Lo entiende o no?

—Claro que lo entiendo.

—Pues… —Wilks vaciló y su rostro adoptó una expresión más tranquila—. Pues eso es todo…, me parece.

—Bien, entonces vuelvo a mi trabajo.

Neely y Carmody estaban discutiendo el artículo del *Express*. Se interrumpieron cuando Bannion salió de la oficina de Wilks. Se produjo un extraño silencio, un pequeño intervalo de tensión. Luego Neely carraspeó y dijo:

—Nos estamos haciendo famosos aquí en Homicidios, Dave. ¿Sabe quién ha hecho circular esa historia?

—Ha sido Furnham —respondió Bannion.

—¡Diantre! Ya me lo parecía.

—No se puede confiar en nadie —añadió Carmody.

Burke entró rodeando el mostrador, sonriendo y oliendo a whisky, con la cara encarnada por el frío.

—Me alegro de que nadie reparara en mi talento y me dejaran continuar como simple detective —dijo, haciendo un guiño a Bannion—. Así puedo quedar al margen de lo que digan los periódicos.

—Esa historia es obra de Furnham —observó Neely.

—Esos condenados están siempre mirando por el ojo de la cerradura —comentó Carmody—. ¿Por qué diablos les dejamos entrar aquí? ¿Es que los periódicos hacen algo bueno? No paran de imprimir basura y de causar molestias.

—No deberían intervenir en cuestiones de la Policía. Esa es mi opinión —insistió Neely.

Bannion escuchaba aquel cambio de impresiones con el ceño ligeramente fruncido. No sabía cuál era exactamente la posición de Burke, pero a su modo de ver, éste era un hombre inteligente. Neely, Carmody y otros muchos policías se opondrían a Furnham apoyando a Wilks. Los nombres no importaban. Era el principio del pegarse los unos a los otros; de rechazar toda crítica, de presentar un frente sólido ante los reporteros, los bienintencionados y todos los demás que intentaran descubrir puntos flacos en el Departamento. Un punto flaco podía ser un cáncer, mas aquello no importaba en absoluto. Un letrero de «Prohibido el paso» sería el mejor modo de tratar aquel cáncer. Los policías cedían ante la fuerza, tanto si formaban parte de ella como si no. Se inclinaban hacia hombres como Lagana y Stone, capaces de ejercer una presión implacable. La mayor parte de los agentes no eran deshonestos, aunque se veían en la obligación de mirar con respeto a determinados truhanes. Las cosas estaban así.

Bannion sonrió ligeramente.

—Le conté el caso a Furnham —dijo—, y éste se limitó a pasárselo a otro.

Se produjo otro momento de silencio. Neely y Carmody le miraron ponderando lo que acababa de decir, y luego se encogieron de hombros. Carmody tomó un periódico y Neely volvió a su escritorio. Bannion podía casi tocar el muro de indiferencia que acababan de oponerle. No querían saber nada de todo aquello; preferían mandarlo al diablo. Estaba obrando de manera muy rara al ignorar algunas normas básicas de la Policía y preferían no verse involucrados.

Burke se acercó y se sentó al escritorio de Bannion. Sonreía con expresión pensativa.

—¿Sabe una cosa, Dave? A mi modo de ver es una historia muy buena. Tiene suspense. Hace pensar en lo que va a ocurrir después.

—Yo también lo creo —dijo Bannion lentamente, repiqueteando

con los dedos sobre la mesa—. ¿Nos tomamos un café?

—Como quiera, Dave.

Cuando Bannion regresó a su casa a última hora de aquella tarde, Brigid, su hija de cuatro años se entretenía hasta tal punto con su juego de construcción, que deshecho abrazos, besos o saludos. Lo único que le interesaba era que alguien la ayudase a terminar su castillo.

—Bien, bien, como quieras, Bossy —dijo Bannion, dejando el sombrero y el gabán sobre el sofá. Intentó añadir una pieza a la arcada pero la niña le apartó la mano al tiempo que decía con firmeza:

—No, tú mira y no hagas nada, papá.

Kate entró sonriendo.

—¡Aquí está mi gran hombre! —exclamó dándole un beso en la cabeza. Llevaba un delantal de fantasía sobre uno de sus mejores vestidos.

—¿Tenemos invitados? —preguntó él dándole unas palmaditas en el tobillo.

—Sí. Al y Marg vienen a cenar. Valdría más que te ducharas cuanto antes y prepararas unas bebidas.

—Bueno, dijo Bannion.

No se sentía con muchas ganas de compañía. Ni siquiera aunque se tratara de Al y de Marg; esta última era hermana de Kate. Al, su cuñado. Gente muy agradable, pero aquella noche no tenía ganas de hablar con nadie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Kate.

—Nada. Estaré en forma en seguida.

—Habla conmigo y no con mamá —propuso Brigid.

—De acuerdo —aceptó Bannion desordenándole el oscuro cabello.

—Dave, ¿ocurre algo malo? —insistió Kate—. Llevas unos días preocupado.

—¡Oh! No es nada grave.

—¿Se trata de ese caso en que te ocupas?

—Ya te digo que no es nada.

—Bien; pero si quieres que te crea, deberás emplear otro tono —

declaró Kate.

—Como quieras. Mañana por la noche te traeré un certificado acreditativo —expresó Bannion con cierto tono amargo. Miró el castillo que estaba construyendo 3rigid y que le pareció similar al edificio del Ayuntamiento. Suspirando miró luego a Kate y añadió —: Lo siento.

—Me gustaría que me contaras lo que te preocupa.

—Se trata de un estado depresivo general. Una enfermedad muy propia de los policías. Estamos en un mal momento, la semana pasada ocurrió algo que yo creo que… —vaciló habiendo olvidado por un momento lo que quería decir, y notando a la vez cómo una repentina y fuerte irritación le dominaba al acordarse de Lucy Carroway. Lentamente, sin darse cuenta de lo que hacía, levantó su enorme ñuño y lo descargó sobre el castillo de Brigid, derribando la frágil estructura de aloques que le había recordado el Ayuntamiento —. Esto es lo que me gustaría hacer —declaró amargamente.

Brigid empezó a llorar, se puso de pie y corrió hacia su madre.

—Ha sido un momento de mal humor. Papá está enfadado —dijo Kate acariciándola suavemente mientras miraba a Bannion levantando las cejas.

—Lo siento, Brigid —se excusó Bannion frotándose la frente. Se sentía como un tonto—. Había una mosca en el castillo, traté de aplastarla.

—¡No había ninguna mosca! —sollozó Brigid.

Por fortuna el teléfono sonó en aquel momento. Kate tomó en brazos a la niña y dijo:

—Vamos a ver quién llama.

Brigid dejó de llorar.

—¿Puedo hablar yo también? —preguntó.

—Sí, claro que sí —repuso Kate saliendo en seguida de la habitación.

Bannion se puso de pie y se aflojó la corbata. Lo mejor sería tomar un trago. En aquel Momento, Kate volvió a la habitación.

—Es para ti —dijo llevando todavía a Brigid en brazos.

—¿De quién se trata?

—Pues… no lo sé.

Bannion la miró, extrañado por el tono de su voz.

—¿Ocurre algo?

—No, nada —repuso ella, pero se había puesto pálida.

Bannion pasó al saloncito y tomó el teléfono.

—Aquí Dave Bannion.

—¿Es Bannion el gran jefe del Departamento de Homicidios? —preguntó una voz baja, suave y burlona.

—Sí. ¿Qué quiere?

—Según tengo entendido ya no se ocupa usted del caso Carroway —continuó la voz suave y cortésmente como antes, aunque sin abandonar su tono divertido— ¿Estoy en lo cierto?

De nada hubiera servido preguntar quién llamaba. Así es que Bannion le indicó:

—Siga hablando.

—Desde luego, desde luego, jefe. Puesto que ya no se ocupa del caso, será mejor que tenga la boca cerrada, ¿entendido? Creo que hablo claro. La boca cerrada. Recuérdelo. Si se olvida…

Bannion colgó el teléfono con violencia. En la salita, Kate, puesta de rodillas, recogía los bloques de madera del juego de construcción.

—¿Qué dijo ese hombre al llamar? —preguntó Bannion.

—Preguntó por ti y luego… —Kate levantó la mirada hacia él y se encogió de hombros—, soltó unas palabrotas.

Bannion descargó un puñetazo en la palma de su mano y se puso a pasear por la habitación mientras su cólera crecía por momentos adoptando un cariz peligroso. Finalmente, se detuvo y tomó su sombrero y su abrigo.

—Intentaré estar de regreso para la cena, cariño —dijo.

Kate le miró pensando que era mejor no hacer preguntas.

—No tardes, si te es posible, Dave. No nos estropees la cena.

—No será la cena lo que habrá quedado estropeado —masculló y salió.

6

Bannion se dirigió en su automóvil hacia las afueras, en dirección a aquel lujoso barrio llamado Germanown, una zona muy bella, enclavada sobre pendientes suaves, llena de calles en curva y de agradables casas, edificadas un poco lejos de las vías circulatorias y rodeadas por hermosos céspedes y arboledas.

Mike Laguna vivía allí, en una residencia de dieciséis habitaciones con aspecto de mansión inglesa. La casa estaba rodeada por seis acres de terreno que un jardinero belga mantenía impecablemente limpio y bien cuidado, sólida y atractiva al abrigo de un valle cubierto de verdor.

Bannion aparcó el coche y salió de él. Pudo ver a un policía de uniforme en la calzada que llevaba a la casa. El policía también le vio y acercóse. Era un hombre de gran estatura y edad mediana con el rostro atezado y tranquilo.

—¿A quién desea ver? —preguntó con tono agradable.

Bannion le mostró su placa y el policía sonrió.

—Bien, sargento.

—¿Puedo entrar ahora mismo?

—Desde luego, entre.

Bannion torció hacia el interior, pero, de pronto, se detuvo y volviéndose miró al guardia.

—¿Cuántos hombres hay de servicio aquí?

—Somos tres. Dos en la parte trasera y uno enfrente.

—Supongo que vigilan las veinticuatro horas del día.

—Desde luego. Y por la noche, según creo, hay cuatro.

—Esto significa tener diez policías durante la jornada para vigilar a Mike Lagana —comentó Bannion sonriendo—. Es decir, unos cien dólares del dinero del contribuyente. ¿Le gusta este servicio?

El policía se encogió de hombros.

—Yo hago lo que me dicen.

Bannion le miró, y un poco de dolor apareció en el rostro del guardia.

—Sí, en efecto, todos hacemos lo que se nos manda —convino Bannion.

—Así es —subrayó el policía, más relajado.

Bannion avanzó por el vial cubierto de grava hacia la residencia de Lagana. Subió los escalones e hizo sonar un llamador de metal en la puerta de roble. Esperó bajo el amplio pórtico, consciente del silencio que le rodeaba, observando cómo la fría y pálida claridad de la caída de la tarde daba un tono verde brillante a las hojas de los arbustos plantados junto a la escalera.

Una jovencita de pelo negro abrió la puerta. Era delgada y guapa, y llevaba una falda de franela y un suéter de cachemira. En su muñeca izquierda tintineaba un brazalete de bisutería. Tras de ella, había otra muchacha que llevaba una bandeja con bebidas. Miraron cortésmente a Bannion sonriendo, y la de las bandejas dejó escapar una risita.

—No te rías, Janie —dijo la del pelo negro intentando por todos los medios mantener la expresión seria de su rostro—. ¡Hola! Soy Angela Laguna —saludó a Bannion—. Debe usted creer que estamos chifladas, pero Janie no para de reírse en toda la tarde. Entre, por favor.

—Gracias. Quiero ver a vuestro padre.

—Bien, voy a decírselo —indicó Angela Lagana.

La llamada Janie continuó con sus risitas mientras Bannion entraba en el amplio vestíbulo.

—Cállate, por favor —repitió Angela exasperada, dirigiéndole una mirada colérica.

Una puerta se abrió y Mike Lagana hizo su aparición. Llevaba las manos en las caderas y sonreía a su hijo y a la amiga de ésta.

—¡Eh, monigotes! —exclamó.

Era un hombre pequeño y delgado, con la piel gris levemente azulada en las mandíbulas, el pelo también gris, ondulado y un correcto y negro bigote. Mike Lagana semejaba un hábil y próspero tendero. Nada había de notable en él físicamente hablando, excepto su extremadamente claro traje y sus ojos de un castaño profundo totalmente desprovistos de amabilidad, de interés o de cualquier

otra expresión. Se les hubiera podido tomar por dos bolas de cristal pulimentado, insertadas en su rostro oscuro y vulgar.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó sonriendo a las jovencitas y a Bannion.

—Me llamo Bannion y pertenezco al Departamento de Homicidios —explicó el sargento.

—Es un placer —repuso Lagana tendiéndole la mano—. Bueno, niñas, largaos de aquí.

Las jóvenes subieron a toda prisa la amplia y curvada escalinata mientras Lagana les sonreía torciendo un poco la cabeza con expresión burlona. La cordial y rumorosa conversación de las muchachas quedó cortada por el ruido de la puerta al cerrarse. Lagana se echó a reír mirando a Bannion.

—Dicen que los niños le mantienen a uno joven, pero yo no lo creo —declaró—. Pase y siéntese. ¿Cómo me ha dicho que se llama? No lo he entendido bien.

—Bannion.

—¡Ah, sí! He oído hablar de usted —manifestó Lagana tocando el brazo de Bannion y guiándole hacia un amplio estudio confortablemente amueblado. Había en él profundos sillones, una chimenea, una mesa que parecía ser usada con frecuencia, y a través de unos ventanales, se disfrutaba de una agradable vista sobre los jardines y los árboles. La amplia repisa de la chimenea estaba llena de retratos de la mujer y de los hijos de Lagana, y había también uno suyo tomado bastante tiempo atrás cuando era joven, en el que se le veía de pie entre un matrimonio anciano de aire tristón que vestía pesadas y molestas ropas. Sobre la repisa colgaba una antigua pintura de una mujer de pelo blanco y tez oscura que miraba con aire melancólico y tranquilo.

—Es mi madre —explicó Lagana sonriendo. Una gran señora. Hoy día ya no las hay, ¿verdad? Nuestras viejas madres fueron las últimas de su especie. —Sonrió mirando los ojos tristes y algo preocupados de su madre—. Sí, una gran persona. Murió hace un año, en mayo. Vivía aquí conmigo ocupando sus propias habitaciones, con baño incluido, en fin, con todo. Bueno, no creo que haya venido usted aquí para hablar de eso —ironizó con una breve risa—. ¿De qué se trata? ¿Quizá el baile de Beneficencia? ¿O el fondo para pensiones?

—No, he venido para hablar de un crimen —contestó Bannion.

Lagana le miró sorprendido.

—¿Ah, sí? ¡No me diga!

—Creí que podría usted ayudarme —explicó Bannion.

Lagana parecía irritado y perplejo.

—¿Para quién trabaja usted? ¿Para Wilks?

—Sí, para Wilks. He venido por causa de una chica llamada Lucy Carroway que murió asesinada hace una semana. Primero la torturaron y luego la arrojaron de un automóvil en la autopista de Lancaster. Una «liquidación» muy a la antigua, y pensé…

Lagana le interrumpió con un ademán duro y enérgico.

—No me importa lo que usted piense. No ha tenido por qué venir aquí, y lo sabe muy bien —le miró con el ceño fruncido—. Me alegro de ayudarles a ustedes cuando está en mi mano hacerlo; sepa que tengo un despacho para tal clase de asuntos. Esta es mi casa y no quiero que me la ensucien. Lo olvidaré por esta vez, pero no vuelva a cometer de nuevo un error semejante. ¿Me ha comprendido?

—Pensé que podría ayudarme —insistió Bannion.

—¿Está usted sordo? —exclamó Lagana colérico—. ¿Dónde cree que está? ¿En una comisaría? ¿En una sala de billar? Aquí es donde yo vivo, donde vive mi familia y donde murió mi madre. ¿Qué le hace pensar que me gusta ver policías metiendo sus narices en mi casa? —Se detuvo respirando con fuerza—. Siento tener que hablarle de este modo, porque no me gusta. Se ha extralimitado usted, amigo. Se salió de sus límites. Dije que lo olvidaría, por esta vez. Pero ahora permítame. Tengo mucho trabajo; así es que tendrá que irse —puso una mano sobre el brazo de Bannion. Su expresión había cambiado. Ahora sonreía—. No se lo tome a mal. Voy a decirle una cosa: véame mañana en la ciudad si es que realmente necesita ayuda. Creo que me porto bien, ¿no le parece?

Bannion le devolvió la sonrisa.

—El caso es que la ayuda la necesito esta noche —reiteró.

Lagana estudió a Bannion frunciendo ligeramente el ceño. Parecía estar haciendo un esfuerzo para grabar en su memoria hasta los menores rasgos de la cara del detective.

—Bien, ya veo que es terco. ¿Qué se trae entre manos?

—Una chica llamada Lucy Carroway fue asesinada. Creo que la

mató un hombre que trabaja para Max Stone. Un hombre de Detroit llamado Biggie Burrows. Para empezar, mi deseo es detenerle. Y estoy decidido a ello. Ya le dije antes que se trataba de un crimen al viejo estilo, cínico y brutal. Y usted, igual que a mí, no le gusta que sucedan estas cosas en la ciudad, porque pueden perjudicar la tranquilidad y corrección con que todo ahora sucede. Por eso espero que decida ayudarme.

—¿Nada más?

—No, excepto otra cosa. Esta tarde recibí una llamada telefónica de uno de sus muchachos, según creo. Me dijo que mantuviera cerrada la boca y eso me ha molestado, Lagana. Ese es el motivo de haber venido aquí, un lugar que como los dos sabemos, es totalmente inadecuado; pero he de entrar en acción. Como en la oficina me ponen obstáculos, por eso hablo con usted. ¿Qué me contesta? ¿Me ayudará o no?

—¿Qué le hace suponer que ese Burrows mató a la chica?

—Muchas cosas.

—¿No quiere decirlas? Pues es usted un tonto —comentó Lagana —. Ya le he dicho dos veces que estoy dispuesto a olvidar esto, y no lo repetiré una tercera. No va a tener más oportunidades, amigo —empezó a pasear por el estudio mirando a Bannion mientras un irritado toque de color se pintaba en sus mejillas grises—. Procuraré que no vuelva a cometer este error. He conocido idiotas en mi vida, pero usted les gana a todos. ¿Qué diantre le pasa? Se porta como si estuviera drogado.

—¿Cree que estoy loco por haber penetrado en la intimidad de su inmaculado hogar? —dijo Bannion lentamente— ¿No es así, Lagana?

—¡Haga el favor de callarse! ¡Cierre la boca de una vez! No tengo nada que hablar con usted. Y ahora, lárguese.

—De modo que cree que tomo drogas, ¿eh? —interrogó Bannion con voz extrañamente suave—. Y todo porque me preocupo por el asesinato de una joven. No es que la chica fuera nada del otro mundo, pero no creo que mereciera veinticuatro horas de refinada crueldad y luego un puntapié para echarla de un coche en plena marcha. Y eso me preocupa y me hace desear alguna ayuda. Claro, usted sólo cree que soy un drogado —la voz de Bannion se fue haciendo más dura y penetrante—. No se habla de tales cosas en su

casa, ¿verdad? Es demasiado elegante, respetable y pulida. Una bonita hija y retratos de mamá en la pared. No hay lugar para crímenes ni para las preguntas de un asqueroso policía. Pues para mí sólo es la casa de un maleante que amasó el dinero para construirla, en veinte años de asesinatos, extorsiones y corrupciones. Eso es lo que es para mí, Lagana. El templo de un ladrón. Por más flores que plante a su alrededor no dejará de oler mal.

—Bannion, por última vez…

—¡Cállese! —gritó Bannion—. Le interesan las casas, ¿verdad? Pues bien, le contaré algo de ellas. También los policías tenemos casa. No mansiones como ésta, sino pisos de tres o cuatro habitaciones que apenas si podemos pagar. A veces, esos hogares quedan vacíos cuando el policía recibe un tiro. O bien no cobramos ni un centavo luego de haber sido expulsado del Cuerpo por los hombres de usted cuando intentábamos realizar un trabajo decente. También yo tengo un hogar, Lagana. ¿Le sorprende? ¿Es que cree que vivo bajo un puente? Sus rufianes no sienten remordimiento alguno por telefonear y darme órdenes y hablar con mi mujer como si fuera una golfa. También los policías tenemos familia y madres. La mayoría somos gente decente que vivimos en una ciudad con escuelas detestables, parques asquerosos y un gobierno corrompido sometido a presiones por parte de ustedes, coartados por sus secuaces y asqueados por la peculiar justicia y orden que han implantado ustedes en sus vidas. No olvide a esas personas, Lagana, cuando alardee usted de su tranquilo y retirado Edén.

Lagana miró a Bannion respirando agitadamente.

—¡Bueno, bueno! —exclamó! Ya ha hecho usted su discursito. Supongo que le ha parecido necesario, Bannion.

Se acercó a su mesa escritorio y apretó un pulsador situado junto a un tintero de metal.

Un hombre con uniforme de chófer apareció en la puerta. Sus ojos se fijaron al instante en Lagana con expresión interrogante y alerta. Era un tipo corpulento, de rostro pálido y amplio, con la frente maltratada de un luchador. Se movía con facilidad, tranquilamente, y los músculos de sus pantorrillas parecían querer reventar las polainas de piel negra mientras sus hombros se apretaban contra las costuras de un uniforme gris de tela gruesa.

—¿Me ha llamado, señor? —preguntó con voz suave e incolora.

—George, sácame de aquí a este tipo —le ordenó Lagana—. Llévale a su coche.

El hombre se volvió en seguida y su enorme mano se posó bruscamente sobre el antebrazo de Bannion.

—¡Vámonos! —exigió sin que en su cara amplia y pálida se pintara la menor expresión.

—¡Calma, calma! —repuso Bannion—. So necesito ayuda.

—Le he dicho que nos vamos, amigo —insistió el chófer tirando del brazo de Bannion con brusco movimiento, tratando de inmovilizárselo.

Bannion no pudo contener su cólera, y perdiendo el control, se deshizo de la llave, lanzando a George contra la pared. Una pintura enmarcada de la hija de Lagana cayó al suelo con estrépito.

—¡George! —gritó Lagana.

—Sí, señor —respondió el aludido con su voz siempre incolora mientras recuperándose, miraba a Bannion cual si estudiara sus movimientos—. Ahora verás, muchacho —le amenazó.

Lanzó un golpe al estómago de Bannion con su izquierda y luego dejando caer el hombro, llevó la derecha hacia la mandíbula del policía, que esquivó el puñetazo con la mano izquierda y avanzando un paso, propinó un terrible golpe en plena cara a su adversario. El impacto fue enorme y sonó como un tiro de pistola en el silencio de la habitación. George cayó de rodillas meneando la cabeza y ton la mandíbula colgándole en posición extraña.

—¡George! ¡A por él! —vociferó Lagana.

Aguijoneado por aquel grito, George entró de nuevo en acción. Sangraba por la nariz y por la boca; consiguió incorporarse un poco y luego apoyarse sobre rabos pies a la vez que miraba a Bannion a los ojos con expresión sumamente roñosa.

—¡No te pongas en pie! —le ordenó Bannion.

George se mojó los labios.

—No pienso ponerme en pie —contestó mientras su mandíbula se movía de modo muy poco natural al pronunciar tales palabras.

Bannion se volvió hacia Lagana y le misa frunciendo el ceño. Lagana se había hundido en el sillón junto a la mesa. Tenía la boca abierta y respiraba en lentos y bruscos jadeos. Levantó un brazo y sus dedos se agitaron cual si quisiera hacerles llegar hasta la mesa

que había junto a la chimenea.

—¡El frasco! —pidió haciendo oscilar lentamente su cabeza sin que sus ojos brillantes e inexpresivos se apartaran de la cara de Bannion.

En la mesa, junto a la chimenea, había una bandeja sobre la que podía verse un frasco pequeño y un vaso de agua.

—El frasco —repitió Lagana en tono bajo y quejumbroso.

Bannion tomó la bandeja y la puso en la mesa al alcance de Lagana. Vio cómo éste vertía unas gotas de la botella en el vaso y luego se llevaba éste a los labios con mano temblorosa.

—Es el corazón —explicó George rompiendo el silencio.

Bannion miró a George, que continuaba en cuclillas sobre el suelo con la parte superior del rostro manchada de sangre, y se sintió disgustado consigo mismo por haber causado aquel trastorno.

—Esta sería una buena noticia para quienes dicen que nunca pasa nada —comentó.

Miró a Lagana una vez más. En seguida salió de la casa y siguiendo el oscuro vial cubierto de grava entró en su automóvil.

A la noche siguiente, sobre las once, Bannion se encontraba en su casa. Tenía a su lado una bebida aún sin probar y miraba al techo mientras iba fumando. Se encontraba en una encrucijada y sabía bien lo que aquello quería decir: o seguía adelante y aceptaba órdenes o se vería obligado a cambiar de trabajo. Le era preciso mantenerse alejado del caso Lucy Carroway, ya que de lo contrario chocaría con Wilks y con quienes se hallaban tras de él. Aquel era el problema. ¿Tenía posibilidad de elegir? ¿Podía volver sus espaldas al crimen, sonreír y pensar en ocuparse de otra cosa? ¿O estaba ya demasiado comprometido en el asunto? Bannion no se sentía seguro. Arrugó la frente mientras daba vueltas en su imaginación a aquella pregunta y empezó a tomarse la bebida.

La jornada había transcurrido sin incidentes dignos de mención. Su visita a Lagana no había ocasionado ninguna consecuencia grave. En cambio, el nerviosismo seguía imperando en el Departamento y en la ciudad, haciéndose cada vez más intenso. El *Call-Bulletin*, periódico de la mañana, había seguido el comentario del *Express* incluyendo un artículo en el que se formulaban unas

cuantas preguntas sumamente delicadas y precisas.

—No estás muy comunicativo esta noche —se quejó Kate mirándole por encima de la revista que estaba leyendo.

—Lo lamento —respondió él, sonriendo mientras experimentaba aquel mismo curioso sentimiento de gratitud que ya sintió la noche en que Tom Deery había cometido su suicidio—. ¿Qué te parece un trago?

—No, gracias —repuso ella levantando de improviso una mano y haciéndole un guiño—. Pero creo que tenemos una visitante. ¿Estás ahí, Brigid?

No hubo respuesta.

Bannion seguía sonriendo.

—Entra, nena —la invitó.

Se oyó un rumor de pies presurosos y Brigid apareció parpadeando soñolienta y dispuesta a echarse a reír o a llorar, según fuera la reacción de sus padres.

—No puedo dormir —dijo bajando la cabeza. Su voz y su expresión invitaban a la condescendencia.

—¡Es una tontería como una casa! —la riñó Kate—. Haz el favor de volver a la cama en seguida.

La niña empezó a llorar y corrió a ponerse junto a su padre. Este la tomó en brazos y la apretó contra sí mientras miraba a Kate con aire triunfante.

—Según el libro, a su edad, a veces es difícil dormir —explicó Bannion—. El tratamiento más adecuado consiste en llevar a los niños de nuevo a la cama con mucha finura, pero a la vez con gran firmeza.

—Bueno, ¿por qué no lo pruebas? —le propuso Kate.

Bannion exhaló un suspiro.

—Yo mismo me lo he buscado. De acuerdo. Bidge, ¿quieres que te lleve yo a la cama? Ya sabes que todo el mundo duerme a estas horas. Es muy tarde.

—Como quieras —se resignó Brigid con un largo suspiro.

Bannion se puso en pie, y levantó a la niña sobre la palma de su mano.

—¡Que sea la última vez! —le advirtió—. No quiero que vuelvas a salir de la cama.

—No has encerrado el coche —le recordó Kate.

—Primero tengo que cumplir con mi deber de padre.

Kate le abrazó por la cintura y le estrechó contra sí.

—Bien. Si te ocupas de mi trabajo yo encerraré el coche.

—Gracias, pero yo mismo iré a encerrarlo.

—¡Vamos! No voy a derribar la cerca. ¿Dónde están las llaves?

—Nunca lo has hecho. Vas a estropear el garaje.

—Vale la pena que lo pruebe. ¿Dónde están las llaves?

—En mi abrigo, pero ten cuidado, Kate.

—¡Oh! Por favor —exclamó ella.

Tomó las llaves, se echó el abrigo sobre los hombros y salió. Entretanto, Bannion llevó a Brigid otra vez a su cuarto, la puso en la cama, le dio los juguetes que pedía y la cubrió bien con la colcha tapándole el cuello. La niña le miraba con los ojos brillantes por la emoción.

—Cuéntame un cuento —pidió moviéndose bajo las sábanas.

—Bueno; pero uno muy corto.

—Sí, aunque sea corto.

—¿Cuál te gusta más?

—El del gatito.

—Muy bien, el del gatito. Como quieras.

En aquel momento, el ruido de un estampido proveniente de la calle estremeció el aire y repercutió en las ventanas.

—Papá; cuéntame el cuento.

Bannion se puso en pie lentamente.

—Un momento —dijo.

El eco de la explosión empezaba a diluirse en el silencio de la noche. En la calle se oía gritar a un hombre.

—Papá, por favor, sigue contándome el cuento —exigió Brigid enfadada.

—Bidge, tengo que salir un momento. Espera aquí. Vuelvo en seguida.

—Pero es que yo…

—¡No salgas de la cama! —le advirtió Bannion y el sonido de su voz hizo que la niña empezara a llorar.

Bannion abandonó la habitación caminando a grandes zancadas, atravesó el vestíbulo y bajó a la calle. Dos hombres corrían por la acera. El ruido de sus pasos resonaba con fuerza. Al otro lado alguien abría una ventana haciéndola chirriar.

El coche estaba ante la casa a la sombra de un árbol. Una nube de humo surgía de él y su parte delantera aparecía aplastada como si acabara de sufrir el golpe de un puño monstruoso. Bannion saltó los escalones, y con el corazón contraído corrió hacia el coche. La puerta delantera no se abría. Se había quedado atascada y estaba doblada y rota. Bannion hizo añicos el parabrisas de un puñetazo, llamando a Kate con voz estentórea. Finalmente, consiguió abrir la puerta y arrancarla del coche con un potente y desesperado tirón, sin sentir cómo el cristal le cortaba las manos.

No había modo de sacar a Kate del interior. Estaba atrapada entre los trozos retorcidos de metal como si se encontrara sujeta en un potro. Bannion se lanzó sobre ella gritando, y el sonido de su voz, potente y desgarrador, detuvo a los hombres que corrían hacia el lugar del suceso con el rostro pálido, contraído por el temor.

Finalmente se agruparon a su espalda y pudieron ver lo que él no veía. Pero transcurrió largo rato antes de que lograran apartarlo de allí y hacerle comprender que Kate estaba muerta.

7

El piso aparecía muy limpio y aseado; los ceniceros habían sido vaciados y los periódicos y revistas amontonados pulcramente; todo estaba barrido, limpio y puesto en orden. Las flores habían desaparecido, pero el débil y enfermizo olor a rosas muertas y a lirios seguía flotando en el aire. La señora Weiss que vivía en el piso de encima, se había ocupado de todo, al día siguiente del funeral. Bannion estaba en la habitación delantera con las manos en los bolsillos del abrigo mirando todo aquello por última vez. Nada le retenía ya allí, la señora Weiss cuidaría del alquiler y de reunir los vestidos de Kate. Dejó caer las llaves sobre la mesita y volvió a mirar a su alrededor, fijando los ojos en la chimenea de imitación, la repisa ahora vacía y sin ningún retrato, la radio, el mueble bar, el sofá donde se había sentado tantas veces a leer, y el enorme sillón. Conocía perfectamente todos los detalles de aquella habitación que ahora le resultaba extraña y carente de interés, tan impersonal como los muebles que se exhiben en el escaparate de una tienda. Una habitación limpia y silenciosa en un piso igualmente silencioso que no le provocaba emoción alguna.

Echó una ojeada a sus libros, junto al sillón, sus viejos y familiares compañeros. No pensaba llevárselos, no quería saber nada más de Hume, Locke o Kant; de aquellos hombres que tanto se esforzaron en solventar los problemas de la vida a lo largo de sus respectivas existencias. ¿Qué podían contarle ahora acerca de la vida? Sabía las respuestas y éstas sólo podían poner un peso muerto y frío en su corazón. La vida era amor y no sólo a Dios, la Humanidad o la Justicia, sino amor también al prójimo. Cuanto este amor quedaba destruido uno moría también.

El timbre de la puerta sonó. Bannion contrajo un poco el rostro y dirigióse a abrir. Era el padre Masterson, de la iglesia de Santa Gertrudis, un joven alto y vivaz de rostro cerúleo y unos ojos azules

de mirada suave e ingenua.

—Hola, Dave. Espero no molestar.

—No; me disponía a salir —respondió Bannion.

—Bueno, no le retendré mucho tiempo —prometió el padre Masterson mientras un poco azarado hacía rodar su sombrero entre sus grandes y suaves manos—. Quería saber si puedo serle útil en algo.

—No puede usted hacer nada por mí, padre.

—¿Le importa que me quede un minuto?

—No; al contrario.

Bannion se hizo a un lado y cerró la puerta después que el clérigo hubo entrado. El padre Masterson miró a su alrededor nerviosamente y luego fijó la vista en Bannion. En su rostro se pintaba una expresión anhelante y un tanto descorazonada.

—Ya sé que hablar no va a servir de mucho, Dave. Algunos sacerdotes son muy diestros en ello; yo no. Cuando alguien dice: «¿Por qué ha permitido Dios que pase esto?» Yo no sé que contestar. Desde luego, debe haber una respuesta y ésta figura sin duda en los catecismos pero de nada sirve en los momentos en que más se necesita. Quizá yo no sea lo suficientemente diestro, Dave…

—Yo no me preocuparía mucho, padre —indicó Bannion sonriendo ligeramente.

Había cambiado mucho en aquella última semana. Su cara estaba más flaca y pálida, y el traje parecía como si le colgara de los hombros. Su mirada carecía de expresión.

—No es que pida una respuesta porque ya la sé —añadió—. Quizá debiéramos cambiar los papeles, y sea yo quien le ayude, padre. Kate resultó muerta porque habían puesto un cartucho de dinamita en el coche, conectándolo a la llave de contacto. Cuando la accionó se produjo la explosión. ¿Por qué la mataron? Pues porque la cosa iba contra mí pero ella resultó la víctima. Y eso es todo cuanto puedo decirle.

—No puede seguir viviendo con ese odio en el corazón —comentó el padre Masterson moviendo la cabeza lentamente.

—Pues yo creo que es lo único que me permite seguir viviendo.

—¿Y Brigid?

—La niña está bien. Se encuentra con la hermana de Kate. Cree que su madre ha salido de viaje.

—¿Qué planes tiene usted?

Bannion sonrió.

—Pienso matar a quienes pusieron ese explosivo en mi coche.

—No puede hacerlo, Dave. Brigid le necesita y usted debe ser un padre y una madre para ella. Y no lo conseguirá mientras albergue ese odio en el corazón.

—Creo que ya hemos hablado bastante —indicó Bannion—. Estamos perdiendo el tiempo.

El padre Masterson quedó en silencio por un momento; luego sonrió.

—Si me necesita ya sabe dónde me tiene. Y no olvide que estoy dispuesto a hacer cuanto pueda por usted.

—No me va a servir de mucha ayuda.

El padre Masterson pareció vacilar.

—Dave, no nos tenga en poca estima. A veces parecemos ofrecer muy poca cosa; pero hay algo más que todo eso, créame. Trate de recordarlo. Y no se olvide de su hija.

—Haré lo que pueda —repuso Bannion—. Es todo cuanto un hombre puede prometer. Por el momento ella se encuentra bien —sonrió de nuevo con aquella sonrisa fina y carente de alegría que afloraba a su rostro en ocasiones desde la semana anterior—. La Policía vigila la casa de la hermana de Kate durante las veinticuatro horas del día. Y los agentes no dejarán que una cosa así vuelva a ocurrir. Lamentan mucho que Kate muriera. También los periódicos hablan en el mismo sentido. Todo el mundo lo siente extraordinariamente.

—No ha habido todavía ninguna detención, ¿verdad?

—No. Y resulta curioso. Curioso sobre todo cuando se consideran las muchas pruebas de adhesión que he recibido.

—Dave, se hará justicia.

—Sí, claro —aceptó Bannion sin dejar de sonreír—. Pero le voy a decir una cosa en secreto, padre: no habrá ninguna detención.

—Usted no puede asegurar tal cosa.

—Claro que puedo, padre. Ya lo verá.

El padre Masterson se estremeció ante el tono en que se expresaba Bannion. Suspirando propuso:

—Puedo dejarle donde quiera, Dave. Tengo el coche ahí fuera.

—No gracias. Tomaré un taxi.

—¡Un momento! —le advirtió el padre Masterson—. Si sigue por ese camino deberé considerarme fracasado.

—Yo no le pido nada, padre.

El padre Masterson se restregó la frente con sus largos y finos dedos.

—Lo sé, lo sé. Me siento… me siento inútil. Veo que no se lleva sus libros.

—No.

El padre Masterson se acercó a la librería y escrudiñó los títulos. Bannion miró su reloj y se metió las manos en los bolsillos. El sacerdote tomó un libro y volvió junto a Bannion sosteniéndolo tímidamente en las manos.

—¿Quiere hacerme un favor, Dave? ¿Quiere llevarse por lo menos éste?

Bannion lo miró con rostro inexpresivo. Se trataba de «La subida del Monte Carmelo», de San Juan de la Cruz.

—Muy interesante.

—¿Entonces, se lo lleva usted?

Bannion se encogió de hombros.

—Déjeme leerle algún fragmento —dijo. Y tomando el libro lo abrió mientras una expresión desagradable le curvaba los labios—. Escuche esto, padre —y empezó a leer con voz inexpresiva:

«Aquésta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.»

Bannion cerró lentamente el libro y miró al sacerdote.

—Curioso, ¿verdad?

—No le entiendo, Dave —repuso el padre Masterson.

—A un lugar donde nadie apareció —repitió Bannion—. Quizá no hubiera nadie. Quizá no haya nadie tampoco esperándonos luego de las tinieblas de la noche. Una idea muy extraña ¿no cree?

—Eso no es lo que dice el libro —opuso el padre Masterson.

Bannion volvió a encogerse de hombros. —Bien; yo me limito a repetir las palabras —indicó—. Si tienen otro significado, hubiera

sido mejor que lo dijera claro.

—Es que lo dice. Lo dice de manera indiscutible en el último poema —explicó el clérigo.

—Me gusta más el que acabo de leer. Bueno, padre, vámonos.

—Llévese el libro, Dave —insistió el sacerdote.

—De acuerdo, de acuerdo —accedió Bannion irritado.

Salieron y bajaron los escalones de la entrada. Era un día frío y destemplado, con un viento cortante que hacía oscilar los negros árboles de aspecto invernal. El padre Masterson tendió su diestra a Bannion y le dijo:

—Bueno, adiós, Dave.

—Adiós —correspondió Bannion estrechándole la mano y echando a andar calle abajo con el cuerpo algo inclinado contra el viento.

Detuvo un taxi en el primer cruce e indicando al chófer que le llevara al Ayuntamiento. Encendió el cigarrillo y fijó su ¿tención en las aguas lentas y grises del no y en el cielo bajo y plomizo, tratando de no pensar en nada. Aquello había sido lo peor de todo: el pensar…

Neely estaba solo en la sección de Homicidios junto al teléfono. Bannion le saludó con un gesto entrando en seguida en el despacho de Wilks.

Wilks se levantó rápidamente y salió a su encuentro rodeando la mesa escritorio. Su cara parecía preocupada y ansiosa.

—No esperaba verle por aquí tan pronto. Dave —dijo tomándolo por el brazo—. Siéntese. Diantre. Desearíamos que se tomara usted un descanso; un descanso muy largo antes de volver a su trabajo.

Bannion no se sentó sino que se quedó de pie mirando fijamente a Wilks. Este tosió y aparto la mano del brazo de Bannion.

—Hemos puesto tres hombres a jornada completa. Pronto obtendremos algún resultado, se lo aseguro.

—Me parece muy bien. Todavía no se sabe nada, ¿verdad?

—No. Existe cierto aspecto… —se detuvo estudiando a Bannion con aire inquieto—. No creo que quiera usted hablar ahora de eso, Dave.

—¡Claro que quiero hablar! —contestó Bannion—. ¿A qué aspecto se refiere?

—Se trata de lo siguiente: en la misma manzana que usted vive

un directivo de sindicatos, un tal Grogarty.

—Le conozco.

—Pues bien; recientemente ha tenido problemas con un grupo de signo izquierdista que se había propuesto deshacer una de sus secciones. Tenemos evidencia de que la bomba iba dirigida contra él y no contra usted, y desde luego en modo alguno contra su esposa. Su automóvil estaba aparcado en la calle aquella noche. Es un sedán oscuro igual que el suyo. Estamos pensando en si todo esto no habrá sido una equivocación fatal que ha provocado el trágico accidente.

—¡Ah! ¿De modo que es eso lo que usted cree? —preguntó Bannion mirando a Wilks sin que la fina y agresiva sonrisa desapareciera de sus labios.

—Se trata sólo de un punto de vista.

No debemos ignorar ninguna posibilidad.

—Me parece muy bien. Tampoco yo quisiera hacerlo.

Wilks hizo una pausa.

—¿Qué se propone, Dave?

—Me marcho.

—¿Que se marcha? ¿Que se marcha a dónde?

—Que abandono el trabajo. Supongo que deberé llenar algún impreso.

—Calma, calma, Dave. ¿Qué le sucede? ¿Se va de la ciudad o algo por el estilo?

—No; me quedaré aquí.

Wilks permaneció en silencio unos momentos.

—Comprendo —dijo finalmente—. Prefiere trabajar por su cuenta.

—En efecto.

—No se lo recrimino. Quizá yo hubiera hecho lo mismo. Pero no olvide que ésta es una cuestión policial. Y aún cuando comprendo sus motivos y simpatizo con usted, no le voy a permitir que actúe a su manera. ¿Entiende?

—Desde luego. Intentaré no interferirme con ustedes.

—Dave, piénselo bien —insistió Wilks restregándose las manos muy nervioso—. Los aficionados nunca consiguen nada y usted lo sabe perfectamente.

—Yo no soy ningún aficionado.

—En efecto, pero aquí en el Departamento podría trabajar con mucha más eficacia. ¿Por qué no se queda con nosotros?

—Porque no creo que sea el mejor sistema para acabar con quien me he propuesto —afirmó Bannion.

Comprendo muy bien lo que piensa.

—Pues entonces puede ya empezar a preocuparse por lo que haré —dijo Bannion con un tono repentinamente duro.

Wilks le miró y rodeando de nuevo la mesa, puso las manos sobre ella cual si quisiera conseguir mayor fuerza con aquella simbólica actitud de autoridad.

—No sé a qué viene todo esto —manifestó como si de improviso se sintiera terriblemente cansado—. ¿Qué se ha propuesto, Dave?

—No he venido aquí a charlar —repuso Bannion haciendo un gesto de impaciencia—. Ya nos veremos, Wilks.

—Dave… está usted cometiendo un error.

Bannion se volvió hacia la puerta.

—¡Dave; espere un momento!

—Bien, ¿qué quiere?

Wilks tragó saliva y cuadró los hombros.

—¡Quiero que me dé su chapa y su pistola! —ordenó con voz crispada, llena de autoridad. Pero su mirada no se atrevió a cruzarse con la de Bannion.

—La pistola es mía.

—Deberá tener permiso para llevarla.

Bannion sonrió, se sacó la cartera y desprendió la chapa. Era una chapa especial de oro, regalo de su equipo cuando cumplió diez años en el Departamento. La miró resplandecer en la palma de su mano y luego mirando a Wilks con dureza, cerró su enorme diestra lenta, poderosa y deliberadamente.

—Ahí la tiene —dijo, y abriendo la mano, arrojó la chapa sobre la mesa de Wilks. Rodó sobre el papel secante de color verde y fue a parar sobre un informe pulcramente mecanografiado. Estaba doblada como si fuera de estaño.

Wilks se humedeció los labios.

—Lo lamentará usted más tarde o más temprano —pronunció lentamente—. Una placa es siempre una placa, aun cuando algunos de quienes la llevan no estén a su altura. Yo creo…

Pero Bannion se había vuelto y Wilks estaba hablando a la

enorme espalda del detective mientras éste se iba. La puerta se abrió y se cerró. Bannion se había marchado. Wilks miró la mesa y la curvada placa, moviendo todavía los labios y acabando su frase en un murmullo. Permaneció así unos momentos y luego se sentó y tomó el teléfono.

—Línea con el exterior —solicitó.

Esperó la conexión y marcó un número.

—Wilks al habla —dijo—. Sí, sé muy bien lo que me dijo pero es importante. Bannion ha estado aquí. Ha dimitido. Se ha ido. Quiere actuar por su cuenta… No he podido impedirlo… No me preocupa —Wilks se frotó la frente—. Desde luego es un policía tonto… Bien, bien… de acuerdo.

Volvió a colgar lentamente. Sobre su labio superior se había formado una leve capa de transpiración.

Bannion se detuvo en el despacho junto a la mesa de Neely. Burke había entrado y se apoyaba contra el mostrador mirando a Bannion con gesto ligeramente preocupado.

—Neely; quisiera pedirle un favor —solicitó Bannion.

—Bien, bien, como usted diga, sargento.

—Quiero que me dé los nombres de todos los mecánicos de automóviles que haya en la ciudad y que tengan antecedentes penales. Los distritos podrán proporcionarle dicha lista.

—Desde luego. No tardaré mucho en lograrla.

—Una cosa, antes de que empiece. Ya no trabajo en el Departamento. Acabo de despedirme.

Neely le miró sorprendido.

—¿Bromea?

—No. Es tal como le digo.

—¡Por Dios, Dave! No sé qué hacer. Se trata de información secreta. No puedo transmitírsela.

—Ya le he dicho que se trata de un favor.

—No… no puedo hacerlo —insistió Neely mirando su teléfono con aire esquivo.

—Bueno, siento habérselo pedido —dijo Bannion empezando a caminar hacia la puerta.

En aquel momento Burke se incorporó y dijo:

—¿Por qué diablos se marcha usted, Dave?

Bannion no contestó. Empujó la puerta oscilante con tal fuerza que casi la sacó de sus goznes y se perdió de vista en el pasillo. Burke profirió una interjección y salió tras de él casi corriendo. Al llegar a su altura, le puso una mano sobre el antebrazo.

—No pierda la cabeza —le dijo con voz baja y angustiada—. Tómeselo con calma. Le daré esos nombres pero no haga ninguna locura. Quiere lanzarse a fondo y no se lo reprocho. Tenga cuidado. No se extralimite.

Llegaron a los ascensores y Bannion se volvió hacia Burke. Su rostro estaba tenso y pálido.

—Tendré cuidado, no se preocupe —aseguró y apartando la mano de Burke de su brazo entró en el ascensor.

Las puertas se cerraron.

Burke volvió lentamente al Departamento de Homicidios. Miró a Neely mientras rodeaba el mostrador y se encogió de hombros.

—¿Qué le pasa a Bannion? —preguntó Neely—. ¿Qué le habrá ocurrido?

—No lo sé —repuso Burke moviendo pensativo la cabeza—. Ha perdido la sensatez. Pero no quiero interferirme en su camino. A veces, lo he visto fuera de sí y no tiene nada de agradable; claro que esto es distinto. Ha salido como una bomba a punto de explotar. Habrá que vigilarle.

—Vigílele usted, si quiere —dijo Neely alargando una mano hacia el teléfono que estaba sonando—. Yo no quiero complicarme la vida.

Burke se encogió de hombros y encendió otro cigarrillo.

Bannion tuvo que esperar unos minutos en la antesala del despacho del inspector Cranston. Cuando entró, Cranston se puso en pie y le colocó ambas manos sobre los hombros.

—¿Puedo hacer algo por usted, Dave? —preguntó con calma.

—He venido a pedirle un favor.

—Pues lo tendrá. Ya sé que en momentos como este, nada sirve de nada y menos aún hablar. De todas maneras, quiero hacerle saber lo que opino.

—Se lo agradezco. Acabo de despedirme, inspector. Y quiero un permiso para mi revólver.

—De modo que piensa llevar adelante el asunto usted solo ¿eh?

—preguntó Cranston después de una pausa—. Apretar el gatillo. Eso va contra la ley, Dave.

—También lo es colocar bombas en los automóviles —respondió Bannion.

Cranston frunció el ceño y exhaló un suspiro.

—Bueno, dejémonos de consejos paternales. Usted ya no es un niño. Sabe muy bien lo que se hace. Ese permiso tardará un día, ¿dónde quiere que se lo envíe?

—Me he trasladado al Grand Hotel de Arch Street.

—Bien. Se lo haré llegar por un recadero mañana por la mañana. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No, eso es suficiente, inspector.

Cranston se rascó la blanca cabeza sin abandonar su aire preocupado.

—Dave, ahora soy yo quien le va a pedir un favor. No se olvide de dónde tengo mi despacho. ¿De acuerdo?

Bannion asintió.

—Me acordaré.

Cranston le vio partir, suspiró y tomando un impreso de solicitud de permiso de armas, lo empezó a rellenar manteniendo inexpresivo su viejo y curtido rostro.

Bannion se fue a su hotel. Caía una fina lluvia y la oscuridad invernal se iba abatiendo poco a poco sobre la ciudad. Los anuncios luminosos resplandecían sobre los escaparates, y los faros de los coches perforaban túneles amarillos en la gris y mojada opacidad. Tomó su llave del mostrador y subió a su habitación, una estancia ni grande ni pequeña, ni acogedora ni fría sino simplemente una habitación de hotel, impersonal y cómoda. Se sirvió una bebida y se sentó ante la ventana sin quitarse el sombrero ni el abrigo.

Miraba la ciudad. «Es hora de empezar», pensó. Tratábase de una decisión satisfactoria que confería finalidad y escape a la tormenta desencadenada en su interior.

Contempló la ciudad: una masa negra brillante por la lluvia, surcada por los reflejos rojos y blancos de las luces, una ciudad atestada de gente, cuyo denso hacinamiento de habitantes y de casas quedaba comprimido por el corredor que formaban las curvas de reloj de arena de los ríos Delaware y Schuylkill. Siguió mirando la ciudad mientras tomaba su bebida.

—Sí. Había allí mucha gente. Mas para la mayoría, ni él ni Lucy Carroway, ni su mujer, representaban absolutamente nada. Sin embargo, algunos sí recordaban a Bannion: prestamistas, chantajistas, ciertos policías, magistrados, jueces y ayudantes del *sheriff*. Tenían que pensar en él tanto si estaban en su favor como en su contra; tanto si eran honrados como truhanes, porque la presión era notoria y todos cuantos figurasen en la ciudad, todos cuantos ganaran dinero en ella, debían preocuparse. No tenían más remedio que sentir la presión, notar cómo las enormes manos acentuaban su fuerza.

Bannion terminó su bebida. No se hacía ilusiones, la tarea iba a ser dura.

Miró su reloj. Había que ponerse en movimiento.

Se incorporó y comprobó su revólver colocándolo de nuevo en su funda. Sacó el ejemplar de San Juan de la Cruz de su bolsillo, lo miró un momento y lo echó sobre su escritorio, sintiendo como si se librara de un gran peso.

Luego salió al exterior.

8

Aquella mujer tenía una edad mediana, el pelo gris, unos ojos grandes de mirar cauteloso y una piel del color del chocolate con leche. Bannion estaba en los escalones de entrada a la casa con el cuello de su trinchera levantado para protegerse mejor de la lluvia.

—Me gustaría hablar con su hijo Ashton —insistió por segunda vez.

—No está en casa. Muchas noches no llega hasta las siete. ¿Para qué quiere verle? ¿Tiene algún lío?

—No; no se ha metido en ningún lío. Sólo quiero hablar con él.

—Es usted policía, ¿verdad?

—No, no lo soy.

La mujer vaciló mientras miraba intranquila arriba y abajo de la oscura y mojada calle, sosteniendo con una de sus fuertes manos un suéter alrededor de su cuello. Miró a Bannion mostrando en sus grandes ojos la cautela y el miedo que formaban parte tan integral de su persona como la piel que la cubría.

—No hay por qué estarse mojando ahí afuera. Pase y espérele dentro.

—Gracias.

Aquella casa de Pine Street tenía un aspecto bastante desordenado con tres habitaciones, una encima de otra, y muebles destartalados aunque limpios. Bannion se quedó en la salita mientras la mujer, excusándose, bajaba a la cocina. Flotaba en el aire un cálido y ameno aroma a estofado y arroz. No tuvo que esperar mucho tiempo. La puerta frontal se abrió dejando entrar una bocanada de aire húmedo y frío y un hombre con traje de faena y chaqueta de cuero apareció por ella. Era Ashton Williams, el joven negro a quien Burke había detenido dos semanas antes como sospechoso de asesinato.

El recién llegado se detuvo y miró a Bannion y luego miró a su

alrededor totalmente confuso como quien acaba de entrar en un lugar equivocado. Sus manos de grandes nudillos, se movían sobre las costuras de su pantalón.

—¿Qué quiere? —preguntó en voz baja.

—Que me haga un favor —repuso Bannion.

Ashton se rascó la cabeza.

—¿Qué clase de favor?

—Mi mujer fue asesinada la semana pasada. Quizá lo haya leído en los periódicos. Alguien puso una bomba en mi coche y fue ella quien lo puso en marcha en vez de hacerlo yo. Y estoy buscando a los asesinos.

Ashton descansó sobre un pie y luego sobre el otro con aire inquieto.

—¿Y en qué puedo yo ayudarle?

—Usted ha trabajado en garajes como chapista. Sabe que las bombas no se venden en una tienda cualquiera. Hay que montarlas, ordenarlas, ponerles un detonador conectado a la ignición, y un cartucho de dinamita. Los mecánicos decentes no hacen esas cosas. Pero alguien la fabricó en este caso. Alguien que no era un mecánico decente. Y ese es el hombre a quien busco, Ashton.

—Me pone usted en un compromiso —se quejó el joven—. El chivarse a la Policía siempre trae complicaciones.

—Ya no soy policía —explicó Bannion—. Lo he dejado. Puede mandarme al diablo si quiere.

—No sabe lo que me gustaría hacerlo —respondió Ashton con sonrisa velada.

Bannion le miró.

—¿Es esa su respuesta?

—Usted me trató bien. No sé por qué, pero así fue. ¿Qué quiere que haga?

—¿Conoces algún mecánico que tenga antecedentes penales?

Ashton frunció el ceño y se rascó un lado de la cara.

—Así de pronto, no podría decírselo. Una vez oí decir que existe un tipo en Germantown que tuvo algo que ver con la Policía hace ocho años en Holmesburg. Si bien no sé si será verdad —continuó rascándose la cara—. Hay un chico que trabaja en West Phildelphia en un lugar de Woodland Avenue. Le conozco bien y me contó que una vez le «trincaron». Esas palabras sólo se usan en la cárcel,

¿verdad?

Bannion hizo una señal de asentimiento.

—Sería por abuso de alcohol. Le voy a decir una cosa, Ashton, piénselo bien esta noche y trate de recordar a cualquiera que haya conocido y que hablara o se comportara como si hubiese cometido algún delito. Mañana hablaremos otra vez, ¿le parece bien?

—Sí, me parece bien. Haré alguna pregunta por ahí.

—Pero tenga cuidado —le advirtió Bannion.

—Desde luego, lo tendré —acompañó a Bannion a la puerta—. Espero que logre descubrir al individuo que puso la bomba en su coche.

—Gracias —dijo Bannion.

Estrechó la mano a Ashton y caminó por la húmeda acera del bloque hasta Fifteenth Street donde pasaba un tranvía que le llevaría a su hotel .Era ya demasiado tarde para ir a casa de Al y de Marg. Brigid estaría en la cama. En realidad no quería verla. La niña le preguntaría por su mamá y tendría que mentirle aun a sabiendas de que era una tontería y no tenía ánimos para contarle que su mamá no regresaría nunca.

En el mostrador del hotel había un sobre de Burke. Contenía una lista de ocho nombres y señas de mecánicos con antecedentes penales y que ahora trabajaban en la ciudad. El que encabezaba la lista lo hacía en un garaje del Noreste en Rúan Street. Se llamaba Mike Greslac…

Bannion empleó cinco días en hacer investigaciones. Lo cierto es que éstas no le condujeron a ninguna pista aprovechable. Seis de los hombres tenían coartadas muy evidentes, de las que no se pueden fabricar ni preparar. El séptimo era un alcohólico incapaz de acordarse de dónde había estado la noche en que Kate fue asesinada; pero a juicio de Bannion, no era el tipo de los que se alquilan para un trabajo sucio y en la sombra. Aquel hombre bebía y los borrachos hablan. El último de la serie era un joven con una esposa muy simpática, el cual lo mandó a paseo. Bannion había esperado algo más; sin embargo, trabajar sin chapa estaba resultando muy duro. No obstante, aquel joven le pareció honrado y Bannion puso un signo de interrogación junto a su nombre. De no

encontrar ninguna otra cosa aprovechable volvería a hablar con él. Y si era necesario le sacaría la verdad aunque fuera a golpes.

Burke aún le dio tres nombres más y en una nota, le comunicó que aquellos completaban la lista de mecánicos con antecedentes. En cuanto a Ashton, aportó cuatro nombres, pero dos de ellos ya se encontraban en la primera lista del agente. Bannion hizo averiguaciones sobre los tres nuevos nombres obtenidos de Burke pero sin éxito. Estaba de nuevo en el punto de partida. Durante la semana había visitado casi todos los garajes de la ciudad y hablado con cuantos mecánicos habían tenido algún conflicto con la Policía pero no sacó nada en limpio. Sin embargo, no se sentía desalentado. Un día u otro averiguaría algo. Siempre quedaba algún cabo suelto. Todo era cuestión de mirar, comprobar y dar en el clavo. Claro que hacía falta tiempo, y él lo tenía en abundancia.

Decidió empezar a trabajar por el otro extremo de la cuerda, es decir, volviendo a la viuda de Tom Deery.

El tiempo había sido frío y húmedo. Y como las ropas de Bannion necesitaban atención, envió tres de sus trajes a lavar y planchar y dio su otra ropa al botones. Pasó un par de tardes con Al y Marg jugando con Brigid antes de que ésta se acostara. El matrimonio tenía dos niños un poco mayores que Brigid y ésta se sentía alegre y feliz por quedarse con ellos. En cambio, por la noche se despertaba llorando y llamando a su madre y según explicó Marg era preciso mecerla para que se durmiera.

Marg había dicho que estaba dispuesta a tener allí a Brigid hasta que Bannion decidiera qué hacer con ella, no importase cuánto tiempo fuera necesario. En cuanto a su esposo Al, un hombre muy activo, de cabeza calva, que trabajaba como inspector de la compañía del gas, estaba dispuesto a prestarle mil dólares si le eran necesarios. Tratábase de dos personas excelentes, pero Bannion no podía molestarles indefinidamente con su problema. Tenía que hacer planes para Brigid… aunque sólo una vez hubiera llevado su propósito a buen fin.

El inspector Cranston le había enviado el permiso de armas tal como prometió y Burke había insistido en dejarle utilizar su coche. Bannion no vaciló, tomó el coche inmediatamente como por instinto, como hubiera hecho con cualquier otra cosa que le ayudara a encontrar a los asesinos de Kate.

Una mañana se disponía a partir hacia el domicilio de Mrs. Deery cuando el teléfono sonó. Era Ashton.

—Me he enterado de que hay otro individuo, señor Bannion —dijo Ashton—. Se llama Slim. Es todo cuanto pude conseguir. Estos últimos meses estuvo trabajando alrededor del «cementerio», aunque ya se ha ido.

—¿Tiene antecedentes?

—Sí. Reventó algunas cajas fuertes, según me han contado.

—Gracias, Ashton. Intentaré localizarle.

—Confío en que sea lo que usted busca, Bannion.

—Y yo también. Gracias de nuevo, Ashton.

El «cementerio» era una franja de un kilómetro de largo en West Philadelphia, llena de vehículos abandonados, que se extendía como un largo y repulsivo montón de chatarra por los límites de la ciudad. Docenas de pequeñas oficinas, la mayoría consistentes en sólo una barraca sin pintar, aparecían dispersas por la zona. Los propietarios compraban los coches, los despedazaban y revendían las piezas a pequeños garajes y a individuos que querían reparar su propio coche. Cada uno de los cercados encerraba montones de carrocerías, democráticas pilas de aplastados Cadillacs y de oxidados Fords, hileras de neumáticos que se curvaban como robustas serpientes grises alrededor de montones muy bien ordenados de guardabarros y de ruedas. Había recipientes llenos de faros, pistones, bujías, e hileras de palancas, parachoques y frenos, todos con su precio y dispuestos para ser vendidos.

Bannion fue allí por la mañana y pasó el día recorriendo el terreno helado, cubierto de cenizas, preguntando por un mecánico llamado Slim. Habló con obreros que cortaban los coches con sopletes y con propietarios que, por regla general, permanecían en sus barracas junto a una estufa de carbón, pero ninguno había oído hablar nunca de un hombre llamado Slim.

—Quizá en otro cercado —le decían.

Fue prácticamente cuando estaba en el último recinto cuando alguien le dio una pista. La barraca tenía un letrero en el que podía leerse: «Smitty’s. Los mejores precios». Dentro había un joven que escudriñaba una lista de cifras escritas a lápiz. Era corpulento y

fuerte, rubio con el pelo muy espeso, una cara cuadrada sin afeitar y ojos claros de mirada penetrante.

—Sí, conozco a un tal Slim —dijo levantando los ojos hacia Bannion—. ¿Qué quiere de él?

—¿Podría indicarme dónde puedo verle?

—¿Es usted policía?

—No.

—¿Investigador privado?, ¿de Seguros?

—No; sólo un ciudadano corriente —repuso Bannion— únicamente quiero hablar con ese Slim.

—Bueno, no tengo motivos para negarme. Pero tampoco dispongo de tiempo para contestar demasiadas preguntas —respondió el rubio—. No me interprete mal. Una cosa es que sea usted policía o algo por el estilo. Y otra que se trate de un asunto privado. Si es así no tengo tiempo, compréndame.

—Pienso contárselo de la manera más breve posible —manifestó Bannion.

—Ya sabe usted mi profesión —replicó el otro levantándose y enfrentándose a Bannion—. No soy ningún empleado de una agencia de informes o algo así.

Bannion no quería complicarse las cosas. No podía permitírselo. Pero sí deseaba obtener alguna respuesta.

—No parece usted muy amable —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos de manera descuidada. Ello hizo que las solapas de su abrigo se separaran y que la empuñadura de su revólver asomara brillando un poco a la luz de la estufa. Los ojos del joven se fijaron en él unos segundos.

—Tiene usted aspecto de buen chico —comentó Bannion.

—Verá. No quiero portarme mal con nadie.

—Desde luego. Lo que pasa es que cuando entré estaba usted muy ocupado.

—En efecto —aprobó el rubio mojándose los labios.

—En cambio ahora no lo está tanto —continuó Bannion—. Así las cosas se presentan mejor. ¿Cuándo se marchó Slim de aquí?

—Hace cosa de una semana. Ocho días.

—¿En qué se ocupaba?

—Trabajaba un poco en todo, ¿sabe usted? Despedazaba chatarra y cosas por el estilo.

—¿Eso era todo?

—Bueno. Eso es lo que hacía para mí. Pero antes de marcharse hizo un trabajo para otra persona.

—¿Qué clase de trabajo?

El joven rubio miró a Bannion de frente y algo en la expresión de éste le provocó una curiosa sequedad en la garganta.

—No lo sé, señor —dijo—. De veras. Se tomó un día y no me dio ninguna explicación.

—Luego se marchó definitivamente, ¿verdad?

—En efecto, se fue.

—¿A dónde?

—No lo sé. Cierta vez me dijo que su casa estaba en Chester; no sé si se habrá ido allí o no.

—¿De modo que dejó esto hace ocho días? —resumió Bannion en voz baja. Las fechas coincidían y, al pensar en ello, una oleada de cólera le hizo latir las sienes al tiempo que sentía una sensación de amargo placer.

—¿Quién le dio ese trabajo eventual? —quiso saber.

—No podría decírselo.

—Inténtelo —le apremió Bannion.

El otro se mojó los labios. Parecía tener dificultades en hablar.

—Pues verá, ese hombre se detuvo en la avenida e hizo sonar el claxon. Slim salió y habló con él. Me parece que ya se conocían. El del coche iba bien arreglado. Lo pude ver perfectamente, y además tenía un aspecto duro.

—¿Cómo era el coche?

—Un Buick nuevo. Azul descapotable.

—Muchas gracias —expresó Bannion.

—De nada. Me alegro de haberle podido ayudar.

Bannion fue hacia el coche de Burke, y el corpulento joven rubio se sentó y gastó tres cerillas tratando de encender un cigarrillo. Luego se levantó y puso una carga de carbón en la redonda y caldeada estufa. De repente, parecía haber aumentado el frío y, a su modo de ver, el lugar semejaba una tumba.

Bannion se dirigió hacia Chester. Pasó ante el aeropuerto y la autopista industrial, así como ante las enormes fábricas de

locomotoras Baldwin y las desparramadas instalaciones de la Sun Oil y de la Shipping, manteniendo el velocímetro por encima de los cien. Quizá fuera aquella la pista en la que había estado pensando, el cabo suelto que siempre queda, incluso en los trabajos mejor organizados. Una vez pusiera sus manos en ello y empezara a tirar, el resto aparecería ante su vista.

Oscurecía cuando se detuvo ante la comisaría de Chester. El edificio tenía dos pisos, y sus ladrillos rojos estaban ennegrecidos por generaciones de humo industrial y de hollín. Bannion había estado allí otras veces, trabajando en determinados casos, así es que tomó la entrada lateral que conducía directamente a la oficina de los detectives en el segundo piso. Había tres hombres en aquella estancia de alto techo, tipos corpulentos de rostro encamado, muy en su papel de funcionarios de la Policía, en una ciudad sucia y violenta que había crecido con el petróleo, la navegación y el acero. Bannion conocía a uno de aquellos hombres, un detective llamado Sulkowski. Se estrecharon la mano mientras los otros dos miraban a Bannion con interés. Sulkowski dijo confusamente que se sentía indignado, muy indignado por lo que le había sucedido a la esposa de Bannion. Todos leyeron el suceso y sabían que él había dimitido de su cargo en el Departamento.

—No se lo echo en cara —dijo Sulkowski—. Yo también intentaría descubrir al asesino por mis propios medios. No querría que nadie me robara la satisfacción de ponerle las manos encima.

—Bueno. Por eso estoy aquí —explicó Bannion—. ¿Conocen a un hombre que habita en esta zona y se llama Slim? Cuando se hace el honrado, trabaja como mecánico; pero cuando no, se convierte en ladrón de cajas de caudales.

—Slim Lowry —afirmó Sulkowski.

Se había producido un extraño silencio en la habitación. Bannion observó cómo los otros dos detectives intercambiaban miradas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Slim era uno de nuestros preferidos —le contestó Sulkowski—. Pasaba más tiempo en la cárcel que fuera de ella —miró a Bannion con aire tristón—. El caso es que Slim era tuberculoso y falleció anteayer. Lo siento de veras. ¿Era una buena pista?

—Hubiera podido serlo —expresó Bannion—. ¿Hubo algún

detalle extraño en su muerte?

—No. Fue natural. Lo único curioso es que llevaba encima quinientos dólares; sin embargo vivía con unos limpiabotas en Second Street. ¿Cómo se explica eso?

—¿Falleció allí?

—No; en el hospital. La gente con quien vivía llamó anoche por teléfono a los de abajo y enviaron la ambulancia. Falleció un par de horas después de haber ingresado en el Chester General.

—¿Cuáles son las señas de esa gente con quien vivía?

—Quiere verlos, ¿eh? Voy a darle ese dato, no se preocupe —se volvió hacia uno de los detectives—. Llame abajo y que le den las señas, Mike. Bannion, ¿quiere que uno de nosotros le acompañe?

—No, gracias. Sabré encontrar el camino.

—Espero que consiga lo que se propone.

Cuando llegó el que traía las señas, Bannion tomó nota de ellas, estrechó la mano a todos y volvió a su coche. Atravesó la sección comercial de la ciudad, dirigiéndose a los barrios pobres, y metiéndose por calles formadas por casas de ladrillo amarillo y dos pisos de altura sin calefacción central ni instalación sanitaria. Niños negros corrían por las aceras gritándose unos a otros a pleno pulmón en la oscuridad. Bannion encontró las señas y llamó a la puerta. Oyó un rumor de pasos, y luego un pestillo chasqueó y una mujer alta y robusta con un chal sobre los hombros apareció ante él, mirándole con los ojos entornados y la expresión agresiva.

—¿Querría hablar conmigo un momento? —dijo Bannion quitándose el sombrero.

—¿Qué quiere?

—Saber algo de un tal Slim Lowry. Creo que vivió aquí con ustedes.

—Así fue; pero ya ha muerto, ¿sabe?

—Sí, lo sé. ¿Puedo entrar un minuto?

La mujer parecía indecisa.

—Entre —le invitó finalmente retrocediendo por un vestíbulo sin luz hasta llevarle a un saloncito calentado por una estufa panzuda. Un hombre permanecía tendido en un sofá, en la sombra. Era un viejo de pelo blanco y ojos sin vida. Se había cubierto las piernas con una manta y estaba tendido de espaldas, con la cara vuelta hacia el techo. De vez en cuando dejaba escapar una leve tos.

La mujer se sentó en una silla cerca de la estufa y miró a Bannion.

—¿Es usted policía?

—No; soy ciudadano particular. ¿Por qué vino aquí Slim Lowry?

—Era un tipo raro. Le gustaba este ambiente.

—Usted puede ayudarme si quiere —le indicó Bannion.

—Le gustaba vivir a lo grande. Pero ¿para qué ir a un hotel cuando hay lugares como el nuestro? Tiene sentido, ¿no cree?

—Mi mujer fue asesinada la semana pasada —explicó Bannion —. La hicieron pedazos con una bomba que habían puesto en mi coche. Y estoy tratando de saber quién lo hizo. Puede ayudarme si quiere.

La mujer permaneció en silencio unos momentos mientras su mirada se posaba intranquila en el sombrero que Bannion seguía reteniendo en su mano.

—No sabe cuánto lo siento, señor —dijo cambiando el tono de su voz—. Slim vino aquí porque era el lugar donde antes había vivido. En otros tiempos este vecindario fue blanco y él regresó a su antigua casa. Estaba enfermo y tenía, según creo, algunos líos. Así es que le dejé quedarse. Solía perder la cabeza con facilidad. Una vez, incluso nos persiguió a todos por la casa tratando de echarnos. Decía que papá había robado a su padre el lugar que ocupaba. Cosas así. Estaba realmente mal, señor.

—¿Recibía algunas visitas?

La mujer movió la cabeza negativamente.

—Nos habló de alguien que tenía que venir a verle. Y varias veces repitió que intentaría explicar a esa persona que no había sido culpa suya.

—¿Usaba el teléfono?

—No.

—¿Recibía llamadas?

—Recibió una. La misma noche en que murió. Yo había llamado ya a la ambulancia cuando esa persona quiso hablar con Slim. Le dije que estaba enfermo y que le iban a llevar al hospital.

—¿Sabe quién era el comunicante?

—Sí, porque dio su nombre. Cuando le contesté que Slim no podía ponerse al teléfono, empezó a soltar palabrotas. «¡Dígale que soy Larry Smith!», gritó. Al saber que Slim estaba a punto de morir

y que le llevaban al hospital colgó. Pero, oiga, ¿a qué viene todo eso? Los blancos están ustedes como cabras.

—Larry Smith…

Bannion miró fijamente a la mujer aunque sin verla, al tiempo que se restregaba lentamente las enormes manos. Incluso los trabajos mejor realizados suelen dejar algún cabo suelto.

Y allí estaba el que él quería encontrar…

9

Larry Smith estaba en la esquina de Market Street y de la Doce fumando un cigarrillo y sonriendo mientras disfrutaba con el ruido, el color y la animación propias de un sábado por la noche. Era un joven de complexión robusta, bien vestido, de unos veintiséis años, con el pelo negro rizado y una cara inteligente y enérgica.

Un musculoso marino con cazadora color guisante se acercó a él y le dijo:

—Hola, Smith. ¿No le he hecho esperar, verdad?

—No; sólo llevo aquí unos minutos —contestó Larry sonriendo y arrojando el cigarrillo al suelo.

El marino iba sin afeitar y se mostraba nervioso y excitado porque había bebido en exceso.

—Hubiera preferido que nos viésemos anoche —manifestó—. Me hubiera ahorrado muchas molestias.

—No; fue sencillo. Recibí el género de un individuo en Livorno que lo había traído de Milán. Zarpamos de Génova y llegamos a Filadelfia anteanoche. Lo saqué a tierra en una caja de cigarros, poniendo encima mi estuche de costura y algunas cartas. Son tres libras, Smith. Necesito el dinero.

—No puedo asegurarle nada hasta que haya hablado con el jefe —le aclaró Larry.

—Usted me dijo que lo trajera. ¿Es que vamos a discutir ahora como tenderos? Puedo vendérselo a cualquiera y usted lo sabe bien.

—No, no puede —repuso Larry sin dejar de sonreír—. Sólo tiene un cliente en la ciudad. Y somos nosotros. No se le olvide.

El marino se encogió de hombros, enojado.

—Bien, bien —dijo—. ¿Volveremos a vernos mañana?

—Sí. Para entonces ya podré decirle algo seguro. ¿Dónde se hospeda?

El marino le dio el nombre de un hotel en Market Street próximo

al río.

Dijo adiós y se fue compungido, con su andar bamboleante y las manos metidas en los bolsillos de la cazadora.

Larry caminó vivamente a lo largo del bloque hasta llegar a su automóvil, un Buick azul descapotable que estaba aparcado bajo un letrero de «Aparcamiento prohibido». Entró en el vehículo saludando con una sonrisa al policía de servicio en la esquina. El policía le sonrió a su vez, mientras le dedicaba un amistoso saludo. Larry iba retrasado, así es que pisó el acelerador a fondo. La cita con Stone era para las ocho y faltaba muy poco para dicha hora. Debería recoger a Stone en su agencia de automóviles y luego los dos se irían al apartamento de éste, donde recibirían la visita de Lagana. Stone le había dicho que Lagana estaba indignadísimo por algo. Probablemente por culpa de Bannion. Bueno, siempre cabía algún desliz. Sin embargo, no volvería a ocurrir ninguno más. Estaba seguro de ello.

Se encaminó hasta West Philadelphia, olvidándose de Bannion y pensando sólo en su nuevo negocio. Lagana estaba contra la droga. Al viejo le preocupaban los reformistas vociferantes. Mas no a Larry. Aquellos supuestos bienhechores estaban perpetuamente activos, dispuestos a levantar la voz y hablar de barrios pobres, basuras, negros que no podían votar, juego y todo lo demás. Pero, si se indignaban, era porque no se contaba con ellos. En cuanto se les daba un cigarro con un billete bajo la envoltura, se quitaban el sombrero y se olvidaban de todas sus estúpidas reformas. El negocio de la droga continuaba en vigor y Lagana no tendría más remedio que dejarle seguir. La mercancía había llegado, los compradores estaban dispuestos y el suministro quedaba asegurado para el futuro. Se jugaba en ello mucho dinero; dinero atractivo y seguro. Un individuo cualquiera podía dejar de jugar a las carreras si su mujer se ponía nerviosa, pero nunca renunciaría a la droga. Los chicos la llamaban «el caballo». Larry sonrió viendo reflejarse en el parabrisas la agradable imagen de su camisa de doce dólares, su fuerte dentadura y su rostro atractivo y enérgico. Aquél era un caballo con el que nunca se dejaba de ganar, pensó sin dejar de sonreír.

Max Stone le estaba esperando en la acera delante de la agencia de automóviles que ocupaba toda la manzana y que permanecía

iluminada por letreros de neón. Era un hombre corpulento, de cara rojiza y unos ojos pequeños que miraban con aire irritado. Iba envuelto en un abrigo de piel de camello de doscientos dólares y cubría su cabeza redonda y algo calva con un sombrero gris. Larry abrió la portezuela y Stone entró, sentándose junto a él resoplando con fuerza. Se agitó unos momentos hasta encontrar una posición cómoda en el asiento forrado de cuero, y dijo:

—Llegas tarde. ¿Qué diantre te ha pasado?

—He tenido que ver a uno —explicó Larry soltando el freno y avanzando por Walnut Street a plena potencia.

—Bien, bien; pero esto no es la pista de carreras de Indianápolis —indicó Stone sacando un puro y quitándole el envoltorio.

—¿Hay prisa, no? —replicó Larry sonriendo.

Stone soltó un gruñido. Encendió su puro con un encendedor de oro y lanzó el humo contra el parabrisas. Pero el cigarro no tenía muy buen gusto. Stone era un hombre directo y expedito a quien gustaban las cosas agradables, que olieran bien y produjeran placer. Tales como comer, beber, ir con mujeres, los buenos coches, la pista de carreras y el poker. Se inclinaba decididamente por la comida judía. Salmón ahumado y salado con queso cremoso, grandes pepinillos al estilo «kosher», sopa de galletas de pan sin levadura, col roja agria, lomo de buey ahumado y pastel de queso. Admiraba a los judíos porque sabían comer bien. Sin embargo, su estómago empezaba a resentirse. Alimentos como aquéllos le producían ardor y una noche de beber más de la cuenta le dejaba convertido en una piltrafa para un par de días. Se dijo que muy pronto tendría que limitarse a las tostadas y a la leche. Pensaba en todo ello mientras veía pasar, como una exhalación, los escaparates de las tiendas. Un peatón tuvo que dar un salto y volver a refugiarse en la acera mientras su rostro colérico quedaba atrás como una mancha borrosa.

—¡Diantre! Ve más despacio —advirtió. Su mal genio, siempre a punto de manifestarse, estalló de improviso—. ¡Haz lo que te digo! —gritó.

—De acuerdo, de acuerdo —admitió Larry.

—Bueno, así es mejor —dijo Stone.

—¿Qué quiere ahora Lagana? —preguntó Larry mientras disminuía la marcha al acercarse al río Schuylkill.

—Está que echa chispas por lo de Bannion —le explicó Stone—. Esta noche es mejor que me dejes hablar a mí.

—Yo también sé hablar, me parece —repuso Larry—. ¿Qué quiere que haga? ¿Que quite de en medio a Bannion con un matamoscas?

—¡Y yo qué diantre sé! —estalló Stone—. El caso es que no has hecho bien tu trabajo, con matamoscas o sin él. Esperemos hasta haber hablado con Lagana.

Se volvió a poner el cigarro en la boca, frunciendo el ceño. Stone no solía reflexionar demasiado, prefería la acción. Sabía que en la ciudad estaban ocurriendo cosas raras; algo fuera de lo común. Aquella sensación flotaba en el ambiente e iba en aumento, lo que le desagradaba. No la comprendía y le ponía fuera de sí. Las cosas se le estaban escapando de las manos; algunos policías, unos cuantos magistrados e incluso dos o tres de los grandes en el consistorio, parecían escabullirse. Stone se dijo que ya era hora de pegar duro. Pero Laguna se oponía enérgicamente. O el jefe sabía muy bien lo que estaba haciendo, o quizá se tratara solamente de que se volvía viejo.

Larry detuvo el coche en Walnut Street delante de la casa de apartamentos alta y gris donde vivía Stone. Dejó las llaves en la puesta en marcha y dijo al portero que lo aparcara. Stone penetró en el tranquilo y alfombrado vestíbulo moviéndose a su manera característica, es decir, con mucha rapidez, mirando al frente, con la cabeza y los hombros un poco hacia adelante, como si avanzara al encuentro de algún enemigo. Ocupaba los dos apartamentos superiores de la casa. El ático de dos habitaciones lo destinaba a sus negocios y a pasatiempos, y la planta inferior a vivienda. A los dueños de la casa aquello les parecía bien, porque así las fiestas de Stone en el ático quedaban aisladas del resto del edificio. Era un inquilino de mucha importancia. Los propietarios se percataron cuando empezaron a llegarles los recibos de la contribución.

Stone y Larry tomaron el ascensor hasta el ático. El cocinero-criado de Stone, Alex, un hombre de edad madura y sonrisa nerviosa, les franqueó la entrada y les tomó los abrigos y sombreros.

—Tengo póker esta noche —le advirtió Stone alisándose el escaso cabello—. ¿Hay suficiente bebida?

—Sí, hay suficiente.

—Bien, procura que no falte el coñac francés. Vendrá el juez McGraw y ya sabes que no bebe otra cosa. ¿Tienes dinero?

Alex dijo que no, sonriendo nervioso. Stone soltó una interjección y le entregó un billete.

—Si vieras lo que me cuesta esta barraca, creerías que estoy dando de comer a un ejército —explicó a Larry.

Entró en el enorme salón, sintiéndose molesto consigo mismo e irritado contra todo cuanto ocurría a su alrededor. Llevaba un traje de tela ligera, camisa blanca y corbata roja. A pesar de que aquellas ropas eran caras, el efecto quedaba anulado por su vientre prominente y los caídos y redondos hombros. Era un hombre acalorado, desaliñado y colérico.

—Bueno; vamos a echar un trago —propuso consultando su reloj. Sus ojos, medio ocultos por las grandes bolsas de su cara, brillaban congestionados.

—Mike se está retrasando. Nos hemos dado con los pies en el trasero para llegar aquí y ahora se retrasa.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Larry.

—*Scotch* y agua. Ponme uno doble. Necesito animarme.

Stone se acercó a la puerta vidriera que daba a la terraza y miró hacia la curva brillante del río y a las líneas que el tráfico trazaba en las calles Chestnut y Walnut. Aquella era su ciudad, reflexionó abstraído. Con sólo que cerrara los puños podía hacerla temblar. ¿Qué diantre le estaba pasando? A lo mejor era el asqueroso cigarro. Se apartó de la puerta. La habitación era amplia, cálida, y estaba suavemente iluminada y muy costosamente amueblada con las mejores alfombras, sillones, sofás y mesas que había podido encontrar. A pesar de que no ofrecía un ambiente con personalidad, a Stone le gustaba de aquella manera. Su idea del lujo era una suite en un hotel. El decorador le había propuesto cortinas de paño, mesitas bajas y redondas, mobiliario moderno e incluso murales en las paredes. Uno de ellos tenía que haber representado el perfil de la ciudad como fondo a una hilera de coristas con sombrero de copa y las piernas arriba. Stone se rascó la cabeza, algo calva, y miró a su alrededor pensando que cuando uno tiene dinero todo el mundo

trata de sacárselo como sea.

Larry le trajo la bebida y Stone tomó un largo y apreciativo trago. Aquello era otra cosa. Necesitaba relajarse y distraerse un poco. ¡Al diantre con las preocupaciones! Aunque, de todos modos, ¿es que había algo de qué preocuparse?

—¿Estás ahí, Max? —preguntó una voz desde el otro extremo del apartamento.

—Sí. Y Larry conmigo —respondió Stone.

Una chica entró procedente del comedor, sonrió a Larry y besó a Max en la mejilla.

Max le pasó un brazo por la cintura.

—¿Qué has estado haciendo durante todo el día? —quiso saber.

—He comprado unas cosas. Zapatos.

Stone se llevó una mano a la frente con aire de cómico susto.

—¡Unas pequeñas compras! Sé lo que esto significa, Debby.

—¡Qué hombre! —proclamó Debby haciendo una mueca a Larry, quien movió la cabeza con expresión simpática—. ¿Y si me servís una bebida? —preguntó dando unas palmaditas en la mejilla de Stone—. ¿Puedes permitirte ese lujo?

—Desde luego. Prepárale algo, Larry.

Debby era una rubia extraordinariamente atractiva, de veintisiete o veintiocho años, con una figura saludable y espléndida, la frente suavemente redondeada de un niño y unos ojos azules de mirada serena. Poseía un cuerpo alto y espectacular que cuidaba al máximo. Su cintura era tan delgada que Stone casi hubiera podido rodearla con sus enormes manos, y tenía unas piernas de bailarina, largas, delgadas y hermosamente musculadas.

Stone se fue tomando su bebida mientras la miraba con sonrisa abstraída. Algo en ella le hacía sentir extrañamente nervioso e inseguro. La joven llevaba un vestido de lamé de oro que combinaba perfectamente con su pelo, y unas sandalias de tacón alto.

—Gracias, amigo —dijo sonriendo, tomando la bebida que le ofrecía Larry.

El carácter de Debby era su mayor encanto. Siempre estaba de buen humor, parecía feliz y complacida con la vida, y sin tiempo, como siempre decía, para cansarse o aburrirse. Debby no era ninguna ingenua. Antes de conocer a Stone había trabajado diez

años como chica de servicio, camarera, dependienta en un bar, bailarina y modelo. Todos aquellos trabajos fueron duros y exigentes. Había que levantarse temprano, ganarse el dinero, que no era mucho, e irse a la cama totalmente agotada. Debía librar una batalla constante contra el alquiler del piso, las carreras de las medias, la reforma de viejos vestidos y el empeño de lucir un buen sombrero dos veces al año. Había también que ser amable con los chicos, aunque no demasiado ni con frecuencia, y, no obstante sus deseos de evitarlo, a veces se veía metida en líos y en la necesidad de librarse de algún que otro bastardo. Si comparaba todo aquello a vivir con Stone, nada tenía de extraño que se sintiera feliz. Sabía situarlo en el lugar que le apeteciera. El deseaba ser un gran hombre cuando estaba a su lado, y una sensación así no podía adquirirla en ningún otro lugar por más dinero que tuviera. Stone era un hombre maduro que se hacía la ilusión de tener diecinueve años cuando estaba en la cama, pero no se entendía muy bien a sí mismo ni sabía lo que le era más adecuado. Ella no era precisamente quien tenía que decírselo, mas el conocimiento de la realidad la colocaba en una situación ventajosa.

Sonó el timbre y Stone se dirigió hacia la puerta. Lagana entró pulcramente vestido. Como de costumbre, y tras de él, como si fuera su sombra, apareció aquel tipo enorme llamado Gordon. Lagana se desabrochó el abrigo negro de Chesterfield, se frotó vivamente las manos y miró a su alrededor, sonriendo a Debby y a Larry.

—Bueno, ¿cómo estáis todos esta noche? —preguntó—. Hace frío, ¿verdad?

Vestía un traje gris de banquero y una corbata de tipo normal. Sus zapatos relucían, aunque no demasiado, y el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta estaba doblado cuadricularmente, de modo que no mostraba ninguna punta. Exceptuando sus ojos, hubiera parecido un tendero en buena situación. Gordon se deslizó hasta la chimenea y se quedó allí, haciendo una seña a Larry. Era un hombre corpulento y desmañado, aunque daba la impresión de poder moverse con gran facilidad cuando llegara el caso.

—Lamento llegar tarde —se excusó Lagana. Y al sonreír, sus dientes aparecieron muy blancos bajo el bigote negro—. Mi hija tenía que vestirse para salir, y creedlo o no, ha querido que la esperase para dar mi visto bueno a su vestido. Le dije que mi opinión no importaba demasiado; que lo esencial era causar buena impresión a ese joven jugador de rugby que le paga el ramillete y la subasta para el baile —sonrió a Debby—. Ha sido un buen consejo, ¿no os parece?

—A veces, la opinión de papá significa más que la de un jugador de rugby —opinó Debby, sabiendo que Laguna estaba chiflado por sus hijos—. Estos últimos aparecen y desaparecen fácilmente, pero el viejo papá sigue siempre a nuestro lado.

Lagana sonrió complacido. Stone se terminó la bebida y entregó el vaso a Larry.

—Ponme otro, ¿quieres?

La charla de Lagana sobre su familia le irritaba sin saber por qué. El jefe tenía en tales momentos un aspecto algo raro.

—Quítate el abrigo —le dijo—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias, Max. Sólo voy a quedarme unos minutos. Tengo amigos en casa esta noche y he de estar allí pronto. Son gente del barrio, pero he de hacer bien mi papel de anfitrión.

«¡Qué respetables nos hemos vuelto!», pensó Stone tomando la bebida que le ofrecía Larry.

—Bueno, entonces vayamos al grano —propuso—. Debbie, baja, a ver si hay bastante comida. Van a venir unos amigos a jugar al póker —le hizo una seña para que se apresurara—. Un poco de carne en conserva puede ser una buena idea.

—De acuerdo. Diré a Alex que vaya a buscarla —respondió la joven sonriendo y saliendo de la habitación con paso ágil.

Lagana introdujo las manos en los bolsillos de su chaqueta y se volvió hacia Larry.

—Has armado un buen lío con ese Bannion —dijo en un tono de voz que combinaba muy bien con la expresión de sus ojos—. Todos los periódicos hablan de ello; pero tú no has conseguido hacerte con ese hombre. Bonito trabajo, Larry.

El aludido se ruborizó.

—No habrá más errores —aseguró—. A mí me pareció que el primer plan era totalmente seguro. Le vigilamos durante una

semana y vimos que aparcaba el automóvil cada noche, así es que…

—Todo ha sido manejado de la manera más tonta, desde el principio —se quejó Lagana—. Tendrías que aprender a usar la cabeza. Una bomba en un coche nos pone en evidencia y da a los periódicos una excusa perfecta para poner el grito en el cielo. Creo que deberías dedicarte al negocio de la publicidad.

—La próxima vez se hará todo de manera tranquila y sin ruido —prometió Larry tratando de evitar que su voz sonara enfadada.

—No. Es mejor que no sigas en esto —dijo Lagana—. Max, ¿tienes ya al sustituto?

—Sí. Es uno de Chicago. Llegará en avión esta noche y tengo entendido que es muy bueno —respondió Stone mirando su bebida.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya no sigo en el caso? —preguntó Larry.

—¿Tú qué crees que quiero decir? —preguntó a su vez Lagana, mirándole aceradamente—. Que quedas fuera del asunto. Eso es todo. Deja tranquilo a Bannion. Max ha hecho venir a otro.

Larry miró a Stone sintiéndose como un objeto usado.

—Hubieras podido decirme algo, Max —se quejó.

Stone se rio al ver la expresión de Larry. Le resultaba simpático, y estaba convencido de que era listo y enérgico. Si bien tenía cierta tendencia a la jactancia y no estaba de más que le bajaran un poco los humos.

—Bannion no va con tus procedimientos —dijo—. Necesitamos a un veterano.

—No es más que un policía tonto, de los del montón —opinó Larry.

—Tienes que aprender muchas cosas —le aseguró Lagana—. Bannion no es ningún tonto. Se nos echó encima en seguida, luego del trabajo de Big Burrows —miró a Stone—. Ese es otro asunto, por cierto también muy tonto. Te di los dos encargos porque los de Central y Noreste se encuentran metidos en un embrollo. La verdad es que los has estropeado. No estamos en mil novecientos veinte. El echar a la nena a la autopista fue otro detalle de publicidad barata. Supongo que sabrás a lo que se dedica ahora Bannion, ¿verdad? Pues está haciendo comprobaciones para averiguar quién fabricó la bomba.

Larry esbozó una sonrisa.

—¡Claro que lo sabía! —exclamó—. Va de un lado a otro de la ciudad con sus malditos pies planos. Pero no creo que saque nada en claro.

—¿Estás seguro?

—El que la hizo, ya ha muerto. Estaba tuberculoso. Le llamé para decirle que saliera de la ciudad en cuanto supe lo que se proponía Bannion; pero la familia con quien vivía me advirtió que estaba enfermo y que había sido enviado al hospital —Larry hizo una mueca—. Así es que crucé los dedos y llamé al hospital un par de horas más tarde. Me dijeron que había fallecido.

—Bueno, al menos eso estuvo bien —comentó Lagana—. Quiero que los dos entendáis esto: todo ha de ser llevado con mucha calma hasta que lleguen las elecciones. No quiero una maldita noticia en los periódicos. Eso de Bannion habrá sido la única excepción. ¿Lo has entendido, Max?

Stone asintió y siguió tomándose su bebida.

Lagana se abrochó el abrigo y miró su reloj.

—Bueno, tengo que irme —dijo.

—A propósito, hay algo de lo que quería hablarte —empezó Larry.

—¿De qué se trata?

Larry le contó lo del marino y de los contactos de éste en Italia que le habían permitido traer tres libras de heroína.

—Es material de primera, dispuesto para la distribución —explicó incapaz de controlar el nerviosismo de su voz.

Lagana le miró en silencio con expresión glacial. Luego dijo:

—De acuerdo, lo compras, Larry, pero con tu dinero. Luego haces un paquete, le pones un ladrillo y lo tiras al río. ¡Mañana mismo! ¿Te has enterado?

—Sí, pero…

—¡Maldita sea! Cada vez pareces más imbécil —le interrumpió Lagana irritado—. No entrará en esta ciudad ni una onza de droga. Métete esto en tu dura cabeza —empezó a pasear con su fino rostro blanco por la cólera—. No quiero discutir. No quiero decirte las cosas dos veces. Te las digo una vez y basta, ¿me has entendido?

—Sí, sí; claro que lo he entendido —admitió Larry tragando saliva.

Stone hizo una señal de asentimiento y sorbió su bebida. Aquello

se parecía más a los antiguos tiempos. El jefe era lo suficientemente duro y listo como para saber manejarlo todo él mismo.

Lagana frunció el ceño y miró a Larry Stone.

—Las cosas están cambiando en este país —explicó con voz más tranquila—. Quien no lo vea es que no tiene ojos en la cara. Kefauver no nos hizo ningún favor. Las cosas vienen de antiguo. La gente está harta de nosotros. Durante mucho tiempo dirigimos nuestros asuntos como mejor nos pareció. Droga, prostitución, juego, manejos políticos…, teníamos dinero y la suficiente fuerza como para reírnos de quien se pusiera en nuestro camino. Pero todo ha cambiado. Y si en las próximas elecciones ganan quienes van contra nosotros, no encontraremos nuevos amigos. Tienen una candidatura muy buena, lamento tenerlo que reconocer. Habrá que preocuparse de Cranston a partir del día siguiente de conocerse los resultados.

—¿De Cranston? —preguntó Larry encogiéndose de hombros—. ¿De ese tipo en su torre de marfil del Consistorio? ¿Qué pasa con él?

—Ese viejo nos va a fastidiar —respondió Lagana—. Tenedlo bien presente. Será el único modo de que tardéis más en VII ir a la cárcel —miró a Larry inquisitivamente moviendo la cabeza—. Pero ya veo que no lo entendéis —añadió—. Bueno, voy a contaros una historia como se hace con los niños en la escuela. Intentad comprenderla. Hace ya mucho tiempo —continuó secamente— había en Nueva York un chico que dirigía la organización más poderosa de la ciudad. Era amigo mío. Todo esto sucedió en el veinticinco. En aquellos tiempos, el ser presidente de un gran sindicato en Nueva York era como ser el candidato demócrata en Alabama. Se estaba en el meollo. Mi amigo Pete era muy influyente en política local. Sus hombres formaban el grupo más compacto que se haya visto jamás en este país. Sólo respiraban cuando él se lo decía. Era el rey de los bares. Tenía un manager y cinco camareros a su mesa y no se servía a nadie hasta que él estaba totalmente satisfecho. Tomaba sus bebidas como un gato sediento.

Lagana se llevó un cigarrillo a los labios y volvió la cabeza hacia la cerilla que le ofrecía Gordon.

—Gracias. Pues bien, una noche Pete celebró una gran fiesta y durante la misma, pudo ver cómo un hombre que se hallaba al otro

lado del recinto atraía tanta atención como él. Aquello le molestó. Llamó al manager para preguntarle de quién se trataba, y el manager le contó que aquel hombre era Legs Diamond. ¿Has oído alguna vez ese nombre? —preguntó Lagana a Larry.

—Sí, claro —respondió el aludido, molesto por el sarcasmo—. ¿Y qué ocurrió después?

—Pues que Pete se acercó como una tromba a la mesa del otro. «Me han dicho que eres Legs Diamond» —indicó—. Diamond levantó la mirada hacia él y repuso: «¿Y qué pasa si lo soy?» A Pete le gustaba vestir bien y llevaba clips de diamantes en las ligas. Puso un pie sobre la mesa de Diamond, se enrolló los pantalones y con aire provocativo añadió: «Si eres tan valiente como dicen, trata de arrancarme uno de estos clips de un tiro.» Diamond se sacó un «treinta y ocho» de la sobaquera e hizo un agujero en la pierna de Pete. Después dijo: «Vete de mi mesa o el tiro siguiente dará en tu cabeza» —Lagana sonrió—. Y allí se acabó la cuestión.

—¿No ocurrió nada más? —preguntó Larry.

—No, no ocurrió ninguna maldita cosa más —repitió Lagana suavemente—. Y ahora si tenéis la suficiente inteligencia comprenderéis a qué me he referido con esa historia. A Pete lo sacaron de allí y Legs Diamond continuó con su cena. Legs era más importante en Nueva York que el jefe del mayor y más sólido sindicato de la ciudad. Cuando los policías oían algo malo de él volvían la cabeza al otro lado. Esa es la clase de peso que entonces ejercíamos. Mas ahora es distinto. Aquello ha desaparecido para siempre, Larry. Ahora aparentamos la máxima respetabilidad y procuramos no salir en los periódicos. ¿Te das cuenta de lo que te quiero decir, Larry?

—Sí, me doy cuenta —aseguró Larry sin inmutarse.

—De acuerdo. Pues bien; compras esa droga que ha traído tu amigo, con tu propio dinero, y la echas al río, ¿te enteras? Y no te atrevas a tocar ese tema nunca más. —Estudió a Larry frunciendo ligeramente el ceño y con sus pupilas tan inexpresivas como si fueran unas frías y minúsculas bolitas de cristal—. Deberías agradecer que los viejos tiempos se hayan ido —añadió—. Porque esto no se habría acabado con una historieta de Legs Diamond para dormir a los niños. No lo olvides. Vamos, Gordon; estamos haciendo tarde.

Lagana saludó a Stone con un movimiento de cabeza y dirigióse a la puerta.

Cuando se hubo marchado, cuando oyeron zumbar el ascensor mientras iba bajando, Larry se encogió de hombros y se preparó una bebida. Miró a Stone y dijo:

—Bueno, ¿qué piensas tú de todo eso?

—Creo que harás bien echando esa droga al agua —le aconsejó Stone rascándose la calva, y sintiéndose de pronto de excelente humor—. ¡Maldita sea, tengo hambre! —exclamó.

10

Cuando Bannion llegó de Chester en su coche, llovía intensamente. Se detuvo ya dentro de los límites de la ciudad y por un corredor de apuestas, supo cuáles eran las señas de Larry Smith. En la primera tienda intentó telefonearle pero sin conseguir comunicación.

Siguió con el coche hasta el edificio Parkway, una enorme y elegante casa de apartamentos con portero uniformado y cierta discreta atmósfera de lujo para disfrute de aquellos que pudieran permitirse pagar aquellos precios. Bannion aparcó al otro lado de la calle, frente a la resplandeciente entrada con marquesina. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. Tenía la trinchera mojada y caían gotas de agua del borde de su sombrero. Lo puso sobre el asiento sin apartar la mirada de la puerta giratoria del edificio donde vivía Larry.

Tendría que aparecer más tarde o más temprano.

Bannion siguió fumando y mirando a través de la lluviosa oscuridad…

Larry salió del piso de Stone a las nueve y media, amargado y disgustado. Max y Lagana se creían muy importantes porque habían vivido los años veinte cuando, a juzgar por lo que explicaban, se le pegaba un tiro a cualquiera sólo por no estar de acuerdo con el jefe. Todo aquello no eran más que tonterías. Estaban haciendo el imbécil golpeándose el pecho y tratándolo como si fuera una criatura. «¡Vaya unos grandes hombres!», exclamó para sus adentros desdeñosamente. Bannion, un policía cualquiera, y Cranston, una vieja, los hacían temblar como un par de desgraciados.

De repente, se acordó del modo en que Lagana le había mirado de arriba a abajo con aquellos ojos suyos tan extraños y fríos.

Aunque después de todo, ¿qué diablos era una mirada? Sonrió dando a su rostro una expresión de dureza. Lo más probable es que el viejo necesitara lentes. Nadie tenía unos ojos como aquellos, a menos de estar muerto. Sí. Así eran los ojos del viejo, pensó. Los de un muerto. Había en ellos como una especie de helada claridad invernal. Lo mismo que en las pupilas de un cadáver.

Larry se estremeció un poco y se metió en su coche ignorando la mano del portero que se había extendido en demanda de la acostumbrada propina. ¿Por qué diablos estaba ahora pensando en los ojos del viejo? Si al fin al cabo eran solamente eso; dos ojos como los de cualquiera. Y punto. Pero no podía engañarse; sabía que algo extraño estaba sucediendo cuando sus pensamientos derivaban de aquel modo. Tenía miedo a morir. No sentía miedo físico, pero sí temor por lo que vendría después. Se iba a parar a algún sitio, arriba, abajo, afuera, al espacio, y el cuerpo quedaba detrás, inservible, rígido y frío. Larry había sido educado en la religión católica y aún le queda ese sentimiento del miedo a la muerte porque se había apartado de la Iglesia y sabía que iba a ser castigado por ello. Sin embargo, aun cuando sintiera temor de aquel castigo inevitable y misterioso, todavía le preocupaba más lo que decían los ateos. Eso de llegar a la nada, de ver cómo todo terminaba repentinamente y para siempre jamás, era mucho peor que cualquier otra cosa.

¡Al diablo con todo ello!, se dijo golpeando el volante con el dorso de la mano. Apartó aquellas ideas de su cabeza. Todo marcharía bien. El mañana sería maravilloso; un mañana realmente bello. Luego de tomar la dirección de su casa, cambió de idea y se dirigió a un llamativo club nocturno de Market Street. La chica del guardarropas le trató con desmesurada cortesía, y un par de camareros que se apresuraron por el «foyer» con sus paredes recubiertas de terciopelo le saludaron sonrientes. Larry entró en el amplio comedor y sala de baile, sintiéndose de mucho mejor talante. Era un lugar agradable, un sitio donde relajarse. Allí le conocían por lo que era y todos le consideraban un gran personaje.

Larry llevaba seis años trabajando para Max Stone. Era el número cuatro en Filadelfia, joven todavía para la responsabilidad que pesaba sobre él; mas esto no le impedía realizar una buena tarea. Era duro, listo, y carecía completamente de moral. Había

llegado hasta allí atravesando los distintos estratos de una sociedad que se basaba en el soborno. De niño, había entregado propaganda electoral, llevado a los votantes hasta las urnas, visto cómo las listas eran rellenadas con nombres ficticios y observado cómo se ejercía presión sobre quienes se declaraban en contra de la Administración. Larry no era ningún muerto de hambre que se hubiera criado en un barrio mísero. Había estudiado en un Instituto, y su familia estaba compuesta por seres decentes y responsables de sus actos. Larry entró en el mundo del crimen por elección propia, igual que hubiera podido inclinarse por la abogacía. Su elección tenía como causa el haberse percatado que todo estaba corrompido: la Policía, los Tribunales, los políticos, las elecciones, toda la condenada ciudad en resumen. Todo estaba trucado como una máquina tragaperras en la que los ingenuos se dejaran su dinero para rendir beneficio a su propietario. Así pues, ¿por qué ser un ingenuo?

A los veinte años tenía ya su propio talonario de apuestas y luego pasó a trabajar para Stone como encargado de una serie de apostadores en el West Side. Se ocupaba de pagar a la gente y pronto adquirió experiencia con respecto a los aspirantes que querían abrir garitos. Manejó también el servicio telefónico y otros aspectos de la organización. Larry era nuevo en aquel oficio y había sido elegido por Mike Lagana. No era un analfabeto siciliano ni un maleante dispuesto a cada instante a apretar el gatillo. Lagana quería gente joven y tranquila, muchachos del vecindario, inteligentes y duros que no se metieran en líos innecesariamente. Larry no sabía nada de la estrategia que le había hecho pasar por delante de otros veteranos en la organización; lo atribuyó a su suerte y dio las gracias al maravilloso ambiente americano en el que la laboriosidad y la lealtad eran recompensadas sin perjuicio de la edad, los antecedentes o cualquier otra calificación sin importancia.

Larry eligió una cena compuesta de ostras y de un bistec de cinco dólares, y se acomodó para disfrutar del 'espectáculo en la pista. Había una chica entre las bailarinas a la que no había visto antes; una morena alta, de cuerpo bien formado y una expresión avispada y provocadora. Hizo una seña al *maître* y señalando a la chica le dijo sonriendo:

—Después del espectáculo, pregúntele si le gustaría tomar una copa conmigo.

El camarero sonrió a su vez.

—Sí que le gustará, señor Smith.

Era curioso cómo cambiaban las cosas. Media hora antes estaba en una situación penosa; ahora, en cambio, se encontraba en las alturas. Algo más tarde, sonriendo a la morena por encima de su copa, le dijo:

—Nena, tú eres lo que yo necesito. Me has salvado la vida esta noche.

La morena le dio unas palmaditas en la mano.

Bannion se paseaba por la acera ante la residencia de Larry con un cigarrillo en la comisura de los labios. La lluvia había cesado y a aquellas horas tempranas de la madrugada, hacía un frío penetrante. Miró hacia arriba contemplando la tranquila casa de viviendas, y con una mano se restregó el cansado rostro. No tenía la noción de estar fatigado; todo cuanto sabía era que necesitaba encontrar a Larry Smith, poner las manos en aquel cabo suelto e ir tirando de él hasta que todo saliera a la luz. Aunque era preciso esperar. Sin duda, Larry había encontrado alguna diversión. Pues bien, que la disfrutara, se dijo Bannion. «Disfruta lo que puedas esta noche, porque mañana no lo pasarás tan bien.»

Bannion había pasado cinco horas muy difíciles en la oscuridad de aquella noche lluviosa pensando en Kate. Imaginaba verla de nuevo a su lado. Sin embargo, tuvo que conformarse con la amarga soledad que su imagen le evocaba, porque era todo cuanto le quedaba, todo cuanto le quedaba en el mundo.

Tiró la colilla y caminó hacia donde estaba el coche, dispuesto a beber algo antes de regresar al hotel. Hacía mucho rato que no había comido nada; no sentía apetito. La mayoría de los bares ante los que pasó estaban cerrados, así es que continuó la marcha conduciendo el vehículo hasta el centro de la ciudad y deteniéndose ante uno de ellos en Market Street. Se instaló en un compartimento forrado de piel roja en la parte trasera del local y pidió a la camarera que le llevara un whisky doble.

Un tocadiscos automático emitía las canciones populares del momento y en el recinto contiguo, un ruidoso grupo de estudiantes muy alegres, lo pasaban en grande bebiendo cerveza y bromeando

con la camarera.

Bannion se miró las manos tratando de ignorar las canciones y el alboroto. Cuando la camarera le trajo su bebida, le dijo que dejara la botella. Así se ahorraría unos cuantos paseos.

Ella repuso que de acuerdo.

Veinte minutos más tarde llegó Max Stone acompañado por Debby y su guardaespaldas, un tal Jones. Debby se sentó en un taburete del bar y Stone estrechó la mano al encargado. Jones ocupó un asiento algo alejado, desde donde pudiera observar a su jefe. Stone se puso a echar los dados con una chica que estaba sentada a una mesa con tapete de fieltro verde. Empezó a perder considerablemente, lo que no le puso muy contento. El dinero era lo de menos porque sólo jugaban veinticinco centavos por tirada; en cambio, el perder le producía muy mal humor. Durante las últimas cuatro horas había estado perdiendo constantemente al póker en su piso y había tenido que salir a dar un paseo para que el rumbo de su suerte cambiara. Se sentía fatal. Había comido cuatro bocadillos de carne en conserva con pan judío de centeno y bebido numerosos whiskys, y aquello no le hizo ningún bien. Ahora miraba cómo los dados saltaban en el cubilete de cuero que sostenía en la mano, con los ojos entornados y aburridos. ¿Qué le estaba pasando últimamente? Se había sentido mejor a primeras horas de la noche cuando Lagana había echado el rapapolvo a Larry. Había sido como en los viejos tiempos. Pero cuando Mike se marchó, Stone se sintió agobiado por la angustiosa sensación, ya habitual, de que algo no marchaba como era debido. De que el suelo resbalaba debajo de sus pies.

—No recojas tan deprisa —dijo a la chica—. Yo también quiero mirar.

—Como usted diga, señor Stone.

El camarero del bar sonrió a Stone y lo mismo el encargado y Debby. Todos sabían que se encontraba de un humor pésimo. Sólo Jones, su guardaespaldas, no sonreía. No le pagaban para que sonriera sino para que vigilara, así es que continuó sentado al final del mostrador. Era un hombre tristón y calvo que miraba a Stone y a la gente que circulaba cerca de él con unas pupilas grises y

atentas.

—¡No recojas tan deprisa! —repitió Stone lanzando una furiosa mirada a la muchacha—. Y no hablo por hablar, nena.

—No, ya lo sé, señor Stone —respondió la muchacha con nerviosa y rápida sonrisa.

Unos minutos después, Stone soltó una violenta interjección.

—¡Me estás engañando, maldita sea! —gritó, estrellando el cubilete de cuero contra la pared. Y echando una mano hacia atrás descargó una bofetada en el rostro de la chica. El golpe la cogió por sorpresa y casi la hizo caer del taburete. Se dejó resbalar hasta el suelo y se quedó acurrucada en un rincón, mirando a Stone con los ojos muy abiertos, completamente atemorizada y demasiado aturdida como para poder pronunciar palabra.

El camarero del bar empezó a fregar un vaso meticulosamente, y un parroquiano al reconocer a Stone, recogió el cambio que le entregaban y deslizóse con disimulo hacia la puerta.

El encargado puso nerviosamente una mano sobre el brazo de Stone.

—Max, olvídalo, por favor —rogó—. La despediré esta misma noche. La mandaré al diablo.

—¿Qué clase de establecimiento es éste? —masculló Stone librando su brazo de la mano del otro.

Se produjo un zumbido de conversaciones y cierta conmoción cuando los parroquianos que estaban tanto en el bar como en los compartimentos, se volvieron para observar el incidente.

Stone se metió las manos en los bolsillos del abrigo y miró a lo largo del local pudiendo observar cómo todo el mundo bajaba la vista, no deseando enfrentarse a él.

—¿Y tú, qué miras? —preguntó irritado a un joven delgado y atildadamente vestido.

—No, no. Yo no miraba nada —respondió el joven, volviéndose hacia otro lado con temblorosa sonrisa.

El guardián del local, un hombre corpulento que vestía traje azul oscuro, se puso detrás de Stone dispuesto a actuar con toda rapidez si alguien se atrevía a molestarlo. Jones bajó de su taburete y se puso también a mirar, balanceando su corpachón sobre las plantas de sus pies.

El único sonido que ahora se percibía eran los sollozos ahogados

de la muchacha.

Los estudiantes en el compartimento cercano a Bannion se habían puesto en pie para disfrutar mejor del espectáculo. Uno de ellos, un chico avispado y fornido, miro a sus amigos con expresión interrogante.

—¡Eh! Ese bastardo le ha pegado a una chica —comentó con un tono más de sorpresa que de agresividad.

Se humedeció los labios y su rostro alegre y todavía juvenil adquirió un aire más grave.

—Voy a ver lo que ocurre —dijo, y sus palabras sonaron de manera muy clara en el silencio reinante.

Salió del compartimento y dirigióse hacia Stone.

No pudo ir muy lejos. Jones interceptó su paso con una rápida y ágil zancada, y situándose como un muro ante el muchacho, le puso las dos manos sobre los hombros y le empujó fuertemente haciéndole entrar de nuevo en el compartimento.

—¿A dónde vas, héroe? —le preguntó caminando tras de él con las manos colgando a ambos lados.

Dos camareros aferraron al muchacho por los brazos y le obligaron a agacharse. El luchó, aunque oponiendo sólo una resistencia relativa. Tenía la cara pálida y parecía asustado. Uno de los camareros le advirtió:

—Muchacho, no seas tonto. Ese señor es Max Stone. ¿No te has enterado? ¡Max Stone! No metas las narices donde no te llaman.

—¡Es que le ha pegado a una chica! —protestó el estudiante con voz temblorosa.

—Es verdad —respondió el camarero—. Le ha pegado a una chica, pero es que él puede hacer lo que le de la gana —miró a Jones sonriendo azoradamente—. Son buenos chicos, y a veces se ponen en poco nerviosos —explicó.

Jones miró al estudiante.

—Tranquilízate, mequetrefe —le advirtió—. Perder los estribos no te hará ningún bien.

Bannion levantó la cabeza lentamente. Jones se encontraba a muy poca distancia de él y su voz le había caído encima como un peso que le oprimiera las ideas. «No te metas en esto», se dijo, y sus labios se movieron formando las palabras en silencio casi como si estuviera rezando. Había reconocido a Stone, el mandamás del West

y presenciado todo el barullo. También conocía a Jones, un desgraciado a quien nada hacía más feliz que acorralar a algún miedoso contra un rincón. «No te metas en esto», se repitió formulando ahora las palabras de manera inteligible. Ya tenía una pista en Larry Smith, y ésta le conduciría hasta Stone, pero las cosas tenían que demostrarse. De nada hubiera servido anticiparlas, realizar cualquier movimiento imprudente que destruyera sus posibilidades. Se repitió casi brutalmente que debería mantenerse apartado de aquello, y tuvo que esforzarse en reprimir la irresistible cólera que empezaba a apoderarse de él; una cólera capaz de destruirle al tiempo que acababa con todo cuanto se opusiera a su paso. La voz de Jones volvió a repercutir en sus ideas, cínica y dura.

—No te hará ningún bien, entrometido —repitió Jones al joven—. Así es que no te excites. Recuérdalo bien, muñeco.

El vaso se hizo añicos en la mano de Bannion. Poniéndose en pie, salió al pasillo entre las dos hileras de compartimentos.

—¡Eh, tú, gallina! —le dijo a Jones.

El aludido se volvió rápidamente, enseñando los dientes y mirando furioso a Bannion. La expresión triste, aburrida y dura se había borrado de su cara.

—Esto no es cosa suya, Bannion —advirtió.

Bannion le cogió por las solapas con una sola mano obligándole a acercarse.

—¿Vas a decirme tú lo que es cosa mía, desgraciado? —le preguntó con voz baja y temblorosa—. ¿Vas a decírmelo?

Jones se humedeció los labios y trató de mirar a Bannion a la cara.

—Yo…, yo, no tengo nada que decirle.

Manteniendo aferrada la chaqueta de Jones con una de sus enormes manos, Bannion levantó el brazo lentamente y obligó al otro a ponerse de puntillas.

—No eres más que un gallina —repitió con la misma expresión ronca—. No te atreves a decirme lo que tengo que hacer. —Hizo dar la vuelta a Jones y lo empujó hacia la trasera del local—. Quédate ahí y no te muevas —le advirtió.

Bannion le miró unos momentos y luego volviéndose, avanzó hacia Stone con paso lento y deliberado, manteniendo las manos metidas en los bolsillos de su trinchera. Bajo el ala del sombrero,

oscurecida por el agua de la lluvia, su gesto era duro y sin expresión.

—Le gusta maltratar a las chicas, ¿eh, Stone? —inquirió.

El aludido miró a su corpulento rival observando la cólera brutal que se pintaba en su rostro y notando la repentina y explosiva calma que reinaba ahora en el recinto. Sabía que Debby le estaba mirando y no podía soportar que la muchacha le viera rebajarse ante alguien. Aquella noche no estaba de humor para soportar imposiciones.

—No cometa un error, Bannion —le advirtió—. No se haga el héroe conmigo.

—¿Le gusta maltratar a las chicas, verdad? —repitió Bannion. Ahora, sabía muy bien lo que iba a hacer. No le importaba matar a Stone. Sabía que era una estupidez, que iba a destrozarlo todo, pero sentíase impotente para controlar su cólera.

Debby contemplaba sonriendo a los dos hombres, con la barbilla apoyada en la palma de la mano mientras balanceaba lentamente uno de sus pies calzado con sandalias doradas. Nunca había visto a nadie tratar de aquel modo a Max y le parecía emocionante y, desde luego, muy divertido.

El brabucón del local que se encontraba tras el detective le miró con aire de duda, pero al recordar ciertas cosas que había oído de él, se fue haciendo hacia atrás imperceptiblemente hasta quitarse de en medio.

Stone vio algo en la cara de Bannion que le impidió proferir las palabras ofensivas que estaban a punto de formarse en su garganta. Sabía muy bien que Bannion era capaz de matarle. No se trataba de una mera jactancia, sino que existía la posibilidad de que ocurriera una desgracia. Se sintió de repente frío y carente de fuerzas. Todo había ocurrido con tanta celeridad y de un modo tan inexorable que no tuvo tiempo para prepararse. Era como una bomba que le acabara de explotar en la cara. Se echó a reír sin darse cuenta de ello, pero escuchando el agudo sonido de su risa como si flotara en el aire. Levantó las manos sin querer, y sus dedos se agitaron al compás del curioso y a la vez angustiado rumor que su risa provocaba.

—¡Diantre, Dave! ¡Cálmese usted! —exclamó—. ¡Cálmese! Lo siento, Dave. Lo siento. No sabía…

Las palabras iban surgiendo como balbuceos sin sentido.

Bannion consiguió recuperar el dominio de sí mismo. El esfuerzo le había dejado pálido y nervioso.

—¡Salga de aquí, Stone! —ordenó—. ¡Rápido! Salga mientras aún sigue con vida.

Stone bajó las manos lentamente, miró a su alrededor inquieto, sin ver nada, y luego volviéndose, se dirigió hacia la puerta y salió. Bannion miró hacia atrás comprobando que Jones continuaba inmóvil en la parte trasera del recinto.

—¡Y tú también! —le gritó.

Jones avanzó rápidamente a lo largo del bar, evitando la mirada de Bannion y salió a toda prisa tras de Stone. El detective se quedó solo, pasándose los dedos por la frente sin darse cuenta de las risas nerviosas que sonaban ahora en el bar, los apresurados comentarios y el renovado tintineo de los vasos. Miró al encargado que se encontraba a su lado.

—Le debo media botella de whisky —dijo.

—No, no, olvídelo —respondió el encargado restregándose nerviosamente las manos.

—Le acusarán de haberme invitado a beber.

El encargado sonrió inquieto.

—¿Usted siempre bromeando, eh?

—Puede quedarse tranquilo. Me voy —indicó Bannion.

El encargado le acompañó hasta la puerta y le puso una mano sobre el brazo en el momento de decirle en voz baja y apresurada:

—Dave, me siento orgulloso de invitarle a beber. Puede creerme. Como usted sabe, tengo que aceptar a todos cuantos entren por esa puerta; si bien, a veces… hay algunos que huelen muy mal.

—Gracias —contestó Bannion tras una breve pausa—. Voy a decirle una cosa; invite también a un trago a ese estudiante. Y dígale que tiene un corazón muy bien templado.

—Desde luego, Dave, como usted diga.

Bannion avanzó a lo largo del bloque con los hombros un tanto contraídos por culpa del viento. Eran las tres y media de la madrugada. Market Street estaba vacía, excepto por un marino que deambulaba junto a la entrada del metro, llevando abrazada a una chica. El viento arremolinaba las basuras junto a las aceras: colillas, periódicos, papeletas de apuestas y restos de objetos, mientras las

campanas de St. John tocaban a la primera misa, la «misa de los lecheros».

Oyó pasos tras de él; el seco golpear de unos altos tacones. Se detuvo y se volvió rápidamente. La chica le miraba sonriente; era una rubia de aspecto feliz que avanzaba hacia él con largos, rápidos y graciosos pasos. Era muy bonita, como lo son las muñecas, y llevaba un abrigo de armiño sobre un vestido negro de cocktail.

—¡Qué deprisa anda usted! —se quejó.

—Sí, pero no tan deprisa como quisiera —dijo Bannion—. ¿Qué le ocurre?

—Me gustaría que habláramos un poco —respondió Debby—. Me llamo Debby Ward y soy la chica de Max Stone, aunque a usted le pueda parecer difícil a juzgar por el modo en que me dejó allí olvidada, como un trapo del que quisiera librarse.

—Ya la conocía —indicó Bannion.

—Entonces nos conocemos los dos —comentó Debby—. El barman me contó que se llama usted Bannion y es agente, ¿verdad? —pasó un brazo por el del detective—. ¿Quiere que paseemos un poco?

—Es que me voy a casa.

—¿Dónde vive?

—En una habitación de hotel.

—¡Qué lástima! Creí que podríamos tomar un trago.

—¿Cuáles son sus intenciones, Debby?

Ella ladeó la cabeza.

—No lo sé. Me gustó usted en seguida. Eso es todo.

Caminaron en silencio la distancia de un bloque y luego Bannion propuso:

—Podríamos tomar un trago en mi habitación. ¿Le hace?

—De acuerdo.

—Toma sus decisiones deprisa, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo Debby sonriendo.

Bannion preparó dos whiskys con agua y dio uno a Debby. Ella se había sentado cómodamente sobre la cama, poniéndose una almohada a la espalda, y estirando sus largas piernas de bailarina con los tobillos cruzados. Bannion se sentó en una silla de alto

respaldo y se quedó contemplando su bebida.

—¿Qué tal resulta ser la chica de Max Stone? —preguntó—. ¿Es divertido?

—Sí, mucho. ¿Qué tiene usted contra él?

—Que no me gusta.

Ella se echó a reír.

—¡Qué tontería! No se puede hacer nada en esta ciudad sin simpatizar con Max.

—Es que yo no intento hacer nada, Debby. ¿Conoce a Larry Smith?

—¡Claro! Claro que conozco a Larry. Estuvo esta noche en casa de Max. Y también Mike Lagana —explicó sorbiendo su bebida—. Los negocios deben andar muy mal porque Mike no aparece sino cuando empiezan los líos.

—Bien. ¿Qué es lo que anda mal?

La joven se encogió de hombros.

—A mí, que me registren.

—Sería muy agradable —comentó Bannion y ella se echó a reír —. ¿Qué pasó por las mentes de esos tipos?

Ella le sonrió.

—Está intentando que hable. De acuerdo, aunque le aseguro que no sé nada. Y aún más, no deseo saber nada. Cuando los chicos hablan de negocios yo me voy, y aprovecho para depilarme las piernas o cosas así.

—¿Por qué está aquí conmigo?

Ella le miró y volvió a encogerse de hombros.

—Quizá sólo pretendo jugarle una pasada a Max. No me gustan los hombres que me dejan tirada en un bar.

—¿Quiere darle una lección, verdad?

Ella se sonrojó ligeramente.

—No es sólo eso, Bannion. No bromeaba cuando le dije que me gustó la manera en que le miraba usted. Es curioso, mas a veces yo también tengo ganas de hacer lo mismo. Es un buen chico, pero… —se encogió de hombros y sonrió—. No me hago ilusiones. Eso es lo que debe ocurrir con todos los hombres y mujeres, supongo. Hay que evitar lo malo y tomar la bueno.

—¿Pero lo bueno es suficientemente bueno?

—A mí me gusta —dijo Debby—. ¿Por qué no? —levantó las

cejas—. Tengo todos los vestidos que quiero, llevo una vida muy alegre, viajo mucho, locales nocturnos, emociones… ¿Qué hay de malo en todo eso?

—Está muy bien siempre y cuando le guste ese hombre…

—A mí me gusta.

—…Y no le importa de dónde viene el dinero —añadió Bannion.

—¡Oh, cállese! —exclamó Debby dejando escapar una breve risa. Luego recogió las piernas y se cogió las manos por encima de sus sedosas rodillas—. Max es jugador, ¿eso es un crimen? Conozco a mucha gente que hace cosas peores, y en cambio van a la iglesia cada domingo con el aspecto respetable de un juez. Además, ¿por qué ha de importarme a mí de dónde viene el dinero? Lo único que me interesa es que lo tengo. Y no crea que ha sido fácil. Nadie me dio nada hasta que conocí a Max. Le puedo asegurar que trabajé en muchas cosas. Tuve que ganarme la vida. Y se lo digo de un modo bastante suave. ¿Cree que era alguna rica heredera antes de conocer a ese hombre?

—Yo no sé nada de lo que hizo usted —contestó Bannion encogiéndose de hombros.

—¡Vaya! Bonitas palabras —manifestó Debby suspirando—. Es tan sentimental como un par de gemelos de camisa. ¿No sabe decir cosas bonitas a una chica. Bannion? Cosas como que le gusta su pelo sedoso agitado por la brisa, que abre unos ojos en los que podría uno ahogarse, y una piel de terciopelo… cosas así.

Bannion fijó la mirada en su bebida.

—Sí; recuerdo cosas así —admitió lentamente. Después de unos momentos—. ¿Quiere que llame a un taxi Debby?

—Comprendo — dijo Debby—. ¿He dicho algo que no debiera?

—No.

—Me gusta saber si he quebrantado alguna regla.

—Aquí no hay ninguna regla —respondió Bannion, y le puso una mano sobre el brazo mientras se acercaban a la puerta.

—¿Qué le sucede? ¿Tiene miedo a charlar con la chica de Max Stone?

Bannion no contestó.

Debby temblaba ligeramente. Algo en aquel hombre corpulento y de rostro endurecido le conmovía de manera curiosa. El toque de su mano la hacía estremecer.

—¿Quiere realmente que me vaya? —le preguntó volviéndose, una vez en la puerta, y acercándose más a él, acercándose tanto que las puntas de sus firmes y pequeños senos rozaron la tela de su chaqueta.

—Usted es la chica de Stone —admitió Bannion apartando la mano del brazo de ella. Se sentía disgustado consigo mismo, traicionado y presa de agitación—. No tocaría nada de lo que pertenece a Stone ni con un palo de diez metros.

Debby se puso encarnada y se llevó una mano a la garganta.

—Me ha dicho usted una cosa muy desagradable.

—Buenas noches, Debby; que lo pase usted bien. Cómprese otro armiño, hágase depilar las piernas y disfrute con todo ello.

—Bannion, ¿qué le pasa? —interrogó ella bruscamente. Deseaba estar más cerca de él y gustarle, pero al propio tiempo, le temía, la asustaba la expresión de su cara.

Bannion cerró de un portazo cuando ella hubo salido. Luego se mantuvo de espaldas a la puerta mirando con amargura el leve y suave hueco que su cuerpo había dejado marcado sobre la cama.

11

Max Stone se fue a su piso y una vez dentro cerró la puerta de un colérico puntapié. Del comedor le llegaba rumor de risas y de conversaciones. Había un hombre sentado en el sofá del salón. Al ver entrar a Stone se levantó.

—¿Es usted Max Stone? —quiso saber.

El aludido lo miró de arriba a abajo.

—En efecto. Y usted, ¿quién diablos es?

Estaba deseoso de encontrar algo, lo que fuera, en lo que descargar su cólera.

—Me llamo Hoffman, Joe Hoffman, de Chicago —explicó el otro. Era un hombre alto, de constitución desgarbada y de unos cuarenta años aproximadamente; tenía unas muñecas delgadas y huesudas, una mirada suave, y un pelo de color amarillento, falto de cuidados. Parecía el primo del pueblo en su primera visita a la gran ciudad—. Sylvester Ryan me dijo que necesitaba usted a un hombre.

—¡Ah, sí! —exclamó Stone. Y al estrechar la mano a Hoffman sintió cómo algo de su cólera se evaporaba—. Sí; necesito a un hombre. ¿Qué tal está Sylvester?

—Muy bien. Me dijo que le diera sus recuerdos.

—¡Buen muchacho, buen muchacho! —comentó Stone. Y poniendo su abrigo sobre una silla, encendió un cigarrillo a la vez que estudiaba minuciosamente a Hoffman—. Esta vez se trata de un ex policía llamado Bannion —continuó—. No podemos cometer ningún error. ¿Queda entendido?

—Desde luego —dijo Hoffman haciendo una señal de asentimiento.

—Ese Bannion es todo un carácter —le detalló Stone—. Ha sido policía y conoce bien los trucos del oficio. Debe llevar revólver y desde luego sabe utilizarlo. Tenga cuidado.

—Lo tendré —asintió Hoffman—. ¿Qué otra cosa puede decirme de ese hombre?

Stone describió a Bannion y explicó a Hoffman la clase de coche que conducía y cuáles eran sus señas.

—Quiero que la cosa quede hecha, si es posible, mañana por la noche —exigió.

—Me alegra de que haya dicho usted «si es posible». Porque yo hago mi trabajo en el momento oportuno, ni antes ni después. ¿Qué hoteles buenos hay por aquí?

—Puede quedarse en mi casa si lo desea.

—No. Prefiero estar solo cuando trabajo. De ese modo lo planeo todo mejor.

—Como usted quiera —aceptó Stone dándole el nombre de un hotel—. Una vez el trabajo quede hecho, vuélvase en seguida a Chicago. No quiero ningún contacto más. Le mandaré el dinero a través de Sylvester. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo —le respondió Hoffman—. Sylvester me dijo que usted lo hace todo bien, y eso me basta. A propósito, le envía un regalo —añadió Hoffman tomando un paquete grande y plano cuidadosamente envuelto, que estaba en el sofá.

—¿De qué se trata? —preguntó Stone sonriendo.

Empezó a quitar el envoltorio, dejando al descubierto una caja de madera que tendría diez centímetros de profundidad y unos treinta de lado. Levantó la tapa y profirió unas exclamaciones de satisfacción. Dentro, rodeada de hielo seco, se encontraban una pizza sin cocinar, cubierta por finas rodajas de tomate y de queso, y cruzada por franjas de anchoas.

Hoffman sonrió mirando a Stone.

—Viene de «La Bodega de Antonio» y está dispuesta para ser metida en el horno. Sylvester me dijo que recordará usted el lugar.

—¡Cómo no he de recordarlo! —exclamó Stone echándose a reír mientras miraba encantado la pizza—. Desde luego que lo conozco. Sylvester y yo comíamos allí cada vez que podía ir a Chicago. Le aseguro que Antonio hace las mejores pizzas del mundo. ¡Qué detalle! Este Sylvester hace las cosas bien. Nunca hubiera podido imaginar que se acordara de mí —miró hacia el otro lado, extrañamente emocionado por aquel gesto—. ¡Qué tío tan amable! La verdad es que ya no hacen pizzas así en ningún sitio.

—Creyó que le gustaría —subrayó Hoffman tomando su sombrero y una carpeta que tenía en el sofá.

—Dígale que me ha parecido un detalle extremadamente adecuado —insistió Stone.

—Okey. Así lo haré, Max.

Fueron juntos hasta la puerta, y Stone dio unos golpecitos en la espalda de Hoffman.

—Tómese un poco de descanso. Y recuerde, este trabajo es de mucho interés para nosotros.

—Puede usted confiar en mí, Max —afirmó Hoffman haciendo una señal de asentimiento.

Cuando se hubo ido, Max pasó al comedor donde continuaba la partida de póker. Había cuatro hombres sentados a la mesa: el juez McGraw, un magistrado y dos jugadores profesionales de Jersey. Stone les mostró la pizza. Sentíase feliz y embargado por una cálida emoción. Aquel pequeño regalo, aquella pequeñez sentimental procedente de Sylvester había contribuido a librarle de su amargura y de su cólera. Entregó la pizza a Alex y le dijo que la pusiera en el frigorífico.

—Mañana por la mañana trae un poco de Chianti, y nos vamos a chupar los dedos —añadió al tiempo que se sentaba a la mesa, se soltaba la corbata y miraba a los demás sonriendo—. Bueno. Ahora un poco de acción. Me parece que lo vais a pasar mal.

—Ya veremos, ya veremos —respondió el juez McGraw sonriendo también.

Era un hombre alto, de buena presencia, con una cabeza teatral y el cabello blanco. En los tribunales se había hecho famoso por su voz potente que despertaba ecos en la sala, y sus tremendas y eruditas conferencias sobre la bondad y la moral.

—Bueno; que reparta alguien —propuso Stone alegremente.

Media hora más tarde su estado de ánimo era de nuevo triste y alicaído. Las cartas se habían vuelto contra él de una manera ilógica y perversa. El juego era a cinco cartas, sin límite y abierto a lo que viniera. Pero no lograba ganar ni siquiera una mano, aunque jugaba con todo el interés y la máxima atención. Apenas si levantó la mirada cuando Debby entró y dijo «hola» a todo el mundo con su

voz cantarina. Se colocó detrás de él y le puso las manos ligeramente sobre los hombros.

—¿Vas ganando?

—No, y haz el favor de callarte.

—¡Pues si que estás de buen humor!

—Bueno, habla lo que te dé la gana.

Tenía un as y dos dieces. McGraw dejó una carta: «Dos pares», pensó Stone tristemente. Tomó sus cartas y encontró otro diez. Tres dieces. Apostó airadamente contra los probables dos pares de McGraw y aceptó dos envites muy cargados.

—Bueno, bueno —manifestó pidiendo carta—. ¿Por qué diablos está usted tan seguro?

El juez McGraw dejó escapar una breve risita a la vez que mostraba su «ful».

Stone rompió sus cartas y las tiró al aire.

—Traed un nuevo juego —pidió dirigiendo una mirada fulminante a McGraw, sintiéndose mezquino y agresivo—. Conque un «ful» de cuatro cartas, ¿eh? Es usted capaz de salir de una letrina con violetas en el pelo. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Ha sido la sonrisa de Lady Luck —contestó el juez McGraw—. Ya te llegará el turno, Max, amigo mío —tosió y se llevó una mano a la boca a la vez que miraba rápida y disimuladamente su reloj. Confiaba en poder tener alguna ocasión para dejar el juego pronto.

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó Stone a Debby mientras Alex colocaba junto a él una bandeja con el café.

—¡Vaya un momento de hacerme preguntas! —expresó Debby —. Después de haberme dejado tirada, ¿por qué te interesa tanto dónde he estado?

Stone encendió un cigarro con manos temblorosas. De pronto había sentido un súbito aguijoneo de cólera. No le gustaba recordar que ella lo había visto salir del bar como un gato escaldado. Bannion se las pagaría por haberle hecho aquello.

—Tuve que dejarte —explicó, ignorando las miradas interrogantes de los demás—. Ese tío está loco. Vamos, vamos; a ver quién da.

—No está loco —le respondió Debby complacida al observar su irritación—. Y por si te interesa, te diré que se ha enfadado mucho contigo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te lo ha dicho? —preguntó Stone sin recoger las cartas, mirándose las enormes y lacias manos—. Te he preguntado que quién te lo ha dicho.

—¿Quién va a ser? El propio Bannion —contestó Debby altivamente.

Stone se puso en pie tan rápidamente que la silla se vino abajo con estrépito.

—¿Has estado hablando con él? —inquirió.

—¡Claro que he estado hablando con él!

—¿Dónde le has visto?

—Pues…, me lo encontré por casualidad —explicó Debby comprendiendo la insensatez que cometía al provocarle—. Tienes razón en que está loco. Desde luego que lo está.

Stone se estremecía de cólera. La agarró por una muñeca y se la retorció cruelmente, obligándola a doblarse hasta quedar casi de rodillas.

—¿Y dónde lo has encontrado? —gritó.

Debby dejó escapar un grito de dolor.

—¡Max! ¡Suéltame!

—¿Dónde lo has visto?

—¡Suéltame! ¡Por favor!

—Primero habla.

—Me lo encontré en la calle —dijo Debby con voz distorsionada por el dolor—. ¡Caray, Max! —profirió empezando a sollozar—. Me dejaste tirada, ¿no es cierto?

—¿Dónde has estado con él?

—¡Max, que me vas a romper el brazo! —protestó Debby empujando inútilmente con su mano libre.

El juez McGraw carraspeó. Su cara atractiva y tersa se había puesto pálida y tenía un aire inquieto.

—¿Y si descansáramos un poco?

—¿Y si cerrara usted la boca? —le increpó Stone.

—Tienes mucho genio con las mujeres —protestó Debby llorando—. Pero no lo tuviste con Bannion.

—¿Dónde has estado con él?

—En su habitación del hotel. Ahí fue donde estuvimos.

Stone soltó el brazo de la muchacha, y abrió y cerró sus enormes manos notando cómo la exasperación le hacía latir las venas con

violencia.

—¡Condenada estúpida! —farfulló con voz ronca. Se la imaginaba tendiéndose en la cama junto a Bannion, riéndose de lo viejo y débil que Stone se estaba volviendo y de cómo había echado a correr saliendo del bar, cuando Bannion le miraba furioso—. ¡Zorra! —barbotó, lanzando la palabra a su cara pálida y asustada.

—Max, ¿es que has perdido la cabeza? —le increpó Debby sin dejar de llorar—. El que está loco eres tú y no él.

—¡So zorra! —repitió Stone mirando a su alrededor como una fiera. De pronto, vio sobre la mesa la taza humeante de café. Sin pensarlo, sin ser consciente de su acción, su mano se movió, y tomando la taza, arrojó su hirviente contenido en la cara de Debby.

La muchacha lanzó un alarido y se hizo atrás hundiéndose los dedos en la cara. Tropezó con una silla y cayó al suelo. Su cuerpo se movía espasmódicamente y sus pies, calzados con las sandalias doradas, se agitaban convulsos. Había cesado de gritar y el único sonido que ahora emitía era un jadeo ahogado, como el de un niño que ha estado gritando hasta el punto de quedar completamente afónico.

El juez McGraw se había puesto en pie y se frotaba sus bien cuidadas manos en un gesto de súplica. Miró a su alrededor cual si buscara algún lugar donde ocultarse y finalmente dijo:

—Esa mujer está herida, Stone. Tenemos…, tenemos que hacer algo por ella.

Stone se restregó la cara.

—No debí haberlo hecho —reconoció con voz baja y confusa. Parecía incapaz de moverse o de pensar. Miró cómo se retorcía el cuerpo esbelto de Debby y se llevó a la cara una mano que había empezado a temblar.

Uno de los jugadores de Jersey, un tipo enorme con el pelo negro, indicó:

—No podemos estarnos aquí sin hacer nada.

Y arrodillándose junto a la chica, la movió por los hombros intentando quitarle las manos de la cara; pero ella gemía como un animal preso en una trampa, doblada sobre el suelo con las rodillas junto al mentón. Sus pies habían dejado de agitarse. El café le había mojado el vestido y formaba sucias manchas en su pelo rubio.

El juez McGraw miró su reloj de pulsera, y el magistrado, un

hombre pequeño de modales suaves y mirar precavido, se empezó a poner el abrigo. Todos observaban a Stone excepto el hombre que se había arrodillado junto a Debby.

Stone movió los hombros y su rostro perdió el aspecto sombrío y como alelado que había tenido hasta entonces.

—En efecto, hemos de hacer algo por ella —dijo, mirando al magistrado—. Ben, tú y Joeie la lleváis a un médico. Ahora mismo.

—Oye, Max, ella no es mi chica —protestó el magistrado.

Joeie, el otro jugador que aún seguía en la mesa, tragó saliva y objetó:

—Tengo que marcharme, Stone. ¡Diantre! Te digo que tengo que…

—¡Tú te callas! —le atajó Stone—. Poneos los abrigos y llevarla a un médico. El la arreglará.

—¿Y dónde vamos a encontrar a un médico a estas horas? —preguntó el magistrado frotándose nerviosamente las manos.

—Más vale que lo encontréis —profirió Stone—. A lo mejor el que logró que tu hijo no fuera a hacer el servicio. Rápido, he dicho. Moveos, pelmazos. Quiero que el doctor la deje como nueva. ¿Me habéis entendido?

El aludido se movió con rapidez, aguijoneado por la voz de Stone. Levantaron a Debby entre todos y la llevaron al salón. Stone, que iba delante, recogió el abrigo de armiño de la silla donde ella lo había tirado, se lo puso sobre los hombros y le dijo:

—Vamos, vamos, muévete.

Debby seguía con las manos aferradas a su cara. Stone tragó saliva, intentando aliviar su miedo.

—Comunicadme lo que haya dicho el médico. Y no os apartéis de ella hasta que lo hayáis encontrado. ¿Estamos? —ordenó.

—Como quieras, Max.

Los dos jugadores y el magistrado salieron. Cuando se cerró la puerta, Stone se dirigió, dando fuertes pisadas, hacia la sala. El juez McGraw se estaba poniendo el abrigo.

—¿A dónde va usted? —le preguntó, sirviéndose una bebida.

—Bueno. El juego parece haber terminado —respondió el juez, sonriendo—. Pensé qué…

—Siéntese, siéntese —le ordenó Stone, estremeciéndose un poco tras haberse tomado la bebida.

No quería estar solo. En el recinto parecían resonar todavía los alaridos de Debby. ¿Por qué le había hecho aquello?

—Siéntese, siéntese —insistió. Se sirvió otra bebida, esta vez más fuerte, y sentándose también, puso sus fuertes antebrazos sobre la mesa—. Vamos, juez, hay que hacer algo. Lo que necesitamos es un poco de acción.

—Usted conoce bien mis debilidades —comentó el juez quitándose el abrigo.

—Sabe que no quise hacerlo —protestó Stone—. Lo sabe, ¿verdad? No soy de esa clase de sinvergüenzas; pero a veces la ira me domina.

—Desde luego que sí, Max —asintió el juez, mojándose los labios—. Aunque yo de usted, no me preocuparía demasiado.

No podía permitirse una discrepancia con Stone y menos en aquellos momentos. Tenía a un hijo en los Carmelitas y sus tres hijas, ya casi unas mujeres, le admiraban, alabándolo ante sus amigos y considerándole como un ideal del honor y de la integridad. Los cuatro habían ido a excelentes escuelas, pasado interesantes vacaciones en el extranjero, y tenían un futuro brillante gracias a su amistad con Stone. No podía permitirse poner todo aquello en peligro, al menos en aquellos momentos. Alguna vez, cuando todo se hubiera arreglado, cuando no pudiera ocasionarles ningún daño, quizá rompiera con él, aceptando las consecuencias. Alguna vez… Pero el juez, en el fondo de su débil, preocupado y solitario corazón, sabía muy bien que semejante momento nunca iba a llegar.

—¿Echamos otra partida? —propuso sonriente.

—Sí, por favor, baraje usted —respondió Stone.

12

A la mañana siguiente, a las diez, Larry Smith detuvo su coche frente al edificio Parkway. Hacía un día soleado y espléndido con un viento tonificante y limpio, muy a tono con el humor de Larry. Unas cuantas horas antes había dejado a la morena del club nocturno, luego de haber pasado una noche muy agradable con ella. Era una buena chica, se dijo sonriendo al salir del automóvil, y la expresión avispada de su cara no podía engañarle; conocía bien el mundo. De camino hacia su casa se detuvo en un baño turco. Tenía allí siempre ropa para cambiarse. Se había dado un baño de vapor, un buen masaje corporal y facial y una ducha. Sus mejillas estaban sonrosadas y su cuerpo ágil y relajado dispuesto para un día de trabajo lleno de planes y de excitación.

Silbaba en el momento de abrir la puerta de su moderno piso de cuatro habitaciones, lleno ahora de la claridad matinal. Todo resplandecía: las atractivas cortinas amarillas, la cálida madera de arce de los muebles, la coctelera puesta sobre el bar, y el tocadiscos. Larry seguía silbando al atravesar el breve vestíbulo y entrar en el salón.

Una mano cayó de pronto sobre su espalda y de un tremendo empujón le arrojó en mitad del recinto.

Larry dio unos cuantos pasos tropezando y casi cayendo de rodillas bajo la fuerza del impacto, mientras su sombrero gris de alas rígidas rodaba por el suelo. Se volvió rápidamente, enloquecido y confuso, con los labios contraídos, mostrando los dientes.

Un hombre enorme que vestía una trinchera, bloqueaba la puerta. Sus hombros la tapaban por completo, y su rostro enérgico de aspecto cansado parecía tan duro como sus puños.

—¿Qué diablos quiere usted? —le increpó Larry.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, eres Bannion —respondió Larry, mojándose los labios.

—Pues entonces tu pregunta ha sido superflua, Larry. Porque sabes muy bien lo que quiero.

Bannion se acercó lentamente a él, con las manos metidas en los bolsillos de la trinchera.

—No lo compliques más —dijo—. Vamos a hablar un poco.

Larry se enfrentó a Bannion con las piernas un poco separadas, intentando dar a su cara un tono de confianza.

—Está usted fuera de onda, amigo —le dijo—. No cometa una tontería. Puedo hacerle encerrar por allanamiento de morada.

—Aún no he allanado nada —replicó Bannion—. He usado una llave maestra, recuerdo de mis días de policía. ¿Qué clase de trabajo ha hecho Slim Lowry para ti?

—Debe estar como una cabra —rezongó Larry dando un paso hacia adelante, sintiéndose de pronto fuerte y sin temor. Porque aquel tipo era el que tenía preocupados a Lagana y a Stone. Otro cerdo policía—. Mire, dé media vuelta y lárguese —le ordenó, soltando las palabras como latigazos—. Esta mañana no tengo tiempo para chalados. ¡Vamos, lárguese!

Bannion sacó las manos de repente, unas manos terribles al extremo de unos brazos musculosos y aferró con ellas el cuello de Larry. Acercó a éste hacia sí con lentitud y sin esfuerzo, ignorando la inútil racha de golpes que el otro le propinaba en el pecho y en los hombros. La lengua de Larry asomó entre sus dientes a la vez que las rodillas empezaban a temblarle. Sólo las manos de Bannion lo mantenían en pie.

—¿Qué hizo Lowry por encargo tuyo? —volvió a preguntar Bannion.

Larry intentó hablar, pero las palabras frenéticas y duras que se formaban en su cerebro a punto de explotar morían bajo la presión de las manos del otro.

—Sólo tienes una posibilidad —le indicó Bannion—. Cuando te suelte, empieza a hablar. Si no lo haces, terminaré contigo —aflojó un poco las manos y Larry cayó de rodillas jadeando, intentando introducir aire en sus asfixiados pulmones mientras se daba masaje en la garganta con las manos.

—¡Bueno, habla! —le ordenó Bannion.

Larry levantó la cabeza lentamente. Bannion le dominaba con su implacable y terrible estatura, como una figura confusa que podía

percibir a través de sus húmedos ojos. Temía haber estado muy cerca de morir. El alma pareció a punto de escapársele, de salir de su cuerpo frío y duro, bajo las garras de Bannion. Al pensarlo, estuvo a punto de ahogarse. Sentía una enorme indignación que se volvía contra sí mismo. No podían tratarle de aquel modo, se dijo sofocado. En realidad sólo había estado cumpliendo con su obligación.

—Me ordenaron acabar con usted —confesó.

Sus palabras surgían como un graznido que aliviara su tensión. Se aferró a las piernas de Bannion como si quisiera protegerse y apretó la cara contra la fría y suave superficie de la trinchera.

—¿Quiénes fueron? —preguntó Bannion.

Su voz sonaba como si proviniera de otro lugar, de un lugar frío, solitario y remoto.

—Stone. Max Stone. Ordené a Slim poner la bomba en el coche. No queríamos hacer daño a su mujer —añadió, moviendo la cabeza y llorando—. Fue un error. Tiene que creerme.

—¿Y por qué quería Stone quitarme de en medio?

—No lo sé. Por lo más sagrado, le aseguro que no lo sé.

Oyó cómo Bannion suspiraba y quiso gritar que estaba contando la verdad; pero las manos de su contrario le aferraron de nuevo por la garganta obligándole a ponerse de pie.

Bannion pareció creerle por fin. Larry estaba ahora tirado sobre el suelo moviendo débilmente la cabeza e intentando tocar la pierna de Bannion con una mano. No podía hablar, sólo su mano extendida expresaba el respeto y el temor que sentía hacia quien acababa de destruirlo para siempre.

—Eres duro, mequetrefe —le dijo Bannion en voz baja—. Voy a divulgar lo que has cantado. Stone lo sabrá dentro de una hora y Lagana cinco minutos después. Has escogido un mal camino. Podías haber sido un apostador feliz, pero ahora ya nunca tendrás esa posibilidad.

Salió del piso tras cerrar la puerta suavemente, pero con determinación, dejando atrás los sollozos de Larry.

Bannion fue hacia el centro de la ciudad bajo el brillante sol invernal. Se detuvo ante una tienda e hizo dos llamadas telefónicas,

ambas a hombres que tenían amplios contactos con la Policía y los ambientes relacionados con el juego. A los dos les contó la misma historia: sabía quién era el responsable de la muerte de su mujer: Max Stone. Larry Smith había cantado. Ninguno de aquellos a quien llamó quería verse envuelto en el asunto. Eran precavidos y se mostraron evasivos y aliviados cuando Bannion colgó. Pero minutos después ya estaban de nuevo al teléfono propagando la noticia.

Bannion se detuvo en la acera para encender un cigarrillo. Un hombre se acercó a él sonriendo nervioso.

—¿Me da usted fuego, señor? —preguntó.

—Sí, claro.

El hombre era alto, tenía el pelo amarillo y descuidado y unas muñecas delgadas y huesudas que sobresalían varios centímetros de las mangas de su chaqueta. Parecía el primo pobre de alguien, en su primera visita a la gran ciudad.

—Bonito día, ¿verdad? —expuso, sin dejar de sonreír.

Bannion sostuvo una cerilla ante el cigarrillo del otro y éste inclinó la cabeza agradecido.

—Gracias, muchas gracias, señor.

—No hay de qué —repuso Bannion, arrojando la cerilla al suelo y caminando por la acera en dirección a su coche. El hombre del pelo amarillo se reclinó contra un edificio y le estuvo mirando sonriendo, sin quitarse el cigarrillo de la boca.

Bannion regresó a su hotel, reflexionando sobre la información recogida. Tal como pensó, habían sido Stone y Lagana quienes intentaron quitarle de en medio; pero mataron a Kate por equivocación. Había estado moviéndose demasiado cerca de un letrero que decía «Prohibida la entrada» y habían decidido eliminarle. Todo empezó con el suicidio de Deery. Lucy Carroway pensó que había algo raro en aquello y había sido torturada y muerta por haber manifestado sus sospechas. Intentó averiguar las circunstancias que rodearon la muerte de la joven y lo apartaron del caso. Cuando hubo hablado con Jerry Furnham, del *Express*, es cuando decidieron librarse de él, pero la víctima fue Kate.

Todo partía, inevitablemente, del suicidio de Deery. Debió concurrir en él alguna circunstancia que le era imposible detectar; que creaba problemas a los grandes. Por eso entraron en acción en cuanto Lucy Carroway hubo hablado, descargando su enorme puño

sobre ella. Era su modo de preservar el status quo, de que aquel, en apariencia, inocuo bingo que ellos dirigían siguiera operando en toda la ciudad. Matar, engañar, mentir y destruir, mientras los policías volvían la cabeza al otro lado y los jueces dejaban las sentencias en suspenso. Aquélla era su ciudad, su máquina tragaperras particular, perfectamente manipulada. Y que se fueran al diablo los pocos millones de infelices que vivían en ella.

El empleado le entregó su llave a la vez que decía:

—Le espera una mujer, señor Bannion. La he hecho subir a su habitación porque… porque no había otra cosa que hacer. Es la que estuvo aquí la otra noche.

—Comprendo. Gracias. ¿Está seguro de que vino sola?

—Sí, señor.

Bannion subió a su habitación y dio unos golpecitos en la puerta. No hubo respuesta ni se oyó ningún sonido en el interior. Giró suavemente la empuñadura del cierre, empujó la puerta y entró. Las cortinas permanecían corridas y sólo un ángulo de luz cortaba la oscuridad proyectando una tonalidad gris confusa sobre la gastada alfombra. Bannion entró en la habitación y vio a Debby tendida en la cama, con el rostro vuelto hacia la pared. La miró asombrado y confuso. A causa del ángulo en que tenía la cabeza no pudo ver en seguida los vendajes. Pero luego, al darse cuenta, frunció el ceño y cerró la puerta.

—¿Qué le ha ocurrido, Debby? —preguntó, sentándose en el borde de la cama.

Ella no estaba dormida. Tenía los ojos abiertos y en ellos se reflejaban algunos puntos de claridad solar.

—No tenía a dónde ir —explicó—. No podía… pensar en ningún otro sitio.

—Me parece muy bien —aprobó Bannion encendiendo la luz que estaba sobre la mesilla.

Pero ella apartó la cara al tiempo que rogaba:

—¡No encienda!

—Debby, cuénteme lo que ha ocurrido.

Ella seguía llevando el mismo vestido negro de cocktail y las mismas sandalias doradas. En su pelo, brillante, se veían algunas

feas manchas oscuras, y la parte del rostro que no estaba vendada aparecía muy pálida.

—Fue Max —informó—. Lo hizo después de volver yo a casa anoche. Me echó el café en la cara —empezó a llorar débilmente—. ¡El muy miserable! ¡El muy bastardo! No le importa lo que hace a los demás.

—¿La ha visto un médico?

—Me llevaron a uno, según creo. Esta mañana me he despertado en una habitación que está junto a su despacho. Me levanté y vine aquí. No… no podía pensar en otro sitio a donde ir. Por favor, Bannion, apague esa luz.

—Como quiera, Debby.

Apagó la luz y tomó el teléfono diciendo a la operadora, mujer fría y eficiente, que quería otra habitación en el mismo piso para un amigo y también que llamara a un médico.

—¿Puedo quedarme con usted? —preguntó Debby cuando Bannion hubo colgado el teléfono.

—Sí. He pedido una habitación.

—Es que quiero estar con usted. ¿No le tiene miedo a ese hombre, Bannion?

—No, no le tengo miedo.

Y quitándose el abrigo y el sombrero, los puso sobre una silla. Aquella mujer anhelaba cariño y protección, se dijo mientras entraba en el cuarto de baño para tomarse un vaso de agua. Le parecía muy bien. Sólo que él ya no sentía cariño por nadie.

El doctor llegó diez minutos después; era un hombre obeso y calvo de modales directos y unos ojos extraordinariamente amables y reflexivos. Bannion le ayudó a llevar a Debby a la habitación contigua. La desnudaron y la metieron en la cama. El doctor le administró un sedante y le empezó a cambiar los vendajes de la cara. Ella le apartó las manos mientras decía:

—No mire, Bannion, por favor.

—Bueno, bueno —respondió él volviendo a su habitación.

Se sirvió una bebida y levantó la persiana para que entrara luz. Se tomó la bebida y miró hacia la hilera de edificios, todos ellos iguales y tristes, y más allá, las curvas del Reading. Sus pensamientos volvieron lentamente hacia Lagana, Max Stone y finalmente a Deery. Thomas Francis Deery. El director del pequeño

engranaje que gobernaba todo el papeleo del Departamento; que vivía con una mujer fría e indiferente y que tenía sus aventuras con una rubia alegre y amistosa llamada Lucy Carroway. ¿Qué había de extraño en todo aquello? No mucho.

Deery había tenido años atrás una casa en Atlantic City. Quizá estuviera implicado en algo por aquellos tiempos, pero luego, por alguna razón desconocida, habría decidido portarse bien; vendió la casa y se sumergió en una existencia sin relieve, animada únicamente por viajes imaginarios desde su sillón. ¿Había realmente ocurrido así? Un hombre abandona la realidad de Atlantic City y los beneficios obtenidos gracias a los sobornos para sumirse en la ilusión de imaginarios viajes a España o a las islas Fiji. Una ecuación sencilla y plausible.

El doctor entró, miró a Bannion de arriba abajo y dijo;

—Tengo que darle dos recetas. Pero ¿quién le ha hecho eso?

—Su amigo… que no soy yo —manifestó Bannion—. ¿Cómo se encuentra?

—Ahora mucho mejor —dijo el doctor abandonando el aire frío de su tono—. Se ha dormido.

—¿Le quedarán cicatrices?

—Probablemente. Es difícil saberlo… —puso las recetas sobre la mesilla—. Procure que se lo tome según las instrucciones. Volveré mañana por la mañana para ver cómo sigue.

—Gracias, doctor.

El médico se puso su abrigo, si bien pareció vacilar en dirigirse a la puerta.

—A propósito, ¿quién es el amigo? Esto es un caso para la Policía. ¿Quiere presentar acusación?

—No lo sé —dijo Bannion.

—Ese tipo no debería quedar sin castigo.

—Bueno, algún día lo lamentará.

El médico le miró curiosamente y, luego de carraspear, dijo:

—Sí, sí, claro. Bueno, nos veremos mañana.

Una vez el médico se hubo marchado, Bannion entró a ver a la joven. La tensión del dolor parecía haber desaparecido de su cara y tenía las manos plácidamente colocadas sobre el cobertor.

—Se va a poner bien —le dijo—. Probablemente ya se siente mejor.

—Es la medicina que me ha dado —contestó ella—. ¿Qué aspecto voy a tener, Bannion? ¿Se lo ha dicho?

—Todavía no puede afirmar nada.

—Han estado hablando eso, ¿verdad? ¿Me quedarán cicatrices?

—Tranquilícese, Debby.

—¡Oh, bueno! Eso es fácil de afirmar. Dígame, ¿qué ha dicho el médico?

—Quizá quede alguna cicatriz; no está seguro.

Ella guardó silencio mientras jugueteaban los dedos sobre el cobertor.

—Una cicatriz no es gran problema —declaró finalmente—. Y aparte de ello sólo la tendré en un lado de la cara. Podré ir por la vida de medio lado —volvió la cara hacia la pared—. También le habrá dicho que me he metido en un buen lío, ¿verdad?

El encendió un cigarrillo y frunció un poco el ceño. Le sorprendió oír añadir a la muchacha:

—Creo que le importo un comino. Es usted un tío duro de verdad.

—Lo que yo piense no viene a cuento —respondió él.

Sabía que la joven había dicho la verdad. Se sentía demasiado indiferente y vacío para preocuparse de nadie. Le importaba un comino su cara y le daba igual que ella solucionara sus problemas tirándose por la ventana. Nada de aquello obraba ningún efecto en él.

—No puede seguir viviendo de este modo, sin preocuparse por los demás —continuó Debby—. No hablo ahora por mí. sino por las otras personas. Debería tener, por lo menos, un perro.

—No se ocupe de mí. No se ocupe áe nada, Debby. Volverá a estar bien. Aben descanse.

—Yo sólo estaré bien cuando le las manos encima a Stone se las pondré, no se preocupe.

—Olvídese de eso, Debby.

—No me olvidaré —aseguró ella con voz soñolienta—. Eso es lo que él querría.

Cuando se hubo dormido, Bannion encendió la luz y cerró la puerta. Luego sacó las cosas de su propia habitación, tomó las recetas y bajó al mostrador del vestíbulo.

—Oiga. Lo que voy a decirle es importante —advirtió al

encargado—. La chica que ocupa la habitación contigua a la mía se encuentra enferma. Quiero que me vayan a comprar estas medicinas y que tome nota de no dejar subir a nadie a su cuarto. ¿Comprendido? No importa que digan que es su padre, su madre o el párroco del barrio. Nadie debe verla, y si alguien lo intenta, tome el teléfono y llame a la Policía. Diga mi nombre, Bannion. Lo conocen muy bien, o al menos así lo creo.

—Desde luego. Tendremos cuidado.

—Muchas gracias.

Bannion dejó el mostrador y se fue hacia la puerta giratoria. Se encontraba a mitad de camino cuando una voz le llamó:

—¡Eh, Dave! Espere un minuto.

Se volvió y pudo ver a Furnham, el reportero del *Express*, que iba acompañado de un hombre alto, algo cargado de espaldas y con el pelo gris. Los dos venían hacia él tras levantarse del sofá que había en uno de los lados del vestíbulo. Sus sombreros quedaron en una silla contigua.

—Le estábamos esperando, Dave —explicó Furnham—. Este es mi jefe, Emmet Lehto, director del *Express*. Quería conocerle.

Bannion estrechó la mano a Lehto, que tenía una cara delgada, la expresión tímida y una sonrisa amable.

—No sólo quería conocerle, sino que también deseo hablar con usted —manifestó.

—Estoy muy ocupado en estos momentos.

—¿Quiere sentarse el tiempo suficiente para fumarse un cigarrillo —propuso Lehto.

—De acuerdo.

Volvieron al sofá. Furnham recogió los dos sombreros y los puso sobre la mesa. Bannion ocupó una silla.

—Bueno, ¿qué desea, señor Lehto? —preguntó.

—¿Ha ido leyendo los periódicos esta semana? —preguntó Lehto.

—No, no he tenido tiempo.

—Pues, como dicen los redactores de comentarios locales, la Administración se ha visto sometida a un fuego muy intenso —indicó Lehto esbozando una sonrisa—. Pero no es probable que esto

afecte demasiado a las elecciones. Me temo que se necesitará algo más dramático. Usted ya sabe cómo es la gente. Ve las cosas y al mismo tiempo no las ve. Están enterados de la concomitancia entre políticos y maleantes que reina en la ciudad. Saben que los contratos para obras públicas se efectúan a través de compañías controladas por el hampa, que engañan al contribuyente empleando materiales de baja calidad y cuyo único objetivo es extraer el máximo beneficio a los trabajos. Saben también que en diez o quince años, los parques, las escuelas, carreteras y edificios de la ciudad se depreciarán mucho más de lo que lo hubieran sido en cincuenta años de cuidados normales y de atenciones. El asunto no parece preocuparles demasiado. A lo mejor creen que no vale la pena. O quizá se sientan preocupados por estos hechos. Ahora bien, nuestra intención es precisamente ésa: que se preocupen, Bannion.

—Me parece muy bien —convino Bannion tras una pausa—. Les deseo mucha suerte.

—Creemos que usted puede ayudarnos —sugirió Lehto.

—Yo no soy periodista.

—En nuestro periódico hay algo más que columnas con noticias. Hay una página de comentarios. Si hay algo que usted quiera manifestar, alguna presión a ejercer, podemos ayudarle.

—No me interesan los aspectos sociológicos de la corrupción —declaró Bannion—. Me limito a actuar contra quienes mataron a mi mujer.

—Usted y nosotros andamos tras de la misma gente. Tanto por ese crimen como por otros. ¿Es que hay alguna razón para que no podamos actuar juntos?

—Ustedes son cruzados. Mis motivos no son de tanta elevación.

—¿Qué diferencia hay? Ambos perseguimos los mismos objetivos. Bannion, los habitantes de esta ciudad necesitan que les estalle un petardo en el trasero. Si podemos descargarles un buen trompazo en pleno rostro con una historia interesante, algo que no puedan ignorar, quizá hagan uso de su atrofiado sentido común y dejen que un poco de aire fresco circule por aquí a partir del mes que viene.

—De modo que una buena historia, ¿eh? ¿Y creen que yo la puedo proporcionar?

—Sí. ¿Por qué mataron a su mujer? ¿Por qué tiene un policía

que abandonar su puesto en el Departamento para encontrar respuesta a esas preguntas? Esa es la historia que necesitamos, Bannion.

—Posiblemente —asintió el aludido—. Pero yo todavía no la tengo. Y aunque la tuviera no se la daría a nadie.

Lehto se puso en pie, sonriendo un poco a desgana.

—Comprendo que quiera trabajar solo. Pero lo malo es que nosotros también deseamos intervenir. Es un trabajo que haríamos con mucho gusto.

—Así lo creo —afirmó Bannion—. Lamento no haberles podido ser más útil. Adiós.

Frente a la entrada del hotel se encontraba aparcado un Chevrolet gris. Burke, de la sección de Homicidios, estaba al volante con la mirada fija en las puertas giratorias. Cuando apareció Bannion, saltó del coche con cierto aspecto solemne en la cara, y señalándole con el dedo, exclamó:

—¡Bang! Se ha librado de buena, amigo mío —añadió sin sonreír.

—¿De qué se trata? ¿De una adivinanza? —preguntó Bannion.

—No. No es ninguna broma. Acérquese y le presentaré a nuestro amigo.

Bannion le siguió hasta el automóvil. Carmody se encontraba en el asiento trasero y saludó a Bannion con la mano.. Llevaba esposado por la muñeca a un individuo de aspecto abatido, con el pelo amarillo y sin cuidar.

—Esta piltrafa es Joe Hoffman, de Chicago —indicó Burke—. ¿Le conoce usted, Dave?

Bannion miró a Hoffman. Era el tipo alto y azorado, con aspecto de primo pobre de alguien en su primera visita a la ciudad. Recordó haberle dado lumbre para su cigarrillo no hacía apenas dos horas.

—¡Sí, le conozco! —exclamó.

—Me alegro —dijo Burke secamente—. También sabrá probablemente que le ha estado siguiendo durante todo el día por la ciudad. Y asimismo que trabaja para Ryan en Chicago.

—No; eso no lo sabía —respondió Bannion mirando a Burke—. Debo darle las gracias. ¿Cómo lo ha descubierto?

—Un policía del aeropuerto le reconoció cuando anoche bajó del avión —explicó Burke—. El guardia, que debe ser nuevo, pasó la información al Departamento. Semejante sentido del deber sólo se comprende en un hombre nuevo en el oficio.

—He captado el tono sardónico del comentario —reconoció Bannion—. ¿Y luego qué pasó?

—Estuvimos comprobando en algunos hoteles hasta que dimos con él. Carmody y yo le vigilamos esta mañana y vimos que le seguía a usted. Le hemos detenido hace apenas diez minutos. Había aparcado al otro lado de la calle en un coche de alquiler y tenía un «cuarenta y cinco» sobre las rodillas —Burke miró a Hoffman—. Me alegra añadir que no tiene permiso de armas. Ahora averiguaremos quién le hizo venir a la ciudad.

—Yo mismo se lo puedo decir —aseguró Bannion.

—No me extraña —dijo Burke con velada sonrisa—. Pero quiero que sea él quien nos lo diga —señaló a Bannion con el dedo—. Recuerde que puede ocurrir cualquier cosa. Está alerta.

—Lo estaré —asintió Bannion.

Burke le dio una palmada en el brazo y entró de nuevo en el automóvil. Este se separó de la acera y, tomando velocidad, desapareció entre el tráfico de la calle.

—Creo que, después de todo, va a necesitar usted nuestra ayuda.

La voz de Lehto había sonado a su espalda. Bannion se volvió. Lehto y Furnham estaba junto a la puerta giratoria del hotel. El rostro largo y tímido de Lehto aparecía muy serio.

—Ya sabrán de mí cuando llegue el momento —dijo Bannion.

Echó a andar a lo largo del bloque, irritado y frenético. La tarea era suya y de nadie más. No necesitaba que le ayudase nadie.

Hasta entonces sólo había usado los músculos. Ahora tendría también que utilizar el cerebro. El secreto seguía encerrado en Deery, pero éste había muerto. Empezaría por allí, por aquel modesto escribiente que manejaba todo el papeleo del Departamento y pasaba las noches leyendo sobre corridas de toros en España y ritos de fertilidad en Pompeya.

13

Max Stone había dado órdenes a Alex para que nadie le molestara. Estaba en la cama y quería seguir allí solo, en la oscuridad, hasta que se sintiera en condiciones para levantarse y hablar con la gente.

Eran las seis de la tarde y llevaba tendido todo el día luego de haberse retirado a descansar cuando el juez McGraw le dejó al amanecer. No había podido dormir porque cada vez que lo intentaba, la imagen hiriente de Debby parecía perforarle el cerebro. Buscaba entonces una posición más cómoda, esperando que aquellos movimientos le ayudaran a desterrar el recuerdo de sus gritos.

La puerta se abrió con un crujido.

—Max; Lagana está al teléfono —anunció Alex—. Le dije que no te sentías bien, pero ha insistido en hablar contigo.

—Bueno, bueno —dijo Stone.

Vestido sólo con unos calzoncillos caminó inseguro hasta el pequeño despacho que tenía junto al dormitorio. Tomó el teléfono.

—Sí, Mike. ¿Qué pasa? —se sentó, sintiendo cómo el corazón le latía fuertemente bajo las costillas cubiertas de grasa—. He estado en la cama todo el día. ¿Qué hay?

—Despiértate y escucha —le dijo Lagana con voz dura y colérica —. Ya tengo bastantes preocupaciones en el Noreste para que ahora tenga también que preocuparme de vuestra zona.

—¿Qué diantres ocurre?

—Para empezar, los policías han dado con ese matón que trajiste de Chicago —informó Lagana—. Joe Hoffman. Estaba siguiendo a Bannion y le han detenido. ¿Qué es ese tío? ¿Un explorador juvenil?

Stone se restregó la dolorida frente.

—Ryan me lo recomendó mucho —murmuró.

—¡Menuda ayuda! Es la segunda vez que metéis la pata con

Bannion. Ahora escucha bien esto: déjale tranquilo, ¿me has entendido? Hoffman ha declarado ante la Policía que está aquí para «vigilar» a Bannion, y el *Express* ha publicado ya un comentario. Quieren saber por qué se traen matones de Chicago para vigilar a antiguos policías. Han ocurrido ya demasiadas cosas en la ciudad y quiero que esto se acabe. ¿Estamos?

—¿Te parece más seguro dejar que Bannion ande por ahí a sus anchas?

Con voz fría y precisa, Lagana le contestó:

—No quiero más sensacionalismos. Ya nos ocuparemos de él después de las elecciones. Quizá se te ocurra algún modo para mantenerlo ocupado y no nos perjudique hasta entonces; pero nada de violencias. Los periódicos se echan sobre nosotros y nuestros amigos, y hay que acabar con esta situación.

—Claro, claro —asintió Stone.

—Bien, y ahora otra cosa. ¿Has sabido algo de Larry?

—No. Tengo que verle esta noche.

—Es mejor que no lo hagas. Circulan rumores de que le ha cantado a Bannion quién le ordenó poner la bomba en su coche. Tampoco sabías nada, ¿verdad?

—No; he estado en la cama.

—¡Pues deja la cama y sal a la calle! —gritó Lagana.

Stone colgó el teléfono y llamó a Alex.

—¿Qué recados hay para mí?

—Llamó el magistrado Bension. Dijo que había llevado a Debby a un médico, pero que esta mañana se ha marchado y no puede saber dónde se encuentra en estos momentos.

Stone se puso en pie, mirando colérico a Alex.

—¿Qué diablos significa eso de que no sabe dónde se encuentra?

—Es lo que ha dicho —respondió Alex—. Pensó que quizá hubiera vuelto aquí.

Stone se pegó un puñetazo en la mano.

—¡Voy a dar su merecido a ese bastardo! —aseguró—. Bien, bien. ¿Ha llamado Larry?

—No.

—¿Alguna otra llamada?

—No, ninguna, Max.

—Bien; prepárame algo para comer. Quizá unos huevos pasados

por agua.

Con el ceño fruncido, tomó el teléfono y se puso en contacto con Art Keene, su hombre de confianza. Durante unos minutos escuchó los informes rutinarios, diciendo de cuando en cuando: «Sí, sí», y luego ordenó a Art llamar a dos de los muchachos y venir a su apartamento en el plazo de una hora. Colgó el teléfono y se fue a afeitar y duchar, tratando de librarse de aquella curiosa sensación de peso, ansiedad y confusión que le dominaba. Tenía a Debby fija en la mente y le preocupaba también aquel asunto de Joe Hoffman y de Larry. «¡Maldito Bannion!», pensó.

Art Keene y los otros dos llegaron antes de una hora. Keene era un hombre de edad mediana, con el pelo espeso y gris y un rostro inexpresivo y lacio. No sonreía nunca, aunque parecía siempre estar a punto de hacerlo. Los que le acompañaban eran apostadores, el uno, nervioso y afable, se llamaba Dannielbaum, y el otro, un tipo enorme, con la boca colgante y húmeda y una cabeza como un proyectil de artillería, respondía al nombre de Creamy.

Stone les dio sus órdenes con toda rapidez.

—Quiero que echéis mano a Larry Smith —dijo a Keene—. Me lo traéis aquí en cuanto podáis. Supongo que ya estáis al corriente de lo que pasa.

Keene hizo una señal de asentimiento.

—Lo traeremos, Max.

—Otra cosa —añadió Stone mirando al uno y al otro mientras se frotaba irritado su dolorida frente—. Debby se ha largado y quiero que regrese —su mirada era colérica mientras seguía frotándose la frente—. Puede irse a Siberia si quiere, ¿entendido? Al fin y al cabo, no es más que una mujer como otra cualquiera. Pero no se irá con las joyas que le regalé. Por eso quiero que la traigáis.

Keene asintió de nuevo sin perder la impasibilidad.

—La encontraremos, Max.

Stone empezó a pasear por el cuarto.

—Hay todavía otra cosa —añadió—. Se trata de Bannion. Nos ha estado molestando; pero no quiero ninguna violencia con él. Sin embargo, hay que mantenerlo ocupado. Tan ocupado que no se acuerde de nosotros —miró a Keene y luego a sus dos

acompañantes—. ¿Tenéis alguna idea?

—La niña de Bannion está con unos parientes, según me han dicho —informó Keene.

—Sí, con la hermana de su mujer —convino Stone—. ¿Y eso qué tiene de particular?

—Pues que podríamos emplear el procedimiento que se usó con los votantes de los almacenes del río. Los que no querían votar como es debido. Un par de alguaciles del magistrado aparecían de pronto llevando mandamientos judiciales y armaban un jaleo de mil demonios —Keene se encogió de hombros—. Da resultado, Max. A la mayoría de la gente la asustan los mandamientos judiciales. Los guardias hablan a gritos y a lo mejor hay algún golpe o un empujón accidental y empieza el lío. Todo perfectamente legal —explicó Keene mirándose el dorso de las manos—. Supongamos que podríamos tener un mandamiento en el que se acusara a los parientes de Bannion de perturbar la paz, de dar fiestas ruidosas o de algo por el estilo.

—Sí, ¿y quién firma la queja? —preguntó Stone.

—Eso es lo de menos. Llega alguien y asegura que es verdad. No hace falta ninguna otra cosa. Más tarde, si se averigua que no existe el demandante, no será culpa del magistrado. A veces se hacen bromas, incluso en los lugares más respetables.

—Tendría que hacerse cuando Bannion no estuviera allí —sugirió Stone.

—Naturalmente. Yo lo arreglaré todo, Max. Creamy y Danielbaum pueden entregar los mandamientos. Los dos son alguaciles. Ya sabéis cómo hay que hacerlo, ¿verdad, muchachos?

Creamy formó un círculo con el pulgar y el índice e hizo una mueca.

—Creo que tienen a la Policía guardándoles la casa —dijo Stone mirando a Keene—. Hay que ir con cuidado.

—Llamaré por teléfono al capitán. No es lógico gastar el dinero del contribuyente en cosas así —repuso Keene, y esta vez dejó escapar una de sus raras sonrisas.

—De acuerdo. No quiero ningún resbalón en este asunto —advirtió Stone—. El truco mantendrá a Bannion cercano a la casa. Si es un ser humano querrá vigilar bien a su hija. Y no olvidéis que quiero ver a Larry Smith y a Debby. Esto también es importante.

Cuando los tres se marcharon, Stone empezó a pasear, masticando un cigarro apagado. Necesitaba algo que le librara de su inquieto y ansioso estado de ánimo. Nada le apetecía. Estaba harto de jugar, de comer y de beber. Únicamente Debby hubiera podido aliviarle. Mientras seguía paseando inquieto, se dijo que cuando la joven estuviera de nuevo ante él arrastrándose a sus pies, le daría su merecido. De pronto se alegró de su modo perverso al haberla maltratado; de haberla obligado a gritar. Se lo merecía. Todavía necesitaba más corrección. Tuvo la inquieta y borrosa visión de empezar a golpearla riéndose de sus quejidos. ¿De modo que había osado alejarse de él? Al cabo de unos momentos miró por encima del hombro como si se sintiera culpable. Se veía de pronto como un ser acosado y vulnerable. Era un ser débil y enfermo que empezaba a conocerse mejor a sí mismo. Y sabía que por nada del mundo pondría la mano otra vez encima de Debby por más años que le quedaran de vida.

Bannion pasó aquel día haciendo comprobaciones sobre Tom Deery. Empezó en la Casa Consistorial, donde repasó ciertos datos relativos a su casa en Atlantic City. Había sido un *bungalow* de seis habitaciones situado a la orilla del mar que Deery adquirió en 1939 por once mil dólares. Una fuerte suma de dinero para un funcionario de la Policía. Bannion estuvo en el barrio y supo por un vecino charlatán que la señora Deery había sido una gran viajera que pasaba frecuentes vacaciones en Miami, Palm Springs y lugares por el estilo. Su informadora, una mujer irlandesa de pelo gris, manifestó, con cierta sensación de placer, que ya no lo había hecho más, y que durante los pasados ocho o diez años la señora Deery se había limitado a pasar el tiempo en casa, como debió haber hecho desde el principio.

Bannion tomó nota de todo aquello, dio gracias a la mujer y volvió a la ciudad. Los Deery habían viajado en gran estilo, pero luego bajaron de categoría. Era evidente que hubo un tiempo en que Thomas Francis Deery había conseguido ganancias especiales.

Dejó el coche ante el hotel y subió a su habitación. El teléfono empezó a sonar en el momento en que abría la puerta. Era Partnell, el detective del condado a quien había conocido cuando investigaba

sobre el asesinato de Lucy Carroway.

—He llamado a la central de Homicidios para que me pusieran en contacto con usted —comunicó Partnell—. Un tal Burke me ha dado el número de su teléfono.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría hablar con usted si es que dispone de algún tiempo.

—Iré hacia allá en cosa de una hora.

—Gracias, Bannion.

Bannion encontró a Partnell en su despacho, un lugar soleado y cómodo, con alfombra en el suelo y fotografías de la comarca en la pared. Se estrecharon la mano.

—Ha sido usted muy amable al venir —dijo Partnell—. Siéntese.

—Gracias.

Partnell ocupó su lugar tras de la mesa escritorio, adoptando un poco el aspecto de un abogado rural, amigo de la caza y de la pesca cuando no había mucho trabajo. Bannion sabía que era muy inteligente y éste fue el motivo principal que le impulsó a dejarlo todo para acudir a verle. Partnell tenía un engañoso aire de vulgaridad, si bien bajo el mismo, Bannion estaba convencido de que había una mente clara y siempre alerta.

—He estado investigando el asesinato de Lucy Carroway con cierta intensidad —explicó Partnell—. Y creo que he encontrado una pista. Una persona de aquí, un médico que ejerce en Filadelfia, regresaba a su casa muy tarde después de haber asistido a un parto, y según me dijo vio un descapotable azul en la autopista sobre las dos de la madrugada, aparcado muy cerca de donde se encontró el cuerpo de Lucy Carroway. Había un hombre de pie junto al vehículo; un hombre de gran estatura que llevaba un abrigo de pelo de camello. El doctor no podría identificar al hombre en cuestión a pesar de que pudo ver su rostro unos instantes. Lo único que sabe es que era de tez morena y que tenía una nariz prominente. No gran cosa, como puede usted ver.

—Entonces, ¿de qué quería hablarme?

—Sé que ha estado usted trabajando en el caso en la Central y recordé haberle oído decir que la chica estaba relacionada con el suicidio de Tom Deery. Así es que llamé a la sección de Homicidios de la Central para saber si había conseguido usted algún dato que

pudiera relacionarse con el desconocido de la nariz prominente —Partnell hizo una pausa y miró durante unos segundos a Bannion con una extraña sonrisa—. Hablé con un teniente llamado Wilks —añadió.

—¿Y qué le dijo?

—Pues que usted no había logrado averiguar nada respecto al crimen y que su tentativa de conectar a la muchacha con el suicidio de Deery era sólo un golpe en el vacío. Sin embargo, yo no creo que usted se dedique a dar golpes en el vacío o que le guste fantasear, Bannion. Y por eso he querido hablar con usted.

—Tiene una buena pista —aseveró Bannion—. Lucy Carroway dejó el hotel acompañada de un hombre que llevaba abrigo de piel de camello, era moreno y tenía una nariz prominente. El tipo en cuestión se llama Big Burrows y es un maleante de Detroit que había estado trabajando para Max Stone. Luego del asesinato de Lucy, partió de la ciudad. Recuerde que la chica murió poco después de decirme que podía haber algo raro en el suicidio de Tom Deery.

—Es curioso que Wilks no me hablara de ello —advirtió Partnell.

—Mi informe debe haber sido archivado.

—¿Qué le pasa a ese hombre?

—Es eso que se llama «el carácter de cada cual» —repuso Bannion.

—Pues entonces también es el carácter de cada cual el modo en que yo opino sobre todo esto —comentó Partnell no sin cierta tristeza—. Voy a continuar mi tarea en el caso. No me gusta que los criminales de la ciudad utilicen la autopista como cadalso para sus ejecuciones ni me place la idea de que se torture y asesine a una mujer.

Aquel fue el final de su charla. Partnell se puso el abrigo y acompañó a Bannion hasta su coche. El aire era frío y la oscuridad parecía irse elevando del suelo hacia un firmamento purpúreo y tristón.

—¿Por qué no tomamos un bocado juntos? —propuso Partnell—. No en mi casa, porque sé que a usted no le gustaría encontrarse con gentes a quienes no conoce. En cambio, hay un lugar más abajo por la autopista donde sirven bistecs asados al carbón y unas

bebidas pasables. ¿Qué me contesta?

—Me temo que no —respondió Bannion—. Yo…

Partnell le puso una mano sobre el brazo.

—Tiene que comer, muchacho. No para usted ni un momento.

Bannion vaciló y luego miró su reloj.

—De acuerdo; vamos a tomar ese bistec.

Después de comer, Partnell pidió café y coñac. Había un fuego encendido en la sala principal de aquella hospedería de techo con vigas, y tanto su calor como la comida y la bebida aliviaron algo la tensión que sufría Bannion.

—Como verá, no he mencionado para nada a su esposa —dijo Partnell.

—Se lo agradezco mucho.

—Sólo quiero añadir una cosa: espero que atrape a esos bastardos.

—Creo que lo conseguiré.

—¿Puedo ayudarle de algún modo?

Bannion meneó lentamente la cabeza. Después consultó otra vez su reloj.

—Quisiera hacer una llamada telefónica desde aquí.

—Desde luego. Hay un teléfono en la estancia contigua.

Bannion pasó al lugar indicado y pidió comunicación con el Centro. No había llamado a Marg todavía ni saludado a Brigid. Y no le parecía decente abrumar a aquella familia con una niña alterada y ansiosa. La operadora pidió: «Treinta y cinco centavos, por favor.» Y él dejó caer las monedas, escuchando cómo tintineaban al deslizarse por la ranura.

Al, el esposo de Marg, se puso al aparato. Su voz sonaba alterada y aguda.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Dave. ¿Cómo marcha todo?

—Me alegro de que hayas llamado. Han quitado a los policías que vigilaban la casa. Marg está bastante preocupada.

—¿Cuándo ha sido eso?

—No hubo relevo cuando el último policía se marchó a las seis de esta tarde. Marg llamó a la Jefatura y le dijeron que habían recibido órdenes. Al parecer no tienen suficiente personal.

Bannion dejó escapar una interjección. Se encontraba a una hora

y media de allí o quizá dos, y el tráfico en aquellos momentos era intenso.

—No os preocupéis —les dijo—. Esto no es Rusia.

Bannion sabía que aquellas palabras no tenían ningún significado. Estaba convencido de que podía producirse alguna complicación que los perjudicara a todos, a Al, a Marg y a Brigid. Habían encontrado el modo de atraparle a través de una niña de cuatro años.

—Por aquí todo bien por ahora —continuó Al—. Creo que…

Bannion colgó y volvió a su mesa. Partnell había pagado ya la cuenta.

—Tengo que volver a la ciudad —dijo Bannion—. ¿Puede acompañarme por lo menos hasta el límite?

—Desde luego —contestó Partnell, levantándose rápidamente—. ¿Pasa algo?

—Quizá.

—Sígame usted. Tengo un coche muy rápido y una sirena potente.

—Le seguiré —contestó Bannion.

14

Una vez cruzado el límite municipal de la ciudad y entrado en plena Filadelfia, Bannion continuó solo su camino. Una vez hubo entrado en la corriente del tráfico disminuyó la velocidad y trató de controlar sus pensamientos y su cólera. No era posible que intentaran algo tan cruel, se decía una y otra vez. Pero el acordarse de lo que habían hecho con Lucy Carroway y con Kate borraba todas sus esperanzas. ¿Por qué no habían de hacerlo? Era su ciudad y en ella obraban a su antojo, sin importarles lo que pudiera suceder a hombres, mujeres o niños de cuatro años.

El tráfico se fue intensificando conforme se acercaba al centro. Finalmente logró pasar la parte más difícil, cruzar el río y meterse en una arteria que conducía hacia la casa de Marg y Al. Aceleró la marcha dando bocinazos con el puño apretado y forzando a los otros vehículos a dejarle vía libre, pasando semáforos y esquivando a los coches que torcían en su misma dirección.

Marg y Al habitaban en Filmore Street, una avenida bordeada de árboles y de edificios de dos pisos. El cielo estaba nublado y la noche era oscura. Los conos amarillos de los faroles apenas si lograban iluminar la acera.

Mientras subía los escalones de la entrada, Bannion comprobó que no brillaba ninguna luz en la sala de estar. Quizá Al estuviera aparentando que dormía. Mas también podía ocurrir cualquier cosa.

Entró en el oscuro vestíbulo y alargó la mano para tocar el timbre del piso de Al. En aquel momento un objeto duro le dio de lleno en la cabeza al tiempo que una voz suave pero enérgica decía:

—¡Calma! Levante las manos. ¡Rápido!

Bannion obedeció lentamente maldiciendo su imprudencia.

—Y ahora vamos para arriba —dijo la voz suave—. Muévase con naturalidad.

Un brazo se deslizó junto a Bannion abriendo la puerta.

—Arriba.

Bannion empezó a subir las escaleras hasta el primer rellano. La puerta del piso se abrió y Al apareció mirando con el ceño fruncido.

—Caray, me alegro de verte…

—¡Cierra la puerta! —gritó Bannion.

—Tranquilo, tranquilo.

Bannion se volvió y descargó un golpe a la pistola que apuntaba su espalda. El impacto dio de lleno sobre la muñeca de su enemigo y éste exhaló un grito de dolor. La pistola fue a caer sobre la alfombra y luego rebotó por los escalones.

Al agarró por el brazo a Bannion.

—¡Déjalo, Dave! —gritó.

El que se hallaba detrás de Bannion empezó a bajar los escalones en busca de su arma.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Bannion.

El otro recogió su pistola y miró a Bannion con aire perplejo. Era de complexión delgada, de unos treinta años y tenía unas facciones inteligentes y agradables.

—Es usted muy rápido, señor Bannion —dijo—. Lamento haberle asustado; pero Al me ordenó inmovilizar a todos cuantos entren, y yo me he limitado a cumplir órdenes.

—Está bien, está bien —dijo Al—. Vuelve al vestíbulo, Mark.

Bannion miraba tan pronto al hombre que le había amenazado con la pistola como a Al.

—¿Qué clase de broma es ésta? —preguntó.

—Pasa, pasa. Ya te lo explicaré —repuso Al.

Bannion se encogió de hombros y entró en el piso.

—Bueno, ¿qué ha sido?

—Es un amigo mío —explicó Al, cerrando la puerta—. Después de haber hablado contigo me puse en contacto con algunos de los chicos con quienes estuve en el Pacífico. Son buenas personas y acudieron sin pensarlo un momento.

Bannion guardó silencio unos segundos.

—Se están metiendo en un lío —dijo.

—Saben muy bien lo que hacen. Marg está en el dormitorio con los niños. Pasa y conocerás a mis amigos.

Bannion puso el sombrero y el abrigo sobre una silla y siguió a Al por el vestíbulo. Tres hombres estaban sentados a la mesa del

comedor con las chaquetas puestas en los respaldos de las sillas. Jugaban a las cartas, y al parecer la partida era tranquila y amistosa. Sobre la mesa se veían media docena de botellas de cerveza.

Al los presentó, añadiendo unas palabras explicativas, y Bannion estrechó la mano a Tom Bell, un tipo musculoso que dirigía un garaje; a un abogado llamado Corcoran que tenía el pelo rojizo, y a Tony Myers, un agente de seguros que le saludó tan calurosamente como si lo considerara ya un cliente en perspectiva.

Al le sirvió una cerveza y Bannion se sentó lentamente. Se sentía cansado y algo aturdido. La cerveza sabía bien y le libró del seco gusto que el temor había puesto én su garganta. Miró a los tres hombres moviendo la cabeza.

—Estáis todos locos —declaró.

—Dave ha conseguido desarmar a Mark —explicó Al.

Los otros le miraron con relevado respeto.

—Ese chico pierde facultades —comentó Tom Bell—. ¿Sabe usted, señor Bannion? Mark consiguió la Medalla del Servicio Distinguido en Okinawa, y le aseguro que no se la ganó por cualquier cosa. Lo que pasa es que no sabe adaptarse a la vida civil.

Myers se puso en pie y dijo:

—Voy a bajar a hacerle compañía.

—Espere un momento —le atajó Bannion—. Comprendo su buena intención, pero no lo puedo permitir. Si tenemos problemas serán provocados por malhechores, buenos conocedores de su oficio, a los que no podrán detener unos aficionados aun cuando tengan todo el coraje del mundo. Este asunto es cosa mía, muchachos.

Bell, el del pelo casi blanco, pareció disgustado.

—Esos tíos no se detienen ante nada, ¿verdad? —preguntó—. Igual que en las historietas ilustradas, con sus pistolas y lo demás. Pero nosotros, Bannion, no somos precisamente lo que podría decirse unos quinceañeros inexpertos —Se dio la vuelta en su asiento y tiró las cartas sobre la mesa—. Mire, he estado en sitios a los que esos desgraciados no irían a menos de que los metieran en un tanque de cincuenta toneladas. Pero yo fui a pie, sin nada en las manos excepto mi fusil. Creo que…

Corcoran le miró con expresión compasiva.

—Tommy, si vas a contarnos la historia de cómo conquistaste tú solo las Filipinas, recuerda que la hemos oído ya muchas veces.

—Como quieras, tío listo —contestó Bell irritado—. Yo pensaba que aquello no era más que una tontería, pero que no había más remedio que hacerlo. Había que mantener la seguridad en nuestros hogares y demás zarandajas por el estilo. Ahora resulta que unos maleantes quieren entrar aquí y hacer daño a una chica de cuatro años; pero, según usted, soy demasiado flojo para oponerme a ellos. Pues bien, le voy a decir una cosa. Como alguien se atreva a entrar aquí esta noche con esa idea, va a terminar con un balazo en la cabeza. Le aseguro que…

Corcoran le dio una palmada en el hombro.

—¡Ah! Ya salió el patriota y el poeta, ¿eh, muchacho?

—¡Déjame en paz! —estalló Bell con una mueca desdeñosa.

Corcoran miró a Bannion.

—Ahora en serio —terció—. Bell tiene razón, mas, por desgracia, es sueco y carece de nuestro fino sentido céltico del autodominio y de la reserva. Lo que dice es correcto, aunque le dé un tono demasiado heroico y personal. La niña está a salvo. Myers y Mark vigilan en el vestíbulo, y en el patio trasero tenemos a uno al que solíamos llamar «el jefe». Es indio y no quisiera enfrentarme con él en la oscuridad. Aquí dentro estamos Tommy, yo y su calvo cuñado, que se hizo famoso por ser el único soldado americano que se ausentó sin permiso para meterse en una jungla en la que sólo había cocoteros, arañas y japoneses —Corcoran movió la cabeza lentamente y en su cara se pintó ahora una expresión más seria—. Todo saldrá bien, Bannion. Puede usted estar seguro.

Bannion los miró y se dio cuenta, no sin cierta admiración, de que aquellos ciudadanos al parecer normales y respetuosos con la ley, poseían algo que probablemente era más que una simple amenaza para Stone, Lagana y sus brutales organizaciones. Disponían de la fuerza que solamente da una bondad sencilla y razonada.

—Bien, Bannion, ¿quiere sentarse un rato con nosotros? —propuso Tom Bell recogiendo las cartas.

—No, gracias. Tengo que volver a la ciudad.

—Como verá, las cosas están bajo control. Recuérdelo.

Al acompañó a Bannion hasta la puerta.

—No te expongas demasiado, Dave.

—Tendré cuidado. El momento crítico se aproxima. Dile a Brigid que mañana estaré fuera y también… bueno, que le voy a traer una sorpresa.

—Muy bien, así lo haré, Dave.

Bannion salió al vestíbulo. En el momento en que abría la puerta, oyó a Myers diciendo con tono alto e insistente:

—Escucha, Mark, lo bueno que tiene una póliza a veinte años es que…

Se interrumpió, para añadir:

—No se preocupe, Bannion. Por lo que a nosotros respecta, esto está bien vigilado.

—Gracias. Muchas gracias.

Bannion salió a la fría oscuridad, si bien antes de emprender la marcha miró arriba y abajo de la calle. En la acera de enfrente había un hombre. Era alto, de hombros cuadrados y con el rostro curtido. Se encontraba bajo la luz de un farol y ésta le daba de lleno sobre las hombreras doradas y los botones de metal de su abrigo azul. Bannion se detuvo con las manos en los bolsillos, y luego cruzó lentamente la calle.

—Hola, inspector —saludó.

El inspector Cranston le devolvió el saludo sonriendo:

—Hola, Dave.

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Oh! Sólo fumaba un cigarro. Es una costumbre mía después de cenar.

—Claro, claro. Y siempre fuera y bajo la luz de un farol.

—Yo fumo donde mejor me parece —respondió el inspector Cranston—. Y hoy lo hago aquí —miró su cigarro—. Me va a llevar bastante tiempo terminármelo.

—Lo que pasa es que se ha enterado de que quitaron a los agentes que vigilaban la casa, ¿verdad?

—Sí, la noticia llegó a la Casa Consistorial —explicó el inspector Cranston.

—Y por eso está aquí.

—Me limito a fumar un cigarro. Ya se lo he dicho.

—Bajo la luz de un farol y de uniforme —repitió Bannion, moviendo la cabeza lentamente—. Ya es usted mayorcito para hacer estas cosas.

Cranston sonrió ligeramente con la misma expresión que adopta un cazador.

—Esto era demasiado grave como para pasarlo por alto, Dave. A un agente le podrán recriminar meterse donde no debe pero no a un inspector. Siga con su trabajo. Nada va a ocurrir aquí esta noche. Tómelo como una promesa de… —hizo una pausa y añadió amargamente—: del Departamento de Policía.

Bannion se sintió extrañamente conmovido por la actitud decidida, honesta y resignada del viejo policía.

—Lo creo —dijo finalmente—. Fúmese su cigarro en paz, inspector.

—Buenas noches, Dave; así lo haré.

Bannion caminó a lo largo de la calle hasta llegar al coche. Había otro aparcado detrás, y pudo ver a un hombre sentado al volante. Deslizó su mano derecha bajo el abrigo hasta tocar la culata de su revólver y esperó. El hombre dentro del coche bajó el cristal de la ventanilla, sacó la cabeza y llamó:

—¡Eh, Dave!

Bannion pudo ver el reflejo de la luz sobre el cuello blanco de su camisa negra.

Respiró aliviado y se acercó al automóvil.

—¿Va a visitar a algún enfermo, padre? —preguntó.

El padre Masterson no estaba para bromas.

—No, nada de eso —repuso con acento preocupado—. Al me llamó hace una hora para decirme que la Policía había retirado a sus hombres de la casa. Y estaba intranquilo.

—¿Qué diablos quería de usted al llamarlo? —preguntó Bannion.

—No lo sé —respondió el padre Masterson—. Es absurdo pensar que yo pueda ayudarles.

—No me refiero a eso —dijo Bannion, irritado—. Al no puede poner en alerta a toda la ciudad.

—¿Por qué no?

Bannion no supo qué contestarle, así es que se limitó a explicar:

—Padre. Al tiene en la casa a algunos amigos y el inspector

Cranston vigila en la calle. Esta noche ni una división acorazada podría entrar ahí. ¿Por qué no se vuelve a su rectoría y se toma una taza de té?

—Es una idea muy tentadora; de todas maneras, creo que me quedaré aquí —respondió el padre Masterson—. ¿Sabe una cosa, Dave? Es muy curioso, pero los curas raras veces morimos de un tiro. Quizá para algunos sea una lástima; lo cierto es que no ocurre casi nunca. Un malhechor es capaz de disparar contra policías, contra transeúntes desarmados, contra mujeres y niños; mas algo le detiene cuando se dispone a hacer fuego contra un hombre vestido con hábito. Desde luego, lo más probable es que sea superstición, una reliquia de la Edad Media; pero es así. Caso de haber problemas puedo ser de mucha ayuda. Es posible asegurar que el símbolo de Dios, incluso un pobre símbolo como yo, ejerce un efecto disuasorio sobre el mal. Pero no estamos apartando del tema.

—Bien, padre. He dicho muchas tonterías y lo siento. ¡Buena caza!

—¡Gracias! —exclamó el padre Masterson con complacida sonrisa.

Bannion se acercó a su coche y se situó tras el volante sintiendo por vez primera desde el asesinato de Kate algo que no era odio. Frente a él, la calle tenía un aspecto tranquilo e inocente. Las luces de los interiores resplandecían con aire íntimo y apacible. En el momento de pisar el acelerador se dijo que todo aparecían tan pacífico… como una bomba a punto de estallar.

Cuando volvió al hotel, Debby se había despertado. Permanecía en la cama con las luces apagadas, pero preguntó: «¿Es Bannion?», con voz rápida y asustada, en el momento en que él abría la puerta.

—Sí, soy Bannion. ¿Qué tal se encuentra?

—¡Oh! Muy bien —repuso la joven en voz baja.

—¿Le importa si enciendo la luz?

—No, en absoluto. Tendré que acostumbrarme a que me vayan mirando.

Bannion encendió la lámpara de la mesilla de noche. Observó que la joven se había pintado los labios y había hecho alguna tentativa para peinarse adecuadamente.

—Tiene mucho mejor aspecto —comentó.

Ella estaba tendida, con los brazos por fuera del cobertor, muy apretados contra su esbelto cuerpo y con la cara vuelta hacia la pared.

—Me han dejado hecha polvo —dijo.

Le trajo un vaso de agua del cuarto de baño y puso las píldoras sobre la mesa.

—Es hora de tomarlas —indicó—. Perdóneme. Voy a buscar un trago a mi habitación.

No quería perturbarla con su presencia allí mientras ella realizaba la elaborada tarea de sentarse en la cama y tomarse las píldoras. Cuando volvió, seguía tendida de nuevo con el rostro vuelto, y el agua y las píldoras habían desaparecido.

—¿Por qué no come un poco? Debe tener hambre.

—Me siento muy bien.

—Tiene que comer algo. ¿Le gustarla una sopa de pollo?

—Bien —asintió ella—. Le estoy dando muchos problemas. ¿Por qué no ras echa de un puntapié?

—¿Acaso quiere irse?

—No.

—Pues entonces no vuelva a mencionarlo —le rogó Bannion—. Cuando salga, pediré que le suban algo.

Se tomó su bebida, frunciendo ligeramente el ceño y luego descolgó el teléfono.

—¿Va a salir otra vez?

—Sí; no hay más remedio.

Ella sonrió débilmente.

—¿No le gustaría que habláramos un poco?

Bannion vaciló y volvió a poner el auricular en su sitio.

—Todo esto no es nada divertido para usted, ¿verdad?

—No; no mucho —confirmó ella—. Me siento como un objeto que se guarda en un lugar escondido para que nadie lo vea. Me limito a estar tendida y a pensar. Eso es todo —sonrió haciendo un esfuerzo—. Para una chica como yo, que se ha pasado la vida sin pensar en nada, esto está resultando un poco fuerte.

—No durará siempre.

—¿Cómo era su mujer, Bannion? —preguntó ella lentamente—. Sé que ha fallecido. Recuerdo haber leído el suceso. Por eso no

quiso que me quedara la primera noche, ¿verdad?

Bannion la miró con el rostro perfectamente tranquilo.

—Era una chica alta, de veintisiete años, con el pelo rojizo y los ojos azul claro. Me parece que gastaba la talla doce de ropa.

Guardó silencio y se quedó mirando la bebida que tenía en la mano.

—Una descripción muy propia de un policía —comentó Debby riendo brevemente—. Para mí, muy poco satisfactoria. ¿Sabía cocinar? ¿Le gustaba que le dieran sorpresas? ¿Qué clase de cosas la divertían más?… Es a eso a lo que yo me refería.

Bannion se puso en pie y se acercó lentamente a la ventana. Miró hacia abajo, viendo la selva de anuncios luminosos de Arch Street y la lluvia que caía sobre las rodadas de los coches. Dos marineros corrían por la acera con las solapas de los uniformes levantadas para protegerse el cuello.

—Lo siento, Bannion —dijo la muchacha en voz baja—. Soy una tonta. Usted no quiere hablar de ella conmigo, ¿verdad?

—No quiero hablar de ella con nadie —respondió Bannion, volviendo a su silla.

—Lo lamento.

—No hay nada que lamentar —dijo él, tomando el teléfono y dando un número a la operadora.

Intentaba apartar de su mente el confuso recuerdo de Kate el tiempo que le fuera posible. Aquella llamada podía ser el principio de una solución.

—¿Va usted a salir? —preguntó Debby.

—Sí; lo siento.

El teléfono empezó a sonar en el otro extremo de la línea.

—No hay nada que lamentar —respondió ella, utilizando deliberadamente aquella frase. Su voz no sonaba amarga, aunque hubiera deseado que así fuera. Era sólo la voz de un ser desgraciado.

Se estableció la comunicación y una voz dura y alerta respondió:

—Dígame.

Bannion hizo señas a Debby para que guardara silencio.

—¿Es el teniente Wilks?

—Sí. Quién me llama?

—Dave Bannion, teniente.

Wilks volvió a saludarle rápida y cordialmente, e intercambiaron algunas frases rutinarias. «Cómo está usted?» «Gracias», etc. Luego se produjo una pausa, un tenso y expectante silencio. Bannion sonrió sin alegría y dijo:

—El motivo por el que le llamo, teniente, es que desearía verle a usted a ser posible esta noche.

Debby miró curiosa a Bannion, cuya voz estaba teñida de un suave tono cariñoso.

—No sé —respondió Wilks—. En realidad, para mí sería mejor mañana, Dave. Por qué no viene a mi despacho?

—Preferiría que fuera esta noche —insistió Bannion—. Es muy importante para mí. Esta tarde he estado hablando con Partnell, el detective del condado, sobre el asesinato de Lucy Carroway.

Esperó sonriendo todavía, y otra vez se produjo un silencio cargado de tensión.

—¿Qué interés tiene usted en ese crimen, Dave? —preguntó Wilks por fin.

—Por eso es por lo que deseo verle.

—Bien, venga cuando quiera. Le espero —aceptó Wilks.

Esta vez no se había producido pausa. Su voz sonó dura y acerada.

—Dentro de media hora —dijo Bannion, poniendo el teléfono en su soporte y levantándose.

—¡Caray! Qué contundente ha estado usted —comentó Debby.

—No he fingido. Me siento realmente preocupado. Bueno le haré subir algo. Le dejo aquí la llave. Y haga el favor de cerrar por dentro.

—Está usted nervioso. ¿Es que ha encontrado una pista?

Bannion la miró, sorprendido por su interés. La joven deseaba significar algo para alguien; ser parte de alguna cosa aunque sólo fuera verbalmente; entrar en los planes de otro ser humano, en sus esperanzas y en sus necesidades. Sintió por ella un poco de aquel afecto que su odio anterior le había estado negando hasta entonces.

—Sí. Hay algo que puede conducir a una pista —explicó—. Deséeme suerte, Debby.

—Se la deseo; se la deseo —repuso ella en voz baja—. Espero que lo consiga, Bannion. Que dé con ellos.

—Gracias, Debby.

Le dio unas palmaditas en la mano y salió del cuarto.

15

Bannion encargó al conserje que subieran al cuarto de Debby sopa de pollo, galletas saladas y té. El conserje asintió:

—Como usted diga. Se hará inmediatamente —hizo una pausa, miró a su alrededor y se inclinó un poco hacia Bannion para añadir —. Hace diez minutos estuvo aquí un hombre preguntando por ella. Le dije que no podía recibir a nadie por órdenes del médico, y me dio las gracias y se fue.

—Comprendo. ¿Qué aspecto tenía?

—Era de edad mediana e iba muy desaliñado. Francamente, no me gustó nada.

Bannion pensó que sería un compinche de Stone.

—Bien; recuerde que nadie debe verla —insistió.

—Como usted mande, señor Bannion.

Se preguntó si no sería mejor llamar a Debby, pero llegó a la conclusión de que valía más no alarmarla. Por el momento la joven se sentía bien. Stone podía vigilarla y esperar a que intentara salir de la ciudad. Si trataba de impedirlo, sería el momento de intervenir.

Bannion subió a su coche y se dirigió al domicilio de Wilks, una casa de dos pisos sin pretensiones, en la parte Noroeste de la ciudad. La vivienda ofrecía un aspecto cómodamente desaliñado que combinaba perfectamente con las demás del vecindario, de un decidido ambiente clase media. La mansión de Wilks en Maryland era muchísimo más elegante.

Wilks contestó a su llamada y lo saludó calurosamente.

—Pase, pase —le invitó—. Cuando llamó estaba a punto de meterme en la cama —tomó el abrigo de Bannion y lo colgó en un anticuado perchero que había en el vestíbulo—. ¿Le apetece una taza de café? —preguntó mientras introducía a su visitante en el cálido y acogedor saloncito.

—No, gracias —respondió Bannion—. Comprendo que es tarde y seré lo más rápido posible.

Wilks se echó a reír.

—Yo siempre estoy dispuesto a charlar un rato. Siéntese ahí en ese sillón. Es el único cómodo en toda la casa.

Wilks se sentó frente a Bannion y volvió a encender su pipa. En el suelo, a sus pies, había un periódico de la noche. La radio, que estaba al alcance de su mano, tocaba música suave.

—Una noche estupenda para quedarse en casa —comentó cuando su pipa empezaba a tirar de nuevo—. ¿Qué se trae entre manos, Dave?

—Esta tarde estuve hablando con Partnell —le explicó Bannion —. Usted ya sabe que está trabajando en el caso de Lucy Carroway.

—Sí, desde luego —asintió Wilks, mostrándose moderadamente interesado.

—Pues bien, ha dado con una pista; una pista muy débil, pero que corrobora mi teoría sobre el crimen.

Wilks se quitó la pipa de la boca.

—No sé en qué puede interesarme eso, Dave.

—Quizá yo pueda hacérselo ver. Verá, Partnell le ha echado la vista a un tipo que pudiera ser Biggie Burrows. La noche en que esa joven fue asesinada, un médico que vive en Radnor pasó junto a un hombre que responde a la descripción de Burrows. Llevaba un abrigo de pelo de camello, era corpulento, de complexión oscura y tenía una nariz prominente. El doctor le vio más o menos en el mismo lugar en el que más tarde se encontraría el cuerpo de Lucy.

—Considerando que estaba oscuro, ese doctor realizó una identificación bastante curiosa —comentó Wilks—. Quizá incluso se detuvo a charlar un rato con él.

Bannion sonrió apreciativamente. Wilks le miró unos momentos y luego sonrió también, si bien en sus ojos habíase pintado una cierta expresión de perplejidad. Permanecieron sentados en silencio unos minutos, mirándose como si uno de ellos hubiera dicho algo divertido.

—Bien, ¿qué pasó después, Dave? —preguntó Wilks finalmente.

—Partnell me ha dicho que ya habló con usted sobre esto —respondió Bannion afable—. Como usted sabe, yo ya le había comunicado que, a mi modo de ver, el caso de Lucy Carroway tiene

relación con el suicidio de Tom Deery. Llamó al Departamento de Homicidios de Filadelfia para ver si había surgido algo que pudiera conectarse con el hombre de la nariz grande que, al parecer, había estado en la autopista. Ya habló con usted, ¿verdad?

—Pues sí.

Bannion hizo una mueca.

—Me dijo que, según usted, mis teorías no tenían ningún valor.

Wilks tamborileó con los dedos sobre los brazos de su sillón, mirando a Bannion con el ceño fruncido. Guardaron silencio durante unos treinta segundos sin que Bannion dejara de sonreír. Wilks se miró finalmente sus movedizos dedos, tosió y cruzó las manos sobre las piernas.

—De acuerdo; en efecto, le dije que todo eso no nos llevaría a ningún sitio —reconoció—. ¿Qué pasa?

—Nada. Nada en absoluto —respondió Bannion.

—Entonces, ¿para qué ha venido a verme?

—Quería comunicarle lo que le dije a Partnell.

—¿Y qué es lo que le dijo? —preguntó Wilks con cierto tono de impaciencia.

—Pues que usted tiene razón, y que todo lo que estoy haciendo no va a servir de nada —manifestó Bannion—. Me he dado cuenta de ello hace poco. Tom Deery y Big Burrows no son más que nubecillas de humo, teniente. Lucy Carroway fue asesinada probablemente por algún maníaco sexual, y las posibilidades son de cien contra una de que podamos dar con ese tipo.

—¿De modo que le dijo que todo esto no iba a servir de nada? —concretó Wilks lentamente.

Bannion no contestó, sino que se limitó a hacer una señal de asentimiento.

—Me parece un comentario muy curioso —indicó Wilks—. Muy inteligente y adecuado, y enormemente curioso.

—¿Quiere decir que es curioso porque procede de mí?

—Sí, en efecto; eso es lo que quiero decir, Dave. Quizá será mejor que tomemos un trago y hablemos más extensamente sobre esto. Quiero tener la total seguridad de que nos entendemos.

—Me parece buena idea.

—Perdone —dijo Wilks, y a los pocos momentos regresó con una botella de Bourbon de marca y dos vasitos—. No creo que sea

preciso añadirle agua —observó.

—No a esta clase de whisky.

—Lo mismo pienso yo.

Bannion aceptó un vaso y, sonriendo a Wilks, hizo un brindis.

—Porque vengan días mejores.

—En efecto —aprobó Wilks levantando también su vaso.

Bebieron y se sirvieron de nuevo. Wilks se sentó, con el vaso junto a él, a la mesa y volvió a encender su pipa.

—Debo reconocer que estoy sorprendido —dijo, mirando a Bannion con una fina sonrisa.

—Nunca creyó que fuera tan listo, ¿verdad?

Wilks se echó a reír.

—Eso es decirlo demasiado ásperamente.

Sus mejillas se habían enrojecido un poco a causa del licor, y su pipa producía unos afables e intermitentes ruidos en la tranquilidad del cuarto.

—A algunos les cuesta más que a otros reconocer las cosas —comentó Bannion.

—¿Por qué me dice eso, Dave? —se interesó Wilks, quitándose la pipa de la boca.

—Mis motivos no son idealistas. Tengo que vivir, eso es lo que pasa. Tengo que cuidar de una hija y de nada sirve estar siempre de mal genio —se encogió de hombros—. He de trabajar, teniente. Estuve pensando en la investigación privada dado que no sé hacer otra cosa. Sin embargo, no llegaría muy lejos sin la cooperación de la Policía.

—Tendrá esa cooperación —le prometió Wilks tomando su bebida—. En esta ciudad tiene usted amigos en todos los escalones del Departamento de Policía. Buenos amigos, Dave. Pero la amistad exige cooperación por ambos lados. No puede ser unilateral. La amistad a la que nos estamos refiriendo se basa en la rectitud. Le voy a decir una cosa: si lo desea, puede reingresar mañana mismo en el Departamento. O puede también establecerse como investigador privado. Tanto en un caso como en otro, cuente con amigos que lo único que quieren es que usted les sea también leal.

—Si no está convencido, puede llamar a Partnell.

—No lo necesito —repuso Wilks sonriendo. Tomó la botella del suelo, a sus pies, y sirvió dos vasos más—. El refrán ya lo dice:

«Quien ha sido policía, siempre lo sigue siendo», y yo estoy convencido de ello. Ha permanecido usted en el Cuerpo demasiado tiempo para olvidarlo, Dave —frunció el ceño y movió lentamente la cabeza—. Lo de su mujer fue un mal asunto. Algo muy feo. No le recrimino que perdiera la cabeza.

—En efecto; perdí la cabeza —reconoció Bannion—, pero ya ha pasado todo.

—Hay que ser una gran persona para portarse así.

—Es preciso vivir —declaró Bannion.

Wilks le estudió unos momentos mientras una sonrisa de complacencia le curvaba los labios.

—Ya se lo dije en otra ocasión —recordó—, cuando le aconsejé echar a la basura sus libros de filosofía, que no exponen más que sonrosadas idealizaciones para colegiales. Ha aprendido usted más de la vida en las tres últimas semanas que en las pasadas tres décadas, ¿no cree? Ahora ya sabe que no hay más remedio que llegar a ciertos compromisos.

—Sí, lo sé perfectamente.

La sonrisa desapareció del rostro de Wilks. Sacudiendo la cabeza dijo:

—Esto es casi divertido, Dave. Sabe muy bien que nunca me había gustado usted. ¿Le sorprende?

—Por mi parte pensé que podríamos colaborar sin demasiados problemas —declaró Bannion.

En su cara se pintaba una sonrisa incierta, una sonrisa de perplejidad dedicada a influir sobre Wilks. Mas, en el fondo, estaba pensando: «Sí, me odiabas como odiabas también a cualquier otra persona capaz de demostrar que la corrupción no es inevitable.»

—No me gustaba usted en absoluto —repitió Wilks dejando su vaso vacío y derivando hacia un tono más expresivo—. Era usted demasiado puro para mi gusto; demasiado suave e inocente. Las gentes como usted no hacen más que complicar las cosas. Son, ¿cómo lo diría?… demasiado críticos.

—Yo nunca he pretendido ser tal cosa —protestó Bannion.

—¡Oh, al diablo! Me estoy apartando del tema —se quejó Wilks riendo y alargando la mano hacia la botella—. ¡Qué importa lo que yo pudiera pensar de usted hace una semana o un año! Lo positivo es que ahora me resulta simpático. No porque reconozca las cosas,

sino porque es usted un gran hombre —estiró las piernas y se echó a reír—. Y no sólo bajo un aspecto estrictamente físico.

«Sí, ahora te soy simpático… Estoy metido en un buen lío por tu culpa, pero ahora somos un par de alegres compañeros.»

Bannion continuó tomándose el whisky y luego respondió:

—Gracias, teniente.

Wilks se hizo un poco adelante sentándose en el borde del sillón.

—Es un alivio hablar con usted, Dave. Siempre ha sido inteligente, pero ahora, gracias a Dios, es un genio. Ya sabe que nosotros no somos quienes hacemos los reglamentos. Tenemos que aceptar órdenes porque, de acuerdo con la naturaleza humana, unos están para dirigir y otros para obedecer. ¿Hay algo malo en ello? ¡Diantre! Esa es la historia del mundo y nada más. Si no se aceptan órdenes, si se decide ser un héroe, ¿vamos a cambiar las cosas? No. En absoluto. Siempre encontrarán a otro que acepte realizar el trabajo, y la propia revuelta personal no será más que perder el tiempo. Si no lo hace uno lo hará otro —miró los periódicos que tenía a los pies y de repente soltó una interjección, irritado—: ¡Fíjese en el lío que están armando! —tocó con el pie la página frontal de uno de ellos—. Tres artículos sobre nosotros; sobre lo que ellos denominan corrupción e ineficacia. Pero lo único que quieren es vender su periódico. Ahora que a mí no me engañan. ¿Cree que esto va a causar algún bien? Dave, se puede gritar cuanto se quiera sobre el juego y la política hasta que el rostro se ponga morado; sin embargo, lo que no se puede es cambiar la naturaleza humana.

—Voy a brindar por eso —propuso Bannion sonriente.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, claro! Yo también tomaré otro trago —miró su vaso vacío con aire sorprendido, y se echó a reír—. No recuerdo cuál ha sido el último. Bien, porque vivamos días felices.

—Nos van a hacer falta.

—En efecto, nos van a hacer mucha falta —reconoció Wilks suspirando y frotándose la frente—. Francamente, Dave, no sé lo que va a ocurrir. Todo está revuelto. Maldita sea. De un tiempo a esta parte, rara es la noche en que puedo dormir. No es como antes. Los periódicos se encarnizaban con nosotros y los políticos del partido contrario piden nuestras cabezas. Lo hemos hecho tan bien

como cualquier otro, pero los reformistas no tienen sentido común. Quieren sangre. Todo explotará después de las elecciones, estoy seguro; no obstante, ya antes de que se celebren, las cosas empiezan a ponerse demasiado tensas. Por eso es por lo que el caso Deery se presentó tan mal y hubo que manejarlo con tanto cuidado —miró a Bannion—. Usted ya lo ha notado, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —respondió Bannion, como si aquello le interesara sólo parcialmente.

Era una buena actuación. De repente, empezó a tener una idea de lo que el suicidio de Deery había significado para la ciudad.

—Ha habido que extremar las precauciones —añadió Wilks.

—Naturalmente.

—Luego esa Carroway empezó a hablar y a meterse en el lío —continuó el teniente, moviendo la cabeza—. Fue una de esas intervenciones de pesadilla que no pueden permanecer ocultas —Wilks terminó su bebida y al apartar el vaso de su cara, ésta había cambiado de expresión; ahora tenía un aire suave y como ensimismado. Miró a su reloj de pulsera sonriendo—. ¡Cómo pasa el tiempo cuando se está en una compañía agradable! ¿No cree?

Bannion comprendió que Wilks no quería seguir hablando. Ahora le tocaba a él continuar el juego; poner en práctica la idea que le impulsaba.

—Deery dejó una declaración escrita, ¿verdad? —preguntó.

—¿Dónde lo ha oído decir? —demandó Wilks, sorprendido.

Bannion encogió los hombros.

—Pienso que debió dejarla. De lo contrario, ¿a qué vendría toda esta conmoción?

—Sí, sí, claro —reconoció Wilks frotándose las manos.

—¿Sería algo muy fuerte?

—No la he visto, pero tengo entendido que es dinamita pura. No se trata de una simple nota, sino de veinte páginas mecanografiadas con nombres, fechas, cifras… —Wilks guardó silencio y se encogió de hombros como si se sintiera abrumado—. No puede pedirse más, Dave. Un esquema completo de la estructura de la organización.

—¿Dónde adquiría los datos?

Wilks profirió una interjección.

—Deery no era ningún ingenuo. Hasta hace ocho o diez años, estuvo metido en líos hasta el cuello. Cobraba la participación en el

juego de los distritos policiales en toda la ciudad y se quedaba lógicamente con su parte. También llevaba libros falsos en relación con la oficina de impuestos sobre locales recreativos. Luego quiso dejarlo. Manifestó que ya tenía suficiente y que se sentía satisfecho. Bueno; creyeron a ese bastardo. Y así les pagó luego su confianza. Tomó nota de todo: de cómo están organizados los distritos de juego, calle por calle, de manera que coincidía con los de la Policía y se evitaban errores. Declara lo que cobran los capitanes y lo que queda para ellos, y lo que pasa en los despachos del inspector y del superintendente. Da el nombre de los jueces y magistrados a sueldo de Lagana y hace una lista de lo que obtuvieron por prolongar indefinidamente determinados casos y por manejar sentencias en suspenso —Wilks movió la cabeza al tiempo que alargaba automáticamente una mano hacia la botella—. Se metió en lo de rebajar impuestos, que es la cosa más delicada en todo este condenado negocio. Rebajas en locales recreativos, en contratistas, en personal, en propiedades… ¿Se imagina lo que significaba divulgar ahora todo eso, Dave? Tenía la lista de los negocios propiedad de Lagana y de Stone y de Waxman en la parte Central y de O'Neill en el Noreste, y sabía cómo lograban contratos especiales y evadían impuestos por todos los medios imaginables. Cualquiera en la ciudad que utilizara materiales ajenos para construirse una casa…, y le aseguro que hay muchos de esos, figura ahí. Considere el revuelo que esto podía armar antes de las elecciones. Piense en el jugo que le sacarían los periódicos. Fue precisamente entonces cuando esa chica, la Carroway, empezó a hablar con usted. Ahora bien, no podía permitirse que la atención se centrara en Deery porque si los periódicos empezaban a escarbar, hubieran terminado por descubrir el informe.

—Entonces, ¿por qué no han quemado ese maldito papel? —preguntó Bannion.

—Por un motivo esencial. La señora Deery se hizo cargo de él y lo guarda cuidadosamente.

—Una mujer inteligente, ¿verdad?

—Sí, sí, mucho. Sabe hacer bien su juego.

—Pues en ese caso, no hay por qué preocuparse.

—No. En efecto, aunque ha sido una semana detestable.

—Según suele decirse, siempre está muy oscuro antes de

amanecer —comentó Bannion. Se esforzó en retener un bostezo, sonrió y dijo—: Ha sido un día muy fatigoso, ¿verdad?

Se pusieron en pie y Wilks dio unas palmaditas sobre los robustos hombros de Bannion.

—Me alegro de que hayamos tenido esta conversación —manifestó.

—Yo también. Significa mucho para mí.

—No se preocupe de sus planes, Dave. Podemos facilitarle las cosas. Y no lo olvide… si necesita algo de capital…

Bannion hizo una señal como si desechara aquella idea.

—Puedo arreglármelas solo.

Wilks le acompañó hasta la salida y los dos se quedaron bajo la tranquila oscuridad del pórtico, durante unos momentos, hablando del tiempo. Finalmente Wilks le dio una nueva palmada en el hombro.

—No sé lo que pensará usted, pero yo tengo unas ganas enormes de irme a la cama —declaró.

—Más vale que entre antes de que coja frío.

—Tiene razón. Buenas noches, Dave.

—Buenas noches, teniente.

Bannion miró cómo Wilks entraba en la casa y cerraba la puerta. Luego la expresión de su rostro empezó a cambiar lentamente. Permaneció allí unos momentos, respirando profundamente, y luego, volviéndose, bajó con rapidez la escalera haciendo sonar sus tacones como si fueran de hierro sobre la madera seca y fría.

La Señora Deery apareció a la puerta de su piso, con los labios ligeramente entreabiertos y las cejas levantadas con expresión de sorpresa. Se había preparado para meterse en la cama y llevaba el pelo rubio con mechas blancas atado a la nuca con una amplia cinta azul. Su piel brillaba por causa del *cold cream*.

—Creí que era el chico de la tienda —manifestó con su voz baja y precisa—. He llamado para que me envíen algunas cosas que olvidé…

No completó la frase, pero no porque se sintiera confusa, sino porque a su modo de ver aquello no requería mayores explicaciones.

—Esta es una noche de coincidencias, señora Deery —dijo Bannion—. He encontrado a ese chico ahí fuera y me he hecho cargo del envío.

Al decir esto le entregó un paquete perfectamente envuelto.

—Pues muchas gracias —contestó ella humedeciéndose los labios.

—Ya no tendremos que preocuparnos del muchacho de la tienda —declaró Bannion.

—Es un poco tarde, ¿no cree?

—Quiero hablar con usted —insistió Bannion, y adelantó unos pasos lentamente, con las manos metidas en los bolsillos.

Ella se hizo atrás, más molesta que asustada, entrando en el vestíbulo. Cuando Bannion cerró la puerta, indicó:

—Está usted actuando de una manera muy extraña, Bannion —se miró la bata color de albaricoque y levantó de nuevo la mirada hacia él con una expresión de afectada alarma como en un drama escolar—. No estoy vestida para recibir visitas.

—No me considere una visita —respondió Bannion.

Había luz en el saloncito, aunque tanto el vestíbulo como el estudio de Deery permanecían a oscuras. Bannion encendió la luz del vestíbulo y entró en el estudio de Deery, haciendo allí lo mismo.

—La luz y la lascivia son enemigos declarados, señora Deery —comentó—. Eso es de Shakespeare, el escritor inglés.

Miró a su alrededor. El cenicero había sido vaciado y la máquina de escribir cubierta; todo lo demás estaba igual.

—¿Qué quiere usted? —preguntó ella.

—Debí haberme dado cuenta antes —repuso él con calma. Miró a la viuda de Deery, quien desde la puerta lo contemplaba, a su vez, con aire de exasperación muy comedida—. Debí haberme dado cuenta de que no estaba aquí —acabó él.

—No sé de qué me está hablando.

—Pues yo creo que sí lo sabe. Tom Deery, hombre precavido y metódico, se mató en esta habitación. Sus pólizas de seguro estaban sujetas a un clip, las facturas corrientes habían sido pagadas, su vida entera quedaba dispuesta para una muerte ordenada. Pero, algo faltaba… y era la única cosa que Tom Deery no hubiese olvidado.

—Creo que es mejor que se marche, Bannion.

—Me refiero al escrito. Tenía que haber forzosamente algún escrito. Era inevitable y debí haber notado su ausencia matado sin dejar una nota que explicara de inmediato. Tom Deery no se hubiera los motivos —la miró endureciendo la expresión de su rostro—. Así pues, no cabe duda de que dejó una nota. ¿Dónde está?

Mary Deery se sentó sobre el brazo del sillón. Parecía sorprendida, pero en modo alguno perturbada.

—Debe ser usted un tonto, Bannion —dijo—. Desde luego, ha sido muy acertado darse cuenta de ello; de todas maneras, es tonto si cree que voy a sacarme ese documento del bolsillo y entregárselo.

—Lo conseguiré de todos modos —declaró Bannion.

—¡Oh, no! Nunca lo tendrá —replicó ella en el mismo tono que hubiera utilizado para negar a un niño una petición inadecuada—. Esa nota es como un fondo de reserva para mí, y no voy a dársela ni a usted ni a nadie.

—Con que un fondo de reserva, ¿eh? Eso significa que Lagana le paga para que no la dé a conocer.

—Desde luego —afirmó Mary Deery meciendo un pie calzado con una zapatilla—. Discutí lo del escrito con él el día después de que Tom se suicidara. Convinimos en que me pagaría una buena suma en plazos anuales si lo destruía.

—¿Lo ha hecho usted?

—Claro que no. Hubiera sido una simpleza. Cuando hablé con él, la nota se encontraba ya en mi caja fuerte en el banco, junto con una carta a mi abogado en la que le ruego la entregue al director de Seguridad Pública en presencia de la prensa, caso de que yo resulte asesinada —sonrió ligeramente—. Esa nota no es sólo un fondo de reserva para mí, sino también una póliza de seguros, ¿se da cuenta? Lagana procurará que nada me suceda.

—Usted le contó a Lagana lo de Lucy Carroway, ¿verdad?

—Desde luego. Pero fue usted quien me hizo sospechar que ella sabía más de lo que le había contado. Aquello preocupó a Lagana. Tal vez Tom hubiera hablado con la chica acerca de la nota que estaba escribiendo o que planeaba escribir, y a juicio de Lagana, si continuaba hablando, podía hacerse peligrosa.

—Así pues, la torturaron para enterarse de lo que sabía y luego la asesinaron —expresó Bannion—. ¿No siente remordimientos,

señora Deery?

—No me preocupa en absoluto —respondió la aludida sin dejar de sonreír—. No tenía ningún afecto a Lucy Carroway. ¿Cree que es agradable saber que determinada chica tiene un lío con el propio marido? Pues le aseguro que no. La odiaba, la odiaba profundamente y no voy a derramar ni una lágrima por ella. Mas, no crea que soy tan morbosa. Lamento que su final fuera tan desagradable.

—Miente. Le encanta saber lo que le sucedió.

—Tiene usted una mente retorcida —objetó ella sonriendo con los ojos muy abiertos y brillantes—. ¡Pobre Lucy! ¡Qué final más horroroso para su insignificante y triste vida!

—A usted no le hubiera gustado cualquier otro —opinó Bannion.

Ella sonrió brevemente como si la hubieran atrapado en una pequeña mentira.

—Probablemente tenga usted razón. Recorté las noticias que trajeron los periódicos y el volver ahora a leerlas me causa cierta satisfacción interna, Bannion. Una observación poco atractiva me figuro. Pero es que yo no soy buena persona. Me alegro de que le ajustaran las cuentas.

—También se alegró cuando su marido se saltó la tapa de los sesos —recalcó Bannion—. Y también de haber encontrado su escrito. Lo redactó tratando de reparar lo que había hecho. En cambio, usted le negó esa posibilidad y me figuro que se sintió también muy complacida.

—Tom era un imbécil —respondió ella encogiéndose de hombros—. Y además no me gustan las confesiones en el lecho del dolor. No era ningún ángel. Tenía sus cosas. Ganaba lo suficiente para que viviéramos con desahogo… al principio. Luego, se empezó a hacer reproches y al final, terminó por depender estrictamente de su salario. Nunca se preocupó por mí. No le importaba que no tuviera vestidos ni joyas ni ninguna de las cosas que una mujer anhela en la vida. Después de conocer a Lucy Carroway fue como si volviera una página de su vida. ¿No le parece ridículo? ¡Imagínese! Descubrir la luz gracias a su asociación con esa furcia. De todos modos, y como pasa con quienes han estado siempre cogidos a las faldas de su madre, cuando perdió el valor, le dio por la religión. ¡Oh, sí! Se volvió muy religioso y santurrón, señor Bannion. Pasaba

noches enteras lamentando sus pecados, hasta que finalmente decidió regenerarse contándolo todo en un informe y disparándose a la sien —sonrió desdeñosa—. Mas por fortuna pude apoderarme del texto antes de que lo vieran los periódicos.

—Y ahora procurará conservarlo —indicó Bannion lentamente —. Una ciudad entera padece bajo las garras de una banda de facinerosos, pero a usted eso no le importa. Seguirá protegiendo a Stone y a Lagana y a los demás criminales para que no vayan a la silla eléctrica. Permitirá que se burlen de la justicia con tal de poder tener un abrigo de visón y un broche de diamantes.

Mary Deery se echó a reír suavemente y luego se humedeció los labios con la punta de su pequeña y roja lengua.

—Continúe, Bannion. Es usted realmente divertido.

—Y privará a su marido de esta última oportunidad de haber aligerado su conciencia —continuó Bannion con el mismo tono seco y duro.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó ella haciendo restallar las palabras—. He sufrido mucho y ahora todo terminó. Pienso disfrutar de la vida hasta el máximo, y ninguno de sus asquerosos consejos moralizantes me afectará en absoluto.

—¿Cree que los próximos años van a ser buenos para usted?

A ella pareció divertirle la pregunta.

—¡Naturalmente!

—Pues se equivoca.

—Serán años maravillosos —insistió Mary Deery empezando a reír.

—No vivirá usted esos años —declaró Bannion lentamente.

—¿Qué quiere decir?

El rostro de Bannion se había endurecido y vuelto de un color gris en el momento en que se sacaba el revólver de la sobaquera.

—¿Es que no lo adivina, señora Deery?

—Usted… usted no puede hacer eso.

—Pues entrégueme el escrito. Y lo hará en presencia de los periodistas. Será la traca final. El golpe de gracia para Lagana, Stone y los demás criminales de esta ciudad.

Mary Deery se dejó caer desde el brazo del sillón, en desgarbado y lento movimiento, quedando de rodillas ante Bannion. Lo miró, moviendo lentamente el cuerpo de un lado a otro y

humedeciéndose los pálidos labios con la lengua, mientras abría y cerraba la boca y sus manos efectuaban movimientos convulsivos como si acompañaran palabras ininteligibles que no lograban cobrar forma.

Se había quedado allí, arrodillada ante él, grotesca y ridícula, cambiando de expresión continuamente, retorciendo el cuerpo, mostrando todas las variaciones de la súplica, el miedo, el terror y el deseo de compasión, en una tentativa para pronunciar las palabras silenciosas que sólo resonaban en lo profundo de su mente. Era una pantomima de pavor, zalamería y frenética y muda petición de clemencia.

Bannion se dijo que aquello era el final; el último obstáculo interpuesto entre él y su venganza. Cuando hubiera sonado el disparo, cuando aquel ser mudo, enloquecido y gesticulante hubiera muerto, se guardaría el revólver y llamaría a la Policía. Y el trabajo podría considerarse terminado.

—¡No! —consiguió ella por fin exclamar roncamente.

¿A qué esperaba? No tenía más que apretar el gatillo, dejar que el percutor descargara su golpe y la bala de acero se encargaría del resto, daría su merecido a aquella bruja sádica, suave y perfumada y con ella también a Stone, Lagana y a los forajidos que habían matado a su mujer y que mantenían a la ciudad bajo su garra.

—Le pagaré lo que quiera —sollozó Mary Deery.

¿A qué esperaba? Ellos habían matado. ¿Por qué no lo hacía él también? Habían matado a Lucy Carroway, a Kate, a su vida y a su amor, igual que si fueran insectos molestos. ¿Por qué tenía que ceñirse a una moral de la que los demás se habían burlado?

Deery lo miró haciendo muecas y gimiendo.

Y el brazo de Bannion se abatió lentamente hasta que el cañón del revólver apuntó al suelo.

—No tengo derecho a matarla —manifestó con voz baja y colérica.

Ella se llevó las manos al rostro, sollozando, y se inclinó hacia adelante hasta que su frente descansó sobre un zapato de Bannion. Este apartó el pie violentamente y ella cayó al suelo riendo y llorando al mismo tiempo, mientras su mano acariciaba la alfombra en lento y afectivo movimiento.

Bannion la miró sin expresión alguna y se guardó el revólver;

encogiéndose de hombros en un gesto de inmensa y amarga fatiga y salió del piso. El sonido del llanto ahogado, histérico y al mismo tiempo agradecido de Mary Deery le siguió hasta entrar en el coche.

16

Bannion se detuvo en el primer bar que encontró y pidió un whisky La bebida no logró suavizar la frialdad de su ánimo. Tenía que empezar de nuevo y hacerlo de una manera lo más limpia posible. Dar a la publicidad el escrito de Deery, tanto si debía forzar las cosas como si lo lograba con sólo su habilidad. Evidentemente, no podía disparar contra una mujer indefensa. No era tan duro de carácter como se imaginaba; el juramento que hizo de vengar a Kate, era sólo una frase de desahogó y ahora vacía.

Se tomó otro trago y se acercó al teléfono para llamar a Debby.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí ¿Porqué había de ir mal?

—No lo sé. Un hombre, al parecer mandado por Stone, estuvo en el hotel esta tarde preguntando por usted. Es evidente que conoce su paradero.

—¿Qué debo hacer, Bannion?

El se rascó la frente. No sabía qué contestar ni le importaba.

—¿Por qué no lo dice de una vez? —exclamó ella riendo nerviosa—. No soy más que una rueda de molino que usted lleva pendiente del cuello.

—¡Cállese! —la interumpió él irritado.

—Bueno; me callaré.

—Así está mejor.

—¿Consiguió averiguar algo?

El exhaló un suspiro.

—Me encuentro en un callejón sin salida. Lo que le voy a decir será como griego para usted, pero uno de nuestros más prestigiosos policías escribió una declaración y luego se metió una bala en la cabeza. Ese escrito será más perjudicial para Lagana y compañía que todo lo que yo pueda hacer. Acabará con él. Sin embargo, la mujer de Deery posee la declaración y yo no tuve la suficiente

fuerza como para quebrantar el quinto mandamiento. Si lo hubiera hecho… pero bueno, esto ya es otra historia. No se preocupe, Debby. Habrá una nueva oportunidad.

—Estará usted muy críptico… si es que he dicho bien la palabra —observó Debby.

—No se preocupe.

Había estado hablando con la joven sólo para aliviar su presión interior, y no lo había conseguido.

—Bien. No me preocuparé. ¿Qué tengo que hacer, Bannion? No quiero que Stone dé conmigo.

—Aguante un poco. Dentro de un rato vendré a verla.

—Le estaré esperando. Quizás esto no le diga nada, pero la verdad es que le echo de menos.

—Llegaré pronto —repitió él.

Y volviendo al bar, pidió otra bebida.

Larry Smith dirigió la mirada hacia abajo, observando las señales verdes de la pista del aeropuerto conforme el avión daba una vuelta sobre el campo. Era de noche y las hileras de luces paralelas se extendían hasta perderse en la infinita oscuridad como misteriosos, pero apacibles símbolos del orden y la seguridad.

Era Pittsburgh, primera etapa en su viaje hacia la costa.

Por enésima vez, Larry se dijo desconsolado y hasta con desesperación que no debía haber huido. Lagana y Stone hubieran llegado a comprenderle. No es posible tener la boca cerrada cuando un hombre como Bannion le echa a uno las manos al cuello y se dispone a quitarle la vida. No. En tales ocasiones no hay más remedio que decir lo que se sabe. Cualquiera habría hecho lo mismo. Ellos lo habrían entendido. Lo que no debió hacer es huir. Aquello cobraba muy mal aspecto…

Se estremeció al recordar la expresión de los ojos de Lagana. En el avión había un ambiente cálido y tranquilo; era una especie de pequeño remanso de paz. A pesar de eso, Larry se estremeció…

Max Stone paseaba por su sala de estar mascando un cigarro sin encender y haciendo esfuerzos para contener su rabia. Art Keene

estaba junto al mueble bar mirándole sin que su cara enjuta y flemática reflejara la menor expresión. De vez en cuando, Stone dirigía una mirada colérica a los dos hombres sentados en el sofá.

—¡Desgraciados! Eso es lo que sois, unos desgraciados.

—No creo que ellos tuvieran la culpa —intervino Art Keene.

—Pues no lo creas demasiado —le contestó Stone quitándose el cigarro de la boca y mirándolo fijamente.

El aludido se encogió de hombros sin contestar.

Era casi media noche, y Stone vestía pijama y una bata de seda roja. El haber pasado todo el día en la cama le ayudó a superar su resaca. Con la mejoría física, experimentó una inmensa necesidad de acción. La ciudad se estaba yendo al diablo. Lo sabía bien y deseaba hacer algo para impedirlo; algo rápido, violento y efectivo. Había que destruir a los bastardos que estaban ocasionando tantas molestias y obligarles a rectificar a fuerza de golpes. Eso es lo que deseaba hacer, si bien Lagana decía que no, y el viejo parecía muy decidido a mantener su actitud.

La llamada a la puerta que estaba esperando sonó y Stone corrió a abrir. Entró Lagana con el ceño fruncido, seguido a poca distancia por su inseparable Gordon.

—Bueno, ¿qué ha pasado esta vez? —preguntó con expresión sorda y disgustada.

Miró a su alrededor al tiempo que se quitaba los guantes. Los dos hombres sentados en el sofá parecieron encogerse ante su presencia, y Art Keene empezó a encender un cigarrillo, muy nervioso.

Stone miró a los dos acusados de negligencia.

—¿No podríais sorprendernos alguna vez haciendo una cosa bien hecha, par de insensatos? —gritó.

El llamado Creamy se humedeció la enorme y lacia boca. Tenía un corte en la frente y una mancha de sangre seca en una de sus mejillas, y parpadeaba con rapidez, como si intentara contener las lágrimas. El que estaba sentado junto a él, Danielbaum, se encontraba en peor estado todavía. Le faltaban dos dientes delanteros y tenía los labios contusionados e hinchados. En su sonrisa nerviosa se advertía cierto síntoma de histeria, sus ojos miraban de un lado para otro y su cuerpo se estremecía.

—No deberías hablar así, Max —dijo Danielbaum haciendo una

mueca y dando golpes en el suelo con un pie—. Han estado a punto de matarnos. Eran ocho o diez y…

—Cada vez aumentáis el número —le interrumpió Stone.

—Bueno, contadlo todo —ordenó Lagana mirando a Danielbaum.

Creamy empezó a llorar. Danielbaum se humedeció los labios. Sus ojos estaban brillantes por causa del miedo.

—Hicimos lo que pudimos; lo que nos pareció más adecuado, señor Lagana. Íbamos a entregar los libramientos cuando…

—Stone ya me lo ha contado —le masculló Lagana haciendo un ademán impaciente—. ¿Qué sucedió cuando llegasteis allí?

—Pues que vimos a un policía frente a la casa y en seguida me di cuenta de que era Cranston —explicó Danielbaum mientras Creamy continuaba aportando al relato un contrapunto de gemidos —. Pensé que se trataba de una mera coincidencia, y nos dirigimos a la parte trasera. Allí fue donde aquel sujeto se abalanzó sobre nosotros. Sin duda era un indio. Luego un grupo de fulanos salió de la casa, rompieron los papeles y empezaron a sacudirnos de lo lindo.

—¿Eran policías? —preguntó Lagana.

—No. No creo que sean de esta ciudad —respondió Danielbaum agitándose nervioso—. Le aseguro que eran duros, señor Lagana. Llevaban armas y actuaron como si estuvieran muy acostumbrados a usarlas.

Lagana empezó a pasear lentamente mientras una profunda arruga se marcaba sobre sus ojos.

—Al final os dejaron, ¿verdad?

Creamy y Danielbaum se apresuraron a hacer señales de asentimiento.

—Más me hubiera valido mandar a un par de *boy scouts* —gruñó Stone.

—¿Habéis denunciado el caso a la Policía del distrito? —preguntó Lagana a Stone.

—Sí. Y van a mandar un coche para que se averigüe lo ocurrido. Recomendé al sargento que encierre a cuantos encuentre por allí.

—¿Cuándo pasó todo eso?

—Hará media hora o cuarenta minutos.

—Bien. Pues a estas alturas ya deben saber algo —opinó Lagana.

Y dirigiéndose al teléfono llamó al Departamento de Policía del distrito—. Aquel Mike Lagana —dijo con voz tranquila y afable, una vez se hubo establecido la comunicación—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con el sargento Diamond, señor Lagana.

—Lamento molestarle, sargento, pero ¿ha oído algo sobre una denuncia presentada hace cosa de media hora? Al parecer unos ciudadanos particulares de su distrito han opuesto resistencia y han golpeado a un par de agentes.

—El coche ha vuelto hace pocos minutos, señor Lagana.

—Y bien, ¿qué cuentan?

—Verá usted; los agentes sólo encontraron allí a un grupo de individuos jugando al póker. Nada delictivo, ¿comprende?

—Pues la denuncia no se hizo por nada —protestó Lagana con voz aún más dura—. Oiga, sargento. Envíe inmediatamente otra vez al coche y detengan a todos los que están jugando al póker.

—Pero, señor Lagana, es que había un inspector de policía entre los jugadores y también un cura de Santa Gertrudis. Y no pienso detenerlos a menos de recibir una orden del superintendente.

El sargento no había adoptado una expresión desafiante, aunque estaba claro que no sentía ningún temor.

—¿Sabe usted con quién está hablando? —le increpó Lagana sorprendido.

—Sí, con el señor Lagana; pero yo…

Lagana colgó el teléfono con un violento golpe.

—¡Ese Bannion es más listo de lo que parece! —proclamó golpeándose la palma de la mano con los guantes.

Miró iracundo hacia el suelo por un momento y luego, automáticamente, se comprobó el pulso en la muñeca izquierda, y movió los labios como si contara algo, sin apartar la mirada del suelo, al parecer inconsciente de lo que estaba haciendo.

—Esto no me gusta —manifestó por fin—. Sin embargo, no haremos nada, al menos por ahora —se puso las manos en los bolsillos y encuadró los hombros—. ¿Qué pasa con Larry? —preguntó mirando furibundo a Stone.

El aludido miró a su vez a Keene.

—¿A dónde has dicho que se ha ido?

—Ha comprado un billete para Los Angeles.

—Bien, tenemos amigos allí —rezongó Lagana pensativo—. Max, llámales por teléfono y diles que nuestro amigo Larry es un traidor.

—Desde luego.

—Vámonos, Gordon —ordenó Lagana—. Estoy cansado.

Viéndole partir con su paso lento y color extrañamente gris en la cara, Stone sintió un miedo repentino. El viejo estaba preocupado y esto no era propio en él. Siempre había dicho que la gente se preocupa porque no es capaz de pensar. Mas, ahora, estaba preocupado. Quizás el pensar no pudiera servirle de mucho en aquel trance. Tal vez, había llegado el momento de sentirse alarmado.

—Tomemos un trago —propuso Stone, y miró a Creamy y a Danielbaum consciente de su expresión ceñuda—. Bueno, no os pongáis tan tristes —añadió—. Cualquiera puede cometer un error.

Bannion detuvo su coche frente a su hotel y observó la calle con una ojeada. Luego entró en el vestíbulo. El empleado del turno de noche le dio la llave y le dijo:

—La chica para la que reservó una habitación se ha marchado, señor Bannion.

—¿Iba sola?

—Sí; iba sola.

—Comprendo —asintió Bannion mientras encendía un cigarrillo sintiéndose extrañamente alicaído—. ¿Ha dejado algún recado?

—Sí, señor. Me dijo que le comunicara que no va a volver.

—Bien, gracias.

Por lo visto, aquello era todo. Quizás estuviera de nuevo junto a Stone, aunque no parecía probable. A lo mejor, pensaba huir. Se preguntó si tendría algún dinero.

Bannion subió a su habitación y se sirvió una bebida. Se tendió en la cama, encendió un cigarrillo y se quedó mirando al techo. Los sonidos nocturnos del tráfico, la risa de un hombre, un tren circulando a lo lejos, llegaron hasta él produciéndole un efecto extrañamente depresivo.

El teléfono que tenía al lado sonó. Levantó el auricular.

—Diga.

—¿Es Bannion?

Conocía aquella voz.

—Sí. ¿Dónde está?

—Decidí alejarme de usted para quitarle un peso de encima —explicó la joven—. Se ha portado muy bien conmigo. En cambio, yo sólo voy a causarle molestias —se echó a reír de una manera extraña—. Después de todo, no es usted tan duro. Pero me gusta más así. Resulta agradable cuando se pone un poco blando.

—¿Se encuentra bien?

—Sí; muy bien.

—¿Dónde está?

—¡Ah! Me había olvidado. Estoy en casa de la señora Deery.

Bannion se incorporó como impulsado por un resorte.

—¿Se ha vuelto loca? ¿Qué diablos hace ahí?

—Me he propuesto una cosa —respondió la muchacha riendo suavemente—. Demostrarle que soy un «tipo duro».

—¡Salga de ahí inmediatamente, Debby!

—No. No me iré.

Bannion vaciló sintiendo de pronto una profunda frialdad en el estómago.

—¿Y Mary Deery dónde está?

—Ha muerto, Bannion.

—¿Se ha vuelto loca?

—Es posible. Pero, de todos modos, soy un «tipo duro». He hecho lo que usted no se atrevió a hacer. Actué por los dos.

—Debby, ha perdido usted la razón. Todo eso no va a servir de nada.

—Bueno; pues a mí me gusta pensar que sí. Es muy agradable creerlo. Reconozca que una chica sirve para algo, Bannion.

—Es una broma. ¡Una estúpida y asquerosa broma!

—No. No es ninguna broma. Leí los periódicos y me enteré de lo de Deery. Por eso he venido. El dejó un escrito y su esposa lo guardaba. Y usted habló de una manera tan críptica… si es que digo bien la palabra. Y, también, dijo algo de no haber tenido la fuerza suficiente como para quebrantar el quinto mandamiento —rió esta vez de una manera franca y alegre—. Creyó que yo no he asistido a la escuela dominical como todas las niñitas buenas. Pensé que no lo captaría, ¿verdad?

—¡Debby, escúcheme!

—Ahora no, Bannion. Ella tenía el escrito y usted no pudo matarla. Pero yo sí. Fue fácil. Tengo la pequeña pistola que Stone me regaló para protegerme en esta enorme y depravada ciudad. Ahora sí que el asunto está acabado, ¿no cree? Cuando la declaración se publique habremos conseguido aniquilarle.

Bannion se puso en pie alargando su mano libre hacia el gabán.

—Escuche, Debby; tenga calma. Voy hacia allá. Usted me espera, ¿entendido?

—No, no puedo esperar. Adiós, chicarrón. Se ha portado usted muy bien conmigo. Así que muchas gracias.

Oyó el chasquido del teléfono al ser colgado. Bannion presionó repetidas veces sobre el soporte y luego de buscar el número de Deery en el listín telefónico, llamó varias veces, mas sin conseguir respuesta.

Bannion empezó a pasear por el cuarto frunciendo el ceño y restregándose lentamente sus enormes manos. Finalmente, se detuvo y se sentó junto al teléfono. Vaciló una vez más, y por fin llamó al *Express* para que le dieran el teléfono particular de Jerry Furnham.

Jerry contestó como si acabara de despertarse.

—Jerry, soy Dave Bannion. He conseguido lo que podríamos considerar un buen reportaje. —Durante medio minuto le explicó rápidamente de qué trataba. Cuando se hubo detenido, Furnham respondió:

—Me pongo a la tarea en seguida, Dave. Ahora su voz sonaba como la de quien está completamente alerta—. Encontraremos a ese abogado. Y si la cosa es tal como me dice, la tapadera acabará de saltar. Gracias.

Bannion tomó su sombrero y su abrigo y salió de la habitación.

17

La noticia se extendió lentamente de una manera casi rutinaria al principio, pasando de un policía a otro, desde un agente a un capitán y luego a un magistrado, hasta que de pronto, adquirió impulso y pareció volar en la noche, llegando desde la cúspide hasta el fondo y abarcando la superficie entera de la ciudad. Los teléfonos empezaron a sonar activamente. Se encendieron las luces en los hogares de la Main Line, en los hoteles de la parte baja y en las casas de viviendas de todos los barrios. Hombres con la cara, repentinamente, preocupada miraban a sus no menos atribuladas esposas y a sus soñolientas hijas. Luego, algunos se tomaron un sedante mientras otros echaban mano de estimulantes y unos cuantos empezaban a hacer las maletas y a comprobar horarios de aviones y de trenes. Sólo los afortunados, la gran mayoría de las gentes decentes, sonreían al leer la noticia y se volvían a la cama con la agradable sensación de que al día siguiente empezarían a rodar algunas cabezas.

La gran redada[1] había empezado.

A las nueve y media de la mañana, un abogado llamado William Copelli entró en el despacho del director de Seguridad Pública, situado en el cuarto piso del Consistorio Municipal. El consejero Copelli era un hombre delgado y calvo, de poco más de cuarenta años, con ojos de mirar vivo y la expresión alerta de un profesor. Era un tanto nervioso y no cesaba de carraspear emitiendo unas toses breves y roncas. Seis reporteros y tres fotógrafos le seguían los pasos.

De pie, junto al escritorio del director, se encontraba el inspector Cranston, muy bien afeitado y con la cara en reposo. Los botones de su uniforme y la visera de su gorra estaban relucientes. Había un esbozo de sonrisa en su boca dura y recta en el momento de saludar a los periodistas con una inclinación de cabeza. Había sido

nombrado superintendente en activo de la Policía a las nueve de aquella mañana. Tal había sido la reacción del Consistorio ante el escrito de Deery. La reforma se mascaba en el aire y se había logrado un gran golpe de efecto, sobre todo de cara a los periódicos al poner a Cranston al frente del Departamento de Policía. Cuando las cosas se calmaran podrían devolverlo a su departamento anterior. Desde luego, Cranston lo sabía, y ello era sin duda lo que provocaba aquella suave sonrisa que ahora alteraba la severidad de su rostro.

El director, un hombre cansado, de pelo canoso, anunció el nombramiento de Cranston a los reporteros y luego miró al abogado Copelli.

—¿Para qué quería verme? —le preguntó exhalando un ligero suspiro.

El abogado abrió su cartera y sacó de ella un fajo de papeles mecanografiados.

—Mi fallecida cliente, Mary Deery, solicitó que leyera esta declaración en su presencia, señor director —repuso en un tono de voz que se iba haciendo un poco más fuerte a cada palabra que pronunciaba—. Mary Deery, que anoche fue asesinada de un disparo, quería hacer público este documento en caso de que se produjera su fallecimiento —Copelli se aclaró la garganta y se aflojó el nudo de la corbata, bajándolo para que no le molestara en la nuez—. Esta declaración fue escrita por su fallecido esposo, Thomas Deery, algún tiempo antes de suicidarse. La señora Deery estipuló que si era imposible leerla en su presencia se hicieran copias y se enviaran a todos los periódicos de la ciudad, al alcalde y al presidente del Consejo Municipal. Sin embargo, ya que ustedes me han ofrecido la oportunidad de cumplir con este requisito final de la señora Deery, empezaré la lectura de la declaración de su marido.

—Por favor, léala usted —indicó el director con un suspiro de impaciencia.

Copelli carraspeó una vez más mientras los reporteros se agolpaban a su alrededor con sus papeles y lapiceros a punto de entrar en acción. Explotó el fogonazo de un flash.

—Espere un momento —advirtió el director a Copelli cuando éste empezaba a leer muy nervioso—. Es mejor que se hagan primero las fotos.

—Gracias —respondió Copelli.

Mirando una vez más al director, empezó a leer con voz clara y firme la nota que había dejado Thomas Francis Deery.

Cuarenta y cinco minutos más tarde Copelli había terminado, el director había hecho su declaración («desde luego, vamos a ocuparnos de este asunto») y los reporteros intentaban que Cranston les dijera algo. Este agitó una mano pidiendo silencio. Había dejado de sonreír.

—Escuchen bien muchachos —dijo—. Esto no va a ser ninguna fiesta, así es que quítense esa idea de la cabeza. No esperen milagros. Escríbanlo así en sus periódicos. Cuando el interés del público ha sido traicionado durante varias décadas no pueden arreglarse las cosas en un día… ni en un año. Pero sí les puedo decir lo que ustedes pueden hacer en un día… ¡Empezar! Y hoy es el día en que empezamos —miró a su alrededor con el rostro tan duro y brillante como el de un escudo bien pulido—. Lo que acabamos de oír no constituye evidencia en sí mismo. Son acusaciones, al parecer bien fundadas, contra algunos altos funcionarios de esta ciudad. Quizá todo sea cierto, si bien a lo mejor sólo lo es su mitad o en una quinta parte. Nuestra tarea consiste en averiguarlo. Por mi parte, recomendaré al alcalde que prepare un jurado previo especial con un fiscal nombrado por el gobernador en Harrisburg. Y permítanme repetir una vez más que no esperen milagros. No se van a despertar mañana y encontrarse con que la ciudad se ha vuelto de pronto limpia y está bien gobernada. Esto necesita tiempo y mucho empeño. Tendremos que deshacernos de numerosos hábitos mal adquiridos. La corrupción es capaz de arruinar todo aquello que toca. Y cuando los habitantes de una ciudad se corrompen también, en vez de usar sus privilegios como votantes para deshacerse de los sinvergüenzas que han traicionado sus intereses, se limitan a encogerse de hombros y a decir: «¿Qué podemos hacer nosotros contra esto?» O bien: «Son cosas propias de la naturaleza humana.» De la naturaleza humana. ¡Sí, sí! Lo que ocurre es que el contribuyente intenta justificar su desidia. Muy bien, eso es todo —terminó Cranston sonriendo un poco—. Podría haberme ahorrado mucho tiempo limitándome a asegurar que haré simplemente lo que siempre he hecho como policía: detener a quienes quebranten la ley.

—¿Y de las apuestas qué? —preguntó un reportero.

El inspector Cranston miró su reloj.

—Si quieren hacer su última apuesta por motivos sentimentales o contactar una vez más con los corredores, disponen de una hora. Invitaré a un trago a quien al mediodía de hoy encuentre todavía a un corredor de apuestas en la calle. Eso es todo, muchachos. Y ahora hagan el favor de retirarse, porque tenemos trabajo.

Salieron todos precipitadamente y descendiendo al vestíbulo, asaltaron literalmente los teléfonos.

Bannion permanecía sentado en la sala de espera, tan blanca y esterilizada. Tenía las manos sobre las rodillas y la vista fija en el suelo de linóleo blanco y negro. Unas enfermeras peripuestas y dinámicas pasaban ante él sin hacer el menor ruido con sus zapatos de suela de goma, dirigiéndole alguna rápida y superficial mirada. Llevaba allí toda la noche esperando desde que aquella chica llamada Debby no-sé-qué, había sido internada. Había llegado a convertirse en una parte más del mobiliario de mimbre o en un cuadro de la pared.

Eran las diez y media de la mañana cuando un médico cansado y nervioso entró y le dijo:

—Señor Bannion, no creo que pueda verla todavía.

—¿Cómo se encuentra?

El doctor movió la cabeza.

—Me temo que no podremos hacer gran cosa por ella. Tiene una hemorragia interna imposible de detener. Es lo que suele ocurrir cuando la gente se dispara al corazón. Fallan y arman un lío terrible. ¡Diantre! ¿Pero es que nadie sabe dónde tiene uno el corazón?

—Supongo que usted sí lo sabe —dijo Bannion—. Y algo en su voz hizo que el médico se sintiera un tanto incómodo—. ¿Cuándo podré verla?

—Es difícil saberlo. Ahora descansa. Quizá en un par de horas o a lo mejor mañana por la mañana.

—Bien, entonces volveré.

—Dígame, ¿por qué habrá matado a esa señora Deery? —preguntó el médico.

—Creyó que me hacía un favor —respondió Bannion—. Y a usted también y a todos cuantos vivimos en esta ciudad.

El doctor no atendió nada, aunque algo en la ˆoz de Bannion le hizo pensar que era mejor no insistir. Por otra parte, era un hombre muy ocupado que no disponía de mucho tiempo para pasarlo hablando de jóvenes rubias que intentaban matarse disparándose al corazón y fallando el tiro.

Eran cerca de las cuatro cuando Bannion llegó al Ayuntamiento. Subió a la oficina de Cranston y encontró al policía sentado tras de su escritorio.

—He estado a punto de lanzar una alarma para buscarle —dijo Cranston.

Bannion se sentó, a su vez, y se echó el sombrero hacia atrás.

—¿Qué ha pasado en todo este tiempo?

—¿Es que no lee los periódicos?

—No. Estoy demasiado ocupado.

—Lo mismo ocurre con nosotros. Ha sido un día muy laborioso gracias a usted.

—Me alegro. ¿Y los grandes personajes, Lagaña y Stone?

—Ya no tendremos que preocuparnos de Lagaña, Dave.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto.

Bannion se encogió de hombros con aire cansado.

—Siempre me pareció que acabaría así. Los sinvergüenzas que están en el infierno empezarán a moverse a partir de esta noche. ¿Cómo ha ocurrido?

—Anoche se enteró de lo de la declaración de Deery. Se quedó en su escritorio haciendo llamadas e intentando averiguar hasta dónde alcanzaban los daños. Esta mañana se retiró a descansar. Según su esposa, no se sentía muy bien. Pero no ha vuelto a despertarse.

—El corazón, ¿verdad?

—Eso es lo que ha dicho el médico.

Bannion miró por encima de la cabeza de Cranston en dirección a la ciudad que se estaba animando conforme empezaba la noche. Las luces de las calles se encendían y los faros de los automóviles cortaban la gris oscuridad.

—¿De modo que ha muerto, eh? —preguntó—. Ahora sólo

queda la organización.

—También morirá. Si me dejan aquí seis meses; si el público continúa despierto, la organización morirá. Eche una ojeada a los periódicos. Los que están actualmente gobernando no tienen posibilidad de vencer en las próximas elecciones. Hombres honrados los sustituirán y, por Dios, que hace buena falta. La declaración de Deery fue la bomba. Puede estar contento, Dave.

—Gracias.

Cranston levantó las cejas.

—Lo hizo usted solo, ¿verdad?

—Eso creí al principio. Una figura solitaria luchando contra el Mal; pero no fue así, inspector, tuve otras muchas ayudas, desde Lucy Carroway a un detective de Radnor llamado Partnell; usted y Burke y una mujer de color en Chester —se encogió de hombros sonriendo un poco—. Y también unos cuantos soldados amigos míos y un cura y una chica llamada Debby. ¡Diantre, inspector! Tenía a una muchedumbre protegiéndome. Toda la gente honrada de la ciudad.

—Me alegro de que piense así —opinó Cranston.

—A propósito, ¿dónde está Stone?

—No le hemos localizado todavía. No tenemos motivos para detenerle, pero no quiero que se le pierda de vista. Ante todo necesitamos una orden de detención contra él. La conseguiremos, pero hasta entonces, más vale no moverse —había en su voz cierto leve e inequívoco tono de acritud. Miró cara a cara a Bannion y añadió—: Todo lo que haremos será legal, no lo olvide, Dave.

—Desde luego —respondió Bannion—. El asunto está ahora en sus manos.

—Cierto; ahora es usted el que no debe olvidarlo.

Bannion sonrió. Su tono, de apariencia superficial, había sido entendido por el viejo policía.

—Estoy seguro de que le encontrará, inspector.

—Sí; le encontraré, no se preocupe.

Bannion se puso en pie y los dos se estrecharon la mano.

—Duerma un poco, Dave —le aconsejó Cranston.

—No pienso en otra cosa. Buenas noches, inspector.

Cranston vio cómo se marchaba y luego se sentó y llamó a la sección de Homicidios.

—Quiero hablar con el detective Burke —dijo.

Su expresión era preocupante.

18

Stone entró en su piso a las once de aquella noche. Encendió las luces del techo y todas las demás, y luego llamó a gritos a Alex. Conforme se frotaba las manos y paseaba inquieto de un lado a otro, se dijo que la habitación estaba muy fría.

Alex acudió a toda prisa y Stone comenzó a reírse al ver su cara.

—¿Qué diantres te pasa? —preguntó, experimentando un raro placer al observar su miedo.

—Nada, nada, Max. Sólo que… todo parece colgado en el aire.

—En el Ayuntamiento se están portando como chiquillos de una escuela dominical —comentó Stone.

Había pasado el día concertando unos cuantos acuerdos y haciendo arreglos para transferir su dinero a bancos de Detroit, Chicago y Los Angeles. La jornada había sido una pesadilla para él. La muerte de Lagana producida justamente después de la declaración de Deery, había constituido un golpe terrible. Todo parecía escapársele de entre los dedos. Lagana había muerto y Cranston tenía dominada la ciudad.

—Quiero beber algo, un *scotch* doble —dijo a Alex—. Luego me haces una maleta y la llevas al coche. Venga; ponte en marcha.

Después de beber, Stone se sintió mejor. Comprobó sus billetes de avión, el dinero que llevaba y el revólver que se había metido en el bolsillo del abrigo. Había llegado el momento de tomarse unas vacaciones, un descanso largo y agradable. Después de seis meses al sol podría volver y echar abajo cualquier acusación que se hiciera tanto a él como a sus amigos. Art Keene se quedaba. Era un tonto al asegurar que toda la expectación se evaporaría al cabo de una semana. Stone pensaba de otro modo. Aquel era un golpe terrible y prefería quedar al margen durante bastante tiempo.

Alex entró y le dijo que la maleta estaba ya en el coche.

—Bien —aprobó Stone—. Y ahora escúchame: me voy en avión.

Dejaré el coche en el parking del aeropuerto con las llaves en la guantera. Mañana por la mañana, vas y lo recoges. Lo dejas en el garaje de Jerry y le dices que lo ponga sobre soportes. Si alguien quiere hablar conmigo le dices que me he ido a Maine a pescar. ¿Lo has comprendido todo bien?

—Sí, Max, todo bien. ¿Y si me preguntan cuándo piensas volver?

—Les dices que la semana que viene.

—Todo esto tiene muy mal aspecto, ¿no te parece?

—Deja de preocuparte. Todo habrá acabado en un mes.

—Sin embargo, la gente tiene miedo, Max. He leído que el juez McGraw se ha suicidado.

—Fue siempre un miedoso. ¿Tengo yo aire de estar asustado? —preguntó riéndose de Alex—. Echa un buen trago y entra en calor. Hasta la vista. Nos veremos la semana que viene.

Tomó el ascensor de servicio para bajar al garaje. Sacó un cigarro de su envoltorio, lo encendió y escuchó el zumbido suave y monótono de los cables. Le aliviaba sentirse en camino.

El ascensor se detuvo con una breve sacudida. Stone salió y encendió las luces del garaje. Caminó hacia las puertas de hierro ondulado, apretó un botón en la pared y observó cómo se enrollaban lentamente y desaparecían dejando el camino expedito. Era una noche fría con un poco de lluvia. Stone miró hacia el firmamento pensando que no existirían obstáculos para emprender el vuelo.

Se volvió hacia el interior del garaje y de pronto su corazón empezó a latir aceleradamente.

Había un hombre junto a su automóvil, un hombre muy corpulento que llevaba una trinchera y tenía un rostro pálido, fatigado y de expresión implacable. Stone comprendió que se trataba de Bannion. De un modo lento, como al desgaire, se fue metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Conque de viaje, eh? —preguntó Bannion.

—Sí, ¿pasa algo?

—Creo que va a disgustar usted al inspector Cranston. Pensaba detenerle el mes que viene o quizá el año próximo. Todo depende del tiempo que tarde en encontrar un motivo legal.

—Yo no hago planes a tan largo plazo —explicó Stone—. Si quiere detenerme, que lo haga esta noche.

Su mano había tocado el revólver que tenía en el bolsillo. Era cuestión de pasar los dedos por la empuñadura, llegar al gatillo, sacar el cañón y disparar a través de la tela sin que Bannion se diera cuenta de lo que se le venía encima. Stone se humedeció los labios. Había comido precipitadamente y bebido en exceso, y el estómago le ardía. Notaba el gusto del último trago, acompañado ahora de una sensación distinta; de algo seco, duro y frío.

—¡No va a ir usted a ningún sitio! —le increpó Bannion—. Yo no voy a esperar a que Cranston busque una excusa legal. Ni tampoco suelo hacer planes tan anticipadamente.

Stone se humedeció los labios, notando de nuevo la sensación fría, dura y seca junto al sabor de la última bebida.

—Está cometiendo un error, Bannion —declaró al tiempo que su mano aferraba el revólver.

Bannion se echó a reír.

—De acuerdo. Ya tiene usted el revólver en la mano, Stone. Adelante. Dispare. Mientras lo hace, piense en mi mujer.

—¡Hijo de perra! —gritó Stone y levantando el arma, apuntó a Bannion—. Le daré su merecido.

—Lo estoy esperando —dijo Bannion.

Stone retrocedió lentamente hasta la calle, mojándose los labios y moviendo las piernas con gran esfuerzo mientras que trataba desesperadamente de apretar el dedo. No obstante, algo se lo impedía; algo le estaba quitando las fuerzas. Notaba cómo el estómago le daba vueltas y un espasmo de miedo le recorrió como una corriente eléctrica, llegando hasta sus brazos y sus piernas. El sudor le cubría la cara.

—¡Le mataré! —gritó; mas, su voz había sonado lastimosamente débil—. El viento parecía habérsela llevado a lo largo de la oscura calleja.

Bannion se acercaba hacia él lentamente. Vio cómo la luz del techo del garaje iluminaba el rostro frío y duro del detective. Oía sus pasos sonando contra el asfalto del suelo con un ritmo deliberadamente bien marcado.

—Ya no va a matar a nadie más —declaró Bannion.

—¡No se acerque! —gritó Stone—. Le tengo vigilado. Basta con

que haga una llamada y se echarán sobre usted, policía asqueroso.

Bannion se rió suavemente.

Otra voz sonó entonces, ordenando con gran calma:

—Saque las manos de los bolsillos, Stone. Queda detenido.

Bannion se desplazó lentamente hacia un lado, al tiempo que un revólver aparecía como por arte de magia en su mano. Stone se volvió hacia donde había sonado la voz, y un breve grito de terror surgió de sus labios. Vio una figura en las sombras hacia uno de los lados del garaje, y la palidez de una cara muy flaca. De pronto, pareció recuperar las fuerzas. No se trataba más que de otro policía; de un tonto que cobraba cincuenta dólares a la semana; de una marioneta a la que se podía mover tirando de una cuerda. Estaba a punto de sollozar de alivio. A aquel hombre lo podría manejar mejor que a Bannion.

—¡No seas estúpido! —gritó al que estaba en las sombras.

—Queda usted detenido, Stone —repitió el otro.

Stone se echó a reír y se volvió rápidamente. Hizo fuego dos veces hacia donde sonaba la voz, sin sacar la pistola del bolsillo. Notó el ruido de la tela cuando las balas la atravesaban. Su mano, que sostenía el revólver algo descuidadamente, se torció por causa del retroceso. En seguida un resplandor azul anaranjado estalló en la oscuridad y Stone notó cómo una bala le daba en el estómago y otra en el pecho; pero, por un instante, su mente siguió clara, sin experimentar efecto alguno. Se sorprendió de no sentir dolor alguno, ninguna sensación, tan sólo el sólido y penetrante impacto de las balas. Intentó apretar el gatillo una vez más, diciéndose, con cierto aturdimiento e ilógico alivio, que no era Bannion quien había disparado. Pero en aquel momento un acceso de dolor le sobrevino brusca e implacablemente, y olvidándose de Bannion, y de todo lo demás, empezó a gritar. Salió al callejón dando tropezones, se volvió y echó a correr hacia el cruce, replegado sobre sí mismo haciendo eses como un borracho, y gritando presa de un miedo incontrolable y salvaje.

Bannion salió del garaje y vio a Burke en las sombras, con un revólver en la mano. Los dos hombres se miraron durante unos segundos sin hablar, y luego, guardándose las armas, salieron al callejón siguiendo el eco de la voz de Stone.

Al llegar al cruce, Stone se detuvo. No. Aquello no podía

ocurrirle a él, a Max Stone. No era posible que tuviera que correr en plena noche lanzando gritos y sintiendo el sabor de la sangre en la boca. Tosió y empezó a ahogarse. No le quedaba más remedio que seguir corriendo, tratando de alejarse del dolor, del ronco aullido de su propia voz y de aquel hombre llamado Bannion. Alguien se encargaría de darle su merecido. Empezó a gritar órdenes y a pedir que le auxiliaran.

Llegó a Walnut Street y se detuvo en la esquina, apoyándose contra un farol. La calle estaba vacía. El asfalto mojado brillaba sobre las rodadas de los coches que parecían extenderse hasta el infinito. Se puso a gritar una vez más, sollozando. Su voz era lo único que rompía el silencio.

Miró a su alrededor desesperado. Bannion venía tras él andando lentamente, con las manos metidas en los bolsillos de su trinchera y con su rostro gris e implacable, sombreado por el ala del sombrero.

Stone se volvió y siguió corriendo; pero las piernas le fallaban y finalmente cayó de rodillas. Trató de pensar, de planear algo, mas una oleada de dolor se abatió sobre él arrebatándole las ideas y deshaciéndolas en las tinieblas.

Bannion vio cómo se incorporaba febrilmente y levantaba las manos por encima de la cabeza. Seguía gritando como un salvaje y su sombra grotesca y amenazadora parecía proyectarse sobre la ciudad. Avanzó unos pasos más, tropezando, hasta que, por fin, cayó sobre el pavimento mojado. Su sombra se encogió, se contrajo de improviso hasta adquirir el tamaño de un cuerpo sin importancia; el cuerpo de un hombre muerto en el arroyo.

Bannion permaneció de pie bajo la claridad amarillenta del farol mirando el cadáver de Stone. Se pasó una mano por la frente pensando que, por fin, todo había terminado. Había estado viviendo lo que le parecía una eternidad, dominado por la cólera y la tristeza. Ahora la cólera había desaparecido; sólo le quedaba la tristeza. Tristeza por sí mismo, por los demás y hasta por Max Stone.

—Cranston no se equivocó, Dave —dijo Burke—. Sabía que andaba usted tras Stone.

—Es muy listo —convino Bannion.

—Me dijo que vigilara a ese hombre —le explicó Burke.

—Pues no ha servido de nada.

—Es igual —dijo Burke encogiéndose de hombros.

Se estaba formando un grupo de personas. Un autobús se detuvo, y el conductor bajó a la calzada. Desde la casa de Stone dos conserjes uniformados acudían a toda prisa. La gente iba de un lado para otro por la acera y el ruido de sus pasos sonaba preciso y nervioso en la fría noche.

—Vamos, vamos, señores. —dijo Burke, acercándose al cuerpo de Stone—. Esto es cosa de la Policía. No se queden ahí interrumpiendo el tráfico. Venga. Cada uno a su casa.

Bannion contempló el cadáver unos segundos y luego se volvió y empezó a andar lentamente alejándose de allí, con las manos hundidas en los bolsillos de su trinchera.

Ahora había otro doctor de guardia, y éste dijo a Bannion que podía pasar a ver a Debby.

—¡Qué más da! —exclamó conforme los dos caminaban por el embaldosado y silencioso corredor—. No creo que la perjudique en nada.

Abrió la puerta del cuarto y se puso a la tarea.

Bannion se acercó a la cama y Debby volvió hacia él y le sonrió. Le habían cambiado el vendaje, y alguien, quizá alguna enfermera, le había peinado el cabello. Tenía un aire terriblemente cansado, había manchas purpúreas bajo sus ojos, y su piel era de un blanco transparente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

—Muy bien —repuso ella en voz baja—. Siéntese, Bannion. ¿Puede quedarse un ratito?

—Sí; desde luego —repuso él sentándose en la silla de alto respaldo que estaba junto a la cama—. Tiene muy buen aspecto, sobre todo si se considera lo mal que lo ha pasado.

—Me siento muy bien —le aseguró ella—. No debí haberlo hecho, Bannion. No debí haber disparado contra esa mujer. Lo hice para hundir a Stone; pero fue un error.

—No hablemos de eso ahora.

—Usted nunca quiere hablar de nada —repuso ella, volviendo el rostro hacia la pared.

Se produjo un silencio que duró largo rato. Bannion observó que

en la ventana empezaba a brillar la luz suave del amanecer. Una luz que desaparecería al cabo de algunos minutos para volver, más fuerte, dentro de una hora aproximadamente.

—Creí cumplir con mi deber —prosiguió Debby—. Stone no debió haber destruido mi belleza. Fue una cosa terrible la que hizo aquel hombre. Una chica que sólo cuenta con su belleza para no hundirse del todo no puede permitirse perderla. Sobre todo cuando no se posee ninguna otra cosa. Quizá no sea así para quien tiene una familia y niños o educación; mas yo no conseguí nada de todo eso. Pensé que tenía que hacérselo pagar; pero no debí haberla matado a ella, Bannion.

—Ahora ya pasó todo.

—No le haga nada a Stone —suplicó Debby mirándole y moviendo la cabeza fatigosamente, a punto de echarse a llorar—. No se mezcle más en esto, Bannion. Déjelo tranquilo. Que la Policía se encargue de él.

—Bueno, Debby.

—No vale la pena. El odiar a la gente no sirve para nada —se mojó los labios—. ¿Es que voy a morir?

—No… no lo sé, Debby. Parece tener muy buen aspecto.

—Sí; lo tengo.

No hablaron mucho durante un rato. Debby volvió la cara a un lado y Bannion siguió sentado allí, sintiendo la necesidad de dormir un poco, mientras contemplaba las pálidas y delicadas manos de la joven. Permaneció sentado mirándole las manos, conforme la claridad del alba iba penetrando lentamente en el cuarto. La enfermera iba y venía y finalmente entró con el doctor. Los dos movieron alrededor de Debby, arreglándola la almohada y comprobándole el pulso. El doctor notó la mirada de Bannion y negó con la cabeza.

—¿Tengo que irme? —preguntó Bannion.

—No. Puede quedarse.

Debby se volvió hacia él.

—Bannion, ¿por qué no hablamos? Estamos aquí como un par de idiotas.

Su voz era tan débil que él tuvo que inclinarse un poco hacia adelante para comprender bien lo que decía.

—Como quiera; podemos hablar.

La enfermera y el médico se fueron sin hacer ruido.

—Estaba usted como loco cuando le pregunté por su mujer —dijo la muchacha—. Pensó que yo no era digna de enterarme de sus cosas, ¿verdad?

—No sea ridícula —repuso Bannion, simulando una sonrisa.

—Sé muy bien lo que pensaba.

—Mi mujer se llamaba Kate. Usted y ella hubieran sido buenas amigas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo era?

Bannion tragó saliva, notando una repentina sequedad en la garganta.

—Pues… tenía bastante mal genio. Era una irlandesa auténtica, con mucho carácter; ya sabe a lo que me refiero. Por fortuna se recuperaba rápidamente. No podía estar enfadada mucho rato. Me gritaba por no llegar a tiempo para la cena o por dejar el cuarto de baño desordenado, y a los cinco minutos me servía una bebida como si nada hubiera ocurrido.

—Ese es el mejor carácter que existe —opinó Debby—. ¿De qué sirve mantener rencores?

Le sonrió y su voz se hizo soñolienta.

Bannion le cogió una de las delgadas manos preguntándose si debía llamar al doctor.

—También se impacientaba con la niña —continuó—. Pero ésta no le daba muchas preocupaciones— se humedeció los labios—. Acudía a mí cada vez que tenía algún problema con su madre. Ha cumplido cuatro años y está adquiriendo un carácter tan astuto como el de un político.

—¿De modo que tiene una niña? —preguntó Debby.

—Sí; y es ya todo un personaje —trató de poner alegría en su voz—. Cuando yo trabajaba de día, Kate la arreglaba como una reina para cuando volviera a casa. Esto es lo que debe pasar en muchas familias. Era un gran momento para mí el entrar en la casa y verla vestida como si acabara de bajarse de un pastel de cumpleaños.

—Debía ser muy bonito —comentó Debby exhalando un suspiro —. Me alegra oír todo esto de usted, Bannion.

No dijo nada más. Volvió la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. Bannion estaba todavía sosteniendo su mano cuando el doctor

entró, comprobó el pulso y le dijo que había muerto.

Bannion se puso en pie muy rígido.

—Vale más que me marche —indicó—. ¿Quiere usted ocuparse del funeral? Yo lo pagaré.

—Sí, desde luego.

—Gracias, doctor.

Bannion salió del hospital a la fría, tranquila y gris claridad de la mañana. Se detuvo en la acera por unos momentos, respirando profundamente, y luego, volviéndose, empezó a andar en dirección al centro de la ciudad.

En las aceras había cubos de basura y en el bloque siguiente vio un carro de reparto de leche. La ciudad volvía a la vida.

Bannion estaba triste y decaído; pero algo en su interior se había aliviado. No existía ya aquel bloque duro y frío que soportaba desde que Kate murió. De pronto se sintió repentinamente libre y reanimado. Había podido dar a Debby algo de la dureza y de la simpatía que le quedaba. Aquello le hizo pensar que debía contar con los vivos y no con los muertos.

El carro de la leche había empezado a moverse y el ruido de los cascos del caballo sonaba plácido y agradable en la calma matinal. «Estando ya mi casa sosegada…»

Aquella frase de San Juan de la Cruz acudió inconscientemente a la memoria de Bannion, tan fresca como el día en que la había leído por vez primera, y tan extrañamente confortante y familiar como el sonar de los cascos del caballo en el asfalto.

Bannion torció hacia Broad Street y respiró larga y profundamente, disfrutando con el aire frío y húmedo de la ciudad. Estaba seguro de que era sólo su imaginación, pero le pareció como si aquella mañana todo estuviera un poco más claro y limpio. De pronto, recordó que tenía que comprar un regalo para Brigid.

Permaneció inmóvil unos momentos, saboreando la visión y el rumor de la ciudad a aquellas horas matutinas; luego encendió un cigarrillo e hizo una señal a un taxi. Sabía que algo había terminado para siempre. Y que había que empezar de nuevo, aunque no con odio, sino solamente con tristeza.

Lo cual no estaba mal, después de todo, se dijo.

Notas

[1] En la jerga policial nortemaericana la denominación de una gran redada es «intenso calor», que es el título de esta novela en inglés. <<